

Eco de su tiempo

# Antonio Spinetti Dini



Jesús Rondón Nucete

Eco de su tiempo

---

# Antonio Spinetti Dini

Colección Clásicos del Pensamiento Andino

SERIE BIOGRAFÍAS

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES  
Autoridades Universitarias

- *Rector*  
Léster Rodríguez Herrera
- *Vicerrector Académico*  
Humberto Ruiz Calderón
- *Vicerrector Administrativo*  
Mario Bonucci Rossini
- *Secretaria*  
Nancy Rivas de Prado

PUBLICACIONES  
VICERRECTORADO  
ACADÉMICO

- *Director*  
Humberto Ruiz Calderón
- *Coordinación editorial*  
Luis Ricardo Dávila
- *Asistencia editorial*  
Yelliza A. García A.
- *Consejo editorial*  
Tomás Bandes  
Asdrúbal Baptista  
Rafael Cartay  
Mariano Nava  
Román Hernández  
Gregory Zambrano

Universidad de Los Andes  
Av. 3 Independencia  
Edificio Central del Rectorado  
Mérida, Venezuela  
publicacionesva@ula.ve  
<http://viceacademico.ula.ve>

Impreso en Venezuela  
*Printed in Venezuela*

COLECCIÓN

**Clásicos del pensamiento andino**

Publicaciones del  
Vicerrectorado Académico

**Antonio Spinetti Dini**  
**Eco de su tiempo**

Primera edición, 2007

- © Universidad de Los Andes  
Vicerrectorado Académico
- © Jesús Rondón Nucete

- *Concepto de colección y  
diseño de portada*  
Kataliñ Alava
- *Corrección de texto*  
Raúl Gamarra Obando  
(Vicerrectorado Académico)
- *Diseño y diagramación*  
Dionigma Peña Montes
- *Fotografías*  
Archivo familiar y  
Lánder Altuve  
(Oficina de prensa ULA)
- *Impresión*  
Centro Editorial Litorama, C.A.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY  
Depósito Legal: LF23720079200771  
ISBN: 978-980-11-1127-6

Prohibida la reproducción  
total o parcial de esta obra  
sin la autorización escrita  
del autor y el editor.

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES  
Autoridades Universitarias

- *Rector*  
Mario Bonucci Rossini
- *Vicerrectora Académica*  
Patricia Rosenzweig
- *Vicerrector Administrativo*  
Manuel Aranguren Rincón
- *Secretario*  
José María Andrés

PUBLICACIONES  
VICERRECTORADO  
ACADÉMICO

- *Dirección editorial*  
Patricia Rosenzweig
- *Coordinación editorial*  
Victor García
- *Coordinación del Consejo editorial*  
Roberto Donoso
- *Consejo editorial*  
Rosa Amelia Asuaje  
Pedro Rivas  
Rosalba Linares  
Carlos Baptista  
Tomasz Suárez Litvin  
Ricardo Rafael Contreras
- *Producción editorial*  
Yelliza García A.
- *Producción libro electrónico*  
Miguel Rodríguez

Primera edición digital 2011

Hecho el depósito de ley

Universidad de Los Andes  
Av. 3 Independencia  
Edificio Central del Rectorado  
Mérida, Venezuela  
publicacionesva@ula.ve  
publicacionesva@gmail.com  
www2.ula.ve/publicacionesacademicas

Los trabajos publicados en esta Colección han sido rigurosamente seleccionados y arbitrados por especialistas en las diferentes disciplinas

Eco de su tiempo

---

# Antonio Spinetti Dini

Jesús Rondón Nucete

*Prólogo*  
*Lubio Cardozo*



A la memoria de  
Mario Spinetti Dini (1911-1995) y  
Juan Astorga Anta (1915-1982),  
humanistas de Mérida.





El autor expresa su agradecimiento a  
Elsa Spinetti Vetencourt,  
albacea de los papeles de su padre,  
a Diego Dávila Spinetti,  
y a Patrizia Spinetti Petrucci  
por su colaboración y estímulo  
para la elaboración de este trabajo.

A Antonio Luis Cárdenas,  
quien gratuitamente leyó y corrigió  
los originales.

Igualmente,  
deja constancia de la ayuda que le prestaron  
en la recolección del material utilizado  
los funcionarios de la Sala Febres Cordero,  
de la Biblioteca Central de la Universidad  
de Los Andes  
y del Archivo General del Estado.



### **Jesús Rondón Nucete, un hacedor de país**

Se le han rendido a Antonio Spinetti Dini, aun en vida del poeta, muchos pequeños homenajes. Reconocimientos, breves estudios sobre su obra, elogios, reseñas bibliográficas, recensiones de sus libros, poemas, junto a otras muchas manifestaciones intelectuales sobre su personalidad. Pero este libro, escrito en buena prosa expositiva, de Jesús Rondón Nucete: *Antonio Spinetti Dini, eco de su tiempo*, significa el primer gran homenaje docto. A partir de una frase del bardo meridiano, tomada de los párrafos introductorios del poemario *Hambre* (1937), “ser eco de su tiempo”, reconstruye Rondón Nucete el mundo histórico y el mundo espiritual de una época extendida desde el origen familiar de los Spinetti y de los Dini allá en aquella lejana aldea de San Piero in Campo en la isla de Elba del mar Tirreno, en Italia, hasta décadas después de la trágica muerte de Tonino en 1941. Con su reconocida inteligencia, su paciencia, su formación de historiador, su erudición, armando va el gran escenario epocal donde se desenvolverá paralelamente la existencia del autor de *La palabra al viento* (1934). Minuciosa radiografía de esos múltiples momentos en los cuales se engranan, reducidos aunque agudos, estudios demográficos, económicos, geográficos, educativos, periodísticos, históricos, genealógicos, políticos, de la vida cotidiana, de lo familiar respectivo, todo ello sobre una base intelectual bien tramada: el acontecer literario de Mérida en sus polifacéticos relieves, a partir de su relación con la contemporaneidad artística de Occidente reflejada en los textos de los escritores locales, y patéticamente en la obra lírica de Antonio Spinetti Dini en sus tres magníficas creaciones ódicas. Repito, pues,

al afirmar de este estudio de Jesús Rondón Nucete cual el primer gran homenaje a Antonio Spinetti Dini (1900-1941). Mas el mismo no cierra la posibilidad de otros en el devenir hacia diversas perspectivas novedosas; por ejemplo, sus tres poemarios *Breviario galante y rebelde* (1918), *La palabra al viento* (1934) y *Hambre* (1937), ya reclaman óseas exégesis para desenterrar el tesoro espiritual, estético allí despositado en magníficos versos; también, sin salirnos del territorio de la poesía, una exhaustiva recopilación de sus composiciones aparecidas, la mayoría de ellas, en la prensa regional. Además de la esperada pulcra reedición de los tres libros mencionados. Pues bien, decorosos retos para las instituciones académicas asentadas en esta muy grata urbe universitaria.

Mérida, ciudad situada en el extremo occidental del país, muy lejos de Caracas, en medio de altas montañas, ha sido una urbe donde han nacido o se han residenciado grandes y muchos poetas venezolanos. En la primera *Antología de la poesía merideña* (1969) se registran alrededor de veintiséis nombres de significativos bardos nativos, además de incluirse en ella algo de la poesía indígena, de composiciones folklóricas en verso, de la lírica anónima y seudónima. En la última hasta la fecha *Antología de poesía de la Asociación de Escritores de Mérida* (2005) se antologan sesenta y tres autores, con lo cual se corrobora parte de lo afirmado. La ódica de Antonio Spinetti Dini, trovador de expansiva gloria con el tiempo, honra a esta pléyade de creadores de sugestivos universos mediante la palabra encantada. Pese a la disimilitud fabularia de sus tres poemarios, los atraviesan sin embargo altas exigencias composicionales, el impecable cuidado del lenguaje lírico, la búsqueda de lo *kállos*, de la belleza, cual legítima ubicación dentro de la elocución artística, su amorosa, radical entrega por lo hermosamente, positivamente humano, su vocación de humanidad. Lo colocan, pues, estas logradas aspiraciones, entre los nobles poetas de Venezuela. Por eso su intempestiva muerte abrió una herida, aún no cerrada, en la psique de la colectividad de Mé-

rida. Por lo absurdo, por la brutal ruptura del hilo de una vida digna consagrada en lo fundamental a la creación poética, a las cosas puras. Aestó la maldad destructora, generadora de caos, su golpe mortal contra un representante de la virtud. "...el odio que desconfía de cualquier acto creador y libre" (Heidegger).

Publicó en 1962 Arturo Uslar Pietri un opúsculo titulado *Del hacer y deshacer de Venezuela*. Una aguda reflexión patética sobre los constructores y destructores de la patria y su deslinde cual una honda lesión trágica en la historia de esta Nación. Me baso en ello para definir a Jesús Rondón Nucete como un hacedor de país. Ha orientado siempre hacia ese norte su labor intelectual, política, social. Un hacedor de Mérida, de esta alomada geografía entrañable de los Andes venezolanos. Sería largo enumerar sus hechos en los tres aspectos mencionados. En el terreno donde uno se mueve con mayor confianza, en el de la vida intelectual, Jesús Rondón Nucete ha dejado hasta el presente dos medulares piezas de la historia local, *Acontecer de Mérida* (1977) y ahora este sentido, erudito homenaje a Antonio Spinetti Dini, poeta quien aportó, quien extendió un poco más el espacio, el "tapiz", de la cultura humanística nacional.

Lubio Cardozo

NOTA:

La cita corresponde a Martin Heidegger, *Introducción a la metafísica*. Barcelona, Gedisa, 1997, p. 43.



**PRIMERA PARTE**

---

Los orígenes



La familia de Spinetti Dini, 1920





!

**Ah! que mon île est petite!**  
Napoleón, 28 de agosto de 1814

San Piero in Campo es una pequeña aldea montañosa que mira sobre la costa sur de la Isla de Elba, perteneciente desde 1870 al Reino de Italia. No es muy diferente a las otras: algunas pocas casas, casi todas blancas, rodeadas de viñedos y de otros cultivos. Parece que han estado allí –como adheridas a las faldas del monte Perone– desde la época romana. Abajo, a pocos kilómetros, a lo largo de una hermosa bahía se extiende Campo nell’Elba, cabecera de la Comuna. Durante buena parte del año es un lugar bullicioso, que invaden miles de visitantes. Pero desde mediados del otoño vuelve a ser como hace un siglo. Entonces, amarrados al embarcadero de madera, algunos pocos botes, los mismos que se han visto desde siempre, se bambolean sobre las aguas. En aquel lugar, en esa isla del Mediterráneo cercana a las costas de la península, famosa aunque muy pobre, nació Antonio Mario Spinetti Dini el 20 de marzo de 1900.

Elba es una isla pequeña, de apenas 223 km de extensión, que emerge en el mar Tirreno, al noreste de Córcega y al costado de Toscana. Su relieve, muy montañoso, culmina en el monte Campane, de sólo 1019 metros. La costa de 147 kilómetros, recortada y escarpada, es muy accidentada: puntas, cabos, golfos, islotes. El clima es mediterráneo y la vegetación exuberante. Tiene abundante agua y la recorren muchos riachuelos. Y ahora como antes se cultivaban olivos, frutales y vides. Sus vinos son óptimos, especialmente los blancos. Hay, también, desde muy antiguo, minería de hierro. Y, por supuesto, pesca. Actualmente cientos de miles de turistas la visitan cada año, por lo que el turismo le aporta a su economía ingresos importantes; pero hace un siglo era esencialmente agrícola. Estaba poblada en 1901 por 25.043 habitantes, de los cuales 3.623 vivían en la Comuna de Campo nell’Elba.

La isla estuvo habitada desde antiguo. Según Homero, contribuyó con 300 guerreros a la defensa de Troya y Eneas reclutó operarios en sus minas de hierro. Los griegos la llamaban Aethalia (lugar humeante), por sus hornos de fundición. En los tiempos antiguos fue invadida por distintos conquistadores: etruscos, cartagineses y romanos. Estos la llamaron Ilva (nombre que se conserva en muchas de sus mujeres) y establecieron allí una base naval. En la Edad Media perteneció sucesivamente a los pisanos, a los genoveses (1290), al duque de Piombino (1399) y a los florentinos (1548). En los tiempos modernos, después de pertenecer a España desde 1596 y al Reino de Nápoles desde 1709, pasó a la soberanía de Francia (1802). Convertida en Principado independiente, fue el lugar al que los aliados enviaron a Napoleón después de su abdicación en 1814. En la reorganización de Europa que siguió a la batalla de Waterloo, fue entregada a Toscana y se integró en 1860 al Reino de Italia. Tan accidentada historia explica la diversidad del tipo de sus habitantes y su riqueza espiritual.

Todavía sus habitantes recuerdan que Napoleón vivió en Elba desde el 4 de mayo de 1814 hasta el 26 de febrero de 1815. Fueron casi diez meses de intensa actividad. La había escogido en consideración a la dulzura de sus costumbres y de su clima. Le dio bandera: “banda de gueule sobre fondo de plata y tres abejas de oro sembradas sobre la banda transversal”. Desde allí divisaba la Córcega. Tal cosa no parecía procurarle mayores emociones, pues él mismo dijo: “Soy más bien italiano o toscano que corso”. Organizó un palacio en Portoferraio. En realidad, era un antiguo conjunto de casas y edificios que reconstruyó, conocido como I Mulini, por tener dos molinos. Los hizo rodear de jardines. Habían sido construidos por Jean Gastón de Médicis hacia 1730. Para entonces la isla tenía 12.000 habitantes.

Napoleón recorrió todos los lugares, subió a las minas de hierro, vigiló las salinas. Organizó la administración y un pequeño ejército. Reconstruyó el puerto, edificó un teatro y un nuevo hospital, reparó el cuartel, estableció el riego de los campos, plantó olivares y también moreras para cultivar gusanos de seda; mandó empedrar las calles de la capital. Sobre todo construyó caminos, lo que constituía una de sus pasiones, y

puentes. Y plantó árboles a lo largo de las vías. Todo aquello transformó para siempre la fisonomía de la isla que vivió a un intenso ritmo durante diez meses. Pero aquel reino era muy pobre y muy pequeño. Por eso lo abandonó en una noche de comienzos de 1815 para volver a Francia, reconquistar el poder en sorprendente campaña y caer luego derrotado en Waterloo. Las potencias victoriosas no lo devolvieron a Elba. Lo enviaron a otra isla –Santa Elena– en medio del Océano Atlántico, de la que nunca pudo escapar. Su recuerdo perdura, sin embargo, en Elba. Es, sin duda, el más ilustre de sus antiguos gobernantes.

Durante el siglo XIX no eran fáciles las condiciones económicas y sociales en la isla. “No es que les faltara el sustento; es que les sobraba imaginación y fuerzas”, dice M. A. Burelli Rivas para explicar la emigración de sus habitantes. Pero, en verdad, no se vivía bien allí. Por eso muchos elbanos emigraban hacia Estados Unidos, Argentina y Brasil en busca de mejores condiciones de vida. Las encontraron, porque era gente acostumbrada al trabajo: agricultores, antiguos soldados, artesanos modestos, medianos intelectuales. De la isla de Elba partieron algunos de los primeros italianos que se establecieron en la segunda mitad del siglo XIX en Venezuela. Los seguirían después muchos más, la mayoría hacia la región andina. Entre los primeros en llegar figuran en los registros Domingo Berti en 1867 y los hermanos José y Constantino Valeri Olivari hacia 1870; más Tarde Pietro y Antonio Sardi en 1874 y Antonio Anselmi en 1875; y más adelante en 1878 Miguel Masini Paoli. Berti montó un negocio en Tovar; los Valeri, marineros, bajaron a tierra en Maracaibo, y luego subieron a San Cristóbal, de donde pasaron a Mérida; los Sardi se distribuyeron entre Boconó y Mérida; Anselmi se radicó y casó en Zea; y Masini, en sociedad con un empresario merideño, se hizo cargo de los molinos de trigo de Escagüey.

No era fácil viajar a Venezuela. Era necesario pasar a Génova, el principal puerto del norte de Italia en el Mediterráneo, lo que se hacía en botes o lanchones desde los pequeños embarcaderos de Marciana Marina al sur y Porto Ferraio al noreste. Pero no existía conexión directa permanente desde aquel puerto (en donde funcionaba un Consulado de Venezuela desde 1844) con Carúpano, Cumaná, La Guaira, Puerto Cabe-

llo o Maracaibo. Durante las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XIX los interesados utilizaban un pequeño barco de vela sardo que esporádicamente hacía el viaje, cargado de productos diversos. De otro modo, los interesados en conseguir algún buque grande para la travesía transatlántica se trasladaban a Marsella o Burdeos. Allí tomaban uno de los mercantes que cruzaba el océano rumbo a uno de los puertos venezolanos. Con el tiempo fue posible subir en Génova a alguno de los vapores que iban a Estados Unidos o a Brasil y Argentina que tocaba en La Guaira para dejar pasajeros y mercaderías. No fue sino hasta 1897 que se inició la operación regular de la línea Génova-La Guaira.

Informa Domingo Alberto Rangel que hacia 1890 las bacterias que atacaban cíclicamente los viñedos de Elba volvieron a aparecer. Nadie sabía cuál era su origen; pero en todo caso, y casi puntualmente estaban allí cada cincuenta años. Producían desastres y la penuria que causaban aventaba lejos a cientos de personas que emigraban hacia otros sitios, buscando tierras donde cultivar frutos a salvo de aquella y otras calamidades. En esa ocasión la plaga se presentó con ferocidad especial. Hizo desaparecer muchas plantaciones, por lo que disminuyó drásticamente la producción de vino y condenó a la miseria a los propietarios, muchos de los cuales decidieron marcharse. Entre ellos estuvieron los Adriani (en 1892) y los Dini (1896) y con posterioridad los Spinetti (en 1903). Resultaba imposible permanecer en la isla, como lo habían hecho sus antepasados que se apegaron a aquellas tierras gastadas aun a costa de sufrir muchas privaciones y hambre. Era preferible emigrar, a pesar de los peligros que conllevaba la aventura y de las dificultades que siempre se encontraban para incorporarse a una sociedad distinta. Para aquellos hombres el futuro no estaba en Elba, sino más allá del Atlántico, en los nuevos países de América o del sur del Pacífico.

Allí, en Elba, vivían los Spinetti Dini. Formaban parte de un grupo muy grande con muchas ramificaciones. Eran campesinos de variados oficios: artesanos, pescadores y agricultores. Constituían una familia de escasos recursos, aunque suficientes, como casi todas las que poblaban la pequeña isla. Sus antepasados no habían mostrado inclinación por una actividad cultural, pero algunos de los parientes eran músicos aficionados

que tocaban en las fiestas de los pueblos o aldeas. El marido era Humberto Attilio Spinetti, hijo único de Attilio Spinetti y María Montauti, nacido en San Piero in Campo el 7 de abril de 1877; y la mujer Luisa Dini, nacida días antes (el 23 de marzo), era la segunda de tres hermanos, hijos de Escipión Dini y Giovanna Franceschetti. Los otros dos eran varones: Attilio y Mario. Un pariente, de nombre Antonio Spinetti estuvo entre los primeros en emigrar a Venezuela. Muy joven, soltero aún, llegó a La Guaira en el vapor francés Lafontaine, procedente de Le Havre y Burdeos, el 23 de febrero de 1875. Se residió en Trujillo y al tiempo envió a la familia noticias de las posibilidades que ofrecía el país. El único en prestarle atención fue Mario Dini. Llegó a Maracaibo el 21 de enero de 1896.

Attilio Spinetti Montauti, en verdad, era marinero. De pequeño estudió en una escuela técnica de Livorno hasta que el padre le hizo abandonar el curso para meterlo a trabajar en el pequeño barco que la familia tenía, como otras, para comerciar entre Elba y Nápoles. Pero la vida del mar no le atraía y las ganancias en aquellas épocas eran muy menguadas. Por eso, después del nacimiento de Antonio en 1900, el padre decidió emigrar a Venezuela. Pero entonces, en los últimos días de diciembre de 1902, un amigo que regresaba de Génova mostró a Atilio y Luisa y a los otros parientes un periódico que contenía varias notas sobre el bloqueo impuesto por una flota combinada anglo-alemana (con el apoyo de Italia) a los puertos venezolanos. La noticia causó enorme inquietud en Elba porque casi todos tenían algún familiar en la lejana Venezuela.

Alemania, Gran Bretaña, Italia y Francia reclamaban a Venezuela el pago de reparaciones por los perjuicios sufridos por sus respectivos súbditos durante las revoluciones de los últimos tiempos. Para forzar al gobierno venezolano, que poco antes había suspendido los pagos, el 9 de diciembre de 1902 barcos ingleses y alemanes se apoderaron de la pequeña flota de guerra que se encontraba en La Guaira, bombardearon Puerto Cabello y procedieron al bloqueo pacífico de esos puertos y el de Guanta, así como de La Barra de Maracaibo. El presidente Cipriano Castro llamó a la nación a luchar contra el invasor. Mientras las cancillerías del continente manifestaron su solidaridad al país y rechazaron el uso de la fuerza como instrumento para el cobro de reclamaciones económicas,

en toda América se escucharon voces de protesta. A requerimientos de Estados Unidos, cuyo presidente Theodore Roosevelt temía la presencia europea en su área de influencia, las partes firmaron en febrero de 1903 los protocolos de Washington, por los cuales las potencias europeas se obligaron a retirar sus buques, en tanto Venezuela se comprometió a pagar sus obligaciones (reducidas a una cantidad menor que la reclamada).

Pasada la crisis, Attilio decidió poner en práctica su proyecto, a pesar del estado de guerra civil existente en el país suramericano. Pidió, como lo hacían los más jóvenes, el permiso de la madre, que obtuvo con el compromiso de residenciarse en un lugar alejado del mar. Ella no quería que fuera marino, profesión que había cobrado muchas vidas, tal como lo recordaban las crónicas de los pueblos de la isla. Él le informó que su cuñado vivía en la Cordillera de Los Andes y que allí iría él.

—Allora, parti domani?

—Si, domani.

—Vai. Lontano dal mare. Que Dio ti benedica!

Y así un día, a comienzos del otoño de 1903, con muy poco equipaje y algunas liras abrazó a su mujer, besó al hijo de tres años, puso su guitarra al hombro y se marchó. Regresaría solo en 1925, cuando la madre ya no vivía. Entonces no sólo llevaba cuatro de los hijos que continuarían el linaje, sino varias maletas con regalos para los parientes. Ya era un hombre rico, como muchos otros emigrantes.

Cuando el lanchón que tomó Attilio Spinetti en Marciana Marina desapareció en el horizonte con rumbo a Piombino y Génova, Luisa, su mujer, regresó a la casa de sus padres con el pequeño Antonio. Quedaba a su cuidado. No sabía aún por cuanto tiempo. Pasaron meses antes de que una primera carta le diera noticias de su marido. Después de un largo viaje —a través del Atlántico y el Caribe y luego por encima de altas montañas— había llegado a la pequeña ciudad de Mérida, donde se disponía a establecer un negocio. A medida que el niño crecía, de vez en cuando la correspondencia agregaba buenas nuevas. Attilio se había trasladado a Ejido, un Pueblo cercano, para abrir una casa comercial de compra y venta de café, que era el principal fruto de exportación del país. A partir de entonces, las noticias —escasas, aunque regulares— informaron sobre el

progreso de los negocios. El país había alcanzado la paz tras de casi cien años de guerra y ofrecía inmensas posibilidades para la gente de trabajo.

Cuando llegó Attilio Spinetti a Venezuela, el 24 de octubre de 1903, ya había terminado la última revolución armada. En 1901 los principales caudillos liberales y nacionalistas que habían dominado las distintas regiones en las últimas décadas, temerosos de perder sus posiciones, se alzaron en armas contra el gobierno de los andinos. Fue la llamada Revolución Libertadora, encabezada por el general (y banquero) Manuel Antonio Matos. Después de variadas alternativas en los meses iniciales, a mediados de 1902 los revolucionarios se reagruparon y avanzaron hacia el centro del país. El presidente Castro los enfrentó en La Victoria. Aunque no los derrotó, los rebeldes se vieron obligados a retirarse hacia oriente. Luego de una campaña de sometimiento, el 21 de julio de 1903 el general Juan Vicente Gómez tomó a Ciudad Bolívar, último reducto en poder de los caudillos. Al apagarse el conflicto, luego de casi dos años y al costo de miles de vidas humanas y enormes pérdidas materiales, terminó el ciclo de las guerras civiles. Comenzó una era de paz y la centralización del poder que aseguró la integración y la unidad nacional.

Mientras su marido aprendía sobre su nuevo país, Luisa Dini criaba a su *bambino*, al que llamaba Tonino, con la ayuda de los otros parientes. Por eso el niño estaba muy apegado a ellos, como confesaría años más Tarde: “entre todos ... compartía mi afecto... y los amaba ... con ingente querer”. Y en especial a la abuela materna en cuya casa vivía. Así recordaba a la nona (“la única que a mi cariño resta”) trece años más Tarde, en 1917, en uno de sus primeros poemas “A mi abuela”:

*Aunque hace mucho tiempo que de ti yo estoy lejos  
y de ti me separa el inmenso océano  
remembro (?) tus caricias, tus mimos y tus besos  
y las horas felices que pasara a tu lado...*

La asociaba, con nostalgia, a los días felices de sus primeros años:

*Los recuerdos que guardo de esos días son vagos  
pero fulge entre todos, como radiante gema,  
el de aquellos instantes placenteros y gratos,  
en que tú me dormías, narrando historias bellas...*

Y la imaginaba como una viejecita sonriente, que deseaba volver a ver:

*...y hoy, tú te me antojas una  
viejecilla sonriente de nivea cabellera*

*¿Volveremos a vernos? ¿Nos unirá algún día  
la mano que, impasible, nuestra ruta señala?  
¡Quizá no esté lejana la hora bendecida  
en que podré abrazarte, mi viejecita amada!*

Attilio Spinetti comprendió las posibilidades que se abrían al país con el término de la guerra. Por eso, consolidada la paz, resolvió traer la familia a Venezuela. Una carta de finales de 1904 informó a Luisa –que leía incrédula– que su marido había comprado una de las mejores casas del Pueblo donde vivía y que el monto de sus negocios era superior al de cualquiera de los comercios de la isla. Attilio, si no era ya rico, estaba en camino de serlo. Cuando ya comenzaba a preocuparse –aquel hombre con dinero que no tenía treinta años, vivía solo en un país tropical, donde sin duda no faltarían las mujeres atractivas– recibió las órdenes de pasajes y algún dinero que le enviaba su marido para que ella pudiera viajar con su hijo. Rápidamente arregló todas sus cosas. Se despidió de sus parientes y emprendió el viaje. Cuando el niño de apenas cinco años que la acompañaba abandonó la isla de Elba aún vivían sus abuelos. No los volvería a ver. En efecto, muy pronto, “cuando empezaba a abrirse la flor de mi existencia”, murieron todos, salvo la abuela materna. Tampoco volvió a ver a muchos de sus parientes y a ninguno de sus compañeros de juegos infantiles. Su vida comenzaba de nuevo, rodeada de personajes que aún no conocía.



A medida que el lanchón se alejaba de la costa Tonino volvió a mirar las pocas casas del puerto. Eran viejas y pobres. Algunas estaban abandonadas por familias que habían partido. Sólo sus parientes estaban en el embarcadero. Más atrás se veían las colinas, los campos y los viñedos en los que los agricultores trabajaban con mucho afán. Muchas veces había recorrido el camino desde San Piero hasta Sant'Ilario para contemplar desde su placita la vista panorámica de toda la isla. Se había entretenido en las cercanas ruinas de la fortaleza pisana. Había bajado hasta Campo nell'Elba y asistido a actos religiosos en la Chiesa di San Mamiliano, que guardaba las reliquias del santo. Había regresado a su casa por el camino del Colle di Palombaia, desde donde se divisaba el pequeño puerto de Sechetto. En otras ocasiones, cruzando los viñedos, había llegado hasta La Forniche, que se alzaba sobre el puerto de Marciana Marina, de mayor actividad.

Nunca más volvería a ver aquel paisaje, pues no regresó a su tierra de origen. No parece que lo recordara. No lo menciona en ninguno de sus escritos y poemas. Como tampoco a sus pueblos o actividades. Ni sus correrías, ni sus juegos infantiles, ni a los niños de su grupo. A la patria que quedaba atrás, y que en adelante sería lejana, le unirían en el futuro, más bien, su religión y su lengua, así como su cultura, a la que siempre creyó pertenecer. Y a la isla de Elba, el afecto por sus seres queridos.

## II **La emigración a Venezuela**

La migración de los europeos desde el fin de las Guerras Napoleónicas hasta los comienzos de la Gran Depresión constituye uno de los mayores éxodos en la historia de la humanidad. Algunos estudios señalan que entre 1821 y 1932 alrededor de 62 millones de personas salieron de sus países de origen hacia otros cercanos o de las distintas regiones del mundo. Según estimaciones de algunos demógrafos, esa cifra equivale al 40% del crecimiento poblacional del continente. Sólo en el lapso comprendido entre 1861 y 1920 (el de mayor intensidad del fenómeno) emigraron 46 millones de personas. Aunque se discute la exactitud de las cifras mencionadas, no cabe duda de que se trató de un movimiento en el que participaron decenas de millones de seres humanos que se trasladaron de sus lugares de origen hacia tierras lejanas y desconocidas donde esperaban encontrar mejores condiciones de vida.

Al comienzo y hasta el último cuarto del siglo XIX la mayoría de los emigrantes salió de las islas británicas, de los estados alemanes y de los países escandinavos. Eran campesinos desplazados por los efectos de la revolución agrícola de las zonas rurales donde habían vivido sus ancestros; o trabajadores que escapaban a las miserias de los tugurios urbanos surgidos con la industrialización; o familias enteras de todas las condiciones que huían de las hambrunas y la muerte que dejaba la pérdida de las cosechas. A partir de 1870 se produjo un cambio: la mayoría de los emigrantes partió del sur del continente (y especialmente de Italia y España), de los países eslavos y de los Balcanes. Muchos trataban de dejar atrás la pobreza y las privaciones, otros buscaban la libertad que les negaban regímenes despóticos y no pocos huían de las guerras y las persecuciones. Por fortuna para todos ellos se estaban formando naciones en otros continentes que requerían de hombres y mujeres para poblar

inmensos territorios casi desiertos y de mano de obra para trabajar en la industria y la tierra.

Durante todo el período arriba señalado, salieron, entre otros, 17 millones de personas del Reino Unido; más de 10 millones de Alemania; 9,5 millones de Italia; 4,5 millones de los Balcanes y 4,4 millones de España. Aunque los emigrantes se distribuyeron por los cinco continentes, el más alto porcentaje de ellos se dirigió hacia algunas pocas regiones: Estados Unidos de América y Canadá; Brasil y Argentina en Suramérica; Australia y Nueva Zelanda y el Asia Central; el Cáucaso y Siberia. Entre 1850 y 1914 diez millones de rusos europeos se establecieron en estas últimas áreas que el imperio de los zares trataba de integrar a sus dominios. Pero África Negra, que por entonces se repartían las potencias coloniales, recibió pocos inmigrantes. Sólo África del Sur, donde se descubrieron riquísimos yacimientos de oro y diamantes, atrajo cantidades importantes de británicos y holandeses.

Entre 1820 y 1930 Estados Unidos recibió 38 millones de personas (5.8 millones de alemanes, 5 millones de austro-húngaros, 4.9 millones de británicos, 4.6 millones de italianos, 4.5 millones de irlandeses y 3.3 millones de rusos, entre otros). Ejercía, sin duda, la mayor atracción, tanto por las garantías que ofrecía a la libertad individual como por su pujante sistema económico. Por su parte, y desde 1810 hasta 1950, los países de Suramérica (y especialmente Brasil y Argentina, inmensos y despoblados), acogieron 12 millones de inmigrantes, la mitad italianos y un tercio españoles. En fin, Australia recibió un poco más de dos millones. Esa corriente migratoria permitió el crecimiento demográfico y económico de los países citados. La población de Estados Unidos se multiplicó rápidamente: 9.6 millones en 1820, 39.8 millones en 1870 y 105.7 millones en 1920; la de Brasil pasó de escasos 3 millones de habitantes a comienzos del siglo XIX a 27.3 millones en 1920; la de Argentina (apenas 1 millón en 1850) llegó a 7.5 millones en 1914 (cuando el 75% de los habitantes de Buenos Aires era nacido en país extranjero); y la de Australia saltó de menos de medio millón en 1850 a 4 millones en 1900. Puede decirse, sin exageración, que esas naciones son resultado de la inmigración.

Los países que recibieron el mayor número de inmigrantes eran inmensos, estaban poco poblados y sus élites gobernantes –de tendencias liberales y capitalistas– adelantaban programas dirigidos a lograr el crecimiento económico. Propiciaban el aumento de la población y la conquista de nuevos territorios. Para alcanzar ambos objetivos facilitaron la entrada e incorporación de inmigrantes. Estos, en los primeros tiempos, se dirigieron a las zonas rurales, en busca de la tierra que no podían adquirir en sus países de origen. Más adelante, al verse limitada la oferta de tierras, se quedaron en las ciudades y trabajaron en las industrias emergentes o en el comercio y los servicios. En algunos casos, ocurrieron fenómenos particulares que lograron atracción mundial y provocaron corrientes migratorias hacia determinados sitios: el descubrimiento de las minas de oro en California (1848) y en Nueva Gales del Sur (1851); el desarrollo de la ganadería en las pampas argentinas y la apertura de nuevas tierras para el cultivo del café en Brasil a comienzos del siglo XX.

Italia fue uno de los países más afectados por el fenómeno señalado. Debe, sin embargo, advertirse que la migración ha sido una constante en la historia de los pueblos de la península debido a ciertas causas de vieja data: la vinculación con naciones que pertenecieron al antiguo imperio, las invasiones que provocaban la huida de grandes masas, las frecuentes crisis económicas, la participación muy activa en la moderna expansión europea, el espíritu de búsqueda y de aventura característico de sus gentes. Ciertamente es que, por razones esencialmente políticas, algunos miles de italianos emigraron durante las décadas que precedieron al establecimiento del Reino de Italia (1870). Pero la migración, que se aceleró después, fue resultado de otros factores, más bien vinculados con la revolución industrial. A partir de las últimas décadas del siglo XIX, debido al mejoramiento de las condiciones sanitarias, disminuyó la tasa de mortalidad, lo que produjo un aumento de la población a pesar de una pequeña caída de la natalidad. Entre 1880 y 1930 (salvo durante la Primera Guerra Mundial) la tasa de crecimiento poblacional fue superior al 10 por mil. Los diversos sectores de la economía no pudieron satisfacer las demandas sociales. La industria, que progresaba en el norte, no pudo absorber la creciente mano de obra; y los cambios en la explotación

agrícola no pudieron retener a los campesinos que buscaban mejorar sus condiciones.

Como consecuencia, los italianos comenzaron a marcharse en mayor número que nunca antes: eran verdaderas masas humanas en movimiento atraídas por el crecimiento económico de otros países. Esperaban superar la pobreza e, incluso, conquistar posición y riquezas. Habían leído que podían realizar sus aspiraciones y sueños en otros lugares, aun en otros continentes. Y escuchaban las historias de los que regresaban a animar a los familiares y amigos a emprender el viaje. Primero lo hicieron hacia los países transalpinos que demandaban por temporadas mano de obra barata: Francia, Alemania, Suiza, Austria. Y luego, gracias a las facilidades que llegó a ofrecer el transporte trasatlántico, hacia otros más lejanos, que ofrecían oportunidades para hacer fortuna. Desde los diversos puertos, millones de personas abandonaron la península rumbo a Estados Unidos y Canadá, Brasil, Argentina y Australia. Buscaban en esos países y especialmente en los del Nuevo Mundo, tan diferentes al suyo y que les eran desconocidos, mejores condiciones de vida. Desde 1861 hasta 1985 cerca de 30 millones de italianos emigraron, algunos por pocos años (más de 10 millones), otros por toda la vida (casi 19 millones). Ello representa alrededor de la cuarta parte de los casi 125 millones de personas que nacieron en la península en ese período. El 63% se quedó para siempre en otras tierras.

Durante las primeras dos décadas del lapso señalado 1.5 millones (muchos oriundos de las regiones del norte) se fueron, la mayoría hacia los países vecinos. Después, el éxodo se convirtió en un fenómeno de masas con gentes de todas partes, especialmente del sur. Durante las cinco décadas siguientes, el mayor porcentaje se dirigió a Norte y Sur América: 5.2 millones a Estados Unidos, 2.3 millones a la Argentina y 1.3 millones a Brasil. En 1906 fueron 523.000 (1.432 cada día) y en 1913 otros 565.000 (1.548 por día). A partir de los años 20 descendió el número hacia Estados Unidos por restricciones legales y hacia Brasil por la crisis de su producción cafetera. Pero, a pesar de la hostilidad del fascismo a la emigración, se mantuvo el éxodo hacia otros lugares por un tiempo más. Se interrumpió totalmente durante la Segunda Guerra Mundial. Como

era de esperarse, recomenzó después del conflicto: 7.4 millones salieron entre 1946 y 1960 (aunque muchos regresaron). Fue, entonces, cuando más de 242.000 vinieron a Venezuela. Con el mejoramiento en las condiciones de vida que produjo el llamado “milagro italiano” la emigración cesó. Italia, que se convirtió en una de las 7 economías más grandes del mundo, pasó a recibir inmigrantes.

En uno de esos grandes barcos, llenos de gente, se embarcó en Génova en 1903 Attilio Spinetti. Después de algunas dudas, había decidido emigrar a Venezuela, como ya lo habían hecho antes algún pariente y muchos vecinos. Habían tenido éxito y en pocos años ya eran propietarios de haciendas y casas de comercio. Como él no se resignaba a la pobreza, dejó a su mujer y a su hijo muy pequeño y se fue en busca de la suerte que le había sonreído a otros. No eran muchos los que escogían a Venezuela para emigrar. En realidad, ni siquiera hubo conexión directa entre los puertos italianos y La Guaira hasta 1897. Antes, sólo ocasionalmente algún navío hacía el viaje sin escala. Aunque las costas venezolanas se asomaban al mar Caribe y estaban más cerca de Europa que las del resto de América del Sur, los inmigrantes preferían otros lugares para asentarse, debido a las condiciones poco favorables que ofrecía el país.

En verdad, y salvo durante la hegemonía de Antonio Guzmán Blanco, los gobiernos no realizaron esfuerzos sostenidos para atraer inmigrantes. Más aún, casi siempre pusieron dificultades para la entrada de los extranjeros. Por otra parte, la situación política era muy inestable. A excepción de lo ocurrido durante cortos períodos (de 1830 a 1848 y de 1870 a 1887) los gobiernos duraban poco y las guerras civiles, revoluciones y pronunciamientos azotaban campos y ciudades. A ello se agregaban algunas enfermedades endémicas como el paludismo que diezaban la población. Faltaban escuelas y la enseñanza que se impartía en las existentes era muy deficiente. El territorio, dividido por accidentes naturales y por la influencia de los caudillos, carecía de vías de comunicación y de la infraestructura más elemental. El fisco no tenía recursos y sobre el tesoro pesaba una deuda que parecía impagable. Todo lo señalado impedía el progreso y desestimulaba la inmigración. Por eso, Venezuela no recibió

sino un pequeño porcentaje de aquellos millones de personas que salieron de los puertos europeos.

Motivos políticos movieron a los primeros inmigrantes; pero muchos se quedaron para siempre. Durante la guerra de independencia, y especialmente luego de la derrota de Napoleón, llegaron a Venezuela combatientes de distintas nacionalidades: ingleses, irlandeses, alemanes, franceses, italianos. Entre ellos figuraban algunos oficiales que entraron a servir en las fuerzas patriotas. Trece se unieron en 1816 a Simón Bolívar. Sólo dos, Carlos Castelli y Juan Bautista Dalla Costa, sobrevivieron a la guerra. En 1817 vino Agustín Codazzi y luego otros. A ellos se sumaron en los años siguientes los perseguidos políticos de la Restauración Absolutista. El Congreso de Viena (1815) dividió la península, que perdió su independencia, en diez Estados, casi todos sometidos a la hegemonía de Austria. Aparecieron, entonces, las sociedades secretas, que agrupaban gente de pensamiento liberal y de espíritu romántico, que luchaban contra la servidumbre extranjera y por la reunificación política en toda Italia, y especialmente en el Piamonte. Para escapar a la persecución muchos de sus miembros se vieron obligados a abandonar la patria.

Esos luchadores políticos, que arribaron después de 1820, provenían de familias pudientes y de algún nivel cultural. En realidad, no eran emigrantes, sino prófugos y exiliados que buscaban libertad, acción y aventura. Llegaron muchos más luego del fracaso de los movimientos revolucionarios que tuvieron lugar en 1830 y en 1848. Entre los últimos estaban los garibaldinos. Habían participado en muchas campañas y, al ser derrotados, se vieron obligados a huir. Fueron bien acogidos en América, donde el héroe del Risorgimento era muy querido, porque había actuado en el sur del continente. En Venezuela su popularidad era muy grande. Se sabía que admiraba a Bolívar. Pero cuando Garibaldi reemprendió sus luchas, los refugiados se quedaron en el país, pues habían venido acompañados de sus familias. No participaron en el proceso de la reunificación, que culminó en 1870; más bien fundaron sociedades de apoyo en muchas ciudades. No se conoce su número, pero sí hechos que muestran que debió de ser importante. Se sabe, por ejemplo, que para 1870 Valera tenía una colonia italiana que organizó actos para celebrar la unificación italiana.

A partir de 1830 se hicieron esfuerzos para promover la inmigración que se consideró desde el primer gobierno del Gral. José Antonio Páez como una gran necesidad para el país. Con tal propósito, se dictaron leyes, se presentaron proyectos, se interesó a empresarios privados y se adelantó un plan de propaganda en el exterior. Como resultado, se incrementó el número de inmigrantes. Con alemanes, Codazzi estableció en 1843 la Colonia Tovar. Pero esa situación duró poco. Desde 1844 la entrada de personas comenzó a disminuir y cesó casi totalmente a partir de 1858. En el siguiente cuadro se puede ver la evolución:

Período	Nº de inmigrantes
1831-1840	2.657
1841-1844	8.971
1845-1857	992
Total 1831-1857	12.620 <sup>(1)</sup>

<sup>(1)</sup> Sólo tres figuran como italianos. Pero vinieron otros porque entre 1830 y 1851 se otorgó la naturalización a 51 italianos, 30 de ellos soldados y marinos de la guerra de Independencia. Fuente: *Memorias*. Secretaría de Interior y Justicia.

La guerra, pues, terminó con aquel primer intento de atraer un gran número de inmigrantes a Venezuela. Curiosamente, fue durante el conflicto, en 1861, cuando se iniciaron las relaciones diplomáticas con el Reino de Italia con la firma del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación, que se tradujo en el establecimiento de una Legación en Caracas en 1864.

Después de la Guerra Federal (1859-1864) pasó algún tiempo antes de que se retomaran los planes para atraer extranjeros. En realidad, en los años siguientes el país recibió pocos. Y más bien muchos de los venidos antes, especialmente procedentes de las Canarias, retornaron a sus islas. Con la llegada del Gral. Guzmán Blanco al poder la situación cambió. Imbuido de ideas liberales intentó modernizar a Venezuela con la ejecución de un programa basado en la extensión de la educación, la apertura de vías de comunicación y el fomento de la inmigración. Con el propósito de promover el traslado “de personas propias para la agricul-



tura, las artes y el servicio doméstico”, dictó el Decreto del 14 de enero de 1874 que ofrecía una serie de ventajas como costear el viaje y la permanencia inicial y preparar la colocación y prometía la protección del Estado a los inmigrados. Asimismo garantizaba la libertad religiosa, la de enseñanza y las demás que sanciona la Constitución. No todo quedó allí: el Gobierno asignó importantes recursos para adelantar sus proyectos. Como consecuencia de esas acciones, el número de inmigrantes aumentó rápidamente. En los cuatro años siguientes llegaron 14.899 personas. Pero luego la cifra disminuyó. Fueron así 20.827 durante todo el período guzmancista (1874-1888).

En la década siguiente, cuando la situación política de nuevo se volvió inestable, apenas llegaron 5.260. Así, durante el último cuarto del siglo XIX, el total de inmigrantes alcanzó a 26.087. La evolución del movimiento puede verse en el cuadro siguiente:

Años	Número de inmigrantes	Cifras acumuladas
1874-1877 <sup>(1)</sup>	14.899	
1879-1888 <sup>(2)</sup>	5.958	
1874-1888		20.827 <sup>(3)</sup>
1889-1894	5.260 <sup>(4)</sup>	
1874-1894		26.087

<sup>(1)</sup> No aparecen datos en documentos oficiales de los años anteriores.

<sup>(2)</sup> Lamentablemente los datos correspondientes a 1878 se perdieron durante los sucesos políticos del año siguiente.

<sup>(3)</sup> Solo 2.764 figuran como italianos.

<sup>(4)</sup> No figuran italianos.

Fuente: *Memorias*. Ministerio de Fomento.

Aunque la cifra era importante y el gobierno la mostraba como uno de sus mayores logros resultaba pequeña, casi insignificante en relación con la de quienes durante el mismo lapso se dirigían hacia otros países americanos. Ciertamente era menor; pero el número de inmigrantes llegados entonces a Venezuela fue significativo y tuvo enorme trascendencia. En efecto, representó en aquel momento la incorporación al país, de población estancada y muy atrasada, de una fuerza de gran dinamismo.

Ya para 1881, cuando se realizó el II Censo de Población, vivían en Venezuela 34.856 extranjeros, de los cuales 3.237 eran italianos, muchos más que los que señalan los registros oficiales de inmigrantes que se conservan. En el estado Mérida, que entonces se llamaba Sección Guzmán, el censo registraba 246 extranjeros, de los cuales 130 eran italianos (103 varones y 27 hembras). Diez años después, en 1891, fecha del III Censo, se encontraban en el país 42.898 extranjeros, de los cuales 3.030 eran italianos. En el estado Mérida, alcanzaban a 199 y 107, respectivamente. Tal vez eran más; pero no todos figuraban como extranjeros porque algunos ya se habían nacionalizado. Por lo demás, se perdieron los datos y estadísticas de algunos años. Algunos estiman que entre 1870 y 1900 por lo menos 5.000 italianos entraron al país. En todo caso, en Mérida existía para fines de siglo una colonia importante e influyente que en 1892 hizo donación a la ciudad de un monumento dedicado a Cristóbal Colón. El censo de 1920 registró a nivel nacional 28.620 nacidos en el exterior y 2.874 en Italia. En el de 1926 esas cifras se elevaban a 73.138 y 3.009 respectivamente. Pero en el estado Mérida apenas eran 235 nacidos fuera y 80 italianos.

No se tiene datos precisos del número de inmigrantes llegados desde comienzos del siglo XX. Pero fueron pocos y vinieron en forma aislada, a pesar del mejoramiento de la situación política y económica del país, porque las dictaduras andinas no promovieron la inmigración. Más bien, J. V. Gómez se mostró cauteloso en la materia. Tanto, que según el antiguo Instituto Técnico de Inmigración y Colonización, entre 1904 y 1936 sólo entraron 29.000 extranjeros, con un promedio de 910 cada año. En cambio, según aquél instituto, millones de inmigrantes se dirigieron hacia otros destinos americanos durante ese lapso:

Países	Total de inmigrantes	Promedio anual
Estados Unidos	16.878.000	527.437
Canadá	4.648.000	145.250
Argentina	2.421.000	75.656
Brasil	2.403.000	75.094
Venezuela	29.000	910

Fuente: *Memoria*. Instituto Técnico de Inmigración y Colonización. 1940.

No fueron muchos los italianos que llegaron a Mérida en las primeras décadas del siglo. El Registro de Extranjeros que se hizo en 1932 –que no parece completo– comprende 193 personas (de las cuales 19 estaban en tránsito). De los 174 residentes, la mayoría (135) vivía en Mérida y sólo 39 en el interior del estado (25 en el Valle del Mocotíes). El mayor grupo lo constituían los italianos: 38, a los que había que agregar muchos ya nacionalizados, pues sólo 13 de los que arribaron antes de la Gran Guerra conservaban la nacionalidad. Entre los recién llegados figuraban los esposos Róger Spinetti (1925) y María Berti de Spinetti (1928). También aparecía un número importante de españoles (34), muchos religiosos: unos (16) enseñaban en el Colegio San José, recién fundado; y otros (6), con sede en la Casa de los Redentoristas, predicaban Misiones en la Arquidiócesis de Mérida que comprendía los llanos de Apure y Barinas. Después estaban los colombianos (26). Y ya comenzaban a llegar inmigrantes de otros países europeos: Alemania (21) y los Balcanes (15).

Así, pues, el número de italianos que vino a Venezuela durante el período de la gran emigración parece pequeño, casi insignificante dentro del total de quienes entonces abandonaron la Península: entre cinco mil y ocho mil de un total de 9.5 millones, no más del 0.1%. Entre ellos estaban algunos miembros de las familias Spinetti y Dini que se establecieron en Mérida.

### III

## Inmigrantes de útiles y cordiales influencias

Tardó algunas horas el lanchón para cruzar el estrecho; pero antes del anochecer desembarcaron en Piombino. Nunca antes Tonino había visto un Pueblo tan grande. Al día siguiente embarcaron en un pequeño navío que los llevó a Livorno, la capital provincial, donde Luisa Dini se detuvo para despedirse de algún pariente. El niño, entretanto, contemplaba las imponentes fortificaciones rosadas que construyeron los Médicis. Luego siguieron para Génova, donde a finales de marzo de 1905 madre e hijo subieron al barco que los llevaría a América. Documentos diversos muestran las condiciones en que se realizaban viajes como ése. Y no pocos relatos cuentan la vida a bordo de los emigrantes: sus esperanzas y sus temores, sus alegrías y sus penas. El cine ha difundido imágenes, tiernas o dolorosas, del éxodo de aquellos seres humanos, desprovistos de casi todo, que sólo con su audacia construyeron nuevas naciones. Fueron millones de personas que, llevando apenas algunas pertenencias, dejaron sus parientes, sus casas, sus tierras, con sus tradiciones, historias y leyendas, para buscar sitio donde realizar sus sueños. Huían de la miseria del país que abandonaban con tristeza e incertidumbre, animados por la ilusión de riqueza rápida y una vida mejor.

El viaje de Luisa y su hijo fue similar al de muchos otros. No obstante, gracias a sus recursos, Atilio Spinetti había asegurado a su familia algunas ventajas. No eran muchas, porque los modernos transatlánticos hacían otras rutas. En todo caso, con ellos embarcaron cientos de pasajeros, la mayoría gente de origen humilde, campesinos, obreros, pequeños comerciantes y artesanos. En aquel buque mercante, de gran tamaño, pero no bien acondicionado y que ofrecía pocas comodidades y escasos servicios para la higiene, se ubicaron en los reducidos espacios de algunos camarotes y en la cubierta, al lado de bultos y maletas. Allí mismo dormirían muchos a

la intemperie, a la vista de las estrellas, juntos los miembros de una misma familia, sobre simples cobertores, mezclados los adultos con los jóvenes y los niños. Sin embargo, y a pesar del dolor que provocaba la partida, reinaba entre ellos la alegría que despertaba la esperanza de una vida nueva.

El pequeño observó cómo se levantaba el ancla, se recogían las cadenas y en tierra se largaban los cabos. Era grande la agitación entre los marineros. Se dispararon las sirenas y las chimeneas comenzaron a lanzar columnas de humo. Sintió alguna inquietud cuando lentamente el barco se separó del muelle. A poco –apenas si se divisaban los edificios del puerto, última visión de Italia– tomó rumbo al suroeste por el Mar de Liguria. Navegaron a son de costa. Alguien señaló, en la lejanía, a Niza y Cannes, antes de atracar en Marsella. Desde cubierta Tonino contempló la actividad en torno a las embarcaciones y escuchó el bullicio que hacían los estibadores y los vendedores. Al amanecer siguiente el buque soltó amarras. Siguió con atención la maniobra de aproximación a Barcelona. Y luego el aseguramiento de la nave. Los tripulantes manejaban con habilidad los largos travesines y esprines que los ayudantes del muelle enlazaban a los norayes. Desembarcaron una Tarde y pasearon por los alrededores. Días después vio subir a otros pasajeros. Entonces se repitió la operación de desamarre que ya conocía y el navío comenzó a moverse. De nuevo, sus ojos se fueron fijando en los pueblos y ciudades que desfilaban a lo lejos. Memorizaba los nombres que oía de los mayores: Valencia, Cartagena, el Peñón de Gibraltar. Por fin se adentraron en el Océano, que al él le pareció inmenso, infinito.

Cuando tomó el barco, Tonino, de sólo cinco años, era un niño como cualquier otro. Ajeno a las preocupaciones de los mayores, se divertía y jugaba con los de su edad, que eran unos cuantos. Corrían por todas partes y tropezaban con las grúas y los cables de la jarcia de amarre. Curioseaban por el puente. Sobre todo, vigilaban los movimientos de la tripulación. A medida que se acercaban al trópico, aumentaba el calor. Durante la travesía en lenta navegación, en medio de sus privaciones, con alimentación escasa y de mala calidad, los adultos trataban de pasar el tiempo. Se entretenían cantando. Entonaban canciones propias de emigrantes que muchos conocían por haberlo sido antes en países

cercanos. Los temas eran siempre los mismos: la nostalgia de la familia y de la patria, la tristeza por los amores perdidos, los éxitos de algún afortunado. A bordo abundaban los cantahistorias, que narraban la zaga de algún emigrante con su cadena de fracasos y aventuras y el éxito final; o las de una familia: sus luchas, sus pasiones, sus esperanzas y sus triunfos. Por las noches, cada uno contaba su vida y sus experiencias. Y bailaban al compás de los más variados instrumentos. Así se anudaban amistades, nacían amores y se formulaban promesas y compromisos.

Al cabo de más de una semana avistaron las costas de alguna isla, desde las que pequeños y vistosos puertos se asomaban al mar Caribe. Y después las de otras. Todos se volcaron sobre los costados del barco, deslumbrados por el sol y los colores del paisaje. Más Tarde, aparecieron las altas montañas del norte de Venezuela y abajo el puerto de La Guaira. Los que tenían el país como destino miraban con curiosidad la patria que habían elegido. Sentían extraña mezcla de inquietud y esperanza. Alguno dijo conocerla desde antes por grabados o dibujos que había visto en libros o revistas. Los vapores de la línea Veloce, que cubrían las rutas desde la Península hasta el Caribe o Montevideo, Buenos Aires y Santiago de Chile, dejaban allí a los que iban a Caracas o sus cercanías, que eran pocos por las dificultades que ponían las autoridades. A la mañana siguiente seguían hacia el sur o hacia Puerto Cabello y Curaçao. En este puerto holandés desembarcaron todos los que iban a Maracaibo, los Andes y Colombia, como era el caso de Luisa y su hijo. El barco continuaba hacia otros lugares de Centroamérica y el Caribe. Desde el muelle Tonino lo vio alejarse con tristeza. Era la última extensión de su antiguo mundo y el vínculo final con los seres que había dejado en su isla.

Pasados algunos días, embarcaron en una goleta para ir a Maracaibo. Tuvieron suerte, pues a veces –dependía de las condiciones políticas o del estado de ánimo del dueño o capitán del navío– había que esperar una o varias semanas para atravesar el Golfo de Venezuela. Junto con ellos subieron unos pocos pasajeros –en su mayoría comerciantes– que se dirigían al Zulia, los Andes o ciertas regiones de Colombia. El niño siguió la ruta con atención. Luego de dejar atrás unas pequeñas y desoladas islas, en una de las cuales se veían las torres y muros de una fortaleza, apareció a

estribor la ciudad del lago. Era el 25 de abril de 1905. Ejecutada la maniobra de atraque, rápidamente bajaron a tierra. Luisa agarraba firmemente de la mano al *bambino*. Un joven contratado cargó a cuestras con las maletas y bultos. Siguieron el muelle, que era también un gran mercado de frutas tropicales, hasta el modesto edificio de la Aduana, donde cumplieron los trámites de inmigración. Tonino miraba con curiosidad aquel mundo nuevo que se ofrecía a sus ojos. No tenía aún conciencia del cambio que se producía en ese instante en su vida. De seguidas por entre la multitud de compradores y vendedores –blancos, mestizos y goajiros– se acercaron al embarcadero donde se encontraban amarradas las piraguas que hacían la navegación hacia los puertos del interior lacustre.

Al atardecer de aquel mismo día subieron a una que los llevaría hasta La Ceiba, pequeño puerto en la costa suroriental del lago. Mientras la piragua tomaba rumbo al sur, el pequeño Antonio vio desaparecer un sol que se había vuelto rojizo. Al rato los italianos creyeron que se avecinaba una tormenta, pero uno de los marineros los tranquilizó: los relámpagos que se veían hacia el suroeste –que llamaban del Catatumbo– eran un fenómeno natural que no indicaba lluvia. No los seguían truenos y se observaban todas las noches. El niño, que había seguido con cuidado los acontecimientos de un día tan agitado, pronto se durmió. No así la madre que estaba a punto de encontrarse con su marido, luego de una separación de más de dos años, y a la que le inquietaba el futuro. Acababa de ingresar a un país que no era el suyo y que ni siquiera conocía, para vivir en él. Sabía que su marido no había venido para regresar, sino para quedarse y que por lo tanto de esta nueva tierra no se separarían ya más. Confiaba en Atilio, que era audaz y resuelto, pero muy responsable. Luego de una travesía tranquila durante la noche, a media mañana aparecieron en medio de unos cocoteros las pocas casas de La Ceiba. La piragua se recostó a un sencillo embarcadero, que se metía bien adentro en las aguas. Allí estaba Attilio Spinetti esperando a su familia.

A ella le costó encontrarlo entre la gente. Le pareció más robusto y más moreno, quemado por el sol tropical. El primero en bajar fue el niño. Y ante su evidente desconcierto y no disimulado temor, pues no reconocía al padre –apenas si lo había visto de infante– Luisa le dijo:

—Questo è il tuo babbo.

Y luego se dirigió al marido:

—Povero bimbo! Si è comportato veramente bene durante tutti i cambiamenti che ha devuto subire.

—Como sei cresciuto! —atinó a decir el hombre.

Entre tanto los mozos que acompañaban a Attilio llevaban bultos y baúles a la estación del ferrocarril. Se montaron en el vagón de pasajeros poco antes del mediodía. Tres horas después llegaron a Motatán, donde los esperaba un arreo de mulas que los transportó hasta Valera, donde pasaron la noche. A la mañana siguiente, muy temprano, por el antiguo camino real que se encontraba en mal estado, emprendieron el viaje hacia Mérida. Al atardecer, luego de dejar atrás Timotes y Chachopo, llegaron a La Venta, donde pararon para descansar y dormir. De mañanita comenzaron el ascenso que Attilio quería hacer antes del mediodía. El paso del páramo, dijo, siempre es peligroso. Al llegar a la cima, un paisaje extraordinario se abrió a los ojos de Tonino. Abajo, corría un riachuelo en lo profundo de un valle, limitado a ambos lados por altas montañas. Al fondo se veían las cumbres nevadas de algunas de ellas. El camino que bordeaba la corriente convertida en río los llevó a Apartaderos, San Rafael y Mucuchíes, donde pernoctaron.

La última jornada comenzó de madrugada. Pero ya desde el amanecer el niño pudo contemplar las siembras de trigo. Después de atravesar Mucurubá y de saludar a unos paisanos en la aldea de Escagüey se detuvieron en Tabay, un pequeño poblado, para almorzar y tratar algún negocio. A medida que bajaban la montaña disminuía el frío. Al comenzar la Tarde ya subían la cuesta de la Columna que daba paso a Mérida. Siguiéron una larga calle, inclinada, que llamaban de Mucujún. Y luego otra, la real, que llevaba a hasta el final de las casas. No pararon en la ciudad, aunque muchos vecinos saludaban con afecto a Attilio, porque él estaba impaciente por mostrar a su mujer y su hijo la casa que había adquirido para recibirlos en Ejido.

—Seno felice. Che bella casa! E airosa —exclamó Luisa al entrar.

Cuando ya se ponía el sol y caían las sombras estaban cómodamente instalados en ella. Era grande y cómoda, situada en medio del Pueblo



y muy cerca de un templo que estaba en construcción. Pronto Tonino se quedó dormido como si estuviera aún en San Piero in Campo.

Cuando llegó aquella noche a Ejido, Antonio apenas había cumplido los cinco años. Era más bien flaco. Y hablaba sólo italiano. Sus únicos afectos se dirigían a sus parientes de la isla de Elba. No había en él tristezas ni ilusiones. Sólo un sentimiento vago de nostalgia por la ausencia de aquellos seres queridos, cuya separación, que le había sido dolorosa, no sabía definitiva. Inquieto como era, tenía muchas preguntas, relacionadas con este lugar del mundo en el que ahora se encontraba. Poco a poco iría encontrando respuestas. Su madre terminaría de criarlo en aquella población. En algunos meses se incorporó al grupo de los hijos de los amigos del padre. Aprendió a hablar castellano y a jugar con los niños del Pueblo. Con ellos recorría las largas calles empedradas y los alrededores llenos de cañaverales y trapiches. Asimiló muchas de sus costumbres. Junto a ellos hizo la primera comunión en la iglesia de San Buenaventura. Cuando llegó a la adolescencia se había integrado a la sociedad venezolana, como lo habían hecho otros niños venidos antes que él. El recuerdo de la isla de Elba quedó atrás hasta perderse casi por completo. Lo substituyó la realidad de otro mundo que pronto hizo suyo.

El país acogía con cariño a los italianos. Fueron bien recibidos porque eran pacíficos y responsables en el trabajo y con sus familias; y como los venezolanos despreocupados, expresivos, bromistas, espontáneos y generosos. Se ganaron el alma de los nativos con su simpatía y sus gestos. Por lo demás, no pretendían ser instrumentos de dominio: procedían de un reino que en los tiempos modernos no era imperialista, por lo menos hasta las primeras décadas del siglo, ni enviaba expediciones para saquear riquezas. Por ello, sin despertar suspicacias, pudieron participar en la actividad política de su nueva nación, con cuyo destino se comprometieron. Se integraron a la sociedad local sin mayores dificultades. Por diversas razones en su nueva tierra se encontraban a gusto. Les agradaba el clima. Se podían comunicar. Muchos aprendieron el idioma; y en todo caso, su lengua les permitía hacerse entender. Sin molestia, adquirían las costumbres del lugar. La tierra adoptiva los absorbió plenamente. Es de hacer notar que, en general, el italiano se

adapta fácilmente a situaciones muy diversas. Ello se debe a su manera de ser y a su forma de vivir. Por otra parte, la historia les había enseñado a convivir con gentes de muchos pueblos y a acomodarse a cualquier circunstancia.

Los italianos daban un alto valor al trabajo. Fueron pocos los que pretendieron vivir de la caridad pública o de la bondad de sus paisanos. Conocían oficios que el país necesitaba o por lo menos intentaron practicar alguno. La mayoría eran campesinos. Entre ellos, los agricultores emplearon las técnicas y los métodos aprendidos en Europa para hacer rendir buenos frutos a las tierras tropicales. Abundaban los artesanos: carpinteros, ebanistas, albañiles, pintores, herreros, sastres, zapateros y de otras profesiones que trabajaban con maestría y que enseñaron a aprendices nativos. Muchos se hicieron comerciantes. Empezaron como vendedores ambulantes. Después los más capaces crearon firmas permanentes y estables. Llegaron a tener negocios de importación y exportación. Traían telas, camisas, sombreros, porcelanas, mármoles; y exportaban productos agrícolas, especialmente café y cacao. Y también instrumentos y métodos de trabajo: maquinaria para moler el trigo o transformar el café, para elaborar pastas o realizar tareas domésticas. Algunos que habían laborado en fábricas ensayaron proyectos industriales. En fin, unos pocos eran profesionales graduados en universidades: arquitectos, ingenieros, médicos. Y hasta artistas: músicos, pintores y escultores. La maestría y la constancia en el trabajo les permitieron hacer fortuna en un país todavía muy pobre y de gente poco capacitada. Y eso les abrió el ascenso en la posición social.

La llegada de los italianos a los Andes constituyó un hecho de enorme trascendencia económica y social. Solteros en su mayoría, pronto se vincularon a familias criollas. Muchos encontraron esposas y con ellas fundaron hogares con mezclas de apellidos italianos e hispánicos. Algunos ascendieron socialmente al incorporarse, por matrimonio, a familias antiguas. Tal fue el caso de los Dini en Mérida. Otros, que venían casados, vieron a sus hijos unirse a mujeres venezolanas, como ocurrió con los Spinetti. Esta integración hizo que los inmigrantes de los primeros tiempos no pensaran regresar. Y en efecto muy pocos lo hicieron. “Era impresio-

nante el arraigo a la nueva tierra, a su economía, a sus climas, a su quehacer y a su destino”, afirma Miguel Angel Burelli. Y ellos le aportaron los instrumentos de una cultura más desarrollada. Eran de espíritu abierto. Aun siendo católicos, aunque no fanáticos, se adhirieron a nuevas ideas. No debe olvidarse que algunos hasta habían militado al lado de Garibaldi. En sus baúles también llegaron libros y revistas, con tesis sociales y hasta estilos arquitectónicos. Y otros utensilios no menos útiles como el fonógrafo. Aportaron nuevas modas en el vestido o en la cocina, a la que enriquecieron con ciertos hábitos alimenticios como la pasta y el vino. Y todo eso supieron transmitirlo, sin egoísmo, al medio que los recibía.

“Útiles y cordiales influencias trajeron estos inmigrantes” –dice Mariano Picón Salas–, ya que eran hombres efusivos. Su llegada representó un aliento de cultura que influyó decisivamente en el futuro de la región. Notábase su aporte en el aseo y adorno de las casas y jardines y en el gusto por la música y las fiestas. Tenían una vocación artística innata. Querían embellecer las ciudades con rincones agradables. En Mérida erigieron un bonito monumento a Cristóbal Colón que costó la colonia. También querían cultivar el espíritu de sus habitantes: con tal propósito formaron estudiantinas de música y organizaron actos para conmemorar dignamente los centenarios de Donizetti, de Rossini y de Bellini. Aportaron el espíritu científico y crítico de la Europa de aquellos tiempos. Famosas fueron las polémicas entre Constantino Valeri y el Deán José Clemente Mejía sobre la justicia de la causa de Mazzini y Garibaldi. Con ellos llegó, en fin, un aire renovador en todos los campos. Enriquecieron, sin duda, el legado cultural de la región. Surgieron de entre sus familias poetas y escritores. Algunos pronto gozaron de gran distinción.

Es de destacar que aquellos italianos que nunca retornaron a su patria más que por cortos periodos de tiempo, se sentían vinculados, no obstante, a la tierra de sus orígenes. Muchos de ellos conservaron la lengua y la enseñaron a sus descendientes, aunque no la hablaran más que en sus círculos familiares. Vivían atentos a lo que ocurría en Europa y en Italia. Y obtenían de allí ideas e informaciones. Casi todos adquirieron la nacionalidad venezolana, que ostentaron con orgullo, pero se sintieron siempre italianos. Lo dijo el propio Antonio Spinetti en el banquete ofre-

cido al Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Reino de Italia en su visita a Mérida (el 10 de enero de 1929):

*...al mismo tiempo que amamos con cariño leal a este País en donde no se nos mira como extraños, en donde casi todos hemos sembrado un árbol y visto la sonrisa de Dios en un hijo por cuyas venas corre junto a la ardiente sangre itálica, la sangre no menos ardiente y generosa del venezolano, amamos también sin olvidarla nunca aquella tierra paradisíaca donde nacimos...*

Es de señalar que para entonces, Spinetti, como su padre y su tío Mario Dini, era uno de los 7 inmigrantes italianos llegados antes de 1905 que conservaban su nacionalidad.

## IV

### La savia vigorosa

Como muchos otros italianos, Attilio Spinetti, una vez llegado a Venezuela, se estableció en los Andes. Era entonces la región más rica del país y la segunda en el número de habitantes. Porque las revoluciones y las guerras que se producían casi sin interrupción desde 1830 la habían afectado poco. En sus montañas y valles donde se cultivaba el café, el principal producto de exportación, crecían ciudades y pueblos. Casi hasta finales del siglo esas gentes habían permanecido ajenas a las convulsiones políticas. Apenas si algunas pequeñas acciones militares tuvieron lugar en esos lugares. En octubre de 1899, poco antes de la llegada de aquellos extranjeros, los andinos habían conquistado por primera vez el poder nacional, comandados por un extraño caudillo tachirenses llamado Cipriano Castro. No era de extrañar, pues, que muchos inmigrantes –y no sólo los venidos de Italia– se estableciesen en el Táchira, en Mérida o en Trujillo. Allí encontraban la paz que necesitaban para progresar.

Algunos explican la inclinación que mostraban los extranjeros por la región andina en el clima agradable que allí encontraban. Sin embargo, también hubo quienes se instalaron en sitios calurosos, como en Valera. Como ya se dijo, en el caso de Attilio Spinetti había otra razón: la promesa hecha a la madre de alejarse de las costas y de los oficios del mar. Pero, en realidad, aquella preferencia –como la de Spinetti– estaba determinada por circunstancias sociales y económicas: los Andes ofrecían entonces las mejores oportunidades para prosperar y enriquecerse. Por eso allí se establecieron inmigrantes italianos y de otras nacionalidades desde muy temprano. Ya en 1835 un Carnevali trabajaba en la explotación del urao en Lagunillas; y en 1837 otro del mismo apellido estaba radicado en Mérida. A partir de los años sesenta se les encuentra en el Valle del Mocotíes y poco después en Ejido y el Páramo. Desde finales del siglo se multiplica-

ron los apellidos de los venidos de Elba en documentos de la más diversa índole: Adriani, Anselmi, Baroni, Berti, Burelli, Caputti, Carnevali, Dini, Ferrigni, Gelsi, Lupi, Massini, Mauriello, Mazzei, Mibelli, Murzi, Paolini, Pardi, Parilli, Poggioli, Ripanti, Sardi, Segnini, Spinetti, Spósito, Valeri, entre otros. Y también los de otros lugares de la Península: Consalvi, Maggiorani, Paoli, Paparoni, Patrizi, Sivoli.

Durante las décadas que siguieron a la guerra de independencia la población de las provincias andinas, como la del resto del país, se recuperó. Experimentó un moderado crecimiento, como puede verse en el siguiente cuadro:

Año	Población nacional	Índice	Población de los Andes	Índice
1830	731.976 habitantes	100	67.791 habitantes	100
1839	945.348 “	129.2	106.904 “	157.7
1847	1.267.692 “	173.2	144.386 “	213.0
1857	1.788.159 “	244.3	168.260 “	248.2

Fuentes:

1830: *Memoria del Secretario de Interior y Justicia de 1831 y Memorias Estadísticas de los Gobernadores de las Provincias.*

1839: Estimación de Agustín Codazzi.

1847. *Memoria del Secretario de Interior y Justicia.*

1857: *Memoria del Secretario de Interior y Justicia.*

Sin embargo, los Andes representaban un porcentaje pequeño dentro de la población nacional (9,3% en 1830, 11,3% en 1839, 11,4% en 1847 y 9,4% en 1857). Pero a partir de 1860 y durante toda la segunda mitad del siglo XIX la población de los estados andinos aumentó a un ritmo mayor que el de la población nacional, como lo muestra el siguiente cuadro:

Año	Población nacional	Índice	Población de los Andes	Índice
1873	1.784.194 habitantes	100	245.140 habitantes	100
1881	2.075.245 “	116	293.108 “	119.6
1891	2.323.527 “	130	336.816 “	137.4
1920	2.411.952 “	135	449.250 “	183.3
1926	3.026.878 “	170	541.808 “	221.0

Fuente: Censos Nacionales

Para fines del siglo XIX la región andina era, después de la central, la más poblada. Y mientras el peso relativo de la población de la última disminuía del 22,5% en 1873 al 21,1% en 1926, el de la otra aumentaba del 13,7% al 17,9% entre las mismas fechas. El clima de los Andes era más saludable y sus tierras estaban al abrigo de las epidemias, el paludismo, entre otras y de las guerras que diezaban el país. Por otro lado, el crecimiento económico que produjo el aumento de la producción del café atraía a las gentes de los Llanos, obligadas a emigrar a causa de los factores negativos mencionados.

Hasta mediados del siglo XIX la producción del café en los Andes, que había comenzado a finales de la Colonia, no representaba un porcentaje importante dentro de la producción nacional. Para 1867 las exportaciones de café por el puerto de Maracaibo significaban apenas el 14,2% del total nacional. Pero a partir de entonces comenzó a aumentar. Ya para 1876 los Andes aportaban el 40,53% de las exportaciones del grano. Entre 1874 y 1894, aunque disminuyó ese porcentaje al 26,9%, la producción se duplicó al pasar de 12.431 tn a 28.616 tn. Treinta años más Tarde el café andino representaba un poco más de la mitad de todo el producido en Venezuela, el 55,6%. Táchira y Trujillo eran las primeras entidades productoras. La producción de Mérida siempre fue menor: con todo, pasó de 0,61% del total nacional en 1874, al 3,76% en 1894 y al 11,33% en 1924.

Las exportaciones de café dieron origen a importantes transformaciones en los estados andinos. Aumentó el número de productores y la extensión de las tierras cultivadas. Los valles y las faldas montañosas se cubrieron de plantaciones. Y se produjo un rápido aumento de la población por la necesidad de mano de obra no sólo para las labores de siembra, recolección y procesamiento del café, sino de las nuevas exigencias de la sociedad. Surgieron casas comerciales vinculadas a las extranjeras que se ocupaban de comercializar el grano en exterior. Se construyeron vías férreas para facilitar el traslado hasta los puertos fluviales (Estación Táchira a Encontrados y El Vigía a Santa Bárbara) o lacustres (Motatán a La Ceiba) desde donde se le llevaba a Maracaibo para su exportación. Como consecuencia de la actividad económica, centros poblados de po-

cas viviendas se convirtieron en algunos años en pequeñas ciudades de gran dinamismo como Rubio, San Juan de Colón, Tovar, Ejido y Valera. Y aparecieron sólidas fortunas fundadas en la acumulación de capitales que originaban las actividades agrícolas y comerciales.

La mayoría de los italianos emigrados a Venezuela, que no se quedaron en las ciudades importantes como Caracas, Maracaibo y Valencia, se establecieron en las regiones cafetaleras. Muchos de ellos llegaron al piedemonte andino. Aunque algunos inicialmente cultivaron trigo y montaron molinos, muchos pronto se dedicaron a una experiencia nueva: la siembra y la transformación del café. En pocos años tuvieron gran éxito. Las firmas italianas, en efecto, llegaron a ser dueñas de algunas de las mayores fincas del grano y de los negocios que comercializaban el que se enviaba al exterior. Otros, como Atilio Spinetti, establecieron negocios para ejercer el comercio en las poblaciones que crecían al amparo de la explotación del café. Compraban el producto a los agricultores para remitirlo a las casas exportadoras; y vendían a los habitantes de los pueblos y a los campesinos productos y géneros de toda especie, importados de Europa o los Estados Unidos. Así amasaron, al cabo de pocas décadas, patrimonios que les dieron posición económica, social y política.

Porque, precisamente, hacia fines del siglo XIX los andinos decidieron participar en la vida política nacional. El 23 de mayo de 1899 Cipriano Castro cruzó el río Táchira y al frente de una partida de sesenta hombres –llamados los restauradores– se levantó en armas contra el gobierno. Después de demorarse algún tiempo en tierras tachirenses, se dirigió hacia el centro del país. El 8 de agosto derrotó en Tovar a las fuerzas enviadas para detenerlo. Unos días después pasó por Mérida. Fortalecido con los recursos que obtuvo de los préstamos (más o menos obligados) que hizo a los productores y comerciantes andinos y con tropas nuevas formadas con jóvenes que las engrosaron entusiasmados con las promesas que les formuló de impulsar cambios en la vida nacional (nuevas ideas, nuevos hombres, nuevos procedimientos), se encontró en Tocuyito, cerca de Valencia, con el grueso del ejército gubernamental, muy superior pero mal conducido. Lo desbarató fácilmente el 13 de septiembre. Así, cinco meses después de los primeros disparos del alzamiento, aquellos



hombres, tímidos y de hablar característico, amarraban las bestias que los cargaban en los alrededores del Capitolio de Caracas donde el Cabito se hizo cargo del poder que poco antes había abandonado el presidente Ignacio Andrade.

Casi cuatro años después del triunfo de la Revolución Restauradora, cuando ya era presidente del Estado el jefe de los liberales “lagartijos”, el general Esteban Chalbaud Cardona, llegó Atilio Spinetti a Ejido. Había escogido aquella pequeña población cercana a Mérida para ejercer el comercio. Ya otros inmigrantes italianos se habían asentado allí. Para 1891 en la jurisdicción de Ejido residían 55 extranjeros (39 hombres y 16 mujeres) algunos casados con cónyuges venezolanos. De ellos 37 (24 varones y 13 hembras) eran italianos y 13 colombianos. Casi todos vivían en la que era capital del Distrito Campo Elías. De manera que el Pueblo tenía una importante colonia extranjera y especialmente italiana. Estaba formada por recién llegados, porque veinte años antes no se reportaron extranjeros dentro de los límites del entonces departamento. No era, pues, raro escuchar en sus calles o casas conversaciones en el dialecto de Toscana. Y oír hablar de lo que para la época apasionaba a los hombres de la Península: la cuestión romana, la recuperación de la “terre irredente” (en posesión de Austria) y la formación de organizaciones obreras.

Para entonces Ejido era un Pueblo agradable. Situado a 1.170 metros sobre el nivel del mar, su clima era templado, con una temperatura promedio de 27 grados centígrados, por lo que los merideños bajaban a temperar allí. Estaba asentado en una meseta cruzada por varias quebradas de regadío. Las tierras aledañas estaban sembradas con caña de azúcar. Los cañaverales se extendían desde el pie de los cerros hasta el río Chama. “Es la tierra de la miel, de las frutas y de las flores”, escribió Tulio Febres Cordero. Como hoy, desde la población se podían apreciar al sur los altos cerros que ocultan los pueblos de El Morro, Acequias, San José y Pueblo Nuevo y al fondo, hacia donde nace el sol, los picos de la Sierra Nevada de Mérida. Al norte, una serranía, casi toda cultivada, circundaba la población, como un anfiteatro. Más atrás quedaban los páramos de El Campanario y Los Conejos, desde donde se desprenden los ríos Montalbán y La Portuguesa que la limitaban. Al

este, muy cerca, se veían los cortes casi verticales de la altiplanicie de Mérida, a la que se ascendía por la estrecha garganta que deja el Albarregas en su ruta de encuentro con el Chama. Por el poniente, otros cerros separaban Ejido de las mesetas sobre las que se asientan San Juan y Lagunillas.

Para finales del siglo XIX Ejido era un Pueblo pequeño. Las parroquias que lo formaban (Matriz y Montalbán) tenían 5.959 habitantes, apenas 366 más que en 1873, fecha del primer censo. La mayoría de ellos estaban asentados en las aldeas cercanas: Monjas, Aguas Calientes, San Onofre, Pozo Hondo, Mesitas, Salado, Manzano, Escuque. El casco del Pueblo sólo tenía 244 casas y 1.342 habitantes. Tenía dos parroquias eclesiásticas con sus templos y varias capillas. Era vicario de Ejido el Pbro. Miguel Briceño Picón y párroco de Montalbán el Pbro. José de Jesús Dávila. Estaba en construcción el templo principal. Había sido destruido durante el terremoto de 1894. Para las obras el padre Briceño contrató los servicios de los maestros de albañilería Rafael María Puente y los hermanos Santos y Jesús María Rangel. A comienzos del siglo XX, ya estaba concluida la nave central. En 1907 se bendijo el templo con la primera torre, que sirvió de campanario; y en 1911 se terminó la segunda.

También tenía mercado y casa municipal. Porque Ejido era capital del Distrito Campo Elías, que para 1891 tenía 12.457 habitantes. La mayoría de estos vivía en las zonas rurales. Un alto número –2.500 personas– se ocupaba de tareas agrícolas: era el 57,16% de la población activa. Sólo 383 (el 8,8%) se dedicaban a las artes y oficios (en carpinterías, herrerías, sastrerías, zapaterías, panaderías, etc.) y 154 (el 3,5%) al comercio (en tiendas, bodegas y pulperías). La actividad agrícola era muy importante. En el distrito había 1.087 plantíos de frutos menores, 301 de café, 274 de caña de azúcar y 67 de cacao. Las montañas cercanas estaban cubiertas de cafetales, especialmente las inmediatas a La Mesa y Jají. Y los sitios que rodeaban el Pueblo de cañaverales. Estos se regaban por acequias que llevaban las aguas de sus ríos –Montalbán y La Portuguesa– hasta las siembras. En las tierras altas de San José y Acequias se cultivaba el trigo en 327 fincas que se molía en 15 molinos, y en las bajas de La Azulita, que se estaban colonizando, se criaba ganado en 24 hatos.

En la jurisdicción funcionaban 67 alambiques legales y 76 trapiches que producían panelas para el consumo local y de la vecina ciudad de Mérida. También había muchos hornos: estaban en uso 36 de tejas y 6 de cal.

Ejido, aun cuando Pueblo pequeño, era el lugar de mercadeo de la producción y especialmente del café. Servía como tal, además, a unos pueblos muy aislados que por allí tenían su más rápida salida: Aricagua, Mucuchachí y Mucutuy. Tenían para entonces 3.935 habitantes. En la capital municipal 107 personas se dedicaban al comercio. Era, dentro de las limitaciones del país de entonces, un centro mercantil importante y muy dinámico. Abundaban las bodegas y las tiendas. Pero no había ninguna moderna, del rango de las de Mérida o Tovar. Estaban poco surtidas, no ofrecían productos de otras partes ni brindaban facilidades a sus clientes. Atilio Spinetti, inmigrante sin recursos pero que venía de Europa, comprendió al conocer el sitio las posibilidades que ofrecía. Y sin pensarlo mucho estableció allí, en la esquina sureste de la plaza principal, un almacén de venta de artículos variados (telas y cueros) y de compra y venta de café. En poco tiempo el negocio progresó hasta el punto de llegar a ser el más grande del Pueblo y uno de los mejor surtidos de toda la región. Se expandió y diversificó. Entabló trato con las casas alemanas de Maracaibo, que lo tenían como uno de sus más cumplidos corresponsales. Veinte años después de su llegada a Venezuela era un hombre rico y distinguido.

En la casa, cuyo frente ocupaba el negocio, nacieron los cinco hijos venezolanos de la pareja formada por Atilio Spinetti y Luisa Dini:

1. Juana María, el 3 de noviembre de 1905;
2. Humberto Miguel, el 29 de septiembre de 1907;
3. Mario José, el 3 de abril de 1911; y
4. Luis Augusto, el 7 de noviembre de 1912.
5. Bastante más Tarde, el 20 de junio de 1920, llegó el último de los muchachos: Alberto.

Cada uno de los primeros fue bautizado en la iglesia Matriz de Ejido; y el otro en la Parroquia del Sagrario de Mérida. La escogencia de los padrinos muestra la evolución social de la familia. A los parientes cercanos, suceden los amigos comerciantes. La niña –única– fue objeto de las mayores atenciones. Y siempre fue la preferida del padre.

Desde muy pequeños los varones ayudaron al viejo en el almacén, lo que les permitió relacionarse con gentes de muy diversos tipos. Dice Mariano Picón Salas que Antonio desde niño trabajaba

en el negocio de su padre vendiendo a una clientela, predominantemente rural, palas y escardillas, clavos y puntas de París, alambre para las cercas, telas gruesas y sombreros pelo de guama y recibiendo a veces, en cambio, arrobas de panela y sacos de café. Y aquella consulta y trato con la gente labriega en el soleado mercado de Ejido, tan oloroso a frutas, parecía abrirle una comprensión del Pueblo que expresará después en muchos de sus versos. Era compadre y consejero Universal de tantas gentes humildes como acudían al Pueblo cada sábado con sus frutos menores y sus animales domésticos.

—Cossa! Ragazzo: quiero sesenta rollos de alambre de púas —le ordenó una mañana de 1915 Giuseppe Sivoli, un productor de la Loma del Carmen en Jají.

—No quedan tantos. Dicen los viajeros de Breuer que están escasos por la guerra. ¿Le sirven cuarenta?

Pero fue el contacto con el padre la influencia definitiva en su formación personal. De él recibió enseñanza y consejo. Y también, cuando lo requirió, consuelo. Él mismo lo reconoció años después, en 1926:

*La palabra sapiente  
que en la sombra de mi mente fue un fulgor  
y el corazón que en horas inclementes  
me ofreció su fragancia cual si fuese una flor.  
...  
Tu savia vigorosa corre por mis venas.*

Al final de la vida del hijo, se mantenía una relación armoniosa entre ambos.





**SEGUNDA PARTE**

---

Las primeras letras



Antonio Spinetti Dini, 1916





## I En esa edad dichosa

Antonio Spinetti, a quien pronto todos llamaron Tonino, como lo hacía su madre, creció en Ejido junto a sus hermanos y primos. Y allí vivió por un cuarto de siglo. En los años que siguieron a su llegada se produjeron hechos singulares en Venezuela que se comentaban en la casa y en el almacén de Attilio Spinetti. No era raro escuchar a los amigos de su padre hablar de aquellos sucesos. Se reunían por las noches para enterarse de los acontecimientos. Así, el niño supo que el 24 de noviembre de 1908 el presidente Cipriano Castro, aquejado por problemas en los riñones, se marchó a Europa en busca de la salud perdida. Pensaba someterse allí a una delicada operación quirúrgica. Y un mes más Tarde, cuando todos se preparaban para celebrar las fiestas navideñas, se enteró de que el vicepresidente, general Juan Vicente Gómez, de quien se decían amigos los ricos propietarios de Ejido y de Mérida, porque era un hombre de trabajo como ellos, había asumido el poder. Observó la alegría que mostraban los agricultores, los comerciantes y los inmigrantes, quienes aspiraban tiempos mejores. Entre ellos, sin embargo, hubo alguna preocupación porque el general Amador Uzcátegui, conocido criador del Pueblo, fue sustituido en la presidencia del estado por el general Esteban Chalbaud Cardona, de tendencias liberales.

En Ejido aprendió Tonino a leer y escribir y las operaciones matemáticas. Allí tuvo una niñez feliz, como lo muestra en *Poemas de la infancia*. Las lecturas de Salgari, junto a sus hermanos Humberto, Mario y Luis lo hicieron soñar con viajes al Asia, a la Oceanía o al África; con héroes hindúes o malayos, sultanas a sus pies y abordajes de barcos piratas, tierras de fieras y salvajes. Pero pronto terminó ese tiempo feliz del que quedó un bello recuerdo:

*Pero, pasó la infancia,  
la vida en mí clavó su duro diente,  
y de las ilusiones de esos días  
la saudade me queda solamente...*

De vez en cuando caía en sus manos alguna revista que informaba, con muchos grabados, acerca de lo que sucedía en el resto del mundo. Se enteró así de la existencia de otros pueblos y razas, de países lejanos de belleza exótica, de las hazañas de exploradores osados. Y también de sucesos que comentaban los hombres que se reunían en su casa: el derrocamiento de Porfirio Díaz y el asesinato de Francisco Madero; los triunfos de Pancho Villa y los planes de Emiliano Zapata; las luchas entre generales revolucionarios. Le llamaban la atención aquellos soldados de anchos sombreros, fusil en mano y bandoleras cruzadas, que cantaban corridos y aquellos generales del Pueblo que andaban a caballo y se sentaban en el Palacio Nacional de México. Sin embargo, a su padre y a sus paisanos les interesaba más la guerra entre las naciones balcánicas y, sobre todo, la suerte de las regiones vinculadas a Italia

En realidad, como el padre había prosperado mucho, podía ofrecer comodidades a su mujer y a sus hijos. No había pobreza en la casa. Y más bien lujos, sobre todo después de que terminó la crisis del café. Cuando llegó a Venezuela, Atilio Spinetti se dedicó al comercio de víveres de la región y de artículos variados. No eran aquellos tiempos fáciles. Desde 1891 y hasta finales de la primera década del siglo XX la economía venezolana vivió un prolongado estancamiento debido a dos circunstancias. De una parte, la caída en los precios del café en el mercado internacional que se inició en 1893 provocó la ruina de los productores andinos. Era la consecuencia del exceso en la oferta por el aumento de la producción de Brasil y de Colombia, países que inundaron el mercado, lo que se combinó con la depresión, resultado de una crisis del capitalismo mundial que comenzó en 1897 en las naciones desarrolladas en las que se contrajo la demanda. De otro lado, problemas internos asolaron al país: fueron años de calamidades (aparición de la langosta), de revoluciones:

legalista, restauradora, libertadora y de conflictos con otros estados (invasión colombiana, bloqueo de los puertos).

Para entonces el país dependía del café, que era su principal rubro de exportación desde mediados del siglo XIX. Su producción había aumentado durante las últimas décadas. Para 1895 Venezuela aportaba el 6.7% de la cosecha mundial y ya era el segundo exportador mundial del grano y el primero de cafés suaves. En las estadísticas figuraba sólo detrás de Brasil. Cedería esa posición a Colombia en 1918. Pero esa dependencia creaba problemas y la depreciación constituía una gran calamidad, tal como se constató en los primeros años del siglo XX especialmente entre 1901 y 1903. Los ingresos fiscales descendieron por la caída de los valores exportados y Venezuela se vio obligada a suspender los pagos de la deuda, lo que provocó el bloqueo de las potencias europeas. Para 1905 la situación fiscal era desesperada. Los ingresos eran casi los mismos que en 1900. Y las deudas aumentaban cada día. Entonces, la llamada valorización brasileña permitió recuperar los precios. Ya para 1911 el café valía el doble de cuando se había presentado la baja. Pero las causas de la crisis persistieron y sus signos volverían a manifestarse más Tarde. Porque las burguesías de los Andes y de Maracaibo, que controlaban la producción y la exportación, no impulsaron los cambios que debían introducirse. Hacia 1900 ya se habían agotado las tierras de vertiente más accesibles, la oferta de mano de obra estaba en vías de disminuir y el rendimiento era menor cada año.

Recuperados los precios del café, Attilio Spinetti, que no era productor pero que tenía amigos y clientes que lo eran y entre ellos a muchos inmigrantes italianos, entró en el negocio de compra y venta del grano dominado hasta entonces por las Casas de Tovar. Mostró así una gran comprensión de las circunstancias económicas y un hábil manejo de las oportunidades. Lo mismo haría veinte años más Tarde cuando ante una nueva crisis de la economía del café que se haría luego definitiva, abandonó los negocios relacionados con el grano y se dedicó en la ciudad de Mérida a la venta de géneros importados, lo que ya permitía el aumento en los ingresos que trajo la explotación petrolera. Pero entre tanto se convirtió en el más importante comerciante de la plaza. Compraba y ven-

día el café de Ejido y La Azulita y gran parte del que se cosechaba en los Pueblos del Sur y Chiguará. Para 1904 casi la mitad de la producción (el 46.98%) del estado Mérida se obtenía en el Distrito Libertador al que pertenecían los cafetales de los Pueblos del Sur; y un porcentaje importante correspondía a Chiguará (8.72%) y Ejido-La Azulita (6.71%). Si bien en las décadas siguientes, cuando se recogieron las cosechas de mayor volumen, disminuyó la producción del sur, aumentó la de La Azulita.

Attilio Spinetti –que en su juventud vio frustrados sus intentos de seguir estudios formales– quiso dar a sus hijos una buena educación. Por eso, cuando el muchacho cumplió once años, lo retiró de la escuela de Ejido donde había comenzado, y lo llevó a Mérida para seguir allí los estudios primarios. Ingresó en el seminario que en 1911 restableció monseñor Antonio Ramón Silva. En sus aulas fue alumno de padres dominicos holandeses –León Kramer y Teer Mat– traídos por el obispo. Eran sacerdotes modernos, cultos y deportistas. Les gustaba la naturaleza que rodeaba a Mérida, organizaban excursiones a la Sierra Nevada, coleccionaban plantas y mariposas, traducían versos de Shakespeare. Preferían convencer más que imponer. Enseñaban las declinaciones latinas al tiempo que los avances científicos. Practicaban los baños en el río, el juego de pelota, la equitación y la marcha por las montañas. En ese colegio fue compañero de otros muchachos merideños que alcanzarían fama en las décadas siguientes. Y allí conoció al gran amigo de su adolescencia: Mariano Picón Salas.

En el seminario formó parte de la orquesta sinfónica que el padre Teer Mat fundó en Mérida. Tocaba violín. Sin duda alguna este hecho fue determinante en la formación del poeta. Con el violín aprendió la musicalidad y la belleza del sonido. Aunque no sería famoso como ejecutante de aquel instrumento, sí lo sería por la musicalidad de sus palabras que convirtió en versos. También allí aprendió a escribir. Y en aquellas aulas austeras tuvo sus primeras experiencias de lucha social. Mariano Picón y Antonio Spinetti fueron pequeños líderes intelectuales del grupo de seminaristas. Fueron ellos quienes organizaron la protesta por la partida de los padres holandeses, que suponían se debía a torvo nacionalismo o a la envidia y los celos de los curas del clero local, muy conservadores,

acostumbrados a la palmeta y el anatema y menos civilizados, que enseñaban con horribles y viejos libros. Ellos asumieron la defensa de los padres “en ingenua hojita” que escribieron e hicieron imprimir. Parecían defender también su amor por la cultura, la poesía, la naturaleza. La campaña infantil a favor de los dominicos no tuvo resultados positivos, porque los sacerdotes habían sido llamados por sus superiores en Europa, que se preparaba para la guerra; pero afianzó la amistad entre aquellos dos muchachos y un tercero: Enrique Celis Briceño. También de la adolescencia data su amistad con Alberto Adriani.

Como aquellos curas hablaban de lo que pasaba en el mundo, en el seminario se enteraron del inicio de la Gran Guerra. El asesinato del heredero al trono austro-húngaro, el archiduque Francisco Fernando, el 28 de junio de 1914 en Sarajevo, arrastró a las naciones europeas a una guerra para la cual se preparaban desde hacía tiempo. Los merideños siguieron paso a paso la contienda. Cuando terminó en noviembre de 1918 sabían que habían desaparecido viejas potencias, monarquías centenarias y toda una época. Leían en periódicos locales las notas que transmitía el telégrafo. Así, se informaron en esos años de los triunfos prusianos en el frente oriental, de la caída de Bruselas, de la detención de la ofensiva alemana en Francia, del hundimiento del Lusitania. Miraban asombrados las fotografías que aparecían en las revistas. Mostraban a los gobernantes, a los jefes militares, a las tropas en combate y a los soldados muertos en aquella terrible carnicería. Aunque desde el primer momento Venezuela declaró su neutralidad en el conflicto, a pesar de las simpatías mal disimuladas del general Gómez por la causa de los imperios centrales, la población se inclinaba por las democracias. La entrada de Italia en la guerra en mayo de 1915 produjo emoción entre los inmigrantes y sus hijos. Algunos muchachos se marcharon para incorporarse a los ejércitos que combatían.

Antonio Spinetti abrazó la causa de su patria lejana:

*¡Italia! ¡Italia! ¡Amada Patria mía!*  
*Magnífica región a quien adoro.*

*Aunque de ti estoy lejos, yo te adoro,  
mi bella y adorada Patria mía.*

Con la rebelión en el seminario y las preocupaciones de la guerra europea, terminó el tiempo de la adolescencia que fue de felicidad y de ensueño. De los primeros amores y los primeros fracasos. De ilusiones. Así lo deja ver en uno de sus primeros poemas, “Era en la adolescencia” publicado en enero de 1918:

*Era en la adolescencia  
y mi vida era leve como un trozo de azur..*

*Y por la vez primera  
te encontré una mañana, toda aromas y sol.*

*Después... tú me olvidaste, fuiste ingrata y perjura.*

*Era en la adolescencia, en esa edad dichosa  
en que nuestra alma ignora del mundo las traiciones.*

Una descripción parecida se encuentra en otro, “Amemos y Soñemos”, también de 1918, que forma parte de su primer libro:

*Todo invita al ensueño: los dolores  
y el placer; la alegría y la tristura,  
la miel que nos ofrece sus dulzuras  
y la hiel que nos brinda de amargura.*

La convivencia de aquellos muchachos en las aulas del seminario y en las calles de Mérida, permitió la insurgencia de una generación que se manifestó en la publicación de periódicos y revistas, casi todos de tipo cultural. Fueron muchos en aquellos años. Los jóvenes, sin posibilidad de manifestar sus inquietudes políticas y sociales, en un momento de mucha agitación mundial que no desconocían, se expresaban a través de voceros

de pocas páginas. De algunos sólo circuló el número 1 y de la mayoría apenas unos pocos. Se imprimían menos de un centenar de ejemplares en las imprentas de la ciudad: Tipografía El Posta Andino, Imprenta Picón Grillet, Tipografía El Lápiz, Imprenta de la universidad, entre otras. La nota editorial del número inicial de *Veinte Años*, de Pedro Romero Garrido, en 1918 advertía que se trataba de una revista que “acaso dure tres meses, de que acaso salgan tres números...”. ¿Quiénes eran los editores? “Muchachos sin más riqueza que una escarcela, repleta de ensueños a una rosada meta dirigimos los pasos...”. ¿Qué querían? “Deseamos servir a nuestra patria a la pobre medida de nuestras escasas fuerzas”. Así respondía aquellas preguntas Mariano Picón Salas, que entonces sólo tenía 15 años, cuando apareció el primer número de *Labores Juveniles* en 1916.

Aquellos periódicos representaban una cierta forma de evasión: la de los jóvenes que se refugiaban en las letras. No podían entonces manifestar de otra forma sus inquietudes juveniles porque lentamente se había impuesto una férrea dictadura, que no permitía ninguna disidencia. El desacuerdo obligaba al silencio o al exilio. La crítica no se permitía. Y cualquier expresión de rebeldía conducía a la cárcel. El proceso de instauración de la dictadura comenzó en 1913. El 1 de agosto de ese año el Gral. J. V. Gómez, para hacer frente a una supuesta invasión del Gral. C. Castro, suspendió las garantías constitucionales y poco después emitió una proclama en la que anunciaba que salía en campaña. A la cabeza de su ejército fue a situarse en Maracay. La invasión castrista no se produjo y apenas si algún partidario del Restaurador intentó sin éxito alguna acción. Por eso, el 28 de diciembre Gómez declaró terminadas las maniobras; pero el estado de guerra había impedido la realización de las elecciones para la renovación de los poderes públicos, lo que realmente se buscaba con todas aquellas medidas.

Mientras los muchachos del Seminario de Mérida se entretenían en los ensayos de su pequeña orquesta y aprendían a redactar protestas, otros escritos más serios se elaboraban para imponer la dictadura. En efecto, como no se habían realizado las elecciones para renovar los poderes públicos, en enero de 1914 los concejos municipales pidieron

convocar elecciones para designar a sus miembros y a los representantes de unas asambleas regionales de carácter constituyente. Sin pérdida de tiempo, estas asambleas se constituyeron el 20 de febrero. Las mismas procedieron a su vez a elegir los diputados que representarían a los estados ante un congreso de plenipotenciarios que se reuniría en Caracas para establecer un nuevo pacto federal, lo que ocurrió el 19 de abril. Tal congreso declaró insubsistente el Pacto Federal de 1909 y dictó un Estatuto Constitucional Provisorio, conforme al cual designó un presidente provisional, el Dr. Victorino Márquez Bustillos, y un comandante en jefe del Ejército, el Gral. Juan Vicente Gómez. Dos meses después, el mismo Congreso dictó una nueva constitución que permitía la reelección y alargaba a siete años el período presidencial, que comenzaría a partir del 19 de abril de 1915.

A los alumnos del pequeño seminario de Mons. Silva pudo parecerles muy complicado todo aquello; pero Attilio Spinetti sí comprendió el significado del extraño procedimiento. Recordaba haber leído en algún libro de historia de Toscana que cuando los Médicis de Florencia querían reforzar su poder convocaban asambleas populares que modificaban las leyes y los órganos de gobierno a su conveniencia. No se equivocaba en su interpretación. Porque no otra cosa se buscaba en su nuevo país con la sanción de otra constitución. Esta disponía, por lo demás, que los ciudadanos designados con carácter provisional permanecerían en sus cargos hasta que los nuevos electos “entraran en el desempeño de sus funciones”. Fue así como Márquez Bustillos continuó como presidente provisional durante siete años, aun después de que el Congreso eligiera en mayo de 1915 como presidente de la República al general Juan Vicente Gómez, porque éste se aposentó en Maracay como presidente electo desempeñando sus funciones de Comandante en Jefe. A pesar de los títulos, no cabía duda acerca de quién mandaba, pues el presidente en ejercicio no tomaba decisión alguna sin consultar al Jefe de la Causa. A través de aquella enredada maniobra jurídica se aseguró la continuidad indefinida de Gómez en el poder.

Como consecuencia de la nueva situación, también en Mérida se produjeron cambios. En febrero de 1914 el Congreso de Diputados de los



Distritos designó, según las instrucciones recibidas de Caracas, al general Amador Uzcátegui como presidente provisional del estado. Y un año después la Asamblea Legislativa lo “eligió” presidente constitucional. Ya lo había sido en tiempos del general Castro. Terminaba así el tiempo de Chalbaud Cardona y comenzaba otro gobierno de aquél a quien llamaban “el pesero” de Ejido, que sería el más largo de la historia regional (13 años). No disgustaron esos cambios a Attilio Spinetti porque era amigo del nuevo mandatario desde sus primeros tiempos en el país.

## II Los primeros periódicos

Cuando hacia 1916 se consolidaba la dictadura del general Juan Vicente Gómez, surgió en Mérida una generación intelectual formada por un grupo de muchachos que no habían cumplido los veinte años. En su mayoría eran estudiantes del liceo o de la universidad, hijos de comerciantes, agricultores o profesionales. Comenzaron a expresarse a través de publicaciones que ellos mismos editaban, de las que entre 1916 y 1924 aparecieron más de treinta –de carácter cultural– en la ciudad.

En un primer tiempo (de 1916 a 1919) integraron el grupo, entre otros, Mariano Picón Salas, Constantino Valero, Pedro Romero Garrido, Carlos Gonzalo Salas, Pedro María Patrizi, Enrique Celis Briceño, Antonio Spinetti Dini y Pedro Andrade, a quienes se agregaron más Tarde (de 1919 a 1924) Pedro Guerra Fonseca, Pablo Celis Briceño, A. R. Silva, José Rafael Febres Cordero, J. de J. Márquez Molina, Eloy Chalbaud Cardona y Humberto Spinetti Dini. Coetáneo de los primeros fue R. A. Rondón Márquez en Zea, y de los segundos Carlos J. Pernía y Luis María Márquez de Tovar. Algunos de los estudiantes de otros lugares que venían a la Universidad, como José Félix Fonseca, Mario Briceño Iragorry y Tulio Chiossone, se vincularon con ellos. Y les enviaban colaboraciones dos jóvenes poetisas: Enriqueta Arvelo Larriva desde Barinitas y Clara Vivas Briceño desde Mérida o Caracas. Casi todos se fueron pronto a otros lugares a ejercer profesiones variadas. Aunque algunos pronto olvidaron sus tentaciones literarias, otros se convirtieron en figuras importantes de las letras nacionales e hispanoamericanas.

Refiriéndose a la obra de los poetas de aquella generación, dice Lubio Cardozo que es heterogénea en sus contenidos y en sus búsquedas, pero que se caracteriza en el lenguaje lírico por la mezcla de una múltiple tradición poética: el romanticismo en la expresión de los sentimientos,

el modernismo en la palabra y el nativismo en la recreación de paisajes y costumbres propios. Esos conceptos pueden extenderse también a casi todos los prosistas. Se debe agregar que, en general, estuvieron influenciados especialmente por dos poetas apenas mayores que ellos: J. A. Gonzalo Salas y Raúl Chuecos Picón. El primero había comenzado a escribir en *Génesis* (1905-1908), la prestigiosa revista merideña de comienzos de siglo; mientras que el segundo recién se había iniciado en 1911. Sus obras ya eran reconocidas y fueron como los mentores de las nuevas generaciones. Los estimularon en sus inquietudes literarias y en la difícil –y casi nunca rentable– tarea de mantener una empresa periodística en la provincia. La actividad del grupo tuvo un antecedente inmediato en la revista *Literatura Andina* (1914-1915) que dirigió Ulises Picón Rivas, con quien colaboraron Américo Menda y Tulio Gonzalo Salas.

Tal vez pueda decirse que el iniciador y posterior animador del grupo fue Mariano Picón Salas, quien entre 1916 y 1917 publicó en la tipografía El Posta Andino su primer periódico: *Labores Juveniles*. Fueron sólo 6 números. El primero apareció el 20 de mayo de 1916, cuando Picón acababa de cumplir 15 años. Gran parte de los textos (algunos en verso) de éste y los números siguientes fueron redactados por él mismo. Luego en 1917, junto con Marcelo Contreras y Miguel López Rojas, de un club gomecista, hizo un nuevo ensayo: *Alma y nervio*, que se quedó en un solo número. En 1918 editó otro órgano: *Arístides Rojas*. En éste tuvo la colaboración de dos estudiantes que eran sus mayores y también sus amigos: Mario Briceño Iragorry y Enrique Celis Briceño. Se convirtió en una revista de mucho prestigio; casi todos los merideños de entonces aparecieron en sus páginas: Tulio Febres Cordero, Diego Carbonell, Roberto y Eduardo Picón Lares, Humberto Tejera. Asimismo, Enriqueta Arvelo Larriva, de Barinitas. Algunos de los artículos eran verdaderos estudios sobre temas del mayor interés cultural o científico. En fin, antes de su partida definitiva de Mérida editó en 1923 *La Acción*. En el entretanto colaboró con muchos otros órganos: *Croquis*; *Desde la Sierra*; *Alquimia*; *Reflejos*; *Veinte Años* y la *Revista del Centro de Estudiantes*.

Enrique Celis Briceño fue el compañero de Picón en *Arístides Rojas*. De escritura inconstante, sorprendía con textos de fina prosa. Uno

de los más activos jóvenes del grupo fue Constantino Valero, para entonces estudiante de Derecho, que escribía sus primeros poemas, dedicados a una novia con la cual contrajo matrimonio sólo cincuenta años más Tarde. En agosto de 1918 puso en la calle el primer número de *Albores*. El periódico no era más que una pequeña hoja de cuatro páginas. Más Tarde editó *Ecos Andinos*, uno de los periódicos de mayor influencia en la región. Pero también fue colaborador de muchas otras publicaciones. De muy variadas iniciativas fue Carlos Gonzalo Salas: fundó *Cimas* en 1916, luego la *Revista del Centro de Estudiantes* (1921-1922) y más Tarde (1922) *La voz de Mérida*. Pedro Romero Garrido publicó *Veinte Años* (1918-1919) y escribió multitud de artículos en distintos órganos. Andariego, recorrió los Andes como fotógrafo. Editó en San Cristóbal la revista *Mástil* (1932), expresión de la vanguardia tachirense y una de las más importantes de los Andes en su tiempo. De vida muy agitada, Pedro María Patrizi dejó sus poemas –de muy diverso contenido– en casi todos los periódicos de la región. El mayor del grupo era Pedro Andrade, quien publicó *Proteo* en 1919 y colaboró en otros, como *Labores Juveniles* y *Albores*. Fue un excelente poeta.

Aquellos muchachos también divulgaron sus textos en otros periódicos que por la misma época editaron algunos escritores que se habían dado a conocer con anterioridad. Tal era el caso de J. A. Gonzalo Salas, quien publicó *La semana* (1918-1919) junto con Eduardo Picón Lares, animador a su vez de *El propagandista* (1916); y de Raúl Chuecos Picón, director de *Ensayos* (1917-1918) y *Alquimia* (1919). Ellos (y especialmente el último) a su vez colaboraron en casi todos los voceros de los más jóvenes. La mayoría de estos entregaron también páginas diversas a los dos órganos de prensa más o menos permanentes que circulaban desde antes. Eran *Los Andes*, de J. P. Franco Lizardo, que se mantuvo desde 1912 hasta 1926 (aunque en verdad recomenzó en 1916 luego de una interrupción de más de un año). Incluía una revista literaria de gran calidad. Franco Lizardo fue un personaje curioso de larga influencia en la política regional, dado a las innovaciones. Y *Desde la Sierra*, de Emilio Menotti Spósito, que circuló desde 1910 hasta 1923. Fue Menotti –la figura más florentina de nuestra historia– uno de los intelectuales de mayores iniciativas en Mérida. Ejerció

múltiples y disímiles oficios. Colaboró con casi todas las publicaciones de su época. Ejerció notable influencia sobre la generación de 1916, cuyos integrantes lo tuvieron siempre como uno de sus mentores.

Aquel vigoroso movimiento intelectual se vio alentado por el nuevo rector de la Universidad de Los Andes, el Dr. Diego Carbonell. Llegó a Mérida cuando Mariano Picón Salas y Antonio Spinetti Dini andaban por los 17 años. Sin duda, tuvo enorme influencia en la formación y en la vida de los muchachos de la época. Había sido designado rector del instituto el 15 de junio de 1917, en sustitución del Dr. Gonzalo Bernal, quien había asumido el cargo a la muerte del titular, el Dr. Ramón Parra Picón, ocurrida el año anterior. Carbonell, nacido en Cariaco en 1884, era un científico que había realizado estudios de postgrado en hospitales de París, por lo que conocía bien las nuevas corrientes del pensamiento. Entonces de sólo 33 años, había publicado varias obras. Tenía compromiso matrimonial con María Cristina Parra Salas, hija de Caracciolo Parra Picón, vicepresidente de la República, hermano del rector fallecido e hijo de Caracciolo Parra Olmedo, el rector heroico y de Cristina Salas Candales, descendiente de próceres de la independencia. Poco después casó con ella. Al mes siguiente ya estaba en la ciudad. Tomó posesión del cargo el 14 de julio, en medio de grandes expectativas. No sólo estaba ligado a los grupos sociales que dominaban la ciudad y la universidad, sino que tenía proyectos interesantes. En su discurso dijo que aunque era joven, podía ofrecer su insuperable entusiasmo y su amor por el trabajo. Advirtió que amaba la serenidad de la meditación y el monólogo de donde surte la ciencia.

Diego Carbonell quiso impulsar la transformación de la vieja universidad, que propiamente no era tal, como bien había observado el alemán W. Sievers. La universidad estaba reducida a dos escuelas: de Ciencias Políticas y de Ciencias Eclesiásticas, de funcionamiento muy irregular. Tenía muy pocos alumnos y casi ninguno asistía a clases, por cuanto los exámenes se presentaban fuera, ante un jurado oficial, que no exigía la aprobación del profesor de la asignatura.

Año	Cien. Políticas		Cien. Eclesiast.		Farmacia		Agrimensura	
	Alum.	Prof.	Alum.	Prof.	Alum.	Prof.	Alum.	Prof.
1916	23	5	18	4	----	----	----	----
1917	15 <sup>(1)</sup>	7	9	4	----	----	----	----
1918	s.d.	4	s.d.	3	9	3	s.d.	2

<sup>(1)</sup> Cifra probable

Fuente: Archivo Histórico de la Universidad de Los Andes

El nuevo rector quiso modificar aquella situación. Y exigió la reforma del reglamento de la materia al Poder Ejecutivo Nacional, lo que no consiguió. Pretendió ampliar los estudios. Con tal fin, el 1 de abril de 1918 se creó la Escuela de Farmacia (que había funcionado entre 1894 y 1905) y el 21 de junio siguiente la Escuela de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales o de Agrimensura. La primera mantuvo actividad limitada durante una década. La otra no funcionó, pues los alumnos desertaron luego del receso obligado que produjo la epidemia de gripe española.

Carbonell anticipó el futuro de la Universidad. En su artículo “Mérida, ciudad universitaria” (*Ecos Andinos*, 5 de febrero de 1921), señaló las condiciones favorables que tenía la ciudad para ser sede de una verdadera universidad: “Las condiciones que reúne la ciudad... son únicas en el país; su clima no tiene igual, sus panoramas inclinan a la meditación que una dirección pedagógica bien llevada, transformaría en la meditación provechosa”. Por eso, agregaba: “Yo no me explico por qué no se ha transformado ya a Mérida en la ciudad universitaria de la República; ella debe ser la sede del pensamiento, aquí debieran venir los que desean cultivar las ciencias, aquí debieran estar las escuelas prácticas porque aquí el trabajo no cansa jamás”. Pero no logró crear la universidad moderna. La vieja casa siguió siendo, en esencia, la misma. Ni siquiera aumentó el número de sus estudiantes:

Año	Cien. Políticas		Cien. Eclesiast.		Farmacia		Agrimensura	
	Alum.	Prof.	Alum.	Prof.	Alum.	Prof.	Alum.	Prof.
1919	9	6	s.d.	s.d.	s.d.	3	s.d.	2
1920	15	7	5 <sup>(2)</sup>	4	6 <sup>(2)</sup>	3	----	----
1921	6 <sup>(2)</sup>	3	s.d.	s.d.	5 <sup>(2)</sup>	5	----	----

<sup>(2)</sup> Número de alumnos que presentaron exámenes.

Fuente: Archivo Histórico de la Universidad de Los Andes.

Pero con él ingresaron en las aulas el espíritu crítico y las tendencias modernas. Organizó un ciclo de conferencias sobre temas de gran actualidad, abiertas a todos, para las que fueron invitadas distintas personalidades. También transformó la *Gaceta Universitaria*, que se convirtió en una auténtica revista. Su influencia entre los estudiantes de Mérida fue grande y, especialmente, sobre el grupo de muchachos, casi adolescentes, que por entonces nacía a la vida intelectual a través de los pequeños periódicos citados

En el N° 36/37 de *Ecos Andinos* (del 11 de noviembre de 1920) apareció un artículo sin firma titulado “La actuación del Dr. Carbonell en Mérida”, que se refería a la influencia señalada. Se había convertido, decía el articulista, en el centro hacia el cual convergían todos los hombres cultos y selectos. Porque Carbonell representaba un espíritu nuevo, capaz de transformar las viejas instituciones. “Ha perseguido exponer ideas nuevas ... y destruir en la masa prejuicios siglodoce, arraigados en el alma colectiva desde viejos tiempos coloniales”. Tal cosa no era fácil. Muchos creían que sus ideas científicas eran contrarias a las creencias cristianas. Lo veían como poco menos que un hereje. Entre ellos estaban el Deán J. Clemente Mejías y el Canónigo J. Edmundo Vivas, quienes advertían sobre los “injuriosos y blasfemos conceptos del actual Rector de la Universidad de Los Andes” (*Ecos Andinos*, 28 de noviembre de 1920) en contra de la religión y de la patria. A algunos no gustaban sus críticas a ciertas prácticas, como las que formuló luego de escuchar los sermones predicados en Mérida en las misiones de 1918.

Pero la mayoría le manifestaba aprecio. “No hay que engañarse; hay que ser justos y buenos. Como dijo Unamuno. La huella mental de Carbonell en Mérida es huella profunda, imposible de ser borrada”. Y es que, además, impulsó muchas iniciativas de bienestar colectivo, como la creación de una Escuela de Enfermería (en la Casa de la Misericordia) y la organización del Hospital, para el cual promovió la construcción de un edificio moderno, cuyos planos fueron elaborados por D. Emilio Maldonado. Los merideños reconocían, especialmente, su actuación durante los aciagos días de la gripe española. Entonces, no sólo fue médico de todos los enfermos, sino que convirtió los claustros universitarios en asilo de los atacados y logró que el obispo hiciera lo mismo con el Museo Diocesano. En febrero de 1921, cuando la obra comenzaba a dar frutos, Diego Carbonell se marchó de Mérida. Él mismo informó a la colectividad en aviso que publicó curiosamente la misma edición de *Ecos Andinos* en que apareció su artículo sobre el futuro de la universidad andina. Ido de Mérida, sería miembro de las Academias de Medicina, de Historia y de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, embajador en Brasil (1921), rector de la Universidad Central (1925) y embajador en Colombia (1935), Bolivia (1939) y México (1941).

Entre quienes recibieron su influencia estuvo Antonio Spinetti Dini. En julio de 1917 Spinetti fundó en Ejido su primer periódico (de intereses generales, literatura y variedades): *El Civismo* (1917-1918), nombre que había tenido otra publicación del lugar tiempo atrás, en 1889. Se imprimió en la Tipografía El Posta Andino de los hermanos Picón J. Tonino aparecía como director y Arturo Sergent como administrador. Entre sus colaboradores permanentes figuró Emilio Menotti Spósito; pero en forma ocasional lo hicieron algunos de quienes lo acompañarían en sus empresas culturales de los años siguientes. Aquella fue una iniciativa de muchacho que, como su nombre lo indica, mostró en fecha temprana la preocupación por la formación cívica de la gente, lo que sería una constante en su vida. El periódico incluyó textos de don Tulio Febres Cordero en los números 6, 7/8 y 11/12. Quiso ser la voz para un Pueblo andino. Lo movía el ímpetu constructivo. No fueron muchos los números: apenas 12 en 10 ediciones (los número 7/8 y 11/12 aparecieron juntos). Pero a su



joven director señaló un camino: el de la transmisión de las ideas a través de la prensa. Por eso, a ese primer ensayo siguieron otros. En realidad, nunca abandonó la actividad editorial hasta su temprana muerte.

La Biblioteca Nacional guarda una colección completa. Casi todos los números, salvo los que son dobles, tienen 4 páginas, la última destinada a los avisos. No se informa sobre el número de ejemplares en circulación; pero a partir del número 4 parecen ser 300, pues ese es el número de cupones de un concurso que se devuelven a la redacción. Casi en todos aparecen noticias sobre la guerra europea y algunas pocas locales. Incluye textos de autores y poetas extranjeros como Jorge Isaac o Rabindranath Tagore. En el número 3, con motivo de la inauguración de la carretera de Mérida a Ejido, prevista para diciembre de 1917, el periódico abrió un certamen de belleza entre las señoritas de la población y un concurso de poesía sobre un único tema: la mujer. En *El Civismo* aparecieron algunos de los primeros textos en prosa de Spinetti Dini. Así: en el número 3 “A Francia”, que es un elogio de la nación gala; en el número 4 “Tarde de invierno”, texto descriptivo; en el número 5 “La prueba”, cuento corto de tema amoroso; y en el número 7 “Motivo melancólico”, escrito de evocación.

El número 7/8 corresponde al 1 de enero de 1918. En él figura como redactor José Félix Fonseca, el malogrado poeta trujillano. Es un número de gala. Tiene una portadilla con adorno y un retrato de Amador Uzcátegui García, presidente del Estado. Es una edición de 14 páginas con textos de Eduardo Picón Lares, J. F. Fonseca, Roberto Picón Lares, Tulio Gonzalo Salas (fallecido poco antes), J. A. Gonzalo Salas, Pedro Romero Garrido, Carlos Gonzalo Salas, E. Menotti Spósito, Pbro. J. Ramón Gallegos y Ramiro del Valle (seudónimo del anterior). También uno especial de Tulio Febres Cordero sobre la ciudad de Ejido. Y varios poemas y textos en prosa de Antonio Spinetti Dini.

Aquel número especial nos ofrece una larga relación sobre el concurso de belleza convocado por el periódico y sus resultados. Resultó triunfadora la señorita María Guerra Fonseca, seguida por Herminia Molina y Ana Luisa Rodríguez. Igualmente, se refiere al certamen de poesía, que ganó Eduardo Picón Lares con una composición titulada “La mujer”.

Además, trae una extensa información sobre el acto de premiación celebrado en la casa de doña Amalia de Tancredi en Ejido el 23 de diciembre anterior. Por el periódico nos enteramos que la velada fue amenizada por la orquesta del profesor Ochea. Y que durante la misma pronunciaron palabras Tonino, Mariano Picón Salas, a quien se llamaba “el muchacho erudito” y Eduardo Picón Lares, quien ya tenía fama de orador.

En ese mismo número aparecieron dos textos en prosa de Spinetti Dini: uno corto, “La gloria” y otro más largo, “La imagen del pasado”, que es un cuento de tema amoroso. Y varios poemas: tres semblanzas en verso dedicadas a las ganadoras del concurso de belleza; y otros dos, redactados antes, que tienen mucha importancia por ser de los primeros del poeta. Uno, “La primera canción”, está fechado en octubre de 1917. Se trata de un brindis dedicado a una niña:

*Yo brindo por la niña de hechizos tentadores  
de mejillas rosadas y boquita de fresa  
(que) arrancara a mi lira la primera canción.*

Este parece ser el primer poema escrito y publicado por el poeta, que para entonces tenía 17 años. El otro, fechado el 13 de noviembre de 1917, está dedicado a Andrés Mata. Se titula “Por qué”.

*Por qué pasan tan raudas y ligeras,  
las de la infancia sosegadas horas,  
y la ilusión hermosa y las quimeras,  
como pasan veloces las auroras...*

*Por qué pasa tan pronto la dulzura  
del primer beso, ardiente y amoroso,  
si no se acaba nunca la amargura  
que deja el desengaño doloroso.*

En el número 9 (de 8 de febrero de 1918) se incluyen varios textos de Spinetti Dini: un cuento, “Maldita sea la guerra” (sobre un joven

inmigrante italiano en Argentina que regresa a la patria para morir por ella), y varios poemas: “Del florido jardín de mis versos”, que comprende cinco dedicados a igual número de damas de la época “Rosas del de Ejido lozano vergel”; “Ven a mí”, de tema amoroso; “Spleen”, sobre el destino y “Postal” a una mujer. Sobre el destino escribió de manera profética:

*Por eso yo la miro (a la flor de la vida),  
sin que nunca me inquiete  
el que se mustie siempre, o viva muchos años.  
Y la contemplo siempre, tranquilo e indiferente.*

Todavía no había cumplido 18 años y ya Tonino, el muchacho italiano de Ejido que ayudaba a su padre a atender el negocio de víveres y géneros, había publicado 9 números de su primer periódico y un conjunto notable y variado de textos tanto en verso como en prosa. Hablaba dos idiomas y leía en otro y había adquirido, gracias a sus muchas lecturas, un buen bagaje cultural. Gozaba del aprecio de los compañeros de generación, que lo tenían como uno de sus representantes y que bajaban desde la ciudad a visitarlo. Y sin duda era toda una figura en el pequeño burgo que era Ejido. Más aún, mantenía amistad con notables de la cercana Mérida, como don Tulio Febres Cordero, Eduardo Picón Lares o Juan Antonio Gonzalo Salas.

En el número 10 de 1 de abril de 1918 apareció un largo poema titulado “Cantos patrióticos”. El mismo comprende tres partes: la primera “A Italia”; la segunda sin título y la última “A los soldados italianos”. Toda la obra es una expresión de amor por la patria lejana, a la que esperaba volver algún día, y que en aquel momento se encontraba en peligro. En efecto, el reino de Víctor Manuel III estaba en guerra contra el Imperio Austro-Húngaro, al que disputaba la soberanía de importantes regiones, entre ellas el Véneto:

*¡Italia! Italia! ¡amada Patria mía!  
¡Magnífica región a quien adoro!  
Aunque de ti estoy lejos, yo te adoro,  
mi bella y adorada Patria mía.*

*De amor, yo guardo para ti, un tesoro,  
y es mi anhelo, volver a ti algún día.*

En el mismo número, se publicaron otros dos textos suyos: el poema “Golondrina”, que es una descripción de la Tarde en que confesó su ardiente amor a una muchacha:

*Por fin, decirte pude, con acento  
temeroso, que te amaba con pasión.*

Y el cuento “Regeneración”, que toma el tema muy caro a los románticos de la redención de un malvado, en el caso, un pirata por el amor de una mujer. Está fechado en 1917. Una nota que lo precede señala que el relato forma parte de un libro en preparación titulado *Sor melancolía y otras narraciones*, que nunca llegó a la imprenta. Entre las notas aparece una que informa sobre la visita que realizara a Ejido Mariano Picón Salas para llevar el primer número de la revista *Arístides Rojas* y otra sobre la reelección de Amador Uzcátegui García como presidente del estado. Ya lo era desde 1914.

El número 11/12 del 5 de julio de 1918 marcó el primer aniversario de la publicación que fue realmente mensual. Y resultó ser el último de aquella primera experiencia periodística de Spinetti Dini. Fue una edición especial con textos de E. Menotti Spósito, Ramiro del Valle, Tulio Febres Cordero y J. Ramón Gallegos. Y Tonino incluyó en la misma varios de sus poemas: “Oro puro”, dedicado a Guillermo Valencia; “De un amor que pasó”, con recuerdos de un idilio de los 15 años; “Soneto”, sobre un amor perdido; “Noche de plenilunio”, a Udón Pérez; “A mi abuela”, del que se habló atrás; y “Símil”, comparación entre las fases del amor y las estaciones del tiempo. Y, también, dos textos en prosa: “Semblanza”, en que vuelve sobre el tema de la guerra y “El triunfo”, cuento dedicado a Jorge Schimidke.

Los jóvenes de 1916-1924

Influencias y estímulos	Grupo de 1916-1919	Grupo de 1919-1924	Asociados
Modernistas: J.A. Gonzalo Salas. 1897-1949	M. Picón Salas. 1901-1964	P. Guerra Fonseca. 1904-1996	J. F. Fonseca (Trujillo). 1897-1948
R. Chuecos Picón. 1891-1937	C. Valero. 1897-1992	P. Celis Briceño. 1907-1987	M. Briceño Iragorry (Trujillo). 1897-1958
"Literatura Andina": Ulises Picón Rivas. 1891-1968	P. Romero Garrido. ?-1941	A. R. Silva. 1905-?	T.Chiossone (Táchira). 1905-2001
Américo Menda. 1887-1946	C. Gonzalo Salas. 1898-1964	J. R. Febres Cordero. 1898-1974	E. Arvelo Lariva (Barinitas). 1886-1962
T. Gonzalo Salas. 1894-1916	P. M. Patrizi. 1900-1949	J. de J. Márquez Molina.	C. Vivas Briceño (Mérida). 1897-1977
"Los Andes": J. P. Franco Lizardo.	E. Celis Briceño 1903-1974	Eloy Chalbaud- Cardona 1904-1995	
"Desde la Sierra" E. Menotti Spósito 1891-1951	A. Spinetti Dini 1900-1941	H. Spinetti Dini 1907-1984	
	P. Andrade 1895-?	C.J. Pernía (Tovar)	
	R. A. Rondón Márquez (Zea) 1898-1966	L. M. Márquez (Tovar)	

### III

#### Rosas y versos

Fue precisamente en uno de los periódicos que circularon por aquella época –*Albores*, dirigido por Constantino Valero– donde Tonino publicó algunos de sus primeros versos fuera de Ejido. El número uno de aquel periódico salió en agosto de 1918, el número 2 al mes siguiente y el número 3 en octubre, cuando en Europa terminaba la primera Guerra Mundial.

Ese número 3 incluía una leyenda, *Las rosas rojas*, que contaba la vida breve de un pequeño paje enamorado. Se llamaba Gallardo, y era

*el más listo y hermoso  
y cayó enamorado de Laura,  
la gentil princesita.*

El texto narra el encuentro de los amantes y la delación del romance por un compañero celoso al Señor del Castillo, padre de la jovencita, quien ordenó la muerte en la horca del pajecito. Al final nos revela la tristeza que la pérdida del amado ocasionó en la princesita, quien

*todas las noches...  
va a llorar al rosal su desgraciado amor.*

Las lágrimas derramadas por la muchacha hacen que las rosas rojas del jardín se tornen blancas:

*el color encarnado,  
en uno cual la nieve, blanco se transformó.*

Al parecer, al joven escritor no interesaban mucho los acontecimientos del momento. Las revoluciones como la bolchevique de Rusia y las grandes guerras estaban muy lejos. Sus personajes eran pajes galantes y delicadas princesitas. Tampoco había recibido la influencia de las nuevas corrientes literarias.

Los números siguientes insertaron otros poemas de Tonino: “Recuerdas” en el número 4 de noviembre de 1918; “Era en la adolescencia” en el número 5 de enero de 1919; y “Flor galante” en el número 6 de junio de 1919.

En el número 5 apareció una nota sobre el *Breviario*, que Spinetti acababa de publicar en Ejido (noviembre de 1918) y sobre el que se volverá más adelante. La nota crítica decía: “...a esta edad (18) nuestros versos, bien pueden carecer de ritmo o de metro, pero en cambio tienen la gran sinceridad del corazón”. La nota escogió uno de los poemas, “Anarquismo”, para mostrar las características del pequeño libro.

En diciembre de 1918, por Pascua de Navidad, en “días griposos”, pues “una epidemia llamada influenza española” había “invadido los solares de las tierras de Venezuela” y “que como española es intransigente y bravía” apareció el primer número de *Veinte Años*, revista de juventud y arte, publicada por otro joven entusiasta del periodismo, Pedro Romero Garrido. La nota editorial advertía que se trataba de una revista que “acaso dure tres meses, de que acaso salgan tres números, compleja, desordenada con toda la floración de unos locos veinte años”. Y en efecto, apenas duró hasta abril siguiente. Tal vez creó gran conmoción en la muy tradicional ciudad a la que se definía en esa misma entrega como “católica y pontificia”, puesto que era nieta de Felipe II y había apadrinado en óleos el monje Torquemada. En aquel primer número colaboraban: Mariano Picón Salas, Raúl Chuecos Picón, Enriqueta Arvelo Larriva, J. A. Gonzalo Salas, Mario Briceño-Iragorry, José Félix Fonseca y Antonio Spinetti Dini.

De Spinetti se escogió el poema “Yo amo la armonía”, verdadero manifiesto estético, firmado en aquel diciembre:

*Yo amo la armonía absoluta, impecable  
que en las formas refléjase de la mujer hermosa,*

*en el caos nocturno y el enigma impalpable.*

...

*Yo amo la armonía que vibra*

...

*en el cuadro magnífico de la Naturaleza  
en cuanto habla al espíritu de emoción y belleza  
y en todo lo que alienta la inmensidad.*

Y también esa revista dedicó una nota al *Breviario* del mismo autor que acababa de aparecer. Aquellos catorce sonetos “son como catorce rosas por abrir”. No era muy favorable la crítica: “No queremos decir... que los versos de Spinetti Dini sean malos; por el contrario, somos optimistas y creemos que con una buena preparación literaria que únicamente se adquiere con la meditación y más que todo con el estudio mediatisado, esos catorce sonetos que hoy son meros brotes, se transformarán mañana por virtud del Arte en delicadas rosas de exquisitos aromas”. Parece que en la calle los versos no habían sido bien recibidos, porque la nota hacía referencia a ciertas “habladurías callejeras”, cuyo contenido desconocemos hoy.

El número 2 de la revista apareció en febrero de 1919. Entre los colaboradores figuraban: J. A. Gonzalo Salas, Raúl Chuecos Picón, Mariano Picón Salas, Mario Briceño Iragorry, Emilio Menotti Spósito y Pedro Romero Garrido. En el número 3 de abril de aquel mismo año, se da cuenta de la polémica suscitada por un artículo de Picón Salas incluido en el número 1 sobre la obra de don Tulio Febres Cordero. Ese artículo, así como otro de Raúl Chuecos Picón, no gustó a quien ya era considerado “el patriarca de las letras” merideñas ni a algunos de sus amigos. Don Tulio replicó con el seudónimo de “El catire Etanislao”, ante lo cual los jóvenes guardaron respetuoso silencio. Pero Mariano Picón Salas sí hubo de contestar la críticas de Eduardo Picón Lares cuyo artículo calificó de “dogmático” y de Octavio Hernández, de Maracaibo, arcaísta y sabio. Hizo el elogio de don Tulio y explicó los conceptos que había expuesto. Fue ese el primero de varios textos que dedicó al venerable patriarca por quien sentía profunda admiración. En el mismo número se informó del



viaje de Mariano Picón Salas a Caracas: “Va en pos de horizonte intelectual y artístico más amplio”. No fue ese el viaje definitivo, porque regresaría por un breve tiempo a Mérida. Pero provocó la desaparición de la revista que conmovió con la polémica sobre don Tulio los tranquilos días de la vieja ciudad.

Los primeros versos de Antonio Spinetti Dini, como los de otros de sus amigos, estaban notablemente influenciados por la obra de Gabriele D'Annunzio (1863-1938). El poeta italiano gozaba de gran popularidad en Venezuela y América Latina desde finales del siglo XIX. Su obra, traducida al castellano, se publicaba en periódicos y revistas (como *El Cojo Ilustrado* y *Cultura Venezolana*). Se conocían los actos de su vida fabulosa, como sus gestas guerreras y hasta sus gestos dramáticos. Se seguía con verdadera pasión las noticias sobre su vida íntima, su manera de vivir, su rosario de amantes y sobre todo su tortuosa relación (llamada por algunos como el gran amor del siglo) con la gran actriz Eleonora Duse. Se leían sus novelas y poemas. Se le tenía como el primero de los escritores italianos y, junto a Tolstoi y Zola, como uno de los grandes artistas del mundo moderno.

D'Annunzio, influido en sus inicios por Giosué Carducci (1835-1907), proclamaba su adhesión al culto de las formas. Creía en la palabra bonita, preciosista, carente de contenido. Y quería restaurar el gusto y la admiración por la belleza que había caracterizado a los antiguos latinos y a los italianos del Renacimiento, a cuya defensa llamaba en verdadera cruzada:

*¡Defended la Belleza, la divina  
y eterna inspiración de nuestras almas!*

Cantaba la belleza sensual, refinada y voluptuosa. Su estilo era rico en música e imágenes. Estaba lleno de galas retóricas. Por eso, sus críticos lo acusaron de estilismo ornamental, de exhibicionismo pomposo y de decadentismo. Su técnica está lejos de la fantasía, del ingenio y del sentimiento que caracterizan al verdadero poeta. Después de encontrarse con el filósofo alemán Frederick Nietzsche halló, en la doctrina del

superhombre, el fundamento para rechazar los impedimentos morales que antes le inquietaban. Su verso y su vida se hicieron más libres. Y se convirtió en héroe de las nuevas generaciones. Pero a pesar del prestigio que lo rodeó, ya en vida comenzó a ser atacado. Hoy en día la crítica ha demolido la fama de sus obras. Incluso las famosas *Laudas del cielo, del mar, de la tierra y de los héroes* de 1903-1904 han perdido la consideración que tuvieron. Apenas si se reconoce valor a algunas de sus páginas sueltas. Poca frescura conservan sus versos, que en gran medida se han marchitado.

Los primeros versos de Spinetti Dini revelan la influencia del modernismo, especialmente del decadentismo de D'Annunzio. Como casi todos los jóvenes de su generación admiraba al italiano. En Mérida otros también lo mencionaban. En su conferencia sobre Las nuevas corrientes del arte leída en la universidad en 1917, Mariano Picón afirmó: “El mosto que en su poesía nos presenta G. D'Annunzio verdad que es amargo y fermentado, pero es mosto nuevo”. Y la revista *Croquis* (de Pablo Celis Briceño y L. A. Celis Paredes) abrió su primer número con el célebre verso del poema “A los artistas”:

*¡Defended la belleza! Ese es vuestro deber.*

Spinetti, en repetidas ocasiones, elogió al poeta italiano. En el número 3 de *El Civismo* (29 de agosto de 1917) lo llamó “encarnación perfecta de los antiguos bardos, que tan pronto cantaban en sentidos madrigales y romances las cuitas de su alma y la belleza de Dulcinea, como peleaban por el lar nativo”. También le dedicó algunos poemas, como el publicado en el N° 8 de *Luz* (julio de 1924):

*¡Tú, Duca! ¡Tú, maestro! ¡Tú, Signore! ¡Oh divino  
Gabriele anunciador de una nueva belleza!*

*Fuerte y sensual, soberbio cual César Borgia has sido.  
¡Oh italiano genial!*

Sin duda, los versos de esta primera etapa de su vida muestran la influencia del italiano. Se caracterizan por su musicalidad y su retórica. No tienen contenido, sólo forma. Son galas de palabras, a veces excesivas, que desaparecerán en obras posteriores. El tiempo y el oficio –y el influjo de nuevas corrientes– las irán eliminando.

Pero más allá del ascendiente de un autor particular, los textos de Spinetti y de muchos de sus compañeros en aquel entonces revelan la marca de un tiempo histórico en un lugar determinado. Las condiciones de la época, sin duda, explican tanto el contenido como las formas empleadas por los escritores de finales del siglo XIX y comienzos del XX no sólo en Venezuela sino en gran parte de los países de América Latina. Lo entendió así, desde muy temprano Mariano Picón Salas, uno de aquellos muchachos de 1916. Seducido en sus primeros días por las formas, bien pronto resultó golpeado por los problemas de la zozobra humana y pudo escuchar el reclamo colectivo de las multitudes que pasaron a su lado y ver al hombre de nuestro tiempo “sometido a olvidadas y nuevas pruebas de horror como acaso el occidente no sospechaba desde las hordas de Tamerlán”. Acosado, buscó nuevos derroteros. Pero, en una especie de memoria de aquellos años, *Regreso de tres mundos*, nos dejó su explicación sobre la influencia de las condiciones históricas en la obra de los escritores de la generación anterior a la suya.

Los escritores del modernismo –afirmó Picón Salas– conocieron una época y se alimentaron de fábulas y mitos distintos a los suyos. Era todavía el tiempo del caos en la América Latina, de primitividad y violencia, que siguió a la Independencia; de pueblos miserables sometidos por la fuerza al vasallaje, de caudillos y tiranos que imponían su voluntad sin límite alguno, de revoluciones con hombres armados de machetes, de ejércitos extranjeros que pretendían poner orden, de tierras entregadas a empresas foráneas. Aquellos intelectuales observaban que “abonados estaban los caminos, los muros de las cárceles y la arena de las playas con los huesos de tantos redentores que se frustraron” en el intento de cambiar las cosas. En tales condiciones, la mayoría de ellos había renunciado a la lucha y prefería acomodarse a la situación. Fueron pocos los que, como José Martí, se habían sacrificado por un sistema y una justicia

que no conocían nuestras naciones. Por eso, no podía resultar extraña la común fuga estética de aquella generación. Las más bellas páginas de nuestra literatura de entonces contenían, en cierto modo, la renuncia de su destino histórico.

Aquellos escritores y también los artistas –nos dice Picón Salas– salieron a buscar el arte “más allá de su frontera americana de selvas, montañas y cruel soledad”. Angustiados, pesimistas ante el destino de sus pueblos que creían condenados al atraso, prefirieron “desterrarse en un mundo artificioso donde la retórica o la contemplación estética del pasado los alejase de la realidad... La mayor parte de ellos, sintiendo acaso la fealdad o la imposibilidad de existir en sociedades advenedizas o semi-bárbaras, preferían evocar los cuadros, las estatuas, el refinamiento de la lejana vida europea”. A ellos y a las élites de la época les gustaba parecerse a las gentes del viejo continente y de Norte América, cuyas costumbres copiaban y donde deseaban vivir en permanencia. Por ello, se disfrazaban “de condottieros italianos del Renacimiento, de abates versallescos, de conquistadores españoles, de superhombres nietzscheanos, o aun de guerrilleros de la manigua... El escape de la vida o de la responsabilidad histórica se cubría con las más bizarras máscaras”. En realidad, huían.

No querían saber de sus países de origen, en cuyas posibilidades de progreso no creían. Más aún, confiesa el memorialista: “nos decían a los jóvenes (yo todavía los alcancé a oír) que no había llegado, y que acaso no llegaría nunca, la auténtica hora de la cultura”. Ante tal panorama “¿Qué iban a hacer entre tiranos, verdugos y plebe analfabeta esos grupos de platónicos? Huían de sus ciudades de techos bajos, de adobe sin nobleza, de gallinazos que velan entre los tejados y los campos desiertos la hora de las carroñas; huían de las cárceles de Caracas o de Guatemala, de Estrada Cabrera o Cipriano Castro, a forjarse sus Florencias o Romas ideales”. Muchos de ellos se marcharon para vivir en el exterior en un exilio que se hizo permanente. Y poco a poco se olvidaron de la geografía de sus provincias, de las costumbres de sus pueblos y, con el paso de las generaciones, hasta de la lengua de sus padres. Pero otros, que no podían hacerlo o que querían conservar sus propiedades o sus privilegios, se quedaron, procurando aislarse de la realidad. Les bastó a los escritores

del modernismo una excluyente preocupación de la belleza pura. Se refugiaban “en los versos de Mallarmé, o las más aéreas y fugaces creaciones del impresionismo, o el leve y nocturno rumor de la música debussiana –supremas flores de la cultura de entonces–”.

Y fueron ellos –los modernistas– quienes formaron a las primeras generaciones literarias del siglo XX. Su influencia llegó con retraso a la provincia venezolana, especialmente a través de seguidores tardíos – los postmodernistas y decadentistas– casi cuando otras tendencias de vanguardia empezaban a dominar los ambientes literarios y artísticos. Eso explica el pronto rechazo de los más jóvenes a los autores de sus inicios y su adhesión a nuevos modelos. En efecto, querían ser gentes de la época, hundidos en ella. Participar como actores y no como testigos lejanos y pasivos. Así, en poco tiempo sus versos y sus escritos abandonaron las reglas del modernismo para adoptar el contenido y las formas de otras escuelas.

#### IV

### 18 años, 18 novias y 14 sonetos

Era un muchacho de 18 años cuando en 1918 publicó en Ejido su primer libro de poemas: *Breviario galante y rebelde*. En verdad, no más que un folleto de 14 sonetos en 18 páginas, editado por el mismo autor, quien no hizo mención del impresor. Estaba dedicado a sus “amados padres”. “Flor de adolescencia” lo llamaría muchos años después el poeta.

Aquel cuaderno, que recogía versos en noviembre de 1918, estaba prologado por Mariano Picón Salas, a quien no le gustaba ser prologuista: “Mas hoy por hoy estas frases mías no serán para el lector una antesala. ¡Es tan breve el libro! Catorce poesías que se pueden leer en catorce minutos...” Según él: “catorce sonetos donde en veces hallarás broza, y alguna vez entre las brozas escondido el nácar de alguna rosa. Son versos, apenas versos”. Así presentaba al amigo: “Antonio, muchacho de 18 años que ha tenido 18 novias que lo han hecho irrumpir en más de 18 sonetos”. Pero profetizaba: “Hay alas en Spinetti Dini”. Y explicaba: “...a veces se siente rebelde y entonces quiere [...] el molde romper del arcaísmo [...] A veces esas alas cruzan cielo propio [...] a veces esas alas vuelan por los cielos rastreados hace mucho por todas las viejas alas”.

En aquellas páginas aparecía el amor de los primeros años. Después, el tema del amor se repetirá a lo largo de la obra del autor: el amor por la mujer, el amor por los hijos, el amor por los demás. En el *Breviario* figura en tres sonetos: “Ayer y hoy” (que en verdad son dos) y “¿Recuerdas?” Los primeros muestran dos tiempos de un amor pasado:

Hoy

*Me ama y yo la adoro; nuestra vida  
de ensueño y de esperanza es un poema,  
que al amor y a la dicha nos convida.*

Ayer

*Me olvidó y la olvidé... No queda nada  
de mi pasión tan loca y desgraciada  
que fue ingenua y feliz como ninguna.*

El otro es un recuerdo de un amor de adolescencia, no exento de pasión sensual:

*Pálidos, sonreídos... nos miramos silentes  
un instante tan solo... Después, desfallecientes,  
tú caíste en mis brazos... caí en tus brazos yo...*

*Escuchóse un rumor de suspiros, de besos...  
De risas...*

Ese primer libro de Antonio Spinetti, tanto como los primeros versos escritos en Ejido, se inscriben dentro de la corriente del modernismo. En realidad el poeta, casi un adolescente, no hacía otra cosa que seguir las tendencias todavía dominantes en la literatura hispanoamericana y venezolana. Ciertamente es que el influjo de aquella corriente, algunos de cuyos cultores eran leídos por muchos en la ciudad, llegó a Mérida con algún tiempo de retraso. El modernismo, reconocido desde las grandes obras de Rubén Darío –*Azul* (1888), *Prosas profanas* (1896) y *Cantos de vida y esperanza* (1905)– que en Venezuela tenía representantes de tanta significación como Manuel Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll y Rufino Blanco Fombona, cuyas obras así como las de otros de la misma tendencia difundían desde Caracas *El Cojo Ilustrado* y *Cosmópolis*,

tropezó con la influencia de Gonzalo Picón Febres y de la generación de *Génesis*, más inclinados hacia el romanticismo. No obstante, los jóvenes escritores que surgieron en la segunda década del nuevo siglo, más dados a la innovación, se iniciaron bajo el modernismo, tal vez como expresión de rebeldía frente a las formas predominantes en el lugar. Algunos, con fines didácticos, los han llamado postmodernistas: lo serían Tulio Gonzalo Salas, Eduardo y Roberto Picón Lares, Raúl Chuecos Picón y E. Menotti Spósito.

El modernismo representaba una reacción contra el neoclasicismo y el romanticismo. Era un movimiento de rebeldía frente a la tradición. Sus iniciadores pretendían romper con las normas establecidas, abandonar los esquemas seguidos hasta ese momento e innovar en la creación literaria y artística en general. La lengua requería un remozamiento. Por eso se propusieron reemplazar las viejas maneras por otras nuevas, incluso prestando algunas a otros idiomas. Ese deseo de inventar produjo una revolución formal tanto en la prosa como en el verso, que buscaba, en síntesis, la perfección de las formas. La prosa se despojó del estilo oratorio y grandilocuente que la caracterizaba para finales del siglo XIX. Y el verso adoptó moldes nuevos, algunos muy complejos. Sin embargo, el ánimo innovador condujo al esmerado cultivo de las formas lo que llevó a descuidar la calidad de la obra y el interés por su contenido. Manuel Díaz Rodríguez lo advirtió: “Hemos sacrificado la obra al instrumento. Hemos acabado por crear, a fuerza de cultura de superficie, un estilo dúctil, bello, grande, multiforme, y sin fragancia, que es rica flor de vanidad, ni más ni menos”.

Entre los jóvenes la influencia de los malos imitadores de Rubén y de los decadentistas era notoria. Muchas de aquellas formas expresivas eran huecas de contenido. Reflejaban la moda provinciana, como se puede observar en este soneto “Ayer” de Spinetti:

*Ya pasaron los céfiros vernales,  
huyeron las locuaces golondrinas,  
mustios están del huerto los rosales  
y callada la fuente cristalina.*



*Ya no teje mi musa madrigales  
para la amada, traicionera y bella,  
que fue en la negra noche de mis males  
una luciente y compasiva estrella.*

En realidad, la formación literaria de aquellos jóvenes era deficiente. “Creíamos en nuestra adolescencia y con deficiente educación literaria, en una serie de pequeños dioses que derribaría el tiempo”. Y no llegaban aún los aires de los poetas de vanguardia. Picón Salas afirma que “librescos y modernistas, llenos de cosas que no había visto o no podía sentir de modo directo –princesas o esmaltes italianos, heroínas rubias y frenéticas de Gabriel D’ Annunzio– eran los versos adolescentes de Tonino”. Lo mismo podía decir de muchos de los compañeros de sus primeras aventuras literarias.

Dos de los sonetos hacían el elogio de “El silencio” (I y II) y otro de “El olvido.” Uno ofrecía una descripción poética de la noche “Croquis Nocturno”. Y en otro “Amemos y Soñemos”, el autor mostraba su modelo de vida:

*Todo invita al ensueño: los dolores  
y el placer; la alegría y la tristura,  
la miel que nos ofrece sus dulzuras  
y la hiel que nos brinda la amargura.*

*Vivamos nuestra vida como un sueño  
sereno, dulce, plácido y risueño.*

...

*Es la vida reflejo del ensueño  
y el ensueño reflejo de la vida.*

Dos poemas estaban dedicados a la vida y muerte de José Asunción Silva (I y II) y otro “Elevación” constituía un elogio a la obra de Amado Nervo:

*Tu libro es como un coro de voces misteriosas.*

...

*Tu libro es flor de éxtasis.*

Los otros tres resultan más interesantes. Se refieren a los versos que aquel aprendiz de poesía quería hacer. En “Mi verso” afirmaba:

*Yo quiero que mi verso libre y altivo sea  
y que refleje fiel la emoción y la idea  
que en un lírico arranque fijó la inspiración...*

...

*y que cruce a su antojo las rutas, desbocado,  
como cruza de la pampa, del llanero el corcel.*

Confesaba en “Anarquismo” la intención de romper con los modelos y crear un nuevo verso:

*Quiero el molde romper del arcaísmo  
y abandonar los antiguos senderos.*

...

*Quiero cantar con voces no sentidas...  
pues desprecio las aves enjauladas  
que cantan las canciones siempre oídas.*

*Quiero romper los moldes anticuados  
donde la vieja forma está vaciada;  
formar mis moldes con arcillas mías.*

Finalmente, en “Rebeldía”, pronosticaba su éxito en las formas nuevas:

*Yo asombraré a la insulsa muchedumbre  
que me mira insolente y desdeñosa*

*porque para subir hasta la cumbre  
odio su vida arcaica y asquerosa.*

*Yo no quiero subir por los senderos  
por donde tantos ya, han ascendido,  
quiero pasar mi espíritu altanero  
por un camino aún desconocido.*

*No quiero ser la silenciosa fuente.*

...

*Sino el turbión que indómito y furioso  
salta sobre las peñas afanoso  
y rompe su cristal contra el peñón.*

Como ya se dijo atrás, la crítica no fue favorable al libro de Spinetti. Mario Briceño Iragorry le escribió: “has dado un paso muy ligero en tu vida literaria... porque una labor de veinte años carece de la solidez necesaria para encastillarla en los indestructibles paredámenes del libro; éste eterniza la obra del artista, le da vida real, y es justo evitar que una obra precoz y débil [...] prolongue su existencia raquítica en las páginas de un folleto o de un grueso volumen”. No obstante, reconocía que en esos versos, –sonoridades literarias que deleitan– a más de colorido poético se encontraba sinceridad. A pesar de las opiniones adversas, Tonino tenía motivos para alegrarse: “Las muchachas –le contó años después a Régulo Burelli– lo leían o lo rezaban en la iglesia del Pueblo, porque la forma de impresión le daba carácter de novenario o de piadoso florilegio.”

Extrañamente, César Rengifo, en el prólogo a la edición de la *Antología Poética* de 1964, afirma que los versos de aquel joven contenían “dos sustancias primordiales siempre en toda cabal creación artística: sencillez y verdad”. Y más adelante: “Juventud, sueños y un infinito amor por la tierra andina y sus labriegos fluían desde el cálido y entusiástico poemario”. Tal vez las dos primeras cosas, pero amor por la tierra y acento Popular no se encuentran por ninguna parte. Lo último comenzará a surgir una década más Tarde. A partir de entonces sí, tal acento

lo acompañará –sin abandonarlo– por el resto de su existencia y estará presente en casi todos sus versos. Pero, a decir verdad en 1918 le era desconocido.

Después del *Breviario*, y todavía en tiempos de juventud, apareció otra publicación: *Azul* (1919-1921), nombre sin duda alguna sugerido por el título del libro de Rubén Darío, de carácter literario. Era una revista (de literatura e interés general) de páginas selectas y emotivas, impresa en “El posta andino” de los Hermanos Picón J. En la misma, Spinetti Dini aparecía como director-propietario. En la Biblioteca Febres Cordero de Mérida se conservan sólo dos ejemplares de la segunda etapa: el N° 2 de julio de 1921 y el N° 3 del 23 del mismo mes. En el primero se incluyen dos poemas amorosos: “Todo viejo jardín tiene un alma” y “Yo no te digo que me quieras”. En el segundo, otros cuatro: “La impotencia del creador” (sobre el trabajo de los artistas); “Santa Marta” (sobre la muerte de El Libertador); “Las queridas voces lejanas”; y “Dans la grotte”. Los dos últimos son de tema amoroso. Además de editar *Azul*, Spinetti Dini formó parte de la redacción de muchos otros periódicos. El mismo año de la publicación de su primer poemario (1918) apareció, como ya se dijo, entre los redactores de *Albores* (el periódico de literatura y variedades de Constantino Valero) y de *Veinte Años* (la revista de juventud y arte de Pedro Romero Garrido).

Después de dos años (1917 y 1918) de intensa actividad literaria, que se manifestó en la publicación de su primer periódico *El Civismo* y de su primer libro *Breviario galante y breve*, el ritmo pareció disminuir. Tal vez haya sido el resultado de las críticas con que fue recibida aquella breve colección de sonetos. Con todo, luego de la no muy exitosa experiencia de *Azul*, no abandonó totalmente la actividad periodística. Así, en los años siguientes, su nombre figuró en otras publicaciones que recogieron las voces de la gente de su misma generación: *Ecos Andinos* (1920-1921) de Constantino Valero; *Gutenberg* (1921-1922) de José Guillermo Río; *Croquis* (1921-1923) de Pablo Celis Briceño; *Plumadas* (1922-1924) de Pedro Guerra F. y A. R. Silva; *La Acción* (1923) de Mariano Picón Salas y Enrique Celis Briceño; y *Luz* (1923-1924) de Humberto Spinetti Dini, Ramiro del Valle, Pedro María Patrizi y Tulio Chiossone V. Y

también en voceros de otros sitios: *Panorama*, *Alma latina* y *Patria y ciudad*. Sabemos por referencia de Picón Salas que envió los originales de un libro a Emiliano Ramírez Ángel de la Editorial Victoria que no pasó a letra de imprenta.

En *Ecos Andinos* (periódico de 48 números) publicó un solo texto: un poema titulado “Explicación”, que apareció en el número 26 del 1 agosto de 1920. Fue mayor la colaboración en *Croquis* (periódico de apenas 10 números). Pero no fue permanente sino ocasional. Envío las siguientes composiciones: “Bronce”, poema dedicado a A. E. Blanco (número 2 del 24 de junio de 1921; “La hora de Italia”, texto en prosa, número 4 del 6 de agosto de 1921; y “Sándalo”, poema de melancolía amorosa, número 6 del 23 de octubre de 1921.

En *Plumadas*, publicó un poema en el número 12-13 febrero de 1924: “En la Tarde otoñal”, en el que con gran nostalgia recuerda su infancia. Hace una bella descripción de un paisaje rural inmediato.

*Se oye el mugido trémulo  
de un buey; un perro en la cercana casa  
ladra y salta jugando con los niños  
que a la abuela rodean. Con cascada  
voz, la anciana que hilando está en su rueca  
los viejos cuentos infantiles narra...  
Blanca Nieves, Barba Azul, ¡oh dulces  
cuentos que perfumasteis nuestra infancia!*

En ese mismo número apareció sin firma la primera nota biográfica del poeta en la que se afirmaba que publicó sus primeros versos en 1917; que “ha colaborado en casi toda la prensa del país”; y “tiene para publicar dos libros de versos”. Es de advertir que no figura ningún texto suyo en otro periódico, *Citeres* (1919-1920), que editó Pedro Guerra Fonseca.

En *La Acción* (número 3 del 28 de enero de 1923) publicó un poema: “En la Tarde vernal”; y en *Luz*, el periódico de su hermano Humberto Spinetti Dini, varios:

“El retrato de ella”, número 3 del 10 de noviembre de 1923; “Junto a la fuente clara”, que como se verá más abajo marca el rechazo del nihilismo, números 6/7, de abril/mayo de 1924; “Gabrielle D’ Annunzio”, número 8, de julio de 1924; “El dulzor de la vida”, poema dedicado a la nada, número 9, de agosto de 1924; “A Bolívar” y “Fresco griego”, números 10 al 12, de diciembre de 1924. Junto con estos textos apareció una fotografía del poeta.

También envió textos al bisemanario *El Gladiador* (1922-1924), de Carlos J. Pernía, de Tovar. Allí publicó en N° 25 del 22 de noviembre de 1922, en un momento de angustia, “Irme al campo”:

*... para olvidar este anhelo infecundo,  
esta absurda impotencia para el diario combate.*

Aspiraba superar aquel estado de ánimo y dar “vigor a los músculos y equilibrio a la mente” en contacto con la naturaleza:

*...embriagarme de alborada y de trino,  
de sol de puros aires y nemoroso aroma,  
sumergirme en el río y triscar por la loma...  
Por la noche dormir bajo el abrigo  
de un árbol corpulento; ser amigo  
de la fronda y la fuente, de los ciervos y aves.*

Pero no tuvo necesidad de hacerlo. Antes conoció el amor verdadero. Y así lo hizo constar en el N° 56 del 26 de mayo de 1923 en el soneto “A Lili”:

*...rosa de los vientos de la belleza. Pura  
fuente donde mi espíritu con avidez, abreva.*

Ese soneto dio lugar a otro de Clara Vivas Briceño: “Lili, la amada del poeta”, que el mismo periódico incluyó en el N° 57 del 27 de octubre siguiente.

Durante esos años se multiplicaron los pequeños periódicos. Algunos pertenecían a nombres que se agregaron en forma permanente a la actividad tipográfica desde el comienzo de la nueva década. Entre ellos vale la pena destacar a J. de J. Márquez Molina y a J. R. Febres Cordeiro. El primero editó entre 1920 y 1922, *Némesis*, del cual circularon 24 números, que acogió textos de diversos autores, al tiempo que colaboró en otros órganos. El segundo continuó la tradición del padre. En 1921 publicó *Mosaico*, del cual salieron en la Tipografía El Lápiz 28 números. La mayoría de los otros tuvieron como responsables a personas que no tuvieron posterior actividad literaria, salvo Francisco Álvarez (*Atalaya*, 4 números en 1920) y A. J. Quintero (*Principios*, 9 números en 1922), quienes más Tarde sostuvieron en Mucurubá *Nieve y Flores* (18 números entre 1922 y 1925). Se trataba de publicaciones muy variadas, que como casi todas las de la época duraron poco tiempo. No tenían publicidad suficiente para mantenerse. Y el tiraje era muy pequeño, porque no eran muchos los lectores.

Esos papeles, como se ha dicho, eran resultado de la necesidad de expresarse. La gente no podía hacerlo de otra forma. No había organizaciones partidistas. No se permitían las manifestaciones públicas. Pero los jóvenes estaban enterados de lo que pasaba en el mundo y en Venezuela. Supieron de la insurrección de Irlanda, de la revolución que había derrocado a la monarquía de los zares, de la desintegración de los imperios Autro-Húngaro y Otomano, de las convulsiones sociales ocurridas en Europa al término de la Gran Guerra, del establecimiento de la Sociedad de las Naciones. Y en mucho secreto, en las cocinas de las casas o pensiones, comentaron acontecimientos más cercanos: las conspiraciones militares de 1919, las manifestaciones estudiantiles de 1920, la invasión de Juan Pablo Peñalosa y la toma de Pregonero ese mismo año. Por supuesto, no escribían sobre esos temas. Más bien sobre otros, como la muerte de Teresa Carreño o la de José Gregorio Hernández.





**TERCERA PARTE**

---

Tiempos de amores



Hercilia Ventencourt, 1923



## I La culpa fue de la Tarde

Durante los años que siguieron a la época de sus primeras letras Antonio Spinetti Dini, convertido en hombre con vida e intereses propios, mantuvo su actividad, tanto en el plano de los negocios como en el intelectual. Ya, por supuesto, no era el simple ayudante del padre en la casa de comercio de la Plaza Bolívar de Ejido. Tenía mayores responsabilidades: se ocupaba, por ejemplo, de tratar con los productores agrícolas, con los comerciantes de otras poblaciones y con los importadores de las Casas de Maracaibo. En realidad, la atención de estos asuntos le quitaba mucho tiempo. Porque a comienzos de la década de los veinte la economía venezolana sufrió una nueva crisis. Y Attilio Spinetti, advertido, comenzó a transformar sus negocios.

La recuperación de los precios del café en el mercado internacional durante la segunda década del siglo XX, luego de la baja ocurrida desde los años finales del siglo anterior, permitió el crecimiento de la economía venezolana y un mejoramiento de las condiciones generales del país. De 1910 a 1920, el producto territorial ascendió: al comienzo, de 1910 a 1913, con mucho ímpetu y luego hasta 1918 lentamente. La producción y las exportaciones del grano aumentaron y, en consecuencia, también los ingresos fiscales, lo que contribuyó al afianzamiento de la dictadura de J. V. Gómez. Pero, la subida de los precios no trajo mucha prosperidad a los agricultores. Porque las haciendas se hallaban a merced de plagas, las tierras, de baja calidad y mal sembradas, se habían empobrecido y no se renovaron equipos y técnicas para mejorar los rendimientos. Más grave aún, se mantuvo la dependencia de la economía de un solo producto agrícola, sujeto a los vaivenes del mercado internacional. En tales circunstancias, no pasaría mucho tiempo sin que se presentase una nueva crisis.

En efecto, el producto territorial declinó en 1920, como resultado de problemas en el mundo capitalista. En esa fecha estalló una crisis económica en Estados Unidos, que tuvo alcances internacionales. Era consecuencia de la rápida saturación de los mercados, cuya demanda de bienes, que había sido reprimida durante la guerra, se vio satisfecha rápidamente. Por eso cesaron los pedidos y en 1920 cayeron la producción norteamericana y la inglesa. Los efectos se dejaron sentir en Venezuela por la baja de los precios de exportación del café y cacao. Los primeros signos aparecieron en junio. Y la contracción hizo estragos en el segundo semestre de ese año. Lo resume así la Memoria del Ministro de Hacienda presentada en 1921: “Los precios del café y cacao empezaron a bajar rápidamente y su demanda fue escasísima”. Habría que agregar que las importaciones aumentaron por los pedidos hechos con anterioridad. Siendo la nuestra una economía de exportación las consecuencias fueron catastróficas: el producto descendió en 28%. Las dificultades se prolongaron durante todo el año 1921, lo que como se dijo, provocó una grave crisis económica en los Andes venezolanos.

Curiosamente, los ingresos fiscales más bien aumentaron. Por primera vez la renta interna igualó a la renta aduanera, como resultado de la producción petrolera. La caída de los precios del café fue profunda, y las exportaciones de café bajaron; pero el valor de las del petróleo aumentó, lo que permitió superar las dificultades del Tesoro público. En verdad, la crisis de 1920-1921 fue breve. La recuperación económica se produjo en forma casi inmediata y fue sostenida. Ya en 1921 los precios del café subieron y en poco tiempo alcanzaron los niveles anteriores. Por entonces también aumentó la demanda de productos importados. Las exportaciones del grano volvieron a los niveles anteriores como puede verse en el siguiente cuadro:

Años	1913-14	1918-19	1920-21	1927-28
Sacos *	1.014.408	1.373.034	622.464	728.294
MM de Bs.	86.9	115.1	45.4	88.9

\* (Café /sacos de 60 kg.)

Fuente: Sergio Aranda, *La Economía Venezolana*.

A pesar de la tendencia a la creación de excedentes en el mercado mundial, los precios del producto se mantuvieron altos por las retenciones del Brasil. El valor de las exportaciones de café de Venezuela crecía:

Años	21-22	22-23	23-24	24-25	25-26	26-27	27-28	28-29
MM Bs	78.4	66.4	93.7	117.7	115.1	92.8	88.9	130.9

Fuente: Miguel Izard, *Serías Estadísticas para la historia de Venezuela*.

De modo que mientras en el mundo la crisis afectaba la vida económica y social de muchas naciones, en Venezuela aumentaron los ingresos fiscales. El Gobierno pudo, así, pagar intereses y capital de la deuda externa, que se redujo considerablemente: al llegar el año 1922 estaba en 131.6 millones de bolívares. Más aún, pudo también continuar su programa de construcción de carreteras e iniciar la dotación de servicios a las poblaciones importantes. Todo eso permitió mantener la paz que había impuesto Gómez y avanzar en el proceso de centralización del país. La gente parecía dedicada al trabajo productivo. En apariencia, el país vivía una época de prosperidad y de progreso. Y así se hacía evidente en los negocios de la familia Spinetti en Mérida y en Ejido.

Ese aumento de los precios agrícolas sería transitorio. Porque tampoco entonces se atacaron las causas profundas de las crisis continuas de la economía agrícola. Pero en aquel momento se creyó superada la situación y reinó el optimismo. En los años inmediatos, el incremento del producto territorial y el auge general continuaron propulsados por la valorización brasileña, mecanismo de intervención del gobierno de ese país sobre el mercado de exportación del grano que llevó a la mejora de los precios del café. Y por la aparición de una fuerza motriz hasta entonces desconocida en Venezuela: la producción petrolera.

Attilio Spinetti no conocía los secretos de la ciencia económica, ni estaba al tanto de muchos de los problemas de la agricultura en el mundo capitalista; pero como señalamos atrás, su innata perspicacia le hacía comprender el sentido de los acontecimientos. De alguna manera supo que estaba por terminar el tiempo de la sociedad rural. Y comenzó a preparar la transformación de sus negocios. Ya no se dedicaría a la

compra y venta de víveres nacionales, sino de artículos importados para satisfacer la demanda de bienes que impulsaban los ingentes ingresos petroleros.

Para comenzar, en agosto de 1923 don Attilio Spinetti, su esposa y sus hijos menores se trasladaron a Mérida. Mudó su negocio a un local ubicado frente al Mercado Público, a media cuadra de la Plaza Bolívar por la calle de la Igualdad. Allí vendía telas, medias de seda, sombreros, perfumes. Y también compraba café, aunque en pequeñas cantidades. Por su parte, Antonio Spinetti, ya adulto, continuó en Ejido, encargado del antiguo almacén (ahora Attilio Spinetti e hijo). El padre buscaba expandir sus actividades y penetrar en el mercado de Mérida, ciudad con mayor población e ingresos que Ejido; pero, también quería diversificarlos, para no depender casi exclusivamente del café. El viejo, además, comprendió rápidamente que los ingresos petroleros provocarían un aumento del circulante y una demanda mayor de mejores productos, especialmente extranjeros. La clase más rica y la nueva clase media querían mejores condiciones de vida. Una vez más demostró que su análisis era acertado.

En medio de la crisis, Antonio Spinetti se hizo adulto. Pero por un tiempo más buscó la evasión. De 1922, recuérdese, son estos versos:

*Irme al campo... olvidar este anhelo infecundo,  
esta absurda impotencia para el diario combate.*

Pero entonces sintió el amor. Era muy joven –apenas de 23 años– cuando se casó con una muchacha menor aún, nativa de los Puertos de Altigracia, de nombre Hercilia Vetencourt, nacida el 11 de enero de 1902. La había conocido tres años antes en Mucuchíes cuando la familia de la joven pasaba una temporada en el páramo merideño donde vivía por entonces su hermano, casado con mujer del sitio; y él estaba por allí en asuntos referidos a alguno de sus negocios. Había aparecido de repente para alegrar su vida:

*Surgió de entre las sombras como el alba...*

Y había sido traída a su desolación:

*por una mano incógnita, de mi suerte dolida,  
en una clara noche propicia a los milagros.*

Mujer “para el amor nacida”, embrujó al poeta “bajo el encanto de su gracia fina”, según reveló por entonces Clara Vivas Briceño.

Después la había visitado en los Puertos cuando se dirigía a Maracaibo a tratar con las Casas de aquella ciudad en sus negocios de compra y venta de café y muy pronto le propuso matrimonio. Los padres de ella eran de origen trujillano: César Augusto Vetencourt y Rita Barrera. Se casaron en Maracaibo el 29 de abril de 1923. El lo hizo por poder.

*La culpa fue de la Tarde  
que se enredó entre sus rizos,  
y de sus ojos, tan grandes,  
—aquellos ojos divinos—.  
Y de sus dieciocho años,  
y aquel sendero, perdido  
entre un bosque de naranjos.*

Se trataba de una bella mujer. Había ya inspirado a otros poetas. En el número 1 de *Ecos Andinos* (del 7 de febrero de 1920), Constantino Valero le dedicó un poema de admiración. Clara Vivas Briceño dijo de ella que era “dulcemente inquieta, gentil y de gracia fina”. Y el propio Tonino la describió en muchos de sus versos. En 1923, recién casado, señaló algunos de sus rasgos en “Retrato de ella” (número 3 de *Luz* de 10 de noviembre de 1923): de “cabellos castaños y de ojos serenos, con una sonrisa incógnita y lánguida”.

*Es soñadora y dulce su clásica apostura.*

Y poco después “Junto a la fuente clara”, números 6 y 7 de abril y mayo de 1924 del mismo periódico, todavía embrujado “de ensueño y de quimera” le confesaba:

*Me enloqueció tu gracia discreta, pura, altiva  
tu belleza armoniosa, la parábola inquieta  
de tu cuello...*

Pero, un año más Tarde, la veía con mirada más serena, “Ella”, en *Cultura Venezolana*, número 61 de febrero-marzo de 1925:

*El suyo no es un tipo de hermosura, suntuoso...  
¿A qué mentir?  
Ni es complejo su espíritu.  
Un tipo femenino como hay tantos..., es bella,  
tiene la dulcedumbre de un níspero de junio;  
una divina gracia todos sus actos sella,  
y es en sus labios órficos la risa, un novilunio.  
Soñadora y sensible...  
Y es mujer sobre todo, y me adora y soy suyo...*

Desde que la conoció, Hercilia se convirtió en la musa de su inspiración y protagonista de muchas de sus páginas. Pero, sobre todo, en la gran compañera de su vida. En muchos versos la llamó “hermana”, en el mismo sentido en que Francisco de Asís llamaba a los seres queridos. A ella están dedicados no pocos poemas, algunos de los cuales quedaron regados en periódicos y revistas de distintos sitios. Otros, inéditos, están guardados en los libros varias veces anunciados, pero que no llegaron a la imprenta. De los primeros tiempos de su amor son algunos de los más notables del género. Como “Y sé que estás aquí en tu larga mirada de oro”, dirigidos a la compañera, a la hermana.



*Y sé que estás aquí con tu larga mirada de oro.  
Con tu luna de miel en tus brazos.  
Con el puñal de gozo en tus besos  
y la canción de cuna en tu regazo.*

*Con tu sed de mi sed y tu sueño de mi sueño.  
Sé que eres olvido y nostalgia, angustia y júbilo.*

Seguramente a ella está dedicado ese otro, “Levántate muchacha, que quiero ver amanecer en tus ojos”, que es tal vez la mejor expresión de amor sensual del autor:

*Quiero ver cómo el sol  
al mismo tiempo dora tu mirada y el valle,  
y quiero verle resbalar  
sobre tu boca húmeda, sin pintura,  
roja y palpitante todavía de mi beso.  
Resbalar sobre tu espalda morena,  
mientras la brisa matinal, ansiosa,  
te peina y te despeina los cabellos,  
entre los cuales, tantas veces,  
se hundían anoche, temblando mis dedos.*

Ella despertaba intensas emociones en el poeta:

*Qué mañana más bella, qué mañana más bella,  
he visto en tus ojos, muchacha  
después de noche tan dulce.*

Desde 1920 el amor fue uno de los temas más frecuentes en los poemas de Antonio Spinetti Dini. Muchos de ellos, como se dijo, están dispersos en periódicos y revistas a los que enviaba colaboraciones ocasionales. Pero, también, quedaron en cuadernos y álbumes de mujeres

merideñas. En uno de gran belleza, anuncia a su amada lo que algún día le podrá decir y que ella nunca había oído:

*Un día, un día te podré decir lo que no he dicho nunca.*

*Lo que nunca he podido decirte.*

...

*Todavía no. No es tiempo aún.*

*Deja que los crepúsculos te maduren los ojos.*

*Deja que un dulce sueño te madure la boca,*

*te madure los brazos, te madure la frente,*

*te madure las manos, te madure los senos.*

*Deja que un dulce sueño te madure toda.*

...

*Un día, un día te podré decir lo que no he dicho nunca.*

*Ni a ti ni a nadie.*

*Esas palabras tenues que se dicen como sin pensarlo.*

*Esas palabras hondas que de súbito fluyen de nuestros labios,*

*sin que nos sea posible detenerlas.*

...

*Y ese día, muchacha, compañera de toda compañía,*

*nosotros sentiremos que nos palpita entre las manos,*

*entre las manos juntas para siempre, el corazón del eterno día.*

El amor que cantaba Antonio Spinetti Dini era total y absoluto. Estaba más allá de todo, de la materia y del tiempo:

*Más allá de la curva frágil y sensitiva.*

*Más allá de la sed que derrite los labios.*

*Más allá de la gula del minuto*

*en que la vida toda se me deshace entre los brazos.*

...

*Más allá de los éxtasis, más allá del espasmo.*

*Más allá, todavía más allá de la muerte misma.*

...

*El sueño quiere poseerte toda.  
Más allá de la curva frágil y sensitiva.  
Más allá de la muerte sin muerte.  
Más allá de la esencia, del recuerdo y la vida.  
Más allá de la sed y del hambre.  
Más allá de ti misma todavía.*

Aquel amor, inmenso y fecundo, no podía quedar en ellos. Era necesario hacerlo conocer del mundo entero:

*Gritaremos al mundo, entonces, nuestro amor;  
fecundo como la madrugada.*

Pronto la esposa se trasladó a Mérida. Así lo informó la edición de *Luz* del 10 de noviembre de 1923. Desde aquel momento, Hercilia Vetencourt, la mujer adorada, ejerció notable influencia sobre el poeta. Le hizo abandonar la palabra estéril y el sentido desesperado de la vida. Con ella, quedaron atrás D' Annunzio y Nietzsche:

*¡No más Nietzsche! ¡No quiero más lecturas  
dolientes y sombrías!  
Mi único libro de filosofías  
han de ser tus pupilas siempre rientes y puras.*

Las nuevas circunstancias que rodeaban su vida, provocaron cambios en la actividad y en el pensamiento de Antonio Spinetti Dini. Ya encargado, aunque a ratos, del manejo del negocio, había llegado la hora de enterarse no sólo de lo que pasaba en el almacén de Ejido, sino de lo que ocurría en Venezuela y en el mundo. De conocer bien las distintas etapas de un proceso que llevaba el café (arreas de mula, vagones de ferrocarril, pequeñas piraguas y grandes buques de carga mediante) desde las haciendas de sus cercanías hasta las mesas y tertulias del mundo desarrollado, y a las empresas alemanas que lo controlaban. Además, era necesario entender los problemas a los que se enfrentaba ese negocio y

toda la economía agrícola del país, luego del inicio de la explotación del petróleo en la cuenca del Lago, así como los cambios que implicaba en el ejercicio del poder político. Al tiempo, pues, que se vio obligado a asumir mayores responsabilidades en el negocio que hasta entonces era asunto exclusivo del padre, tomó conciencia de la realidad política y económica de Venezuela.

Precisamente, por la misma época, cambiaron también los escritos de Antonio Spinetti, como resultado no sólo de las circunstancias que entonces rodeaban su existencia, sino de la influencia de las nuevas tendencias de la literatura y el arte que con más rapidez iban llegando a Mérida. Los versos del poeta poco a poco fueron dejando los adornos innecesarios. Mantenían la música que los caracterizó desde los inicios, pero las palabras expresaban la esencia de cosas y sentimientos. Todavía no reflejaban los problemas sociales de su siglo y lugar. Habría que esperar casi un lustro para que ello ocurriera. Pero ya eran diferentes a los de la adolescencia y juventud. Y en alguna manera mostraban la evolución intelectual del autor. Porque desde los primeros años veinte su concepción del mundo y de la vida se modificó por completo. Para ese tiempo ya Antonio Spinetti Dini era un escritor de prestigio en la región y en el país. Se reconocía su talento. Abundaban los amigos, especialmente entre los hombres vinculados a la cultura. Mantenía correspondencia con muchos de ellos. Recibía cartas de todas partes, incluso del extranjero. En verdad, Tonino no dejaba de escribir, aunque no lo hacía con la frecuencia de los años anteriores.

## II

### “Vamos a cazar nubes en este mediodía”

Desde la segunda década del siglo XX algunos críticos advirtieron sobre los excesos del modernismo. Ya en 1910 el poeta mexicano Enrique González Martínez, en un soneto que se hizo célebre y que se convirtió en especie de manifiesto, insurgió contra el cultivo vacío de las formas. Sus dos primeras estrofas decían así:

*Tuércela el cuello al cisne de engañoso plumaje  
que da su nota blanca al azul de la fuente;  
él pasea su gracia no más, pero no siente  
el alma de las cosas ni la voz del paisaje.*

*Huye de toda forma y de todo lenguaje  
que no vayan acorde con el ritmo latente  
de la vida profunda... y adora intensamente  
la vida, y que la vida comprenda tu homenaje.*

Los jóvenes escritores de Mérida –encerrados por la geografía y el tiempo– seguramente desconocían aquellas y otras advertencias. Nada sabían de los movimientos de vanguardia que por entonces comenzaban a transformar la literatura y las artes en Europa y América Latina. Por eso, se mantuvieron bajo la influencia del modernismo hasta bien entrada la década de los años veinte. Cuando, por fin, las obras de los adelantados –y las de algunos venezolanos que los siguieron– llegaron a la ciudad, Antonio Spinetti Dini y algunos de sus compañeros acogieron con entusiasmo las nuevas tendencias.

Por aquellos años el mundo exterior cambiaba radicalmente. Una nueva visión de la realidad, de dimensiones y planos diferentes y simul-

táneos, distinta a la que mostraba el impresionismo, apareció en 1907 cuando Pablo Picasso pintó “Les demoiselles d’Avignon”. Fue apenas dos años después que Albert Einstein formulara los primeros postulados de la relatividad espacio-temporal que crearon un modo de entender el universo y la materia diferente al enseñado por la ciencia clásica. Los espíritus del siglo sentían fobia del pasado. Y así lo dejó sentado el *Manifiesto del futurismo* en 1909: “la tradición nos repugna”. Se creía en el progreso, las máquinas y la velocidad. Tal vez porque los primeros automóviles y aviones conseguían metas antes inalcanzables, en tanto que otros inventos permitían cosas increíbles: como escuchar la voz de Caruso desde el Metropolitan Opera de Nueva York o transmitir imágenes por radio-telegrafía. Parecía que la humanidad utilizaría sus nuevos poderes para obtener el mejoramiento continuo de las condiciones de vida. Por eso, Frank Lloyd Wright ensayaba la arquitectura funcional y en Hellerau se construía la primera ciudad jardín. Libres, sin limitaciones de tiempo y espacio, los hombres querían innovar como lo hizo, con gran escándalo, Igor Stravinski al presentar en París la “Consagración de la Primavera” en 1913.

El rompimiento con las formas establecidas –que apenas se habían impuesto– comenzó en Europa hacia 1909. Y al espíritu que lo causó se le llamó, desde los días de la guerra, “l’avant-garde” (la vanguardia) por el ánimo combativo –casi de choque– y polémico de sus exponentes. Fue un movimiento de ruptura con lo existente y de apertura a la novedad. Pero, en verdad, la generación que lo asumió, como otras que antes cumplieron papel similar, no formó una escuela o una tendencia, sujeta a determinados principios. Apenas si mostró una cierta manera de pensar y de actuar. Y adoptó algunos postulados muy vagos y generales: experimentación constante, novedad de contenidos y formas, rompimiento con la tradición, internacionalismo. Aunque en las letras se abrió paso con la poesía y el ensayo, luego se expresó a través de la novela y el teatro. Y actuó más allá de las artes (incluido el cine): en la filosofía, las ciencias y la vida social. Con el tiempo se extendió a los países americanos. Pero la vanguardia en general y los grupos particulares que se sucedieron no formaron un movimiento coherente que pudiera sostenerse por mucho

tiempo. Poco a poco se disolvieron. No podía ser de otra forma, porque respondían a lo que alguien llamó “espíritu del tiempo”, conjunto de convicciones comunes a los hombres de la época.

Al final de la primera década del siglo irrumpen en las letras y las artes europeas el cubismo francés, el futurismo italiano y el expresionismo alemán. Como ya se dijo, en 1907 Picasso propuso una nueva visión de la realidad. Y en su misma línea (ruptura con la realidad inmediata por la interpenetración de planos temporales y espaciales), en 1918 Guillaume Apollinaire (*Calligrammes*) invocó un arte nuevo. Pero, en verdad, la historia de los movimientos de vanguardia literaria se abre con el futurismo, cuyo *Manifiesto* fue publicado en febrero de 1909. F. T. Marinetti y sus amigos pretendían romper con la sintaxis, con el ritmo, con los signos de puntuación. Se alzaban contra el sentimentalismo (D’Annunzio) y renegaban de los maestros simbolistas (Poe, Baudelaire, Mallarmé y Verlaine), últimos adoradores de la luna. Poco después aparecen los expresionistas. Planteaban un cambio en el modo de ver el mundo: aspiraban visualizar lo eterno dejando de lado las apariencias externas. Por eso, rompieron con el naturalismo de los impresionistas que pretendían reproducir, con mayor o menor fidelidad, las sensaciones ópticas. Los expresionistas buscaban el alma del ser, con independencia de la realidad aparente y pasajera; y la mostraban como reflejo del mundo interior. No resultaba extraña aquella postura en una sociedad que se derrumbaba totalmente.

Todos esos movimientos respondían a los cambios políticos, económicos y sociales que se producían en el mundo. Llegaba a su fin una época. Y se discutían propuestas para la organización futura de la sociedad. Una serie de acontecimientos advirtieron a los poetas –y especialmente a los más jóvenes– que era necesario algo más que versos perfectos para expresar la realidad de un mundo cambiante. La carga Popular de la revolución mexicana, la muerte inútil de millones de personas en los frentes de guerra, la toma violenta del poder por los bolcheviques en Rusia, la crisis económica que siguió al conflicto en el mundo capitalista, la agitación de los obreros que exigían mejores condiciones de vida, el surgimiento de los totalitarismos y el éxito del fascismo en Italia, entre muchos otros hechos, obligaron a los escritores a pensar en cosas más concretas que

faunos y ninfas, princesas cautivas y pajes enamorados, cisnes elegantes y ruiseñores cantores. Los hombres y mujeres, angustiados por problemas inmediatos, que aspiraban a la realización de la justicia y que sentían amenazada su libertad personal, querían leer cosas diferentes a los escritos de los románticos y modernistas o simbolistas. Unos para comprender los hechos, otros para huir de ellos. Se había impuesto el desengaño y el escepticismo y se sucedían las protestas.

A los movimientos ya citados siguieron otros, aún más agresivos en sus ataques a la cultura tradicional y en la búsqueda de formas inéditas de expresión. Durante la Guerra en 1916, en el Cabaret Voltaire de Zurich, al llamado del joven rumano Tristan Tzara se formó el Dadá. Nació de la desconfianza que despertaban los grupos antiguos o recientes. Los dadaístas, que proclamaban la libertad absoluta, proponían empezar desde cero y actuar con espontaneidad. En verdad, gritaban, no se trataba de construir, sino de demoler. Mientras los cubistas creían en el arte, los del dadá se burlaban del mismo. Luego del armisticio, pasó a otros países. Pero muy pronto, hacia 1921, comenzó su decadencia: los autores y el público se cansaron de sus actitudes y algunos de aquellos entraron en la normalidad literaria. De una de sus costillas o de sus cenizas nació el surrealismo, de André Breton, Louis Aragon y Paul Eluard, entre otros. Pretendió crear, incluso más allá de la literatura, a partir de los sueños y el subconsciente, de allí la atmósfera de irrealidad, de fantasía que producen sus obras. Sin negar el pensamiento, rechazaban la razón. Deslumbrados, en los inicios, por los bolcheviques de 1917, se alejaron después del comunismo, porque sin renegar de la revolución, afirmaban la autonomía del arte. El surrealismo no sobrevivió a la Guerra Mundial, cuando sucumbió la razón.

Aunque desde comienzos del siglo, algunos escritores españoles ya consagrados comprendieron que el simbolismo y el modernismo estaban agotados, fue sólo a mediados de la segunda década cuando comenzaron a aparecer poetas ligados a las nuevas corrientes. La vanguardia llegó, en 1918, con el *Manifiesto del ultraísmo*, cuyos miembros se decían seguidores de Guillaume Apollinaire y de Vicente Huidobro. Planteaban la necesidad de renovar la literatura, para lograr su ultra, lo que sólo



podía hacerse a partir de lo nuevo. Así, querían ser ruptura y comienzo, génesis. Afirmaron la prioridad de los elementos líricos en la poesía; y reaccionaron contra la preferencia dominante por los motivos subjetivistas. Preferían lo insólito, aunque no fantástico, sino real. En lo formal, hicieron hincapié en el uso de la metáfora. La presencia del ultraísmo fue corta. Y fue mayor la importancia de sus continuadores que la de sus iniciadores. Entre quienes sintieron su influencia se contaban León Felipe, Federico García Lorca y Vicente Aleixandre. Produjo poco, pero sin ese movimiento no se explica la literatura posterior, que se benefició del espíritu que difundió. “El ultraísmo espantó el miedo a la audacia”, afirmó su más conocido representante, Gerardo Diego. Su influencia se proyectó mucho sobre Hispanoamérica, especialmente a través de la obra de Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges.

El gran poeta chileno llegó a Madrid, precisamente, en 1918, después de pasar dos años en París. Su presencia fue determinante para el desarrollo del ultraísmo. Era portador de nuevas. Había compartido con los adelantados de las distintas tendencias. Y él mismo ya había anunciado en 1916 sus tesis. Se sentía un creador, porque el poeta es un hombre-dios. En la capital española publicó otra vez *Arte poética*, germen del creacionismo:

*Que el verso sea como una llave  
que abra mil puertas.*

...

*Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra;  
el adjetivo, cuando no da vida, mata.*

...

*Por qué cantáis la rosa ¡oh poetas!  
Hacedla florecer en el poema.*

...

*El poeta es un pequeño Dios.*

Poco después, en 1919, recaló en España Jorge Luis Borges. De paso para Buenos Aires, tras años de estudios en Ginebra, entró en contacto con el grupo ultraísta. Compartió sus tertulias sobre la poesía, la metáfora y el verso libre. Y de regreso en Argentina, se convirtió en emisario de los nuevos tiempos aun antes de *Fervor de Buenos Aires* de 1923. Ya para entonces había comenzado en Hispanoamérica el cuestionamiento –crítico y renovador a la vez– de las ideas y formas imperantes en todos los campos de la vida social y, específicamente, en el mundo de las letras y las artes, dominado aún por el positivismo y el modernismo. Era resultado de los cambios que produjo en los espíritus y en las condiciones económicas y sociales la Gran Guerra. La urgencia de la renovación provocó un estremecimiento de grandes proyecciones en todo el Nuevo Mundo, que tuvo expresiones propias en cada país, pero vinculadas por la comunidad de actitudes y propósitos. Ese proceso se vio alentado por el espíritu de la vanguardia que recién llegaba. Sintieron su influencia, entre otros, César Vallejo en Perú y Pablo Neruda en Chile. Vallejo, desde *Los heraldos negros* de 1918, todavía seducido por el modernismo, usó el lenguaje nuevo en algunos poemas. Y Neruda desde *Crepusculario* de 1923 creó una poesía diferente, amorosa, de lenguaje simple.

En casi todos los países hispanoamericanos la renovación de la literatura comenzó, pues, a partir de los años de la Gran Guerra. Oscar Sambrano Urdaneta y Domingo Miliani caracterizan así ese proceso: “Se abandona el verso rimado y medido, la estrofa tradicional, y se adopta el verso libre. Se rehuye la anécdota y se intenta crear un lenguaje atrevido, a veces arbitrario”. Se apartan los cánones que imponen reglas, se elude el tratamiento criollista del paisaje y del hombre, se rechazan los giros regionalistas del lenguaje. Por su parte, Nelson Ojeda Tejeda insiste en tres características principales: el abandono, en todas sus propuestas artísticas, de la idea de belleza, guía suprema del modernismo; la aparición de una especie de forma nueva del discurso literario; y cierta afirmación y recuperación de valores, lo que parecería contradictorio con el proyecto modernizador y cosmopolita de la vanguardia. Pero “si hubiera que sintetizar, afirma, lo que tiene en común, dentro de su diversidad y expresiones individuales y grupales, la actitud que caracteriza al movimiento

de vanguardia, sin duda habría que referirse a su espíritu polémico y su búsqueda experimental”.

En Venezuela la renovación de la literatura siguió a los cambios que provocó en las ideas estéticas la fundación del Círculo de Bellas Artes (1912). Fue ese un acontecimiento de la mayor importancia para la evolución de las artes en el país, porque, aunque el Círculo tuvo una vida corta despertó los ánimos para los cambios que se requerían. Poco después, a finales de la segunda década del siglo, aquel espíritu de renovación había llegado al mundo literario. Entonces aparecieron las primeras obras de Enrique Planchart, *Primeros poemas*, 1918 y de Andrés Eloy Blanco *El huerto de la epopeya*, 1918. Otros se dieron a conocer mediante los recitales. Ellos junto con José Antonio Ramos Sucre, Fernando Paz Castillo y Luis Enrique Mármol, entre otros, formaron lo que se ha llamado la generación de 1918. Lentamente –entre aquel año y 1923– se desarrolló una reacción contra el modernismo. Aquellos jóvenes querían apartarse del dominio de las escuelas y entrar en contacto con las nuevas tendencias.

Fue una reacción contra la retórica modernista y postmodernista, que dio lugar a una renovación poética que propició ulteriores desarrollos. Según Paz Castillo aquella generación rompió con los artistas del pasado. Era revolucionaria y estaba bajo la influencia francesa. El mismo autor precisó los rasgos del movimiento: sintonía con movimientos coetáneos, ruptura radical con el pasado, marginamiento de la actividad política, idealismo, influencia impresionista (Círculo de Bellas Artes), lecturas de los nuevos poetas. Mario Torrealba Lossi señaló como elementos materiales comunes en las obras de todos sus integrantes: frecuentes reflexiones filosóficas y morales, actitud de tristeza y recogimiento espiritual, alusión a la soledad, exaltación de la noche, creación de un paisaje producto de la imaginación, ajeno al mundo real. Y Juan Liscano apuntó como rasgos formales: búsqueda de perfección de la obra de arte, ajuste verbal. Aquellos jóvenes –cosa extraña– no quisieron publicar. Por eso se les adelantó como abanderado de la reacción antimodernista Antonio Arráiz.

En efecto, en 1924 el movimiento recibió gran impulso con la aparición del primer poemario, *Áspero*, de Antonio Arráiz, obra nueva y

distinta, que marcó en forma definida nuevos rumbos a la poesía. Arturo Uslar Pietri llegó a decir que “pocos libros como éste han tenido una importancia mayor en la orientación de la conciencia de un grupo de hombres que a su vez han influido en la orientación de la conducta colectiva”. Sus versos exaltan la sensualidad, el deseo físico, el hechizo femenino, el cuerpo, la pasión, la ternura varonil, la fraternidad de sangre. Contrariamente a la interiorización o espiritualismo de los poetas del 18, Arráiz exalta al hombre con dos piernas y un corazón.

*Déjame que cante el barro  
vibrante de tu carne...  
Déjame que cante el barro  
hecho dios (la mujer).*

Y desechaba la rima y las formas preceptivas para buscar sus propias armonías. Proponía una verdadera liberación y reaccionaba contra el puritanismo con la aceptación del cuerpo, hasta entonces sacrificado en aras de la espiritualidad. En realidad, no era ultraísta, ni creacionista. Pero el vanguardismo lo adoptó como su Heraldo. Su obra más significativa, *Sinfonía inconclusa*, que forma parte de *Cinco sinfonías*, aparecerá, sin embargo, en 1939. A partir de 1925 las manifestaciones vanguardistas se multiplicaron.

A fines de la segunda década del siglo, llegaron a Mérida los aires de la vanguardia. Los jóvenes supieron que fuera de las montañas el mundo estaba cambiando terriblemente. Y decidieron descubrirlo: “Queríamos –escribió Mariano Picón Salas– ser gente de la época, hundirnos en ella, y no testigos añorantes”. Pero poca información encontraron en la ciudad sobre lo que ocurría más allá. Parecía que los picachos resguardaban la provincia del frenesí que en otras tierras lanzaba a las gentes a las aventuras del arte y del conocimiento. Con todo, aquel muchacho –todavía era un menor de edad– se atrevió a dar en la Universidad de Los Andes, el 28 de octubre de 1918, una conferencia sobre las nuevas corrientes del arte. Habló entonces de un arte nuevo y de una nueva

sensibilidad y abogó por la creación de un arte que se alimentara de las realidades concretas y actuales.

Pero en verdad, quienes querían conocer y expresar el mundo que surgía y montarse en los impulsos de la época debían partir a lugares más abiertos. Lo hicieron algunos: entre ellos Alberto Adriani (nombrado cónsul en Ginebra en 1921) y el mismo Picón Salas, quien vivió en Caracas de 1919 a 1922. Allí se acercó a los viejos escritores –por quienes tenía un respeto litúrgico– y a los más jóvenes: Ramos Sucre, Andrés Eloy Blanco, Mármol, Jacinto Fombona-Pachano, Rodolfo Moleiro, Pedro Sotillo, Paz Castillo y Planchart que se aproximaban a las nuevas tendencias. Cuando regresó, más que de libros, era portador del espíritu que animaba la nueva literatura. Antes de marcharse a Chile en 1923 –aventado por la ruina económica de la familia– lo difundió entre los compañeros de sus primeras aventuras intelectuales, como Antonio Spinetti Dini.

Muy pronto Spinetti asumió el espíritu de renovación de la vanguardia del que ya tenía noticias por sus lecturas. Recibía regularmente –como también lo hacía Tulio Febres Cordero– *Cultura Venezolana*, la revista caraqueña del trujillano José Antonio Tagliaferro, donde publicaban los representantes de las nuevas tendencias. Fue de los primeros en comprender el significado y la trascendencia de los cambios. Poco tiempo después, ya se ha dicho, abandonó las formas y los temas anteriores y comenzó a escribir una nueva poesía. Como ésa –de versos libres y metáforas– que aparece en uno de sus títulos más conocidos, “Vamos a cazar nubes en este mediodía”, reflejo del amor juvenil, sin límites, de la pareja:

*Es tremendo, muchacha, que en este mediodía,  
mientras las mariposas muestran al sol sus gemas,  
y un mismo ardor nos quema y nos perfuma  
la garganta y la sangre,  
y el aire sabe todo a beso,  
y el campo huele todo a amor,  
y toda la naturaleza  
es pareja de novios impaciente y trémula,*

*tu juventud y mi juventud, tranquilamente, dulcemente,  
no pueden ir de caza tras las nubes,  
y en el azul no pueden pastorear  
sus ingenuos rebaños.*

*Vámonos, sin embargo, muchacha, no sea que se acaben  
las nubes.*

*Cabalga conmigo la oscura tormenta.*

*Agárrate, firme, de mí,*

*que yo voy firmemente agarrado de sus crines de lluvia.*

Esos versos, como muchos otros, están dedicados a su mujer porque para entonces ella y los suyos eran el objeto primordial de sus preocupaciones y atenciones. El 31 de enero de 1925 el matrimonio tuvo una hija: María Alicia (Marucha). Sería la única por mucho tiempo y a ella iban cuidados y caricias. Y algunos de los poemas del padre expresan su alegría ante la belleza de la niña. Tal es el “Romance de la luna niña”, de los mejores en su género en Venezuela:

*Dejad que ría la niña*

*con esa risa de luna.*

*Dejad que la niña alce*

*sus manos como la espuma.*

*Dejad que la niña cante*

*con voces como de luna*

*la ingenua canción antigua.*

*Dejad que juegue la niña*

*de ojitos como la luna.*

*Dejadla que ría y salte*

*seguid la alegre balumba.*

*Dejad que ría la niña*

*con risa como de luna.*

### III

#### Los años veinte: familia y negocios

A comienzos de la década de los años veinte, consolidada ya la dictadura de J. V. Gómez, Venezuela comenzó a transformarse. Fue consecuencia, de una parte, de dos décadas de paz (las primeras desde el fin de la época colonial) durante las cuales se crearon condiciones para el trabajo productivo; y de otra, de la aparición del petróleo que generó cuantiosos ingresos al fisco nacional y atrajo grandes inversiones extranjeras.

Después de 1913 no hubo alteraciones importantes de la paz pública. Apenas si algunas partidas de hombres, al mando de algún caudillo, recorrieron territorios cercanos a la frontera colombiana. Pero ninguna de esas acciones encontró eco en el país. Por otra parte, a partir de 1921 aumentó la producción petrolera y el valor de las exportaciones del crudo:

#### Valor de las exportaciones petroleras

Años	1921	1922	1923	1924	1925	1926	1927	1928	1929
MM Bs	11.8	15.7	28.7	65.5	137.5	246.6	280.8	466.9	593.6

Fuente: Miguel Izard, *Series Estadísticas para la historia de Venezuela*.

Ya para 1925, cuando superaron el valor de las del café, representaban el 42% del total de los valores exportados (contra solo el 3.4% en 1921). Desde entonces Venezuela pasó a ser una economía basada en la extracción de hidrocarburos. Como consecuencia, del aumento en las exportaciones de café y de petróleo, los ingresos fiscales –y también los gastos– aumentaron considerablemente año a año. El monto del Presupuesto Nacional durante esos años fue el siguiente (en millones de bolívares):

<b>Año</b>	<b>Ingresos</b>	<b>Egresos</b>	<b>Resultado</b>
1920-1921	81.6	102.7	(-21.1)
1921-1922	70.9	80.8	(-9,9)
1922-1923	87.7	72.0	15,7
1923-1924	102.2	86.7	15,5
1924-1925	120.2	115.5	4,7
1925-1926	172.1	163.1	9
1926-1927	182.1	178.8	3,3
1927-1928	186.8	155.7	31,3
1928-1929	230.4	244.8	(14,4)
1929-1930	255.4	263.8	(-8,4)

Fuente: Miguel Izard, *Serías Estadísticas para la historia de Venezuela*

Los más altos ingresos fiscales permitieron iniciar un programa de construcción de obras de infraestructura (como carreteras) y extender los servicios fundamentales (educacionales y de salud) a las ciudades y pueblos de mayor número de habitantes. Esto último provocó un crecimiento de la burocracia, hasta entonces de tamaño reducido. De esa manera, a través del presupuesto asignado a los entes públicos, parte de las rentas públicas llegaba hasta la gente. Tal cosa favoreció un aumento en la demanda de productos de todo tipo. Y no sólo de parte de las nuevas clases alta y media, sino también de los trabajadores que, aunque en condiciones de vida muy precarias, gozaban de mayores ingresos. Las actividades comerciales, pues, prosperaron. Se abrieron nuevos establecimientos mercantiles y para atender sus demandas aparecieron las primeras fábricas.

Los nuevos ingresos y el aumento del gasto público provocaron cambios muy profundos en la vida nacional. Pocos en aquellos años lo advirtieron; porque muchos confundían la paz y la tranquilidad con la inercia y la pasividad. No era así. El letargo era más aparente que real. Hasta entonces Venezuela había sido un país semi rural. La vida económica se limitaba a la venta de ganado, a la exportación de café y cacao y a la importación de mercaderías. Pero desde los años veinte las cosas empezaron a cambiar: los campesinos abandonaron los campos y migraron



hacia las zonas petroleras y las ciudades; la población aumentó y crecieron los centros urbanos; aparecieron nuevas clases sociales: los obreros de las industrias, una burguesía ligada a sectores no tradicionales y la clase media. Surgió una nueva generación, ansiosa de vivir en libertad y de construir una sociedad moderna, rebelde frente al régimen imperante, pero escéptica ante la opción de los caudillos del pasado. Todos esos hechos fueron los factores que en pocos años modificaron la vieja realidad nacional.

Gómez fue elegido, otra vez, presidente de la República en 1922. Y para asegurar su sucesión hizo designar a un hermano y a un hijo como vicepresidentes. Empero, el experimento dinástico terminó cuando el hermano fue encontrado asesinado en junio de 1923 en Miraflores. Los rumores señalaron que se trataba de un crimen familiar, pero la verdad nunca se supo. Sin embargo, dio origen a una nueva reforma constitucional, ocasión que se aprovechó para introducir modificaciones necesarias, así como para traspasar a la Nación la competencia en materia de hidrocarburos y delegar en el Jefe de la Causa la designación de los presidentes de los estados. Ya antes se habían aprobado algunos textos legales, a través de los cuales se intentó iniciar el camino hacia la modernización de la sociedad y de la administración pública. Notorios fueron, sin duda, los referentes a la hacienda pública.

A la muerte de Cipriano Castro en diciembre de 1924 (que coincidió con el centenario de la batalla de Ayacucho), el ministro Francisco Baptista Galindo intentó sin éxito liberalizar el régimen. Sin embargo, ya como secretario de la Presidencia logró en 1925 que el Benemérito aceptara una política de conciliación: regresaron entonces 20.000 refugiados tachirenses así como algunos exiliados y quedaron en libertad muchos de los presos importantes (como los merideños Carlos Delgado Chalbaud y Golfredo Massini). En marzo de 1927 se clausuraron las cárceles de La Rotunda, el Castillo Libertador y la Fortaleza de San Carlos. Un artículo publicado en *El Vigilante* sobre la demolición del tenebroso antro caraqueño llegó a augurar que no habría más prisioneros políticos en Venezuela. Pero la muerte repentina de Baptista Galindo el 27 de abril de aquel mismo año paralizó las reformas y de nuevo se impuso la represión.

Ello no impidió, sin embargo, las transformaciones económicas y sociales que nadie —ni siquiera el propio dictador— podía detener.

En ese ambiente los negocios de Attilio Spinetti progresaron mucho. El de Ejido, en el que tenía a Tonino como socio, era para 1927 el más importante de la población. El de Mérida (La Baratera) de dimensiones modestas en sus comienzos (cuando era una tienda de 3ª categoría) se anunciaba así: “Mercancías buenas y baratas”. Con el tiempo abarcó muchos ramos: “allí se consigue todo bueno, barato y nuevo”, afirmaba un aviso publicitario de 1925. Y llegó a tener una sucursal en la esquina de las calles Bolívar y Lazo que atendía la esposa. El antiguo inmigrante se convirtió en un hombre rico, lo que le permitió adquirir posición social: en enero de 1926 participó a través de la prensa su elección como presidente del Club Mérida, formado por las familias del más alto nivel social de la ciudad. Sin embargo, su espíritu aventurero a veces le creó dificultades. Así, perdió una verdadera fortuna cuando cayó el valor del marco, pues había adquirido una apreciable suma de monedas alemanas. Pero otra actividad le dio después buenas ganancias: envasaba vino importado en toneles desde Elba.

—Producido en los viñedos de la familia en Pozzo al Moro, —mentía.

Por este tiempo, la familia Spinetti comenzó a disgregarse. En 1925 don Attilio Spinetti llevó a sus hijos venezolanos a conocer Italia. Humberto ya era bachiller y los otros dos —Mario y Luis— debían comenzar los estudios secundarios. Habían estado por años en el Colegio de los Salesianos en Táriba. El padre creyó que era mejor que continuaran su formación en la madre patria, cuyos liceos y universidades gozaban por entonces de gran prestigio en todo el mundo. Tomaron un barco en Curaçao que los llevó a Génova. En seguida se acercaron a la tierra de los ancestros —la isla de Elba, que los muchachos no conocían— donde vivían sólo algunos parientes de su suegro, Escipione Dini, quien como los otros abuelos ya había muerto. Spinetti fue de los primeros emigrantes que pudo volver a la isla para mostrar la fortuna que había hecho con su trabajo en Venezuela. Luego visitaron varias ciudades de la Península. Y después de varios meses, ya instalados los hijos en sus colegios, don Attilio regresó a Mérida acompañado de Alberto, el hijo menor. Este siguió estudios en la ciudad.

Terminado el bachillerato se inscribió en la Escuela de Medicina. Era apenas un muchacho veinteañero cuando murió de cáncer en 1943.

Humberto Spinetti, instalado en Roma, se convirtió en un atento observador de la política internacional y especialmente de la italiana, dominada por la figura de Benito Mussolini. Escribió artículos –largos y analíticos– sobre lo que ocurría en el Viejo Mundo que fueron publicados por el diario *Patria*. Pero al dejar los estudios (de derecho) perdió el apoyo del padre y debió regresar al país en 1932. Se marchó a San Cristóbal en 1933; pero hubo de refugiarse en Cúcuta. Al terminar su exilio en 1936 pasó al servicio diplomático. Fue primero cónsul en Estocolmo y más Tarde en Málaga, donde estaba cuando los Nacionalistas tomaron la ciudad. Transferido a Las Palmas, regresó a Venezuela en 1942. Fue un intelectual y promotor cultural que dejó obra recordada. En Mérida dirigió en 1923 el periódico *Luz* y en 1932 el semanario *El Nacional*. Con ese nombre fundó en San Cristóbal, en mayo de 1933, junto a Ramón Velásquez (que figuraba como redactor) un diario, del que circularon 245 números (hasta marzo de 1934). Publicó varios ensayos y muchos artículos en diarios y revistas. Son de gran interés sus escritos de viajes. Ocasionalmente ejerció cargos públicos. Durante el gobierno del Gral. Marcos Pérez Jiménez, fue director nacional de Información. Casó en San Cristóbal con Isabel Isea Luzardo (1916-1988), con quien tuvo tres hijos: Germán, Humberto y Nora. Murió en 1984.

Mucho más larga fue la estancia de Mario y Luis Spinetti en tierras italianas. Ingresaron en el Colegio Cicognini de Prato (Toscana) y al terminar el bachillerato entraron en la universidad. El primero pasó a Bolonia, donde se graduó de médico (1947). Casó con Alessandra Petrucci (1915-2004) en Florencia. Allí estaba cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, lo que le obligó a permanecer con su familia política hasta la terminación del conflicto. Por tal razón nunca más volvió a ver a su hermano mayor. Luis, por el contrario, se graduó en Derecho en Florencia y regresó a Venezuela en 1937. Antes, casó con Zenobia Mibelli T. (1914-2004) de la Isla de Elba. Con ella tuvo dos hijas: María Luisa y Liliana. Durante su permanencia en Italia, ambos se hicieron humanistas al estilo de los florentinos del Renacimiento y adquirieron una vastísima cultura.

Ya en Venezuela Mario Spinetti fue profesor universitario y secretario de la Universidad. Animó al rector Joaquín Mármol Luzardo para construir los magníficos edificios de la institución en el casco central de la ciudad. Y fue él quien influyó para que se confiaran los proyectos a un amigo, el arquitecto Manuel Mujica Millán. Impulsó con Américo Castro y Mariano Picón Salas la creación de la Escuela de Humanidades en 1955. En tiempos posteriores, convertida ya en facultad, obtuvo allí el título de licenciado en Historia (1963). Llegó a ser decano de la misma. Tuvo tres hijos: Patrizia, Iván y Sandra (fallecida en 1999). Murió en 1995. Bibliófilo, dejó una magnífica biblioteca con la más completa colección de fotografías de la ciudad. Por su parte, Luis Spinetti desempeñó algunos cargos públicos, como Registrador Principal del Estado y fue notable profesor de Derecho Romano (con obra publicada sobre el tema) y decano de su facultad. Fue también director de cultura de la universidad y agente consular de Italia. Murió en 2006.

Durante el viaje a Italia, la madre, Luisa Dini y la hija Juanita quedaron en Mérida. Esta última, muchacha agraciada, resultó consagrada reina de los carnavales en febrero de 1927. Todos los poetas de entonces le dedicaron sus versos: Tulio Chiossone (Julio Silano), Raúl Chuecos Picón, Pedro María Patrizi, Emilio Menotti Spósito. Dos años después llamó la atención de un carretero de San Cristóbal, natural de Capacho, Rafael Díaz González (1897-1974), con quien se casó. El marido, maestro de obras en las carreteras del Táchira, pasó luego a Caracas como director en el MOP hasta 1935. De regreso a Mérida se hizo comerciante importante en el ramo de la compra y venta de inmuebles. Ella, sin embargo, como sus hermanos, tenía preocupaciones culturales: estuvo entre las fundadoras del Ateneo de Mérida. De su matrimonio tuvo un hijo: Gustavo. Murió en 1994. También los hermanos de Luisa Dini, llegados con el siglo, se residenciaron en Ejido y pasaron luego a Mérida. Hicieron fortuna y se casaron con muchachas de las familias más distinguidas de la conservadora ciudad: Atilio, agricultor y ganadero, con hacienda en Pozo Hondo, con Obdulia Ruiz Fonseca, de la descendencia del patriarca Fermín Ruiz Valero, y Mario, comerciante, con negocio en el centro de

Mérida, con Luisa Salas Candales, de las familias del prócer Rafael Salas y del maestro Rafael María Candales.

Durante los años siguientes a 1923 Antonio Spinetti Dini dedicó su tiempo a formar una familia y a atender su negocio en Ejido. A pesar de su juventud ya era un comerciante de solvencia reconocida. Mantenía tratos con las casas alemanas de Maracaibo, que le enviaban sus agentes. El negocio prosperaba. Sin embargo, no olvidó su cuaderno de poemas, algunos de los cuales aparecieron en periódicos y revistas. *Juan Rodríguez Suárez*, publicación de Raúl Chuecos Picón y Eloy Chalbaud Cardona, que circuló entre 1925 y 1927, insertó dos: “Siluetas” en el N° 50 del 27 de junio de 1925 y “La divina blancura” en el N° 53 del 3 de marzo del mismo año. Tiempo después, el mismo Chalbaud Cardona en su vespertino *El occidental* (214 números) mostró otros dos textos: “La epopeya del fascismo” en el N° 44 del 28 de octubre de 1932 y “Nocturno” en el N° 98 del 1 de enero de 1933.

En *Patria*, el diario fundado en 1925, publicó algunos poemas. La colaboración de Antonio Spinetti Dini con el periódico, que fue símbolo de los nuevos tiempos, no comenzó de inmediato, a pesar de conocer a sus promotores desde su adolescencia. Más Tarde, cuando ya R. A. Rondón Márquez era director, entregó los siguientes, entre otros: “En voz baja” el 23 de marzo de 1927 (publicado antes en *Ambos mundos* de Caracas el 12. 10. 26); “Mientras la vida pasa” el 26 de abril de 1927; “Resurrección” (de tema amoroso) el 19 de mayo de 1927; “La derrota de Ariel” el 1 de octubre de 1927; “Música honda” (dedicado a Juana de Ibarbourou) el 27 abril de 1929 (publicado antes en revista uruguaya); “Bolívar” el 25 de octubre de 1929; “Surgió de entre las sombras como el alba”, 30 de noviembre de 1929; “La epopeya del genio”, en la edición conmemorativa del centenario de la muerte del Libertador (17 de diciembre de 1930).

Por aquel entonces también enviaba textos al semanario *Tovar* (1927-1929) que tenía por director a Rogerio Gutiérrez y redactores y administradores a David Ochoa y Domingo A. Lupi. En esa época la ciudad del Mocotíes, que el poeta visitaba con frecuencia, tenía mucha importancia dada su riqueza económica como centro de la comercialización del café. En el semanario citado, de gran calidad, que circulaba en toda

la región, aparecieron los siguientes poemas: “El pastor de mi Pueblo” en el N° 6 del 17 de septiembre de 1927; “El sueño trunco” y “Reincidencia”, de temas amorosos, en el N° 10 del 14 de octubre de 1927. En el primero sorprenden estos versos:

*Y rugieron los tigres de mis ansias  
olfateando sus núbiles fragancias  
esa noche embrujantes como nunca*

“El premio” en el N° 11 del 21 de octubre de 1927; “Nocturnos” y “Te adoraré en el alba” en el N° 50 del 4 de agosto de 1928. En el primero, referido al correr de una acequia cercana a su casa, aborda con nostalgia un tema sobre el que volverá mas adelante en una de sus más celebradas creaciones; “Alas encadenadas” y “Helénica” en el N° 52 del 26 de agosto de 1928 (aunque son de 1926).

También remitía artículos o versos a publicaciones de Venezuela y del exterior. En *Cultura Venezolana* (1918-1930), la famosa revista que dirigió en Caracas J. A Tagliaferro, su colaboración fue sumamente importante. Cuando apenas cumplía 22 años (en marzo de 1922) la revista insertó cuatro de sus poemas, todos de tema amoroso: “Cuando seas mía”, “Anhelo”, “Escóndeme en tus brazos” y “Dans la grotte...” Entre 1925 y 1928 su presencia fue constante. En ella aparecieron: en el N° 61 (febrero-marzo de 1925) “Mi ensueño familiar” y “Ella”, retrato lírico de la amada. En el N° 63 (mayo de 1925) seis sonetos dedicados a otras tantas mujeres: “Ante la estatua” (a Juana de Ibarborou), “Enero” (a Clara Vivas Briceño), “Un aire fresco y puro” (a Alfonsina Storni), “Cisnes bajo la luna” (a Luisa Luisi), “La voz de los sueños” (a Luisa del Valle Silva) y “El amor ha enlazado nuestros sinos” (a La Elegida). En este último describe su amor:

*El amor ha enlazado nuestros sinos.  
Somos como las sombras que un rayo igual trasunta.  
Juntas las almas y las vidas juntas,  
en adelante iremos por todos los caminos.*

*Tú eres buena y me quieres. Yo soy fuerte  
y te adoro.  
Ama, suena, ora y odia, llora y canta conmigo.*

En el N° 77 (noviembre-diciembre de 1926) “A Italia y Venezuela”  
en el que canta a su nuevo país:

*¡Tierra de mis hermanos!  
Tierra en donde he pasado la dulce juventud...  
Tierra mía porque eres la de Ella  
-la de aquella que es todo para mí-.*

En el N° 78 (enero-febrero de 1927) cuatro poemas de los libros  
*La eterna sed* y *Las estatuas de sangre*, que quedaron inéditos: “El  
pastor de mi Pueblo”, “Voces de la noche”, “Sapho” y “A mi padre”. En el  
N° 85 (diciembre de 1927) dos interesantes composiciones, “Árbol” y “La  
exquisita Leticia”, que se acercan a las formas de la vanguardia. En el N°  
91 (diciembre de 1928): “Mi destino vulgar”, “Mi vida es como un árbol  
cualquiera”, “En la noche de junio”, “En la penumbra rosa” y “A una dama  
sentimental”. Las dos primeras –de verso libre– son de definida tendencia  
vanguardista:

*Cansado, a veces sueño con la paz de un pedazo  
de tierra.  
Pero el sueño errante  
que anda siempre a caza de aventuras  
no me deja un instante  
de paz e inventa siempre una nueva locura.*

Por aquel tiempo publicaba sus poemas también en la página lírica  
del diario marabino *Excelsior*, del cual era jefe de redacción su amigo  
Manuel F. Rugeles, con quien mantenía correspondencia constante. El  
tachirenses lo admiraba: “Tus versos, no desde ahora me entusiasman;  
vibro con ellos espiritualmente, pues tú has conquistado la clave de la

idea original que es el verdadero ritmo de belleza en el poeta de hoy” (carta del 20 de febrero de 1929). La colaboración cesó cuando Rugeles, a consecuencia de algunas críticas que formulara al régimen gomecista, fue hecho preso y expulsado a Colombia.

En fin, también comenzaba a enviar textos al exterior. En efecto, desde 1928 Spinetti Dini fue corresponsal de la revista *Orientación*, que dirigió en Buenos Aires el escritor José Eugenio Compañi.



#### IV

### **La vanguardia: aquí también**

Por aquellos años Ejido seguía siendo un pequeño Pueblo de dos largas calles longitudinales, con algunas transversales que las unían, en donde se destacaban dos buenas iglesias, con sus párrocos propios, un parque y dos plazas, con un monumento dedicado al Mariscal de Ayacucho. Su crecimiento era muy lento. Para 1920 tenía 1.586 habitantes. Apenas un poco más (244) que treinta años antes y con casi el mismo número de casas. Para 1926 el casco urbano pertenecía a dos municipios, de población mayoritariamente rural, que sumaban 1.354 casas y 9.776 habitantes. El Distrito Campo Elías, del cual era capital, tenía 23.343 habitantes. Las cifras del censo del último año muestran que había comenzado la emigración de los campesinos andinos hacia las ciudades y otras regiones del país. Como consecuencia de ese fenómeno, que se agudizaría en las décadas siguientes, los campos andinos se fueron quedando solos y la agricultura comenzó a decaer. Ese hecho no pasó desapercibido para Antonio Spinetti Dini, que cantó la soledad de la tierra.

Contaba con una escuela graduada “Campo Elías”, una escuela federal en Montalbán, dos unitarias en los alrededores, Los Guáimaros y Pozo Hondo y un colegio privado para varones llamado “Jáuregui”, dirigido por el decano de los educadores de Venezuela, Rafael Antonio Godoy con 53 años de ejercicio en la docencia. A pesar de la escasa población, el comercio de Ejido era muy activo, según lo anotó la *Guía de Venezuela* en 1929. Gozaba de una estimable reputación por su seriedad y solvencia. Comprendía 34 pulperías, 3 boticas, 5 bodegas y 12 tiendas de frutos y mercancías, de las cuales dos eran importadoras. Entre todas, la casa comercial Atilio Spinetti e Hijo había prosperado más que ninguna. Para finales de la década de los veinte era la más importante del lugar. Se dedicaba a la compra y venta de frutos, a la venta de víveres, licores y mer-

cancías y a la importación de productos diversos. Funcionaban, además, tres tenerías, una fábrica de bebidas gaseosas marca Fénix y un molino. Había 2 botiquines, un bolo y un billar-gallera.

Hacia mediados de la década de los años veinte se produjeron cambios importantes en la vida de la región. En 1922 se abrió la carretera hasta Lagunillas. Y en 1924 la continuación hasta Tovar y la de Timotes. En 1925, al unirse las carreteras de Mérida y el Táchira, se inauguró la carretera trasandina. Ese hecho alteró profundamente la existencia de aquellos pueblos. En adelante se estrecharon los vínculos con Caracas y se debilitaron los que, desde la época colonial, unían a los andinos con el Zulia. No lo impidió la apertura de la carretera de La Victoria a El Vigía en 1930. En adelante, en cinco días se iba de la frontera a la capital de la República y en tres desde Mérida. Pero también se transformó la actividad económica. El comercio, sobre todo el de importación-exportación adquirió una gran importancia. Como se dijo antes, a ese ramo se dedicó don Attilio Spinetti. A los cambios económicos y sociales siguieron otros –de carácter político– en la segunda mitad de aquella década.

En junio de 1926 J. V. Gómez designó al Gral. Amador Uzcátegui como presidente del estado Trujillo. Así terminó el más largo período de gobierno de la historia regional. El traslado no provocó ninguna reacción; y si la hubo no se manifestó en forma pública. Como decisión del Jefe de la Causa se la tenía por buena. Los merideños dieron cordial acogida al sucesor, Isilio Febres Cordero, quien venía de Maracaibo. No duró mucho. Meses después dejó el cargo en manos del Gral. José Rufo Dávila. A poco más de un año, el 31 de julio de 1927, murió el arzobispo Antonio Ramón Silva y lo sucedió Acacio Chacón, designado meses antes como Coadjutor por S.S. Pío XI. La ciudad y el país rindieron tributo al prelado desaparecido de largo y trascendente pontificado, durante el cual, en 1923, se erigió la Arquidiócesis de Mérida. Apenas días antes de su muerte había asegurado la apertura de los colegios para varones, el de San José de los padres jesuitas y para niñas el de La Inmaculada de las hermanas salesianas, que comenzaron a funcionar en septiembre siguiente. Una semana después falleció, por causa aún no aclarada, Amador Uzcátegui en Tru-

jillo. Por fin pasaba el tiempo para los hombres de Mérida. Sólo los que tenían más de treinta y cinco años habían conocido otros gobernantes.

Todavía no cambiaba la Universidad. Desde 1922 era rector el Dr. Gonzalo Bernal. Su actividad se limitaba a algunos cursos de jurisprudencia y farmacia que se abrían sólo algunos años y a ocasionales actos académicos. Apenas albergaba una veintena de estudiantes que escuchaban las lecciones de pocos profesores. El espíritu que trajo Carbonell había desaparecido. En el cuadro siguiente se puede observar el número de alumnos en aquella época:

Año	1920	1921	1922	1923	1924	1925	1926	1927	1928
Total	26	11	16	5	12	30	22	19	14

Fuente: Memorias de la Universidad de Los Andes. *Gaceta Universitaria*. Eloy Chalbaud Cardona, *Historia de la Universidad de Los Andes*.

Pero en el mundo cultural surgieron por aquel tiempo algunas iniciativas. El jueves 20 de agosto de 1925 circuló el primer número del diario *Patria*, tercero en la historia de la ciudad después de *La Abeja* y *La Barrera*, de corta vida, de José Vicente Nucete. Sus promotores eran Roberto y Eduardo Picón Lares, intelectuales de gran prestigio. Su aparición contribuyó a cambios sociales y culturales en la ciudad. Sus propietarios vendieron al joven periodista de Zea, R. A. Rondón Márquez, el 22 de febrero de 1927, los talleres y el diario que ya era una empresa de 10 trabajadores.

Mientras tanto, Antonio Spinetti Dini escribía. Por entonces, mantenía amistad especial con el Pbro. José Ramón Gallegos. El sacerdote, oriundo de Tovar, notable poeta, era vicario de Ejido. Su amistad lo llevó a presentir la existencia de un secreto en la vida del clérigo. Y así se lo hizo saber en un poema que publicó en el semanario *Tovar*, “El pastor de mi Pueblo”, mencionado atrás:

*Una escondida pena sorprende en su mirar...*

*¿Es quizá un dolor que aún está vivo,*

*o es su ansia cautiva que quisiera volar?*

*Yo presiento un paisaje misterioso en su historia...*

El texto mereció respuesta, “Página de mi libro”, del sacerdote poeta, que usaba el seudónimo Ramiro del Valle, publicada el 23 de septiembre del mismo año:

*...los poetas miran del alma rastros  
de dolor, para ungirlos con óleo de una santa ternura.  
Eso es lo que ha querido el poeta.*

No había, pues, misterio alguno, sólo

*Tu nobleza, poeta, tu caridad de hermano.*

En Ejido Spinetti recibía muchos visitantes: merideños o gentes venidas de otras partes. Casi todos los extranjeros que pasaban se acercaban a su almacén a conocerlo: como Wilhelm Georgi de la Casa Breuer, Müller & Co. y Fernando Benet, editor de la Guía de Venezuela. Subía con frecuencia a Mérida, donde pasaba todas las fiestas. Era invitado de honor a los actos importantes y con frecuencia se le pedía que tomara la palabra en actos sociales. Se mantenía al tanto de lo que ocurría en el mundo y en Venezuela. En agosto de 1926, acompañado de su esposa, viajó a Caracas. Entonces, no sólo se ocupó de adelantar algunos negocios, sino que entró en contacto con los nuevos escritores. Y esto transformó sus versos en los que desde entonces comenzó a aflorar un nuevo espíritu.

La vida tranquila de los venezolanos terminó, casi de repente y en forma aparentemente inocente, a comienzos de 1928. Por la mañana del 5 enero, en acto que tuvo lugar en la casona donde se editaba la revista *Elite* de Caracas un grupo de jóvenes presentó la revista *Válvula*. Aparecía como un vocero de los nuevos frente a los viejos escritores. En su primera página contenía un manifiesto que exponía los propósitos que buscaban: “Somos un puñado de hombres jóvenes con fe, con esperanza y sin caridad. Nos juzgamos llamados al cumplimiento de un sagrado deber, insinuado e impuesto por nosotros mismos, el de renovar y crear”. Era iconoclasta, negadora, teorizante. Y propugnaba una estética inspirada en el ultraísmo español. Sus responsables tenían claros los objeti-

vos: querían buscar formas nuevas para expresar la cambiante realidad venezolana. Antonio Spinetti recibió un ejemplar de la publicación a los pocos días. Lo leyó con curiosidad. Le agradó, seguramente, el texto de la presentación. Había estado en contacto con la gente de la vanguardia. Conocía a algunos de los autores de los poemas o artículos. Los había leído con anterioridad. Apreciaba la obra de Antonio Arráiz, de Francisco Pimentel (Job Pim), de Leoncio Martínez (Leo). No es de extrañar, pues, que respondiera al llamado de *Válvula*.

A los pocos días, el 21 de enero, publicó en el N° 692 de *Patria*, el poema “Mediodía invernal” dedicado a Antonio Arráiz, precedido por el sugestivo antetítulo “Aquí también” (que parece indicar que en Mérida ya se hacía poesía de vanguardia). Estaba fechado en Ejido en 1927.

*La tierra está charlando  
con el azul  
por los hilos telefónicos de la lluvia.  
Qué de operarios  
debe haber arriba  
en las estaciones.  
El campo  
pide más agua,  
después del azote  
canicular.  
Los potros  
que corretean por el prado  
cercano  
son como muchacho de escuela  
en vacaciones  
después  
de un año de encierro...  
Las plantas  
dan un suspiro de satisfacción  
y se empinan las ramas en sus troncos*

*como si dieran  
gracias a Dios.  
¡Al fin ha llovido!  
¡Al fin ha llovido!  
¡Qué alegre el canto de los pájaros!  
¡qué alegre el canto de la lluvia!  
sobre los tejados  
entre las ramas, ¡sobre la yerba!  
Los chicos que salen de la escuela  
chapotean con júbilo,  
en las calles convertidas  
en ríos  
miniatura.  
Un suave olor a fecundidad  
se desprende de todo ahora.  
La campiña vuelve a estar encinta  
después de tantos meses de esterilidad.*

*Y al cortarse la conexión telefónica  
entre la tierra y el azul  
una nube enorme  
un sol sietemesino ha dado a luz.*

Apenas un mes después, en febrero de 1928, se expresó la vanguardia política. Un grupo de estudiantes de la Universidad de Caracas, inspirado principalmente por Pío Tamayo, en ocasión de la Semana del Estudiante –que curiosamente coincidía con la celebración (aparentemente inocente) de los carnavales– y durante la cual se pretendía realizar una colecta para construir una casa destinada a estudiantes pobres, manifestó en diversas formas (escritos, discursos, marchas) su oposición al régimen de J. V. Gómez. Eran los muchachos de una nueva generación, llamada “del 28” por la historiografía posterior que no había conocido las guerras civiles, ni la división entre godos o nacionalistas y liberales amarillos. Llevaban apellidos nuevos –Villalba, Betancourt, Leoni, Otero,

Zuloaga, Palacios, Jiménez, Gabaldón– y hablaban de libertad y Democracia. No seguían a los caudillos exiliados, que sólo pretendían derrocar al Dictador. Más bien querían cambiar la realidad venezolana.

Todavía entusiasmado con los acontecimientos, Spinetti publicó en el N° 728 de *Patria* del 5 de marzo, otro poema vanguardista (fechado también en Ejido en 1927): “Mancha nocturna. Medianoche”, dedicado a Leo.

*Los grillos*  
*–poetas de vanguardia–*  
*urden sus poemas arrítmicos*  
*el*  
*cuarto menguante*  
*hace una “mancha”*  
*de cualquier “ismo”*  
*con los árboles*  
*el cielo*  
*el monte*  
*la ciudad*  
*y*  
*el río*  
*a lo lejos*  
*la ciudad*  
*duerme como*  
*un académico*  
*tras la lectura de versos*  
*que se llamara*  
*“esferoidales líricas”*  
*poemas de vanguardia*  
*sueño sobresaltado*  
*pesadillezco*  
*turbado*  
*por voces*  
*ortofónicas*  
*chiz chezz de tranvías eléctricos*

bocinazos polizonantes de autos  
parpadean los ojos incandescentes  
arriba  
abajo  
Abren sus fauces doradas resplandecientes  
sobre las  
calles  
iluminadas a giorro  
los monstruos voluptuosos  
de los cabarets  
los teatros  
yacían su vientre luminosos  
echan a las calles un vómito  
policolor y fragante  
me siento bucólico  
esta noche  
y  
mate el tiempo  
oyendo los poemas de vanguardia  
de  
los  
grillos  
y  
mirando la “mancha”  
de cualquier  
“ismo”  
que nace el cuarto menguante  
con  
ciudad  
y  
cielo  
monte  
y  
río...



Aquella agitación terminó muy pronto. El gobierno suspendió las actividades de la universidad y envió a la cárcel o al destierro a muchos de los participantes en los sucesos. En el exterior, en contacto con las nuevas doctrinas (que apenas habían conocido antes por el aislamiento en que se encontraba Venezuela), algunos desarrollaron tesis sobre la necesaria evolución del país. Las medidas no calmaron los ánimos: poco después, en abril, estalló un alzamiento militar en Caracas que fue sofocado. Y al año siguiente, “los malos hijos de la Patria” (según señaló el Benemérito) intentaron varias veces alterar el orden público: surgieron brotes guerrilleros en zonas rurales de Lara, Trujillo y Portuguesa; un grupo de exiliados, luego de tomar Curaçao, desembarcó en La Vela de Coro; y expedicionarios llegados a bordo del vapor Falke quisieron apoderarse de Cumaná. En esa acción cayó el Gral. Carlos Delgado Chalbaud, con vinculaciones en Mérida.

Los sucesos de la Semana del Estudiante impidieron la continuación de la experiencia de *Válvula*. Y la prisión de Antonio Arráiz, comprometido en la intentona del cuartel San Carlos, dejó al movimiento sin uno de sus principales animadores. Arráiz fue a dar a la cárcel hasta 1935, cuando fue confinado en Barquisimeto, antes de ser expulsado del país. Con todo, las expresiones de la vanguardia intelectual continuaron. En ese sentido, después de un silencio de algunos años, Antonio Spinetti volvió a las formas y temas que había comenzado a ensayar. Parece ser –así lo escribió en 1936– que después de los hechos reseñados fue llamado a declarar ante las autoridades policiales. Pero se reencontró con representantes del vanguardismo durante su viaje a Caracas en 1931. Lo cierto es que casi enseguida, como se verá, se convirtió en adelantado de la llamada poesía social.

Bien lo dijo Alí Lameda:

*En Venezuela Antonio Spinetti Dini fue –entre las dos o tres voces que encontraron rápidamente el camino– el que con mayor fe vislumbró una poesía sin adornos que, libre de las metáforas evanescentes de los modernistas, tomase como centro de su expre-*

*sión al Pueblo, a la masa. Y por primera vez entre nosotros, cantó al campesino y al obrero y condenó la explotación humana.*

Y, en efecto, los versos de denuncia del poeta merideño fueron publicados a comienzos de la década de los años treinta; mientras que el primer poemario de Miguel Otero Silva que incorpora versos de protesta (*Agua y cauce*, Caracas) es de 1937 y el primer libro (*Los pasos vivientes*, México), de Carlos Augusto León, muy comprometido con las luchas políticas y sociales, data de 1940, aunque fue escrito entre 1931 y 1939. Pocos escritores, pues, de ese período fueron capaces de expresarse en la forma en que lo hizo Spinetti Dini. Él fue, en realidad, un verdadero anticipado de las formas más audaces de la poesía venezolana.

**CUARTA PARTE**

La madurez del poeta

---



Antonio Spinetti Dini con una de sus hijas



## I "No hay pena como esta pena"

El matrimonio de Antonio Spinetti Dini y Hercilia Vetencourt tuvo otros tres hijos: Germán (nacido el 28 de mayo de 1929), muerto de tos ferina a los dieciséis meses; Elsa (20 de enero de 1933), cuya llegada devolvió a la pareja la alegría de los hijos; y Jorge (8 de enero de 1938), el menor, que no conoció al padre. Justo cuando la vida le sonreía con nuevos amores y parecían abrirse más amplias perspectivas para su actividad intelectual y académica, el destino asestó al poeta un golpe terrible. Fue, sin duda, el mayor de los dolores en su muy corta vida de apenas 41 años. Ocurrió el 30 de septiembre de 1930.

Por aquellos tiempos, los índices de mortalidad general e infantil eran muy altos. Las condiciones de salubridad eran muy deficientes y no existían los medios que hoy conocemos para enfrentar ciertas enfermedades. Además, no estaban organizados los servicios públicos de salud. En Mérida, por ejemplo, para 1930 no había hospital moderno. Sólo en febrero de 1936 se inauguró el Hospital Los Andes, construido a partir de 1930 por iniciativa de una junta que presidía el Pbro. Escolástico Duque e integraban Humberto Ruiz Fonseca (tesorero), Servio Tulio Rojas, J. Abdón Vivas, Víctor Zambrano Roa, R. A. Rondón Márquez y Rubén Corredor (secretario) con aportes públicos y privados, por eso morían muchas personas. Y sobre todo niños. Cualquier mal resultaba mortal. Los padres asistían impotentes a la muerte de sus pequeños hijos. No importaba su condición social o económica (el 16 de abril de 1933 la prensa local anunciaba el fallecimiento del hijo menor del presidente, Gral. José R. Dávila). En el siguiente cuadro puede observarse los índices de mortalidad general e infantil en el país y en el estado a comienzos de la década de los años treinta.

Año	Venezuela		Mérida	
	M.G. x mil	M.I. x mil	M.G.% x mil	M.I. x % mil
1930	16,9	148,97	18,80	180,30
1931	18,2	156,29	16,94	138,49
1932	17,0	s.d.	s.d.	s.d.
1933	18,4	162,62	21,12	165,72
1934	18,1	154,88	19,43	156,80
1935	16,5	148,20	18,15	s.d.

M.G.: mortalidad general. M.I.: mortalidad infantil

Fuente: *Memorias del Ministerio de Fomento. Anuarios de Epidemiología y Estadísticas Vital.*

Esa situación afectaba el crecimiento demográfico. Y también la estructura de la población. Entre 1930 y 1935 el índice medio de vida era de apenas 33 años. Muchas enfermedades, como el paludismo y la tuberculosis, hacían estragos en Venezuela. Y otras, hoy ya erradicadas por los programas de inmunización como el tétano y la gastroenteritis, provocaban la muerte de un alto número de infantes.

Año	Venezuela					Mérida				
	Nacidos vivos	de 1 a 30 días	x mil	1 mes a 1 año	x mil	Nacidos vivos	De 1 a 30 días	x mil	1 mes a 1 año	x mil
1930	91.474	5.373	58.7	8.380	91.6	6.345	437	68.9	707	111.4
1931	87.434	4.856	55.5	8.809	100.7	6.152	317	51.8	535	89.9
1932	89.921	s.d.	-	s.d.	-	6.318	s.d.	-	s.d.	-
1933	89.663	5.462	60.9	9.119	101.7	6.662	402	60.3	702	105.4
1934	89.945	4.845	53.9	9.086	101.0	6.569	385	58.6	645	98.2
1935	91.948	4.808	51.2	8.919	97.0	6.181	s.d.	-	s.d.	-

Fuente: *Memorias del Ministerio de Fomento. Anuarios de Epidemiología y Estadísticas Vital.*

Aunque no figuraba entre las primeras causas de mortalidad infantil, la tos ferina provocaba la muerte de centenares de niños. Ya en 1906 los científicos belgas J. Bordet y O. Gengou habían descubierto la bacteria *Haemophilus pertussis* que causaba aquella enfermedad infecciosa de

las mucosas de las vías respiratorias, lo que le valió al primero el premio Nobel de Medicina de 1919; pero veinticinco años después no se conocía en el país, y mucho menos en Mérida, el tratamiento efectivo para la curación. Por eso poco podían hacer los padres de los menores que contraían la infección.

Año	Venezuela			Mérida		
	Total defunciones	Muertes tos ferina.	% m.g.	Total defunciones	Muertes tos ferina	% g.m.
1930	52.889	336	0,64	3.110	14	0,45
1931	57.433	242	0,37	2.859	4	0,14
1932	54.040	s.d.	-	s.d.	s.d.	-
1933	59.303	570	0,96	3.701	8	0,22
1934	58.933	568	0,96	3.465	3	0,09
1935	54.267	467	0,86	3.289	0	0,00

Fuente: *Anuarios de Epidemiología y Estadísticas Vital.*

En septiembre de 1930, en pocos días, la tos ferina se llevó al niño de Antonio Spinetti Dini, quien sólo pudo ver con tristeza cómo se moría el pequeño sin apenas quejarse.

La muerte del primer hijo varón causó un terrible impacto en el espíritu de los jóvenes esposos. Había sido muy esperado. Y llegó, para hacer compañía a los padres, cuando la primogénita comenzaba a salir para la escuela. Había llenado muchos espacios. “De poblados rizos, era como los pájaros, como el sol, como el rocío”. Para ellos fue la mayor de las penas: “no hay pena como esta pena”, afirmó con razón el poeta. Para él fue un duro golpe que lo dejó sin sentido: “Se me ha quebrado el camino”, llegó a decir un hombre que era optimista y alegre por naturaleza. A ese niño está dedicado uno de sus mejores y más sentidos poemas, “Romance del hijo muerto”:

*Ayer Tarde se murió.*

*Se me murió el pequeñito.*

*Qué triste es ver cómo mueren  
sin una queja los niños.*

El poeta nos pintó el dolor de la madre, a quien intentaba consolar:

*Llora la madre, mirando  
los zapatitos vacíos.  
¿Por qué morir tan pequeño?  
¿Por qué se ha muerto, Dios mío?*

*La madre llora, mirando  
sin alma los trajecillos.  
—Él era como los pájaros  
como el sol, como el rocío—.*

*Llora la madre. Mirando  
cuna, juguetes y rizos.  
Todo quedó abandonado  
en el rincón desteñido,  
desteñido sin el sol  
de sus risas y sus gritos.*

Pero también mostraba su propio dolor, que le mordía pensamiento, sangre, espíritu:

*No hay pena como esta pena  
de ver morir al hijo.*

*No hay pena como esta pena  
de ver quebrarse el camino,  
a la hora en que se encienden  
los luceros vespertinos.*



*No hay pena como esta pena  
de ver llevarse a mi niño  
de ojos color de futuro.*

*Se me ha quebrado el camino.*

La llegada de otros hijos calmó el dolor. Y devolvió la felicidad al hogar, como si con los otros niños hubiera retornado el pequeño perdido, al que siempre se recordaría, y como si se encontrara de nuevo el camino. Así lo expresaba en “Un día, hermana, un día”:

*Un día, hermana, un día  
se nos quebró de súbito el camino.*

...

*Pero, de pronto ha vuelto. Si son sus mismos ojos  
de color de futuro.*

*Si son sus mismos gritos alegres como un himno  
ante el juguete nuevo. Si son sus mismas manos  
en las cuales se enredan caminos y destinos.*

*Nos mira como el otro, compañera.*

*Con el asombro dulce de tus ojos míos,  
con aquella mirada que creíamos perdida para siempre  
la Tarde en que se lo llevaron a dormir bajo los pinos.*

*Pero él ha vuelto, hermana, compañera.*

Por eso, el poeta se alegraba con el retorno y quería mostrar su ánimo:

*Abre todas las puertas y ventanas. Que el sol  
ponga en la casa todo su claro regocijo.  
Ya tenemos camino otra vez, ya lo tenemos.  
Y nada importa si un día cualquiera nos morimos.*

Y, en efecto, un día cualquiera se murió, sin que el niño todavía muy pequeño pudiera conocerlo.

El poeta era muy cariñoso con sus hijos. Aunque la mayor era la preferida, pues fue única por mucho tiempo, les manifestaba su amor a todos. A juzgar por sus versos y los testimonios de los seres más cercanos era muy expresivo con ellos. Su hija Elsa recuerda que siempre comía con los pequeños y que nunca se acostaba sin revisarlos en sus camas y despedirse de cada uno. Tres le sobrevivieron largo tiempo y le dieron perpetuidad en descendencia que no conoció. La primera, María Alicia (o Marucha) contrajo matrimonio, luego de la muerte de su padre, con el distinguido médico Eloy Dávila Celis (1911-2001), quien fuera rector de la Universidad de Los Andes (de 1949 a 1951). Murió en Mérida en 1977 y dejó dos hijos: Eloy y Diego. La segunda, Elsa, abogada y profesora universitaria, estuvo casada con Renato Esteva Ríos (1919- ), médico de Maracaibo, también rector de la Universidad (de 1951 a 1953). Con él tuvo dos hijos: María Ercilia y Andrés. El menor, Jorge, graduado de ingeniero civil, vive con su esposa Ítala Lander Grimaldi (1940- ), de Ciudad Bolívar. Tienen tres hijos: Jesús Antonio, María Gabriela e Ítala.

La muerte del niño, unida a circunstancias económicas, provocó la mudanza de la familia que vivía en Ejido. En 1931 Antonio Spinetti Dini se trasladó a Mérida, donde abrió un negocio en la calle de la Igualdad, frente a la Plaza Bolívar. El hecho debió ocurrir a finales de abril, porque la noticia del establecimiento del almacén llamado La Casa de Moda (de artículos de novedad para damas y caballeros) apareció en la edición del 15 de mayo de ese año de *El Bolivariano*.

Casi dos años antes, el 3 de septiembre de 1929, se desplomó el mercado de valores de la bolsa de Nueva York, lo que puso de manifiesto la grave crisis existente como consecuencia de las distorsiones del sistema capitalista mundial como la diferencia entre la capacidad de producción y el consumo solvente que podía ofrecer el mercado, que no aparecieron en forma imprevista sino en proceso que se fraguó lentamente. En los meses y años siguientes la recesión se extendió a todo el mundo occidental: quebraron miles de empresas, lo que provocó el cierre de fábricas y negocios; cerca de 30 millones de trabajadores perdieron

sus empleos y centenares de millones de personas cayeron en la miseria. Como consecuencia, se produjo una contracción de la demanda de bienes y la caída de los precios de los productos, entre ellos los del café. Para 1929 Venezuela exportaba cuatro veces más café que en 1909: el valor de esas exportaciones era de 133.9 millones de bolívares. Al año siguiente caería a 79.5 millones de bolívares. En 1935, cuando terminaba un ciclo histórico, el valor de aquellas sólo sería de 29.8 millones de bolívares.

La crisis se prolongó por cuatro largos años; pero sus secuelas se sintieron por muchos más. Entre otros efectos, provocó el colapso de la Democracia en países europeos, como Alemania. En Venezuela la crisis produjo la ruina de los agricultores, y entre ellos la de los caficultores. La demanda, que ya era inferior a la producción, disminuyó bruscamente porque el café no era artículo de primera necesidad. Sólo en Estados Unidos se redujo a la mitad entre 1930 y 1935. Y eso trajo una caída pavorosa de los precios. De Bs. 91, 42 el saco de 60 kg. en 1929 a Bs. 63,67 en 1931 y a apenas Bs. 30, 25 en 1935. Como en otros periodos de recesión, las regiones cafeteras sintieron la penuria: desempleo, migración, hambre. Pero aunque el país se vio afectado, no lo fue en la medida de otros. Venezuela pudo sobrellevar la crisis gracias a la producción petrolera. Incluso, pudo entonces cancelar la deuda externa en 1930, año Bolivariano.

Sin embargo, la economía venezolana se transformó. Desde 1922 la impulsaban dos motores: el café y el petróleo. Pero a partir de la crisis, terminó la economía agraria y se afianzó la petrolera. La agricultura entró en decadencia. Cayó la producción, los campesinos emigraron y los campos quedaron abandonados. No se recuperaría en muchos años. La marejada de dificultades duraría decenios. Después de la larga etapa de envilecimiento de los precios en el exterior, otras actividades como las industriales y de servicios la superaron en importancia y atrajeron las mayores inversiones. El país dejó de ser agrícola y rural, como lo había sido desde sus orígenes. Era el momento de afrontar las realidades, pero no se hizo.

Antonio Spinetti comprendió que no podía seguir en la actividad de compra y venta de café. La misma ya no producía beneficios y, más

bien, mantenerse en ella podía causar la quiebra del negocio mercantil. Por eso se trasladó a Mérida para seguir los pasos del padre. Se dedicó al comercio de bienes importados. A pesar de la crisis y gracias a los ingresos petroleros, la demanda de estos había subido. Porque aunque el presupuesto de gastos públicos disminuyó, por lo que se suspendieron algunos programas, el monto se mantuvo alto. Para 1929-1930 los ingresos eran de 255.4 millones de bolívares. Para 1932-1933 habían disminuido a 171.9 millones de bolívares. De nuevo alcanzó las cifras anteriores después de 1935: ese año los ingresos fueron de 203.0 millones de bolívares.

No era muy activo el comercio en Mérida. Apenas más importante que el de Tovar, a pesar de la mayor población de la capital del Estado. Había 127 pulperías, 7 bodegas, 9 negocios de víveres, 19 tiendas de mercaderías, 3 agencias de automóviles. Ya existían 7 hoteles (el más moderno de los cuales era el Hotel Villamizar, inaugurado en 1928) y pensiones y 3 botiquines, 3 billares y 4 juegos de bolos. Las gentes se reunían en el Salón Diana de Leopoldo Gelsi, el más famoso botiquín de la época. Existían 2 fábricas de vino, una de mosaicos y otra de materiales de construcción. También un molino de trigo. Había dos estudios de fotografía y un taller de escultura. Por las carreteras del Estado, que tenían ya 298 kilómetros y las calles de la ciudad circulaban 157 automóviles de los cuales 47 eran Chevrolet y 77 camiones de las marcas Chevrolet y Ford. En 1930 se creó la Asociación Comercial de Mérida, de la cual Antonio Spinetti formó parte y fue su secretario desde 1932. Se transformó después en la Cámara de Comercio y Agricultura del Estado (1934).

Mérida comenzaba a crecer. El 18 de enero de 1931 *El Bolivariano* informaba que uno de los problemas más graves de la ciudad era el de la falta de casas para alquilar, las que se requerían como consecuencia del progreso. En efecto, no había suficientes viviendas para albergar a los recién llegados. Por eso se hablaba de reformar la ley que regulaba los terrenos de El Llano Grande y el Monte Zerpa, y que limitaba su uso, para dividir en pequeñas parcelas el primero y para sacar madera para la construcción en el segundo. Hasta entonces el Llano Grande, como ejido que era, estaba destinado para apacentar libremente las vacas de los pobres. Algunos se oponían a que se cambiara su antiguo uso comunal,

otros pensaban que debía destinarse para construir obras públicas, entre ellas un aeródromo. No podían adivinar que para ambos proyectos serviría a partir de la década de los años cuarenta.

El crecimiento de la población que se observaba era consecuencia de la migración de campesinos y de familias de pueblos pequeños hacia la ciudad. Pero también de la expansión de las actividades de la Universidad. La vieja Institución se transformó a partir de 1928. En efecto, el ministro Rubén González aprovechó la ocasión del cierre de la Universidad de Caracas luego de los sucesos de la Semana del Estudiante, para adelantar el viejo proyecto de hacer de la Universidad de Mérida un centro de estudios moderno, como los mejores de Europa ubicados en pequeñas ciudades. Así, por decreto del 19 de marzo de aquel año, el presidente Gral. Juan Vicente Gómez ordenó proceder “a construir en la ciudad de Mérida los edificios que sean necesarios para que funcione en ellos la Universidad de los Andes y proveer a la misma de todos los elementos requeridos a fin de que puedan tener actividad todas las Escuelas de Instrucción Superior y darse en ellas la enseñanza tal como se hace en los mejores centros docentes de esta naturaleza.” No se esperaron las obras. En septiembre siguiente se abrieron, además de los de Jurisprudencia y Farmacia, los cursos de Medicina y Dentistería. A esos se agregaron los de Ingeniería en 1932. Como resultado, la universidad (que durante el año lectivo 1927-1928 tenía sólo 14 alumnos) recibió 110 estudiantes. Dejó, entonces, de ser una institución de ciencias humanísticas, fundamentalmente especulativas, para convertirse en un verdadero centro científico.

La ciudad podía brindar muchas oportunidades al poeta. La vida cultural de Ejido era necesariamente muy limitada. La de Mérida, sin ser muy intensa, era mayor. Allí vivían intelectuales de prestigio a los que visitaban otros con los cuales se podía compartir. Cada año llegaban nuevos profesores y estudiantes, algunos llenos de inquietudes. Con frecuencia pasaban compañías de teatro en camino de Caracas a Bogotá. Y diariamente se podía asistir a sesiones de cine. Además, ya tenía un diario, *Patria*, que por entonces dirigía un hombre de casi su misma edad con el

cual hizo amistad duradera: Rafael Ángel Rondón Márquez. Él lo animó a escribir en el periódico, lo que hizo desde 1927 y en forma permanente, a partir de 1931.

## II

### Las tertulias vespertinas

Para mediados de la tercera década del siglo (1926), Mérida tenía 5.945 habitantes (2.517 varones y 3.428 hembras) en el casco urbano de sus cuatro parroquias: Sagrario, Milla, Llano y Arias. Las mismas tenían, además, una población rural de 7.782 habitantes. La mayoría, pues, vivía en caseríos y sitios cercanos a la ciudad: Santa Catalina, Chama, San Jacinto, El Arenal, La Pueblita, La Culata, Valle Grande, Las Mercedes, El Vallecito, La Hoyada, Hacienda de Milla, La Isla, Santa Ana, La Hechicera, Otra Banda, El Rincón y San Francisco. Allí cultivaban los productos que llevaban al mercado de los lunes en sus animales de carga. En los años siguientes se duplicó la población: llegó a 12.006 habitantes en 1936 (5.449 varones y 6.557 hembras).

Para 1935 la ciudad era muy agradable. Su temperatura promedio era de 19 grados centígrados. Durante la mañana soplaba el viento del norte y por la Tarde el del sur. Aunque la lluvia era frecuente, las nieves perpetuas de la Sierra, que cubrían las cumbres de El León, El Toro, el Bolívar, La Concha y La Corona, habían comenzado a desaparecer. Todavía era pequeña. Tenía las 8 calles longitudinales que hoy corren de NE a SO; pero sólo 25 de las transversales. Algunas de aquellas habían sido pavimentadas; pero la mayoría conservaban el empedrado. La ciudad había sido dotada de acueducto y se estaban colocando las cloacas. Se construía por iniciativa privada un moderno Hospital. “Toda la ciudad –observó un visitante– está edificada de tapia y teja y predomina en la construcción de las casas la forma interior de claustro, con amplio patio, jardín de bellos arbustos y preciosas flores, y pavimentos de ladrillo”. Casi todas (eran 1659, de la cuales 835 correspondían El Sagrario) tenían un solo piso.

En la vieja Plaza Mayor, llamada de Bolívar, se elevaba solitaria la estatua del Libertador (inaugurada en diciembre de 1930). En torno se alzaban la Catedral, concluida durante el episcopado de Juan Hilario Bosset (1842-1873), con sus dos torres; la Casa de Gobierno que ocupaba el lugar de la Casa Consistorial de antaño y la Cárcel Pública, con su alero de arcadas. En la esquina occidental, se trabajaba para sustituir la fea casa que albergaba a la universidad, por un edificio moderno. A media cuadra, por la transversal, hacia la barranca del Albarregas, se abría el Salón de Actos, adornado con una torre levantada durante el período rectoral de Caracciolo Parra y Olmedo. Y más allá los departamentos recién terminados donde funcionaban las nuevas facultades. Había cuatro templos parroquiales y cinco filiales; y bien distribuidas seis plazas, cuatro plazuelas y un gran parque. Funcionaban cuatro colegios católicos y dos escuelas graduadas. Las gentes se divertían en salones y bares, asistían al cine o al teatro y con frecuencia iban de paseo hasta Los Chorros o el Llano Grande.

Para establecerse en Mérida, Antonio Spinetti Dini alquiló la casa número 9 de la calle de La Igualdad, frente a la Plaza Bolívar, a pocos pasos de la esquina de La Torre. En la planta baja, que abría al exterior por varias puertas, funcionaba el almacén La Casa de Moda. La familia ocupaba el piso superior. Años más Tarde (en abril de 1934), trasladó su hogar al número N° 3 de la Calle Vargas frente al Salón de Actos de la Universidad. Allí vivió hasta mediados de 1941, cuando el poeta vendió el inmueble a su cuñado Rafael Díaz González. Se mudaron a una casa situada en la calle de Bolívar, metros arriba de la Plaza. Como puede observarse, Tonino siempre habitó a unos pasos del almacén que atendía personalmente. Salía temprano y casi siempre regresaba al mediodía para almorzar. En los últimos meses de su vida acudía al recién abierto Hotel Cordillera, para escuchar música. Estaba ubicado en la esquina noreste de la Plaza Bolívar a escasos cincuenta metros del negocio. Regresaba temprano al hogar. Allí escribía. Y también recibía a sus muchos amigos.

Al instalarse en Mérida Antonio Spinetti Dini recobró el ritmo de su vida intelectual. Desde mayo de 1931 colaboró en el periódico *El Bolivariano* (bimensuario comercial de intereses generales), que pretendía



ser un homenaje a El Libertador en el centenario de su muerte. Marco Tulio Suárez, un comerciante dueño de La Casa de las Novedades, era su propietario y administrador y E. Urdaneta Pulgar su director-redactor. El primer número apareció el 17 de diciembre de 1930 y el último (el N° 31) el 17 de diciembre del año siguiente. Se trataba de un periódico progresista en la medida de lo posible en aquella época, aunque saludaba los actos del gomecismo como la nueva elección del Gral. Gómez, luego de la renuncia del presidente J. B. Pérez, en julio de 1931. Se ocupó de temas de actualidad como la crisis económica mundial, el funcionamiento del ferrocarril de El Vigía a Santa Bárbara, la construcción de la carretera hacia Los Chorros de Milla, la necesidad de construir viviendas o la conveniencia de fomentar el deporte: ya se practicaban el tenis y el béisbol. De vez en cuando informaba sobre la muerte de personajes de significación como don Constantino Valeri o don Leopoldo Gelsi; o el inventor T. A. Edison. Curiosamente, y a pesar de una firme postura anticomunista a la que dedicó uno de los editoriales, mantuvo una posición favorable a la naciente República española.

Spinetti Dini apareció como colaborador a partir del número 7 (15 de mayo de 1931), es decir, desde los inicios de su vida merideña. Ese número incluyó dos poemas suyos: “Deja que sueñe con tu amor” y “Plenilunio”. A partir de entonces, su colaboración fue permanente. En ocasiones con textos en prosa, como los siguientes:

N° 11 (del 28 de junio): nota sobre Julio Sardi.

N° 12 (de 5 de julio): Los cambios en Mérida, de gran valor histórico.

N° 16 de 2 de agosto: Prosas humildes (contra los potentados insensibles) y La eterna utopía.

El último es el más interesante de todos y muestra la evolución del pensamiento de Spinetti Dini. Su autor, preocupado por la situación del mundo, es un hombre distinto al poeta del año 1918. Rechazaba la violencia de las revoluciones, incluidas la francesa y la soviética. Criticaba el comunismo y alertaba contra “la eterna utopía”, que prometen los mesías de todos los tiempos. Y advertía sobre los peligros que se cernían sobre el mundo: “un trueno sordo, persistente, presagio de la más pavorosa de las

tragedias empieza a retumbar cercano. Pero la Humanidad, asordada por la fanfarria de las palabras melifluas –de la utopías, de las especulaciones de los falsos filósofos y el evangelio de los falsos apóstoles– no lo oye, o hace que no lo oye todavía.” A pesar del enclaustramiento al que lo condenaban las montañas andinas, sabía escuchar los ruidos que venían de Moscú y de Roma y que pronto se escucharían más fuertes, provenientes de Berlín y de toda Europa. Pocos, entonces, los escucharon.

A veces, como en ese número 16, eran varios sus textos en una misma edición. Porque enviaba también poemas. Lo hizo desde el número 10 (21 de junio) en el que aparecieron tres. Uno dedicado a su hija:

*Oh, muchachita dulce que cuando me sonríes  
haces que olvide todas las irónicas muecas.*

*Déjame que te mire, que tu belleza suma  
me hace olvidar las horas de fastidio y de pena,  
y deja que en tus ojos, ventanales abiertos  
a lo infinito, mi alma se emborrache de estrellas.*

Y otros: “Escóndeme en tus brazos” y “Con un ardor salvaje” a sus amores. Casi todos los números siguientes ofrecieron sus versos: N° 11 del 28 de junio: “Espaldas encorvadas de los viejos” de 1927. N° 12 del 5 de julio: “Quién tuviera las alas del avión”, “Franciscanamente” y “Bruñía el sol las cúspides nevadas”. N° 15 del 26 de julio: “¡Aquel muchacho iluso! soñaba todavía...” y “Eres dulce lo mismo que la Tarde”. N° 16 del 2 de agosto: “Ella pasaba silenciosa” y “La besó largamente”. N° 17 del 9 de agosto: “Laurel-rosa” (sobre un amor de Bolívar, después de Junín, de 1926) y “Cuando la muerte se acercó”. N° 18 del 16 de agosto: “La roca” y “Nuevo evangelio”. N° 19 del 23 de agosto: “Nocturno en el lago”. N° 20 del 30 de agosto: “Por el antiguo parque”. N° 23 del 20 de septiembre: “El tronco florido”. N° 25 del 5 de octubre: “Dame la flor de tus veinte años”. N° 26 del 12 de octubre: “Mientras tañía el vesperal” y “La insinuación”. N° 27 del 18 de octubre: “Lo fatal”. N° 28 del 25 de octubre: “El ultraje”.

Nº 31 del 17 de diciembre: “Ya no tenía América laureles” (son dos pequeños poemas dedicados a El Libertador).

En una de sus ediciones, *El Bolivariano* informó que entre finales de agosto y mediados de septiembre de 1931 Spinetti estuvo en Caracas, donde la esposa fue sometida a una peligrosa operación quirúrgica. Al llegar se incorporó de inmediato a un grupo que se formó el 10 de septiembre: *Guanahaní*. Estaba formado por Antonio Quintero García (pontífice y gran caimacán), Arturo Croce, E. Urdaneta Pulgar, Rubén Corredor, Rafael Pizani y M. A. Pizani Crespo y reconocían como hidalgo de las letras a Pedro Romero Garrido. Se reunían en el local de *El Bolivariano*, que se convirtió en su vocero. Querían, decían en un manifiesto que publicaron al efecto, “orientar sus afanes hacia una manera de hacer arte y literatura en América”. Pronto recibieron el impulso de Héctor Cuenca, quien vino a Mérida, desde Maracaibo, para ofrecer un recital que convocó a los estudiantes recién llegados.

La aparición de *Guanahaní* provocó una verdadera conmoción. *El Bolivariano* publicó los textos de los jóvenes renovadores. “La ciudad ortodoxa, académica, tradicional, y puritana, tiene andando por sus calles la levadura de la palabra nueva”, afirmó uno de ellos. Pero a los pocos días, desde *Patria* un escritor, que decía llamarse Antón de la Sierra, enfrentó al grupo. Le contestó Pedro Vallecito. Y se entabló una polémica entre seudónimos acerca de la vigencia de la vanguardia, que los merideños siguieron con atención. Curiosamente en la discusión terciaban los directores de los dos periódicos: defendían la libertad de expresión literaria. De pronto, el grupo se disolvió. Y Antón de la Sierra, al que asaltaban las dudas y Pedro Vallecito desaparecieron. Aunque pareció una ráfaga violenta de vanguardismo, contribuyó a la renovación intelectual.

Entretanto, el almacén prosperó rápidamente. Vendía, telas, casimires, sombreros, cueros. Los productos, en su mayoría, eran importados, y los buscaban tanto los vecinos de Mérida como los de otros sitios. Por eso, despachaba al detal y al por mayor. Tenía muchos clientes de pueblos alejados, a cuyos pequeños comerciantes suplía de variedad de géneros. Los conocía desde Ejido, cuando ayudaba a su padre en el nego-

cio. Muchos venían de los Pueblos del Sur y eran sus amigos, como Don Benjamín Noguera, de Mucuchachí. El negocio le proporcionaba medios suficientes para vivir con alguna soltura. El padre, convertido en uno de los más importantes empresarios de la ciudad, era rico. Y tal vez el hijo lo hubiera sido en igual forma, si su vida no hubiera sido cortada tan temprano. En todo caso, ya tenía bienes que le permitían ofrecer comodidades a su esposa y sus hijos. Y complacer sus gustos personales, como comprar libros y visitar con alguna frecuencia los Salones que funcionaban en Mérida. Pero, al almacén no sólo iban las gentes a comprar, sino también a conversar. De política, de la situación internacional, de los problemas económicos y sociales. No faltaban las referencias a los escritores y sus obras y a las corrientes artísticas de vanguardia. Y, por supuesto, se comentaban las muchas cosas de la pequeña ciudad. Por eso, La Casa de Moda era un lugar muy concurrido.

Cuenta Raúl Agudo Freites que en 1934 Mérida era una ciudad universitaria, friolenta y conservadora, con gentes y servicios muy irregulares. “Lo único cotidiano –afirma– era el diario *Patria* de Rubén Corredor y la tertulia vespertina de Tonino Spinetti. Allí, Ernesto Silva Tellería, Pedro Curiel Ramírez, Francisco Tamayo, Alfredo Weber Castillo y otros, hablaban de literatura, de política –sotto voce– o de la gesta increíble de Sandino”. Algunos recuerdan al grupo que se reunía –a veces dentro, otras en la acera– para comentar los sucesos importantes de actualidad. Allí iban los inmigrantes a enterarse de las noticias de Europa, cuya situación preocupaba mucho. Todos creían que las potencias se estaban preparando para la guerra. Y también comerciantes que proponían fórmulas para superar la tremenda crisis que azotaba a las sociedades capitalistas. Habían leído los comentarios de Alberto Adriani sobre los problemas de la economía del café y se mostraban partidarios de acoger las soluciones que proponía. Estaban los estudiantes que cada día eran más, como consecuencia del crecimiento de la Universidad. Al apenas llegar a las pensiones donde se alojaban, alguien los invitaba a aquellas singulares tertulias. Y no faltaban los viajeros, que se acercaban a conocer a los merideños notables de la época.

A veces aquellas tertulias se trasladaban a la redacción del diario *Patria*, ubicada en la calle de Lora, detrás de la Universidad. Pero entonces eran más reducidas: Emilio Menotti Spósito, Antonio Spinetti Dini, Enrique Celis Briceño, Carlos Gonzalo Salas y Ernesto Silva Tellería. Después de escribir algún texto en común –publicado casi siempre bajo seudónimo– conversaban sobre los sucesos de Europa y el futuro de Venezuela. Es conveniente señalar que el periódico –siempre leal al Benemérito y sin expresar crítica alguna a su gobierno– informaba con bastante libertad acerca de lo que ocurría en el país: el frustrado asalto al cuartel San Carlos (1928), la invasión del Falke (1929), la toma de Curaçao (1929), la expedición de Urbina a las costas de Falcón (1931). Y también sobre las dificultades económicas, especialmente de los productores, y los problemas que afectaban a la mayoría de la población. Eran temas que se discutían en la Universidad, que comenzaba a crecer y modernizarse.

Desde 1928 el número de estudiantes y de profesores había aumentado mucho como consecuencia de la expansión de las actividades universitarias, como se aprecia en el siguiente cuadro:

	1928	1929	1930	1931	1932	1933	1934	1935
Profesores	17	15	27	21	25	36	32	34
Estudiantes	110	69	120	76	136	284	153	275

Fuentes: Libro de Matriculas. 1928 a 1936. *Memorias del Ministerio de Instrucción Pública*.

Venían de todas partes. Muchos eran del oriente y de los Llanos. Pero también de Caracas, de Valencia, de Barquisimeto y de Coro. Y como desde antiguo, la mayoría provenía del Zulia y de los Andes. Tenían apellidos hasta entonces desconocidos. Hablaban con acentos distintos y traían otras costumbres. Y algunos, también, nuevas ideas que querían difundir sin ningún ruido. Por su parte, los nuevos profesores enriquecían la vida intelectual de la ciudad. No pocos habían estado en el exterior.

Los cambios se aceleraron en la Universidad en 1931 a la muerte del rector Bernal. Lo sucedió el Dr. Humberto Ruiz Fonseca, de espíritu

científico. Duró poco. Le siguió el Dr. Cristóbal Benítez, quien estableció las Conferencias Universitarias para fomentar la discusión de los problemas. En 1934 fue designado el Dr. Roberto Picón Lares, intelectual de prestigio, durante cuya gestión se inició la construcción del nuevo edificio, según proyecto del arquitecto Luis Chataing. Se produjeron, también, cambios en la administración estatal. En abril de 1934 el Gral. José Rufo Dávila, quien había ejercido el mando casi sin interrupción en Mérida desde 1927, fue trasladado a Barcelona. Gómez, que presentía su fin, colocaba a sus hombres más fieles en posiciones clave para garantizar la sucesión pacífica. Dávila había sido un gobernante autoritario aunque progresista: inició importantes obras públicas como la pavimentación de calles e instalación de cloacas. Le sucedió, luego de una interinidad de varios meses, Rafael Paredes Urdaneta. Venía de Europa y quiso modernizar la ciudad.

Antonio Spinetti era el centro de aquellas conversaciones. Y él tenía buen cuidado que se mantuvieran dentro del límite de lo tolerado. Era imposible obviar los temas políticos: las dificultades económicas del momento, los cambios que se sabía inevitables pero que despertaban grandes temores. Aunque Juan Vicente Gómez parecía eterno era evidente que envejecía. Por lo demás, no podían ocultarse ciertos acontecimientos que indicaban que el país había comenzado a agitarse. Se había iniciado el relevo en los altos cargos. Y la separación del presidente Juan Bautista Pérez y la nueva elección del Benemérito en 1931 habían mostrado que dentro del grupo en el poder existían contradicciones. Los estudiantes que venían de otras partes traían noticias. Y los cables de los periódicos también. Ya se escuchaba la radio. La gente del común empezaba a pensar en el futuro. Muchos se preguntaban qué ocurriría cuando desapareciera el General, el único gobernante que muchos habían conocido.

Ese contacto diario con gente tan variada y de tan diversa procedencia le permitió a Antonio Spinetti conocer bien la realidad nacional y estar enterado de lo que ocurría en el mundo. En este sentido, en su biblioteca, como se verá, al lado de las obras de literatura figuran textos sobre temas de actualidad. Más de un viajero, que sabía de sus inquietudes le dejó algún libro o alguna revista. Pero aquellas tertulias también le

permitieron mantener el contacto con la gente del común. Y de esa forma conocer en vivo las múltiples experiencias de los seres humanos: sus luchas, sus triunfos, sus fracasos, sus alegrías, sus penas, sus esperanzas. Supo de los problemas de las familias que carecían de vivienda, de la frustración de los niños que no podían asistir a la escuela, de las condiciones de miseria en que vivían los campesinos, de los salarios insuficientes de los obreros, de la carencia de servicios de salud para atender a los pobres. Ese conocimiento fue fundamental para dar contenido social a su poesía y a su prosa.

A pesar de su actividad en el almacén, que requería de muchas horas de atención, Spinetti Dini no abandonó nunca las tareas intelectuales y especialmente la escritura. Durante los primeros años de esa década de los treinta, compuso poemas que entregó a diversos medios o que guardó para sus libros fundamentales que aparecieron más Tarde. En la revista *Progreso y Cultura* de Caracas publicó “El minuto fatal” y “Acaso llegue un día” (en el N° 19 de diciembre de 1931); y “La honda fragancia” (en el N° 31/32 de diciembre 1931-enero de 1932). Igualmente, comenzó a escribir varias obras en prosa que quedaron inconclusas. Mencionó, entre estas últimas, dos: *El Camino del alba* (novela venezolana) y *La cosecha* (novela americanista).

Es interesante destacar que la obra de Antonio Spinetti Dini se cumplió en Mérida. Si bien mantuvo contacto frecuente con intelectuales de otros sitios y que publicó en periódicos y revistas de otras ciudades de Venezuela y del exterior, sus textos esenciales salieron a la luz en Mérida. Por cierto, en ediciones muy limitadas, de no más de algunos centenares de ejemplares o en órganos periodísticos de poca circulación. Por lo demás, la impresión de libros en aquella época en una población pequeña del interior no se hacía sin dificultades. A comenzar por la falta de imprentas. Pero Spinetti supo vencer esos escollos para dar a conocer sus versos y prosas. En este sentido, es conveniente repetir lo señalado por Lubio Cardozo:

*El tremedal de la provincia no existe cuando el hombre no quiere.  
La provincia no es excusa para la holgazanería. Para el intelec-*

*tual la vida en la provincia es más difícil, innegablemente. Pero el acero del espíritu del hombre se temple en las dificultades. La labor del intelectual en provincia, además de la trascendencia inherente a la calidad estética de su obra, cumple una utilidad inmediata en su contorno humano... porque representa obra pionera, iluminadora, docente.*

El poeta tenía conciencia de esas dificultades. Habló de ellas en varias oportunidades. Recordaba, por ejemplo, los pocos medios disponibles para editar libros y periódicos. Y cómo se las habían ingeniado él y sus amigos para lograr publicarlos. Pero, asimismo, ellos sabían del valor de la obra realizada en la provincia.

La provincia –sentenciaba Rafael Pisani– silenciosa, apartada, es medio fecundo para pensar y hacer. Ella ayuda a crear. Es fuente de renovación.

Y así lo escribió en artículo que entregó a *Patria* por aquellos días (5 de marzo de 1934) en que resaltaba “la fuerza positiva provinciana para quienes en ella viven”. En nota colocada al final de *La palabra al viento* se dice:

*El (libro) ha podido salir de fuera, de lejana editorial y hecho en papel exótico, pero quiso su autor, al mismo tiempo que ir acorde con sus ideas venezolanistas, predicadas más de una vez en la prensa, demostrar que en el país, y no sólo en la capital, sino también en el rincón provinciano, puede hacerse obra de mérito.*

No obstante, y a pesar del aislamiento físico en que vivían Spinetti Dini y los vecinos de Mérida, la obra del poeta tuvo reconocimiento nacional y americano. Y es de tomar en cuenta que prácticamente no salió de las montañas andinas. Apenas si algunos viajes de negocios a Maracaibo y varias visitas a Caracas. Desde su ingreso al país a los cuatro años, nunca más traspasó sus fronteras.



### III

#### En papel venezolano

Desde mediados de 1931 Antonio Spinetti Dini retomó su colaboración con el diario *Patria*, la que continuó aun después de encargarse el 16 de mayo del año siguiente el nuevo director: Rubén Corredor, a quien ayudó como redactor, hasta octubre de 1934, Rafael Pisani. Rondón Márquez vendió la empresa y se marchó a Caracas: “Nos vamos –explicó– en virtud del imperativo dannunziano que dice con verdad: “Renovarse, o morir”. Corredor estuvo al frente hasta el 1 de marzo de 1935. A partir de entonces, en su última etapa, el periódico, propiedad de una sociedad presidida por José Cárdenas Briceño, tuvo varios directores.

Durante esos años, Spinetti Dini publicó en *Patria* muchas páginas. Incluso una entrevista a la escritora valerana Paquita Guerrero (en el N° 1.830 del 14 de noviembre de 1931). Entre los artículos se cuentan: En el N° 1752 del 14 de agosto de 1931: “Bolívar y sus ancestrales”. En ese texto estampó una frase de permanente actualidad: “Bajémosle de su altar de Dios, en donde nuestro patriotismo (a veces falso) ha querido colocarlo, para dejarlo en su lugar de hombre”.

En los números 1828 y 1829 del 12 y 13 de noviembre: “Los bombones sentimentales” (sobre las Conferencias de Paz).

En el N° 1.937 del 18 de marzo de 1932: “El Libertador en la sierra nevada de Mérida”.

En el N° 2.014 del 28 de junio: “Cincuentenario de la muerte de Garibaldi”.

En las ediciones de los días 12, 14 y 15 de febrero de 1933 apareció su cuento “Yahoo” en el que con humor e ironía criticaba las conferencias internacionales que se mostraban incapaces de resolver los problemas. A ese siguieron otros textos menores:

“El poeta Fadrique” en el N° 2.266 del 9 de abril de 1933.

“Judas” en el N° 2.271 del 16 de abril siguiente, uno de los escritos más interesantes de su vida. Exponía una nueva visión del papel de Judas en la pasión de Cristo: el apóstol cumplió la misión que le señaló el destino. Y se anticipaba al futuro: “La historia revisará el proceso infamante... Judas será absuelto”.

A veces, enviaba algún poema:

“Sor Dolores” en el N° 1756 del 20 de agosto de 1931.

“Raza nueva de América” en el N° 1801 del 12 de octubre.

“Laude a la reina Olga” en el N° 1925 del 10 de marzo de 1932. Ese poema nos revela que por esos días ensayaba textos vanguardistas:

*No un verso vanguardista decir quisiera ahora  
en loa de esta reina de blando corazón  
sino un verso romántico; ese verso que llora,  
que es ala, grito, sangre, romanza y oración.*

“Velada de la primavera” en el N° 2.000 del 11 de mayo (de mal disimulado erotismo).

“Gitana” en el N° 2.132 del 10 de noviembre. Seguramente estaba dedicado a una bella morena que lo perturbó (acaso en Tovar):

*...no fue más tentadora la manzana olorosa  
del paraíso terrenal.*

“La mirada honda” en el N° 2.226 del 26 de febrero de 1933

“Y acaso llegue un día” en el N° 2.235 del 9 de marzo

“La suprema fealdad” en el N° 2.245 del 19 de marzo

“Todavía” en el N° 2.346 del 4 de julio.

Durante aquella época hizo varios viajes a Caracas. En julio y agosto de 1932 fue por pocos días para recibir a su hermano Humberto que regresaba de Italia. Un poco más largos fueron los de agosto y noviembre del mismo año, dedicados a actividades relacionadas con sus negocios. En febrero y marzo de 1934 volvió a Caracas. Se entrevistó con Leo y

obtuvo la representación de la empresa Ford, la que ejerció por algún tiempo con la ayuda del mecánico Rafael Ramos. En septiembre fue una vez más: ofreció un recital en el Ateneo de Caracas, donde fue presentado por el joven Luis Miguel Ferrer. En 1935 estuvo varias veces. En febrero fue designado representante del Ateneo en la región. Luego debió volver por lo menos tres veces (junio-julio, noviembre y diciembre) para tramitar su naturalización.

A pesar de toda esa actividad, por entonces preparaba su mejor obra. Así se conoció en marzo de 1934, a través de *La Esfera*, que publicó en la página Domingos literarios algunos de los versos de un libro en prensa –*La palabra al viento*– con un elogioso comentario de Leo sobre el autor. Como ya antes había dedicado una página similar a Pedro María Patrizzi, comparaba la obra de los dos poetas. Patrizzi cantaba a las cosas, el paisaje, los hombres, los hechos, en tanto que Spinetti mostraba su intimidad y su pensamiento. Leo revelaba que le había seguido los pasos y se confesaba entusiasmado: “En este muchacho cuaja un poeta de auténtica fibra, que también es un escritor de prosa denso y estudioso”. Es, afirmaba, de “los que sienten hondo y descubren venas de poesía en las existencias humildes”. Su verso “es de varonía altiva. No obstante señalar algunas incertidumbres que el tiempo pulirá”, reconocía en Spinetti un representante de las jóvenes generaciones.

El 18 de agosto de 1934, dieciséis años después del *Breviario galante y rebelde*, Antonio Spinetti Dini entregó su primera gran obra: *La palabra al viento*, un poemario editado en los talleres tipográficos de D. Antonio Díaz, “en papel venezolano y trabajado por manos venezolanas”, como dice la nota al final del texto. Sin publicar quedaron el *Poemario inédito*, anunciado en 1926, *La eterna sed* y *Las estatuas de sangre*, que mencionó al año siguiente en *Cultura Venezolana*. Sin embargo, parece que algunos de los textos a incluir en esos proyectos encontraron su lugar definitivo en sus libros fundamentales.

Era una pretensión hablar de talleres tipográficos. Se trataba de “una pequeña prensa de mano, de modelo antediluviano y unos pocos kilos de tipos de imprenta, equipo con el cual (el dueño) hacía trabajillos de mínima monta”. De esa prensa, instalada en una pequeña habitación

de la casa que Antonio Díaz tenía alquilada en La Hoyada de Milla, “salió después de una ímproba labor de cuatro meses un libro editado con buen gusto, casi lujoso, impreso a dos colores”. Costó mucho, confesaba más Tarde el autor, publicar aquel libro de 170 páginas y en un dieciseisavo, en un taller propio sólo para estampar tarjetas y recordatorios. Pero la crítica elogió la presentación de la obra. Porque el responsable, “a falta de equipo suficiente, tenía de sobra, eso sí, buen gusto y voluntad”. El columnista de *Patria* Anselmo Arias (el 25 de agosto) reconoció el trabajo: fue “realizado a fuerza, a pulso de constancia por un obrero merideño aficionado al buen gusto tipográfico”. Afirmaba: “Mérida no había lanzado un volumen tan nítidamente impreso, tan elegante”. Y una nota del director del mismo diario (5 de septiembre) aplaudió al “editor improvisado que ha realizado una bella labor..., con buen gusto y conocimiento del oficio”.

Como afirma Lubio Cardozo: “Tres lustros y pico representan un buen tiempo de meditación sobre la conciencia creadora del poeta... Ha descubierto la palabra... ese sentido prístino, terriblemente poético de las palabras”. Son 58 poemas, dedicados al hombre, en sus distintas manifestaciones: la vida con sus alegrías y sufrimientos, las injusticias sociales, las creencias, las inquietudes y angustias del alma, el amor y el destino. Los primeros versos señalan el propósito:

*Lanzo al viento mi palabra:  
-tal vez mi palabra mejor-  
Los vientos se la llevan. Hacia Oriente, hacia Occidente,  
Sur y Septentrión.  
En ella va el suspiro que pugna por ser grito  
de rebeldía y de conminación.*

El libro recogió, para rescatarlos, poemas escritos y algunos publicados en distintos momentos. Por eso, es heterogéneo, de temas y formas muy variados. Cardozo distingue cinco tipos: los que describen la realidad social (la miseria, la explotación del hombre), que no son los más valiosos como “Romance del hombre de greda”, “Romance de la tierra árida”, “Balada del niño mendigo”; los que revelan la fe en el fu-

turo, la creencia en el progreso con sus beneficios para los marginados como “El triunfo de Ícaro”, “La epopeya de los caminos”, “Elegía de las alas”; los que muestran una “religiosidad pacata” como “Romance de los ríos”, “El abismo”, “A la mujer sin hijos”; los de temas eróticos, al estilo danunziano como “La culpa fue de la Tarde”, “Yo la reconocí entre todas”, “Romance de playa en el trópico”; y los llamados metafísicos como “Las manos cobardes”, “Profesión de fe”, “La voz inútil”, “La voz del sueño”, “La balada del buen viento”, que indagan sobre el destino del hombre y sus relaciones con el universo. Estos son poemas exquisitos y algunos de rigurosidad excepcional. Junto a “La epopeya del genio” y “El romance del hijo muerto”, son los mejores.

El verso de Spinetti no lo lleva ahora a la evasión. Es, por supuesto, y como lo quería Verlaine “la musicalidad antes que toda cosa”. Pero ya no se queda en el verbo florido y en las metáforas de moda. Más bien abandona los temas y los paisajes y personajes del *Breviario* para encontrar materia en lo circundante: lo humano, lo cercano, lo cotidiano. Lo explica César Rengifo:

*En la actitud intelectual del poeta hay una exacta comprensión de que lo Universal en arte adviene siempre de fuerzas nutricias nacionales. Sólo aquellas creaciones que han sido alimentadas sustancialmente con jugos profundos de Pueblo y geografía, llevan acento humano y trascendente y pueden por eso hacerse universales y grabar honda huella en el tiempo. Es por lo que contiene y representa de tiempo histórico, de humanidad, de realidades sociales y de ideales colectivos que una obra de arte adquiere categoría Universal.*

Spinetti, que había descubierto desde niño la realidad social en las calles y las gentes de Ejido y en la naturaleza de la tierra adoptiva, la hizo poesía, a veces de protesta. Había visto su mundo y su sociedad y los había estudiado. Pudo, por eso, llevarlos a sus versos y hacerlos canto, pero también denuncia. Allí estaba, ante todo el paisaje real, con sus casas, sus animales, sus hombres:

*El caserío, a lo lejos,  
hiere el cielo con la blanca  
cúpula de su capilla.  
Una casa, abandonada,  
y en ruinas, muestra sus puertas  
como bocas desdentadas.*

...

*—Ara una yunta de bueyes  
la llanura desolada—.*

No era un paisaje muerto, estático, porque en la naturaleza el movimiento del viento puede hacerse poesía:

*El viento pasó y los árboles  
se pusieron a cantar.  
En el viento iba un suspiro.  
Secreto, queja y cantar.  
En él iba una semilla  
que nadie sabe a donde irá.*

...

*En el viento iban las voces  
que nadie quiso escuchar.*

Y la realidad estaba también en las gentes, con todos sus problemas y dificultades. En las espaldas encorvadas de los viejos:

*Alta encina de ayer.  
Fuerte contra el azote del trabajo, ese viejo.  
Fuerte contra el azote del hambre.  
Fuerte contra el azote del dolor y del tedio.*

E, igualmente, en la figura de la mujer cualquiera:

*Era la mujer cualquiera.  
La que puede cruzarse en el camino  
del poeta, del sabio,  
del multimillonario o del mendigo.  
Pero recuerdo ahora  
que en la mujer cualquiera  
se concentraba un todo.*

Y en la mujer sin hijos:

*Pobre mujer sin hijos. Planta sin flor ni fruto,  
noche sin estrella.*

...

*Con qué envidia tan larga y dolorosa  
ves los hijos que ajeno hogar alegran;  
y al mirarlos tus ojos tienen lágrimas,  
y tu alma, angustia inmensa.*

Y se podía hallar incluso en el hombre loco:

*Y le llamaron loco. Le apedrearon,  
fue el escarnio y la befa,  
de los cuerdos, los sabios,  
y aún de los estultos. Toda la turba necia  
le seguía gritando:  
-¡Está loco! ¡Está loco!*

Esa realidad la encuentra el poeta en los que sufren por diversas causas, pero especialmente por su pobreza. Le duele la tristeza del hombre, de los vencidos por el tiempo, de los que esperan inútilmente, de los espíritus sin horizonte, de los niños que se mueren en los días sin sol y la de las cosas, del lodo cuando la fuente se seca, del camino para los que se van, de las aguas dormidas, de la tierra árida.

*Cuánta tristeza, hermana,  
hallarás a tu paso por la tierra.  
Ven, enciende la lámpara. Recemos  
por todos los que sueñan.*

En el niño mendigo, al que dedica “Balada”, de gran belleza:

*Amargura, tan amarga, de una sonrisa de niño  
que llama de puerta en puerta pidiendo un trozo de pan.  
¿Alguna vez has mirado nada más triste que esa  
sonrisa que no es sonrisa? ¡Quién sabe lo que será!*

...

*Él no se atreve a mirarnos mientras la mano nos tiende;  
pero es tan larga la noche del duro día sin pan  
que hasta sonrío al mendrugo que está apretando en su mano,  
con ese gesto tan triste, que si quisiera llorar.*

*Todavía... Todavía  
de puerta en puerta hay un niño que pide un trozo de pan.*

Y la realidad se le muestra, también, en las costumbres, en los cambios, en los tiempos que pasan. Como en la historia del viejo tinajero, verdadero manifiesto en defensa de la conservación de nuestros valores. Tal vez sea éste el texto de mayor belleza sobre el tema en la literatura del país:

*Hoy, de repente, en el cuartucho sórdido,  
en el más miserable de la casa,  
y donde sólo guárdanse las cosas inservibles,  
encontré al tinajero.*

*Y el viejo tinajero me dijo muchas cosas.  
Pobre tinajero abandonado.  
Cómo estaba de triste.  
Lo mismo que el abuelo,*



*él, ante la avalancha de las gentes extrañas  
venidas de muy lejos,  
se vio obligado a abandonar su puesto.*

Ese poema nos muestra a Antonio Spinetti Dini vinculado a una época que desaparecía, por culpa de la civilización. Siente entonces gran nostalgia.

En *La palabra al viento* el poeta se desnuda para enseñarnos su esencia, su espíritu, su subjetividad:

*¡Mírame, estoy desnudo para que tú me veas!  
Desnudo hasta de palabras.*

*Quiero mostrarme a ti, como si fuera  
una gota de agua.*

Pero, asimismo, nos da a conocer sus sentimientos y sus emociones, sus amores. Los que le inspira el hijo muerto. Y los que le despierta una muchacha en la Tarde que cae:

*La culpa fue de la Tarde  
que se enredó entre sus rizos,  
y de sus ojos tan grandes,  
aquellos ojos divinos.*

*Y tuvo miedo, y de súbito,  
temblando, tal como un niño  
que se perdiese en la selva,  
buscó en mis brazos asilo.*

Cuando Spinetti Dini publica *La palabra al viento* ya ha adquirido la maestría del oficio. Es capaz de utilizar las palabras para construir un verso hermoso y musical. En el texto se encuentran algunas de sus mejores creaciones poéticas. Como:

*Un día nos dijimos:  
es la hora del vuelo, cortemos la amarra.  
Lancemos el grito nuevo.*

O este otro:

*La tierra estaba grávida de siglos,  
y un día el barro se sintió con alas.*

El libro fue recibido con elogiosos comentarios. El primero fue el de Rafael Pisani: “Lo malo de un libro bueno” (en *Patria* del 25 de agosto). Aun cuando criticaba la inserción de algunos poemas, reconocía el “indiscutible talento” de Spinetti que se manifestaba sobre todo en los romances. Pocos días después (5 de septiembre), apareció una nota “Los libros nuevos” del director del mismo diario quien consideraba que este era el libro definitivo para el escritor. Más Tarde, el poeta recibió muchas cartas de autores de Venezuela y de otros países de América y aun de España. Algunas de ellas fueron publicadas en la prensa local. Ninguna le produjo tanta complacencia, como la que años después le escribió Mario Briceño Iragorry –su duro crítico de 1918– desde Costa Rica. Le confesaba que con la lectura de uno de sus poemas “reviví el dolor de mi hijo muerto”.

*La palabra al viento* era un libro valiente. Fue publicado en los años finales del régimen gomecista, cuando no se permitía la crítica ni la denuncia. Entonces la censura era severa y la represión implacable. No obstante esas circunstancias, Antonio Spinetti se atrevió a mostrar la miseria que afectaba a la población y el dolor que afligía a los más pobres. Y, más aún, se arriesgó también a presagiar el futuro:

*Sobre todos los caminos  
que van cruzando la Patria  
como una sonrisa nueva,  
está floreciendo el alba.*

## IV **Acento tibio de humanidad**

El 17 de diciembre de 1935 murió en Maracay el general Juan Vicente Gómez. Acababa de cumplir 27 años en el poder. Lo había ejercido sin límite alguno desde 1913. Durante ese largo tiempo consolidó la unidad nacional, estableció la paz y organizó las finanzas públicas. Pero a pesar de tales logros y de los ingresos que el fisco recibió por concepto de la renta petrolera, para entonces Venezuela era un país muy atrasado. El régimen personalista de gobierno, que sustituyó al de los antiguos caudillos regionales, se fundaba en el acatamiento de la voluntad omnipotente del “gendarme necesario”: era la fuente de las normas y de la acción oficial. Nadie podía oponerse a sus intenciones. No tenía vigencia el estado de derecho ni funcionaba la separación de los poderes. Todos los empleados públicos eran designados por el Jefe de la Causa y no existía ninguna institución contralora de la administración. Aunque reconocidos en los textos legales, no se garantizaba el ejercicio de los derechos y libertades individuales, ni aun los más elementales.

La administración de la riqueza nacional había sido entregada mediante concesiones a empresas extranjeras. Y éstas actuaban con total libertad de acción. Pagaban pequeñas regalías al fisco nacional; y muy poco a sus trabajadores, a los que ofrecían pésimas condiciones laborales. Los nuevos ingresos apenas beneficiaban a la mayor parte de la población venezolana. En un alto porcentaje se desviaban hacia el patrimonio de funcionarios y partidarios del régimen. Allí está el origen de algunas de las más importantes fortunas del país. Inmensa era la del dictador, porque con los recursos del tesoro público pudo adquirir cualquier bien –mueble o inmueble– que deseara. Si no dio origen a una gran fortuna familiar fue porque en la reforma constitucional de 1936 se determinó que pasara a poder de la Nación.

El territorio estaba casi despoblado. Dos guerras terribles, algunas cuantas revoluciones de significación y cientos de pequeños enfrentamientos habían impedido el crecimiento demográfico. En ciento veinticinco años los 800.000 habitantes de 1810 sólo se habían multiplicado por cuatro. Para 1936 eran 3.364.347 diseminados en casi un millón de kilómetros cuadrados. La densidad de población era de 3,8 habitantes por Km<sup>2</sup>. El paludismo, endémico en las tierras llanas, provocó el abandono de regiones que en un tiempo fueron prósperas y en las cuales se formaron ciudades importantes. Y la emigración europea –millones de personas– se dirigía a otros destinos. La mayoría (casi 2,4 millones, o sea, el 71,1%) de la población vivía en las zonas rurales. Las ciudades apenas albergaban a 972.296 (o sea, el 28,9% del total). Algunos de los antiguos centros urbanos de importancia habían desaparecido.

El estado Mérida, según el censo de 1936, tenía 179.122 habitantes (o sea, el 5,3% del total nacional). La densidad de población era mayor, casi cinco veces a la del país: 15,85 habitantes por Km<sup>2</sup>. La mayoría vivía en el surco central de la cordillera en los valles de los ríos Chama y Mocotíes. No había comenzado aún la colonización de la “tierra llana” y en los Pueblos del Sur sólo se aventuraban algunos pocos pioneros. La población rural llegaba a 156.789 personas (o sea, el 87,53% de la entidad). En las zonas urbanas apenas vivían 15.645 personas (o sea, el 8,74%): Mérida tenía 12.006 habitantes y Tovar 3.639. Los restantes 6.688 (o el 3,73%) se asentaban en áreas intermedias (o de pequeños centros urbanos): Ejido, que tenía 2.037, Santa Cruz de Mora, Timotes y Lagunillas.

Los venezolanos vivían en la mayor pobreza. Sólo unos pocos tenían ingresos suficientes. En realidad, había algunos ricos y millones de pobres. El hambre y las enfermedades diezaban a los campesinos que en su mayoría carecían de tierras. El Censo de 1937 reveló, por ejemplo, que en Mérida existían 8.818 conuqueros, que apenas si poseían la superficie que cubría sus ranchos. Se registraron 13.900 fundos agrícolas y 391 pecuarios; pero la distribución de la propiedad era muy desigual. El 9,05% de los primeros comprendía el 54,24% de las tierras. En tanto, el 63,44% sólo disponía del 17,89% de las tierras. Por eso el gran proble-

ma lo constituía el minifundio. Los beneficios para sus dueños eran muy reducidos. La producción media anual de los fundos agrícolas existentes era de apenas 1.109 bolívares, y el promedio anual de los beneficios alcanzaba a 384,10 (el 8,39% respecto del capital). Más grave aún, muchos campesinos ni siquiera tenían tierras: eran medianeros, pisatarios o simples peones. El salario de los últimos era de Bs. 2,14 en los fundos agrícolas y de Bs. 2,39 en los pecuarios.

También era muy injusta la distribución del producto del trabajo en el comercio y las pocas industrias existentes en las ciudades. Los dueños obtenían beneficios altos, mientras que los trabajadores debían repartirse remuneraciones muy bajas. Los sueldos de los empleados eran muy variables, pero no pasaban de Bs. 250 mensuales. Y los salarios de los obreros eran menores aún: el de los peones oscilaba de Bs. 2,1 a Bs. 3,5; y el de los obreros en las industrias de Bs. 2 a Bs. 7. Los sirvientes recibían de Bs. 0,66 a Bs. 3,66. Una lavandera ganaba Bs. 2 y una planchadora de Bs. 2,66 a Bs. 4. Con aquellos salarios, aunque los precios de los artículos eran bajos y mantenían gran estabilidad, el trabajador no podía atender a las necesidades de su familia. Para 1940 el precio de un litro de leche era de Bs. 0,50; el de una docena de huevos Bs. 1,20 y el de una de plátanos Bs. 0,25; el de un kilo de papas Bs. 0,27; el de uno de carne Bs. 1,25. El Congreso Obrero del Estado Mérida que se reunió en 1939 señaló que el gasto de una familia de 5 ó 6 personas era de 106,50 semanal (cifra superior al de los ingresos de los trabajadores).

La mayoría de los hijos (el 60,8%) eran considerados ilegítimos, aunque muchos nacían de uniones permanentes. Gran parte de ellos no recibía ninguna ayuda del padre, por lo que la madre debía atender sola al cuidado y alimentación de sus menores. Un alto porcentaje de la población (1.553.784, o sea, el 64,23%) era analfabeta. Sólo 865.427 (o sea, el 35,67%) sabía leer y escribir. Entre estos eran muy pocas las mujeres. Era muy limitado el acceso a las escuelas. Para el 31 de diciembre de 1935 asistían a los escasos planteles existentes 105.334 alumnos, que representaban el 15,28% de los 689.288 niños en edad escolar. Menos aún alcanzaban las escuelas secundarias. Y apenas unos privilegiados llegaban a las universidades. En Mérida (con fama de tie-

rra de cultura) sólo 33.996 personas (el 18,98%) sabían leer y escribir, y 5.550 (el 3,10%) sólo leer; en tanto que 139.576 (el 77,92%) eran analfabetos. Entre la población femenina el índice de analfabetismo afectaba al 84,73%.

No existía un sistema de salud organizado y ni siquiera todas las ciudades disponían de los servicios sanitarios básicos como acueductos o redes de cloacas. Unos pocos hospitales, la mayoría confiados a instituciones de caridad, atendían a los pobladores de las ciudades. Los primeros de Tovar y Mérida, por ejemplo, fueron construidos y mantenidos por las comunidades. No había ningún servicio médico en las áreas rurales ni en las pequeñas poblaciones. Para 1935 la esperanza de vida en Caracas era apenas de 35,7 años; y en Mérida la tasa de mortalidad general era de 18,45 por mil habitantes, en tanto las de mortalidad neonatal e infantil alcanzaban cifras escandalosas. El índice de natalidad llegaba a 34,7 por mil habitantes. El presupuesto de salud en 1936 representaba el 5,65% de los gastos totales de la República. La mayoría de las viviendas eran ranchos que no ofrecían ninguna comodidad, ni estaban dotados de los servicios indispensables. En tales condiciones reinaba la pobreza en todas partes. Se podía observar a simple vista. No era necesario leer estadísticas o estudios sobre el tema. La mostraban, además, las obras de literatura o de pintura o el cine. Chocaba a los ojos y a los oídos de cualquiera. Golpeaba la conciencia.

Antonio Spinetti fue testigo de la miseria de la gente. La realidad de su tiempo hería su alma. Aunque de posición acomodada, no vivía en torre de marfil. Por eso, podía aportar un testimonio personal de la situación. Por su bodega de provincia –señala Adelis León Guevara– “trajinan campesinos de carne y hueso que entre el trueque de una mercancía por otra, truecan también sus angustias y hablan de las injusticias que se reflejan en sus rostros de labriegos”. Sabía observar y transmitir lo que veía en las calles y campos de Ejido y en los barrios nacientes de Mérida donde imperaban la pobreza y el hambre. Los obreros y sus mujeres eran sus amigos. Hubo en él, como arriba se dijo, un “acento tibio de humanidad” que con los años se hizo más cálido. Se manifestaba en aspectos diversos de su vida diaria e impregnó muchos de sus versos. La preocupación por el destino del hom-

bre y en especial de los pobres se plasmó, sobre todo, en el poemario *Hambre* de 1937. Tal vez porque en aquel momento el autor podía expresarse con mayor libertad que antes, debido a la muerte del dictador. Y ejercer así la poesía como función de alta responsabilidad social e histórica.

Aquel libro, de 120 páginas, que contiene poemas escritos de 1934 a 1937 y que fue publicado en Mérida por la Editorial El Pueblo, que ya era propiedad de Antonio Díaz, es una dura denuncia de la realidad social de su tiempo. Al poeta parece interesarle la imagen casi plástica de la realidad, más que el verso y las reglas de la poesía. Es una obra comprometida, y con ella el autor pretende contribuir en algo a la transformación de la sociedad. Lo dice él mismo en el prólogo “El arte debe reflejar las aspiraciones sociales de su época... (ser) arte en función social”. En ese poemario, en forma por demás bastante objetiva, se plantea el conflicto del hombre con la sociedad que lo oprime. En sus páginas encontramos la angustia de un hombre del Pueblo ante el flagelo del hambre.

Casi todos sus poemas están dedicados a quienes sufren. A los niños en quienes veía, seguramente, al hijo muerto y a quienes –como si fuera el suyo– quería proteger, librar del dolor y de la injusticia. Así, en “Barro”:

*Niños... ¡Pálidos rostros de niños!*  
*Niños en años, viejos en miseria.*

*Sin abrigo, sin pan, sin escuela.*

Y también a las madres pobres, en “Noche de sábado de miseria”:

*Bajo la lluvia en la noche,*  
*calados hasta los huesos,*  
*arrimados a la pared, que también a abrigo se niega,*  
*pasan la madre y el niño hambrientos.*  
*Jirones de traje los cubren.*

...

*...van buscando pan.*  
*Pan, siquiera.*

Igualmente, a las trabajadoras, en “El romance de la obrerita”:

*Camino de su trabajo  
La pobre obrerita piensa.*

...

*... cómo es duro el trabajo  
cuando mal lo remuneran.*

...

*Piensa en sus noches de frío  
piensa en su dura miseria.*

En fin, al Juan Bimba de las montañas, en “Quena Campesina”:

*Cien arrugas como cien  
surcos en la frente ancha.  
Sarmientos, las manos callosas.  
La ropa, deshilachada.*

...

*No tiene ni 40 años.  
Pero hay horas largas, largas,  
que sólo puede medirlas  
quien las sufrió en sus entrañas.*

Spinetti no se recluye en el lirismo puro. Su poesía no evade la realidad. Es vital y refleja las condiciones existentes en el país y en la sociedad. Había sido testigo del sufrimiento de los pobres. Debió compartir con ellos en las chozas de aldeas arruinadas, en las calles sórdidas, en los arrabales que ya comenzaban a surgir. Por eso no se le escapan los problemas. Tampoco las tristezas. Sus temas en la materia son variados: las guerras, el hambre, la explotación del hombre, la pobreza de los campesinos. Parece resumirlos todos –y los de todos los tiempos– en el poema inicial que da nombre al libro:



*Sobre un camino de siglos  
los hombres pasan hambrientos.*

...

*Hambrientos pasan los hombres  
por el camino del tiempo.*

*Y el grito de ayer fue ¡Hambre!  
Y ¡hambre! es hoy el grito nuevo.*

...

*Hambre de amor y justicia,  
de paz, de pan y de techo.*

En su poesía Spinetti revela los males y condena a quienes considera culpables de la injusticia. En “Las montoneras”, por ejemplo, denunció la barbarie de los caudillos que diezmaron la población y destruyeron la riqueza venezolana:

*Se fue por sendas de sangre.  
Atropelló sus hermanos.  
Rencores, odios y vicios  
sembró en ciudades y campos.*

*Fue instrumento de vilezas  
en la más vil de las manos.  
Fue mano exterminadora.*

Y en “Oro”, el enriquecimiento a costa de la patria:

*¿Qué decís de Patria?  
Los canallas, amigos, no la tienen.  
¿Cuándo han tenido Patria los canallas?  
Muerte.  
Destrucción.  
Danza del odio hecho figura humana*

*sobre las florecientes campiñas del amor.  
Y todo por un puñado de monedas.*

No podía escapársele la indiferencia general. Así, en “Barro”:

*No tenemos siquiera vergüenza.  
Alrededor del centro urbano que se divierte y ríe,  
y estalla en júbilo y satisfacción,  
más allá de las avenidas suntuosas,  
se extienden los barrios miserables.*

Spinetti Dini sin ser marxista –aunque conoció las tesis de la lucha de clases– censuró a los responsables de la miseria. Resuenan fuerte las maldiciones que dirigió contra los explotadores y los insensibles:

*Malditas la manos que esgrimen el látigo  
sobre las espaldas de los débiles.*

*Malditas las manos ociosas  
llenas de monedas,  
que impasibles, miran las manos callosas  
crisparse hambrientas.*

*Malditas las bocas  
llenas  
que niegan, sin pena, un pedazo de pan.*

*Malditos los fuertes y los poderosos  
que de su poder y su fuerza se valen  
para herir a los débiles.*

Y escribió versos terribles –¿se conocen iguales en la literatura de Venezuela?– contra los ricos de “corazón duro” en “Alegría ante un féretro”:

*Muchachos, hoy he visto pasar  
un féretro de lujo,  
y por primera vez ante la muerte,  
he sentido alegría.*

...

*No es una vida lo que se ha ido,  
es un muerto.  
Era un corazón duro y podrido  
lo que iba en el féretro.*

La poesía de Spinetti no se limita, pues, a reflejar la miseria. No es una exaltación del dolor y la pena. Va mucho más allá. Es una poesía de combate. “¿Qué otra cosa que no sea el verso puede ser el arma de un poeta?”, planteaba a quienes criticaban sus temas.

Y él lo entendió bien. Por eso era su instrumento de lucha social. Para superar la pobreza, que no es un estado natural ni ideal, sino más bien una situación que resulta de la injusta distribución de la riqueza, de la acción de los explotadores del hombre, de la insensibilidad general.

*No es compasión, es Justicia  
lo que pide el proletariado.*

Por eso, en *Hambre* llamó a la acción concreta, a la lucha:

*Hay que luchar sin descanso,  
con fe y fervor; compañeros,  
por la paz y la justicia;  
porque tengan pan y techo,  
pan de trigo y pan de espíritu  
nuestros hermanos hambrientos.*

Incluso, en “Hambre en los surcos” señaló conductas concretas:

*Y vosotros, vosotros,  
los que sabéis sentir y soñar y crear;  
los que sabéis enseñar;  
echad al surco un pensamiento bueno.*

E increpó en “Parábola de la generosidad” a cada uno:

*Tú, que todo lo tienes,  
¿serás más duro que la piedra,  
más áspero que el cardo?  
Tú, que todo lo tienes,  
¡da!*

Para Spinetti aquella lucha adquiriría caracteres épicos. Así lo refleja en “El abordaje de la nube”, que parece un himno de A. Tennyson.

*Hay que aprender a volar con las alas de lo imposible.  
¡Y ascender! ¡Y llegar!*

...

*Lista la flecha en el arco tendido.  
Lista la flecha de la mirada en la pupila avizora.  
¡Listos!  
En el timón una robusta fe.  
¡Listos de pies, en la popa y las bordas!  
Vamos al abordaje de la nube.*

El libro tuvo un gran impacto en el país y en el exterior. Julio Planchart y Vicente Gerbasi señalaron que respondía a las exigencias de la época. Mariano Picón Salas y Mario Briceño Iragorri animaron al compañero de aventuras literarias a continuar por la nueva ruta que tomaba su poesía. Algunos de los cantos, romances y parábolas de la obra fueron reproducidos en periódicos o revistas nacionales o del extranjero.

Y hasta en algunos sitios se divulgaron en recitales radiados. Significó la consagración definitiva de Spinetti Dini, que apareció como Heraldo de la poesía social venezolana.



**QUINTA PARTE**

---

Los nuevos tiempos



Mérida, 1930





## I Eco de su tiempo

Antonio Spinetti Dini era, ante todo, un finísimo poeta. Su genio se mostró desde niño y lo cultivó a lo largo de los años. Muchos de sus versos –y no sólo los de sus primeros tiempos– son expresión de eso que en su época se llamó arte puro o arte del buen trinar. Basta citar “Yo amo la armonía”, “La Epopeya del genio” o “Romance de la luna niña”. Sonoridad musical. Era el arte de Darío y de los modernistas –llevado a extremos por los decadentistas– que Spinetti Dini conocía bien. Había estado mucho tiempo, ya se dijo, bajo la influencia de Gabrielle D’Annunzio.

En verdad, Antonio Spinetti Dini se inició en la poesía bajo el influjo del modernismo. A esa corriente pertenecen tanto el *Breviario* de noviembre de 1918, como los primeros versos escritos en Ejido. Sin embargo, con el tiempo, la poesía de Spinetti evolucionó para acoger las nuevas formas que proponían los movimientos de vanguardia de los años veinte. Eso, que uno de sus críticos llamó “su movilidad espiritual”, lo salvó de aparecer como retrasado en el panorama de la literatura nacional. Así, a distancia de las poses decadentistas, pero sin caer en extremismos iconoclastas, se asomó a las nuevas tendencias. Con ellas, él –que desde joven dominaba la técnica– descubrió el ritmo interior del poema. Y, entonces, sin abandonar la cadencia musical, logró hacer plenamente sus versos. Esa evolución se manifestó ya en su obra de los años finales de aquella década. Y se hizo muy evidente, por el espíritu que lo anima y por la forma de tratar los temas, en su libro *La palabra al viento* (de 1934). Con el pasar de los días, se acentuó, lo que se observa claramente en *Hambre* (de 1937).

Por su naturaleza, Spinetti no podía menos que sentirse cerca de lo que se llamó vanguardismo, o sea, de esos movimientos que surgieron en el período que precedió y siguió a la primera guerra mundial contra

las corrientes imperantes desde finales del siglo XIX y que proponían innovaciones radicales tanto en el contenido como en el lenguaje literario. Debió sentirse atraído por las posibilidades de la imaginación creadora, sólo sujeta a la fantasía del autor, de la que hablaba Vicente Huidobro. Sin duda su verso ganó mucho cuando tomó contacto con las nuevas tendencias que ensayaban cambios formales: lenguaje atrevido, hasta arbitrario, variado; sintaxis liberada de normas; abandono de la estrofa regular, la rima y el ritmo acentual; verso libre.

No cabe duda de que Spinetti tomó contacto con las gentes de la vanguardia desde temprano. Leyó *Torre de timón* de Ramos Sucre y *Áspero* de Arráiz apenas salidos de la imprenta. Y los *Primeros versos* de Enrique Planchart. Se entusiasmó con el movimiento que se manifestó con fuerza en enero de 1928 a través de la revista *Válvula*. Estuvo en contacto con el grupo de Seremos que animaba en Maracaibo Humberto Cuenca y con el que se reunía en San Cristóbal en torno a *Mástil*, la revista de su antiguo compañero Pedro Romero Garrido. Conoció las obras de Arturo Uslar Pietri, Jacinto Fombona Pachano, de cuyo libro *Virajes* escribió un largo estudio y de Vicente Gerbasi y más Tarde las de Fernando Paz Castillo y Miguel Otero Silva. Incluso, mantuvo correspondencia con algunos de ellos. También supo de la aparición, ya a finales de la década, de *Viernes* (1937) y la *Revista Nacional de Cultura* (1938). Mariano Picón Salas lo invitó, aun antes de imprimirse el primer número de esta última, a colaborar en lo que esperaba sería “una revista grande de cultura destinada a mostrar a nuestro país en lo que tenga de intelectualmente positivo”.

Antonio Spinetti Dini adoptó también las ideas y preocupaciones de su tiempo. Por entonces, aparecían nuevos temas relacionados con los problemas del mundo como las exigencias sociales, la liberación de los pueblos colonizados, los avances científicos o tecnológicos en todas las materias y los peligros que acechaban a la humanidad como los totalitarismos, el armamentismo y la guerra. Aquellos eran años de grandes luchas en todas las latitudes. En Venezuela se seguía con atención especial lo que ocurría en la recién proclamada República Española. En Mérida, italianos y alemanes –las dos colonias eran influyentes– se angustiaban ante

la división de Europa en dos bloques terriblemente armados. Como en los días milenaristas, reaparecían las utopías y los mitos. Los intelectuales tomaban conciencia de los problemas, asumían posición frente a las concepciones imperantes en torno al hombre y su destino, y se comprometían en la militancia política. Todos los escritores y artistas, así como las grandes organizaciones sociales –señalaba Rafael Angarita Arvelo– actuaban “fervorosos y religiosos, penetrados de su misión”, en la batalla formidable que libraban por entonces las grandes fuerzas ideológicas.

Spinetti Dini no fue la excepción. Pronto en su vida comprendió que el arte debía cumplir una función social. Seguramente leyó con atención el artículo de Angarita publicado en *Patria* el 23 de diciembre de 1933: “Para el hombre de letras contemporáneo la literatura queda formalmente definida como un medio de expresión social y artística y no como un fin en exclusivo literario... Escribir por escribir –sea afición, sea delectación– es impropio de nuestro tiempo... Lo imperativo para el escritor de estos tiempos –y para el poeta– es apersonarse de su objeto social: conectarse con la realidad ambiente, con todos y cada uno de los problemas ideológicos, sociales y generales, no resueltos en su medio de acción... Lo contrario será desintegrarse de su sociedad y de su Pueblo: inhibirse de aquello en lo cual está su destino espiritual y humano”. Aunque, como se verá, no compartía totalmente aquella posición, creía en la responsabilidad social del hombre de letras.

Así lo manifestó en la introducción al poemario *Hambre*. Leamos sus palabras: “Y porque el arte para lograr su expresión máxima, debe reflejar las aspiraciones sociales de su época, ser eco de su tiempo, no arte simple y puro en sí, sino arte en función social, muchos de estos poemas intentan cumplir ese deber del poeta”. Él mismo confesó que ya en su libro *La palabra al viento* intentó, dentro de las posibilidades del medio venezolano de aquella época, reflejar las aspiraciones sociales. Pero resultaba difícil, sin duda. Explicó que su convicción del poeta en función del hombre se arraigó aún más leyendo a Domingo Del Monte, *La poesía en el siglo 19*, escritor nacido en Maracaibo que vivió en Cuba, donde se comprometió en las luchas contra la esclavitud y por la independencia: “Antes que poeta se considerará hombre, y en calidad de tal empleará

todas las fuerzas de su ingenio en cooperar con los demás artistas y filósofos del siglo, que sean dignos de llamarse hombres, es decir, que se sientan con brío de tal, y encierren en sus pechos corazones enteros y varoniles, a la mejora de la condición de sus semejantes”.

Como resultado, la poesía de Spinetti Dini se caracteriza por su “reacción (casi siempre violenta) contra las injusticias”, señaló Jean Aristequieta. “Un grito en llamas” la llamó en nota crítica de 1958. Nos recuerda, escribió por su parte Adelis León Guevara, la de César Vallejo o la de Miguel Hernández, es decir, la del hombre que se siente enfermo por los innumerables problemas que sufre y padece la humanidad. Entendió que esa era la misión del poeta: pintar la realidad y en concreto la realidad venezolana, revelar las cosas como son, sin ocultarlas. Y lo hizo con “la furia de quien se siente explotado”, reflejo de “la rabia del peón que siente los anhelos de liberación” y del ánimo de los que quieren ser libres.

Ahora bien, admitida la obligación social, Spinetti afirmó su condición de poeta, de artista de la palabra. Por eso, advirtió en el mismo prologo citado: No quieren decir estas palabras que rechace el arte puro, en absoluto. Radicalmente.

*No. Mi criterio de la utilidad no es del todo benthamiano. Va más allá del simplismo... Pero sí rechazo en absoluto, con toda radicalidad, la idea de que el poeta se ciña única y exclusivamente al tema personal; se recluya en lo que fue llamado torre de marfil, cerrando ojos y oídos a todos los fenómenos vivientes que se agitan en torno suyo.*

Su posición sobre el tema quedó, pues, claramente expuesta. El poeta es un artista. Y el arte no es siempre utilitario. Por eso es capaz de producir arte puro, que se admira por sí mismo. Su obra no necesariamente debe tener una utilidad específica y concreta, que se manifiesta en un efecto material o social. Puede servir sólo para la contemplación o el disfrute intelectual. Para escuchar el “ritmo interior”. Porque, en definitiva, la poesía expresa la belleza, la espiritualidad, la sensibilidad del ser humano.

Antonio Spinetti Dini insistió en que el artista –y concretamente el poeta– no puede limitarse a traducir su yo personal, ni debe cerrar ojos y oídos a los fenómenos materiales y sociales que lo rodean. Debe ser eco de su tiempo. Es “ese (su) deber de poeta”. Busca o encuentra el contenido de sus versos tanto en su vida interior y emocional, como en el mundo real y objetivo (pasado o presente). Pero ha de manejarlo con la palabra y la forma que crean la belleza.

—No es eso lo que quería Goethe? —le preguntó una mañana a Rondón Márquez en la redacción del periódico.

Y fue lo que intentó en su madurez. Por eso logró hacer poesía del amor y del dolor, de la injusticia y del odio. Bien lo señaló el autor de la larga nota que dedicó a *La palabra al viento* el *Diario Popular* de Sao Paulo: “La poesía existe en todo... No es poeta quien sabe rimar versos a perfección... Poeta es quien sabe discernir la belleza de las cosas o de la vida... Tenemos en la mano el libro de un poeta... En un estilo precioso, en versos blancos y en versos rimados”.

También lo reconocieron los críticos venezolanos. En este sentido, vale la pena citar dos testimonios, muy calificados. Julio Planchart, en carta del 15 de septiembre de 1937, le decía:

Usted ha puesto la poesía al servicio de sus ideas y también ha puesto a un lado la idea de moda, de que la poesía no debe tener contenido, que es la teoría del arte por el arte llevada a su extremo y con el objeto de darle a aquella la mayor musicalidad posible. Claro que los poetas que esto hacen, si lo hacen bien, tienen razón. Pero, tiene también razón quien, como usted, toma la poesía como arma de sus ideas y como manifestación de sentimientos concretos, tales como la compasión por las clases humildes y el deseo de su mejoramiento, y tanto más si lo hace bien.

Y Vicente Gerbasi, el 11 de septiembre de aquel mismo año, le escribía: “Tu poesía me gusta porque, logrando una recia expresión social-humana, sigue siendo poesía. No estoy de acuerdo con el pasquín

poético, ya que además de encontrarse totalmente alejado de la noción de lo bello, no logra adentrarse en el corazón de las masas”.

Como él mismo lo explicó, esas ideas tenían una gran vigencia en aquel momento “cuando el hombre lucha, desesperadamente, por la realización de la justicia”. No debemos olvidar que fueron expuestas en los años treinta, que fue tiempo de cambios en Venezuela. Terminaba la dictadura gomecista que había suprimido las libertades y mantenido las condiciones económicas y sociales que condenaban a la pobreza a la casi totalidad de sus habitantes. A pesar de la explotación del petróleo, que dotó al Estado de inmensos recursos, la mayoría de la población no tenía acceso a los servicios más elementales y vivía en precarias condiciones. El Pueblo reclamaba libertad y Democracia, justicia social y progreso económico.

Por otro lado, en el mundo entero se enfrentaban los regímenes democráticos contra los totalitarismos de diverso signo, que procedían con determinación y fuerza. Como preludio de la confrontación final, para la que se preparaban los gobiernos y las naciones, en varios lugares del mundo se desarrollaban largas y cruentas guerras. Estaba a punto de estallar la más dramática para los hispanoamericanos: la guerra civil española, que causaría pavorosa destrucción, preludio de una hecatombe aún mayor. Por otra parte, los viejos y nuevos imperios mostraban sus garras. Japón preparaba la conquista del Asia Oriental e Italia la de Abisinia, en tanto Alemania anunciaba su aspiración a extender su espacio vital. Pero también comenzaban a despertar las aspiraciones a la libertad de los pueblos sometidos en todos los continentes al colonialismo europeo. En la India, por ejemplo, Gandhi ponía a prueba sus métodos de resistencia pacífica para lograr la independencia del país del dominio británico.

Desde comienzos de los años treinta, Antonio Spinetti Dini seguía con atención el curso de la historia. Se hizo conciencia de su tiempo y voz de los oprimidos. Puso su pluma al servicio de las luchas por la libertad y la Democracia y contra la miseria y la opresión en Venezuela y en el mundo entero. Utilizó no sólo la poesía, sino también sus escritos en la prensa. Ya en 1931, como se reseñó atrás, publicó en *El Bolivariano* una serie de notas sobre problemas locales o generales, entre ellas:

En N° 12 del 5 de julio: “Los cambios en Mérida” (que ya comenzaban a transformar la pequeña ciudad).

En el N° 16 del 2 de agosto: “La eterna utopía”, en la que alertaba sobre los peligros que representan los mesías que crean ilusiones y que aparecen en todos los tiempos. Se trata de uno de sus más interesantes artículos y de los que mejor revelan su pensamiento, en un momento de escasa libertad de expresión.

A partir de 1932 publicó en *Patria* una serie de artículos. Unos se referían a asuntos de actualidad que podían ser pequeñeces del momento, aunque a veces contenían referencias de valor permanente:

En el N° 1.926 del 14 de marzo: “Al margen de noticias actuales, sobre la tendencia a dar importancia a lo notorio y no a lo fundamental.

En el N° 1.972 del 9 de mayo: “El caso del hijo de Lindbergh”.

En el N° 2.105 del 14 de octubre: “A propósito del trigo y de la Asociación Comercial de Mérida”, en el que se manifestaba a favor del comercio libre.

Los había referidos a temas de venezolanidad:

“La campaña nacionalista y la desconfianza” en el N° 2.370 del 2 de agosto de 1933.

“El regionalismo” en el N° 2.456 del 11 de noviembre. Consideraba que mal entendido podía ser causa de muchos males.

“La Democracia venezolana” en el N° 2.483 del 13 de diciembre. Se trata de un acertado análisis de la igualdad social existente en el país. “Entre nosotros no hay nadie mejor ni más grande que el otro, si no tiene algo personal, propio, individual que exhibir como garantía. Si no ha hecho obra”.

Otros estaban dedicados analizar la situación internacional:

En el N° 2.028 del 15 de julio de 1932: “Alrededor de la conferencia de Lausanne”.

En el N° 2.078 del 13 de septiembre: “La salvaje civilización”, sobre las crisis y las guerras de ese momento.

“La libertad de enseñanza y la política española” en el N° 2321 del 6 de junio de 1933.

“Hitler, el feminismo y la guerra” en el N° 2.487 del 18 de diciembre. Fuerte crítica a la posición del nazismo frente a las mujeres, convertidas sólo en incubadoras. Predecía la guerra, de la cual las madres alemanas verían regresar a sus hijos –que habían ido como mozos aguerridos– convertidos en guñapos.

“La decadencia del espíritu” en el N° 2.495 del 29 de diciembre, denuncia del dominio del instinto en los sucesos mundiales. Sentenció entonces: “Nos hemos deshumanizado”.

“El galope fatídico” en el N° 2.668 del 31 de julio de 1934, sobre el asesinato del canciller Dolfuss de Austria.

En fin, algunos contenían reflexiones generales, especialmente sobre la situación de la humanidad y los peligros que la acechaban. Entre estos: En el N° 2.247 del 21 de marzo de 1933 un texto muy pesimista: “Las miserias de la civilización” (sobre el futuro de la humanidad). Entonces los conflictos se multiplicaban (ya Japón había invadido China y creado el estado de Manchukuo) y aún en América estallaban guerras entre Perú y Colombia, entre Paraguay y Bolivia. Y Europa se preparaba para volver a los campos de batalla. Alemania, dominada por Hitler, que había suprimido las libertades, buscaba reparar la derrota de la Gran Guerra. Ante tales acontecimientos escribió: “Estamos como en 1914 en vísperas de un gran cataclismo... La humanidad no saldrá del círculo vicioso. Guerra. Desastre. Prosperidad. Crisis. Guerra. Y así sucesivamente”.

“Por la América integral” en el N° 2.305 del 20 de mayo, conferencia leída el Teatro Aurora el 21 de abril.

“Valorización–revalorización”, de los valores intelectuales en el N° 2.375 del 7 de agosto.

Fue precisamente por entonces cuando algunos creyeron que su pluma debía dedicarse al ensayo. Así lo señaló Rafael Pizani en una nota biográfica de la serie “Escritores merideños” aparecida en *Patria* el 16 de abril de 1933. “Spinetti Dini tiene una gran preocupación crítica. Y acertada apreciación. Ha escrito en prosa ágil y un poquitín humorística. Creemos que en Antonio Spinetti se encuentran los elementos vitales del ensayista. Siempre que se aleje un poco de la atracción literaria. Porque ésta le impide la serena y clara visión trascendente... debiera adoptar de-



finitivamente esta amplia senda y aprovechar su fina observación en una obra consistente, madura... Los versos debieran ser para Spinetti cosa accesoria. Por más que él crea lo contrario”. No obstante, sin abandonar –por fortuna– su condición esencial, a lo largo de los años siguientes escribió muchos ensayos. Se trata, en su mayoría, de artículos de prensa, bastante largos, aunque de estilo sencillo. Por lo general, se referían a un acontecimiento del momento, de cuyo análisis se llegaba a conclusiones generales. Ya hemos citado algunos. Otros, como se verá, se publicaron más Tarde en *El Pueblo* y *La Democracia*, periódicos que se editaron en 1936 y en la revista *Indoamérica* de 1938.

Entre todos vale la pena destacar algunos, tomados del diario *Patria*. A comienzos de 1933 en los números 2.219 y 2.220 de los días 19 y 20 de febrero publicó un largo ensayo sobre el libro *Virajes* de Jacinto Bombona Pachano, en el cual se revelaba como un crítico acertado. El 29 de marzo de 1935 (en el N° 2.867) con ocasión de celebrarse el sesquicentenario de la fundación del Seminario de San Buenaventura entregó unos “Apuntes sobre la fundación y evolución universitaria de Mérida”. Por mucho tiempo constituyó uno de los más completos escritos sobre la historia de la institución. Ha sido reproducido varias veces. En fin, en el N° 2.913 del 6 de junio de 1935 publicó uno de los más interesantes, “Conceptos sociales de historia y venezolanidad”, en el que analizaba la permanente inclinación venezolana a referirse al pasado heroico. “Hemos querido detener a la historia en un instante que sólo representa el pasado”. Ese texto fue presentado en la primera de las “Lecturas venezolanistas”, actividad promovida por los intelectuales merideños para difundir la cultura. No conocemos las “Lecturas americanistas” que leyó en un acto de ese tipo que tuvo lugar el 12 de octubre del mismo año.

Habría que agregar que a finales de 1933 escribió el prólogo al libro *Por el hueco de la cerradura. Perfiles del campo y la ciudad*, de Anselmo Arias (seudónimo de Rafael Pizani, quien por entonces combinaba los estudios con su trabajo como redactor de *Patria*). Editado al año siguiente, contiene sabrosas crónicas sobre temas y personajes locales.

De ese tiempo también son otros textos preparados para ser leídos en actos diversos celebrados en Mérida. Casi no hubo ninguno en que no se le pidiera hablar. Por fortuna se conservan algunos:

Apertura del ciclo de conferencias de “Lecturas venezolanistas”, el 11 de abril de 1935.

“Palabras de presentación de la embajada artística del Brasil” (integrada por la pianista Amelia Brandao y la cantante Silene Nery) en la Universidad el 28 de abril de 1935 (Nº 2.896 de *Patria* del 5 de mayo del mismo año).

“Palabras de presentación de la escritora colombiana Laura Victoria”, el 3 de junio de 1935.

## II **Padre nuestro, no mío**

Casi a la media noche del 17 de diciembre de 1935 el benemérito general Juan Vicente Gómez, presidente de la República, murió en su casa de Maracay. Apenas unas horas después, de madrugada, el Consejo de Ministros designó al general Eleazar López Contreras como encargado de la presidencia. La sucesión pacífica, preparada de tiempo atrás, comenzó a ensayarse. Para la inmensa mayoría de los venezolanos aquella resultó una noticia sorpresiva, pues sólo por los rumores se sabía que el dictador estaba enfermo. Muchos ni siquiera habían conocido otro mandatario. Entre aturdido e indeciso el país aceptó la decisión del Gabinete; pero celebrados los oficios fúnebres despertó. De inmediato exigió la sustitución de los funcionarios gomecistas y la restauración de las libertades. El día 20 comenzaron las manifestaciones. Entonces las cárceles se abrieron para los presos políticos y los exiliados comenzaron a regresar. La agitación prendió por doquier. Y también en Mérida, desde la mañana del 21 cuando un grupo de personas recorrió las calles principales. Cuando terminaba el año el Congreso Nacional eligió como presidente para el resto del período constitucional que terminaría el 19 de abril de 1936 al mismo López, quien días después designó como presidente del estado al Dr. Hugo Parra Pérez. Este ejercería el gobierno casi sin interrupción hasta 1941.

Aquellos hechos fundamentales determinaron cambios en la vida de Antonio Spinetti Dini, como en la de todos los venezolanos. La de aquél se vuelve más agitada –y más rica– a partir de los comienzos de 1936. Despliega, en lo adelante, mayor actividad. Como antes, atiende sus negocios, de los que debe vivir, escribe prosas y versos y colabora con múltiples publicaciones. Pero a esas tareas económicas e intelectuales se agregan ahora las políticas. Porque la muerte del dictador le abrió la

posibilidad de participar en la discusión del destino nacional. Y él, que se interesaba en el de otros pueblos, no podía permanecer indiferente al de aquel que ya consideraba como el suyo. Incluso, quiso ir más allá y ofreció su colaboración para la acción. Y por eso, emprendió algunas iniciativas.

En realidad la muerte de Gómez representó la liberación de todas las fuerzas sociales de Venezuela, algunas de reciente aparición, hasta entonces contenidas. Dice Lubio Cardozo que “significó un latigazo dejado caer con toda la violencia del despertar de un Pueblo sobre la superficie de Venezuela... Los venezolanos no implicados en el régimen y quienes eran jóvenes para esa fecha amanecieron de repente tremendamente adultos. Había como una especie de conciencia colectiva culpable”. En el caso concreto de Spinetti, el escritor sintió la necesidad de combatir, de denunciar las injusticias, de luchar por un mundo mejor. Eso, en parte, explica la diferencia del último poemario con los anteriores. *Hambre* resulta un verdadero testimonio de denuncia de las condiciones económicas y sociales. Pero sobre todo explica la multiplicación de sus iniciativas y proyectos, casi todos de clara intención política.

Antonio Spinetti se incorporó de inmediato a los movimientos democráticos que surgieron desde diciembre de 1935. Para entonces había en Mérida –fuera de aquellos que habían manifestado su apoyo al régimen gomecista y que rindieron su último tributo al Jefe de la Causa en la audiencia de enero de 1935– dos grupos democráticos distintos: el de los conservadores, renuentes a los cambios rápidos y profundos, muy vinculados a la Iglesia y el de los progresistas, ansiosos por emprender transformaciones, animado por jóvenes universitarios. Se les llamó de izquierda, sin que muchos de ellos pudieran ser considerados como tales. El pensamiento y la gran sensibilidad social llevaron a Spinetti a acercarse a los dirigentes de estos últimos. Sin ser marxista, entabló amistad con quienes se calificaban de socialistas y comunistas, a muchos de los cuales no conocía con anterioridad. Como ya hemos dicho, algunas de sus ideas lo acercaban a ellos. Estaba al lado de los oprimidos y, en consecuencia, de quienes luchaban por liberarlos. Apareció así en los papeles de formación de algunas organizaciones vinculadas a las corrientes de izquierda.

Sin embargo, Antonio Spinetti Dini no fue marxista, aunque leyó las obras de Marx y de Lenín. Más aún, declaró no ser comunista. Escribió contra la aparición de mesías y criticó muchas de las acciones de la Unión Soviética. Siempre afirmó su condición de cristiano, de la cual dio fe. Puede decirse que fue en virtud de la misma que se acendró en él un profundo sentimiento de solidaridad social. Su poema “Padre nuestro”, nos muestra su visión cristiana y muy moderna de Dios:

*Padre nuestro que estás en los Cielos.  
(Padre nuestro, no mío).*

*El pan nuestro de cada día...  
(Pan nuestro, no mío).*

*Pero los miserables,  
cómo se multiplican cada día;  
y el corazón,  
¡cómo va endureciéndose!*

*Y aún nos atrevemos a decir:  
¿Padre nuestro?*

Ya antes, debemos recordarlo, había apelado al sentido cristiano de la muerte para explicar la del hijo y su trascendencia en espíritu, “Romance del hijo muerto”:

*Hermana, no llores más  
que es Dios quien así lo quiso.  
El mismo que nos lo trajo  
se lo ha llevado consigo.  
Lo vio tan dulce y tan bueno  
que lo llevó al Paraíso.  
Que no era para este mundo  
tan duro, triste, maligno.*

*Hermana, no llores más;  
mejor es que se haya ido.*

Había sido criado en el seno de una familia de inmigrantes italianos católicos, de firmes creencias, algunas más bien anticuadas, con una madre piadosa. Creció, por tanto, como un niño en cuya vida las obligaciones religiosas, como la asistencia dominical a misa, eran de inevitable cumplimiento y algunos eventos, como la primera comunión, representaban ocasión de festejos familiares. Había sido educado en un colegio católico. Ya adulto, contrajo matrimonio en ceremonia eclesiástica y formó una familia en la cual se daba cumplimiento a las exigencias y las prácticas religiosas que establecía la Santa Madre Iglesia. Tal vez, no era un hombre de misa y comunión frecuentes, pero sí lo hacía en las fechas exigidas. Su hija Elsa recuerda que iba a misa los domingos y días de guardar, generalmente con su esposa y sus hijos. Y era amigo de prelados de la jerarquía y de sacerdotes de la curia emeritense.

Amistad especial tuvo con algunos, como los Pbro. Luis Negrón Dubuc (1907-1975) y José Rafael Pulido Méndez (1907-1972), entre los más distinguidos de su tiempo. Ambos siguieron estudios en la Universidad Gregoriana de Roma. Aquél fue un intelectual, profesor universitario y decano de la Facultad de Derecho. Pulido llegaría a ser Administrador Apostólico de Cumaná (1947-1949) y Arzobispo de Maracaibo (1958-1961) y luego de Mérida (primero como coadjutor en 1961 y en plenitud desde 1966). Aunque firme defensor de la doctrina, como lo demostró cuando asistió como diputado a la Asamblea Nacional Constituyente de 1947, era un hombre de pensamiento muy abierto. Y se caracterizaba, asimismo, por su solidaridad humana. Por eso, gozaba del aprecio de gentes muy distintas. Fue él quien le administró en el Hospital de Mérida los últimos sacramentos, llamado –según decían– por una extraña voz que le advirtió el trance mortal del amigo.

Spinetti creía en los valores del espíritu. Para él el hombre era cuerpo y alma, materia y espíritu. Esos elementos que a veces parecen antagonicos, en realidad se complementan. Y son los fundamentos básicos de la vida humana y de todos sus fenómenos. Es más, el hombre

“lucha siempre para saciar tres hambres: la del organismo animal, al principio; la de la vida social, más adelante; y la del espíritu, después”. No era, pues, materialista. No pensaba sólo en el dolor que siente el cuerpo, individual o social, sino también en el que alcanza al espíritu, que es “fuerza noble”. Más bien se le podría definir como un humanista cristiano. En su tiempo, sin embargo, el humanismo parecía patrimonio de los pensadores socialistas. Reclamó el respeto a los derechos de la persona, de carácter natural. Y defendió la libertad individual y la libertad de conciencia. Por eso expresó opinión contraria en *Patria* del 6 de junio de 1933 a la Ley sobre Congregaciones Religiosas dictada por la República Española, a la que, no obstante, siempre manifestó su apoyo.

Sus versos de los últimos tiempos nos muestran un hombre muy comprometido con causas profundamente humanas, como la defensa de la vida y la lucha por la paz. En ese sentido, vale la pena recordar especialmente los poemas referidos al asesinato de García Lorca y a la inminencia del conflicto bélico. Al poeta de Granada lo recordó con dolor y admiración al enterarse del crimen cometido cuando apenas comenzaba la Guerra Civil Española:

*Diez balas lo acribillaron.  
Y se murió de perfil.  
Que no de otro modo muere  
quien como él supo vivir;  
y quien tiene sangre, sangre,  
–sangre recia y varonil–.*

*No hay por qué llorar; Granada,  
a quien muere de perfil.  
No hay que repetir; Granada,  
los lamentos de Boabdil.  
Ya ni tus mujeres lloran  
sino luchan por vivir.  
No hay que llorarlo, Granada,  
que se murió de perfil,*

*sino aprender del poeta  
cómo hay que saber morir.*

Más Tarde, en su poemario *Hambre* le dedicó unos versos muy sentidos, en los cuales lamentaba su ausencia:

*García Lorca  
se fue.*

...

*Hay muchos ojos de niña  
que por su ausencia lloran, lloran.*

*Hay muchos ojos ancianos  
que lo lloran y lo lloran.*

*Hay muchos ojos de hombre  
que lloran de coraje. Lloran.*

El dolor pronto se transformó en denuncia y condena de los asesinos, enemigos de la luz.

*No se tiró él mismo, lo tiraron.  
Lo empujaron unas manos oscuras y torvas.  
Unas malditas manos, cobardes, canallas,  
enemigas de la luz y cómplices de la sombra.  
Las mismas que en medio de la noche  
disparan sus dardos a las estrellas,  
disparan sus dardos a la luna,  
disparan sus dardos a la aurora,  
para que nunca amanezca.*

Al final, sin embargo, se impone la vida. Y los versos anuncian la inmortalidad del poeta:

*Pero, García Lorca, hermanos,  
no se ha ido para siempre.*



*García Lorca, hermanos,  
no ha muerto, no ha muerto, no ha muerto.*

Otros poemas (“Verdugos”, “Marea negra” y “Humo en los cráteres”) constituyen dura denuncia de la guerra. Spinetti Dini conocía bien la situación del mundo y especialmente la de Europa durante aquellos años. No podía ocultársele la amenaza que se cernía sobre la humanidad. De Italia, seguramente, le llegaban noticias aterradoras. No comprendía cómo aquel Pueblo –querido y admirado– que había dado el impulso fundamental a la cultura moderna y afirmado antes que ninguno el individualismo, que era amante de la belleza y cultor de las artes, pudiera estar sometido a un régimen totalitario que suprimía las libertades por las cuales habían luchado –y en ocasiones muerto– sus grandes hombres. Tampoco comprendía las razones que movían a la patria de millones de emigrantes a empeñarse en guerras de conquista de territorios que no requería y a aliarse –en extraño eje– con otros enemigos de la Democracia para aplastar naciones con las cuales compartía, desde antiguo, la civilización cuyas características había contribuido como ninguno a definir.

En el primer poema denunció la actitud de los padres que formaban sus hijos para la guerra:

*¿Padre? ¡qué vas a ser padre  
tú!*

...

*Estás sembrando semillas  
que frutos de odios darán  
en la tierra blanda y buena,  
donde debieras sembrar  
semillas que den un fruto  
de bien, de amor y de paz.*

En el segundo advirtió sobre el peligro inminente que se cernía sobre todos los seres humanos en toda la tierra:

*¿No sientes, tú, hermano,  
cómo abre la noche sus grandes alas trágicamente negras?*

...

*Oye bien, oye bien, todas las fieras  
andan sueltas en esta horrible noche,  
olfateando el botía que se aproxima.  
Las fieras andan sueltas en esta noche, hermano,  
todas las fieras en toda la tierra.*

...

*¡Oíd! ¡oíd! ¡oíd! el canto lúgubre de las lechuzas  
sobre los manzanos en flor de la tierra.*

En el último, ofreció una visión que a muchos en aquel momento (1938) pudo parecer exagerada del cataclismo que se avecinaba:

*Serán todos los volcanes vomitando fuego.  
Serán todos los volcanes vomitando lava,  
por toda la amplia redondez de la tierra maldita,  
hecha un nudo de angustia y de terror  
en las entrañas todas y en todas las gargantas.*

...

*Será un gemir sin término;  
será un grito inaudito y estridente, incoercible,  
salido a un mismo tiempo  
de todas las gargantas y todos los pechos.*

...

*Una lluvia copiosa e insistente; negra y roja.  
Copiosa y larga como de Diluvio.  
Copiosa y oscura como un montón de sombras densas  
empapadas en coágulos sangrientos.*

Concluía ese poema con un dramático llamado a las madres:

*Contra los carniceros enloquecidos  
que, posesos de furia inhumana,  
afilan en la sombra sus cuchillos.  
Contra los bebedores de sangre fraterna.  
Contra los sembradores de bombas en los kindergartens.  
Contra los vendimiadores de rencor y miseria.  
Contra los que encienden en rictus malvados  
el rostro que es sonrisa de los niños.*

*Ayudadnos, Madres de todo el mundo,  
contra los destructores del Espíritu.  
Del Espíritu que es fuerza noble,  
contra la fuerza impura del cañón maldito.*

Ciertamente, en esa visión apocalíptica se adelantó a los horrores de la guerra que sentía próxima y de la cual apenas si llegó a ver los ataques destructores que las potencias del Eje lanzaron contra las democracias occidentales. Es de destacar que, a pesar del profundo amor que sentía por la patria de sus padres y de sus orígenes denunció sus acciones. No se contentó con proclamar la paz. Llamó a combatir por ella. Y contra quienes la amenazaban. Léanse estos versos en “La sangre está matando los corderos”:

*¡Vente a luchar conmigo por tu esperanza y mi esperanza!  
¡Vente a luchar conmigo! ¡Por mi sueño y tu sueño!  
Por ti, por mí, por todos, contra la metralla.*

### III

## El luchador político

Apenas murió el general Juan Vicente Gómez reapareció la actividad política. Los venezolanos, sometidos a una dictadura implacable por más de dos décadas, recuperaron sus derechos que comenzaron a ejercer con pasión. Los meses que siguieron fueron de mucha agitación. Regresaron algunos de los antiguos caudillos al tiempo que surgieron nuevos y más jóvenes dirigentes, de pensamiento moderno. Manifestaciones, protestas, exigencias, huelgas. Inmediatamente, comenzaron a organizarse partidos, asociaciones de todo tipo y, por supuesto, gremios y sindicatos de trabajadores.

En Mérida ocurrió lo mismo. Los estudiantes, al frente de las acciones, exigían la sustitución del antiguo régimen y la salida de los funcionarios gomecistas. Comenzaron por remover la placa de mármol colocada sólo meses antes por la cual la universidad pretendía perpetuar su gratitud al Caudillo, “el más grande benefactor que ella ha tenido en todos los tiempos de su existencia”. El día 22 de diciembre se reorganizó la Asociación de Estudiantes. La presidían jóvenes contertulios del poeta Spinetti Dini: Ernesto Silva Tellería, Francisco Tamayo y Alberto Carnovali. Antes de terminar el año, ya se habían constituido otras asociaciones: la Junta Cívica de Mérida y la Unión Cívica Femenina. En los primeros meses de 1936 se renovó la Cámara de Comercio y Agricultura y se creó la Sociedad de Industriales. Al mismo tiempo, se reestructuraron los gremios existentes, como la Asociación de Maestros y se crearon las organizaciones de trabajadores: chóferes, tipógrafos, carpinteros, barberos, cebadores y expendedores de carne, zapateros, telegrafistas, albañiles, músicos, mecánicos, sastres. La Sociedad de Gremios Unidos dio paso a la Federación de Trabajadores.

Por aquellos días Antonio Spinetti Dini estaba de viaje. Había ido a Caracas con su esposa. Se enteró de los acontecimientos en la carretera. Y apenas si regresó el 30 de diciembre; pero a partir de ese momento desplegó una gran actividad política. Ya para entonces había solicitado –en visita anterior que hizo a la capital en el mes de noviembre– la nacionalidad venezolana, la que le fue concedida por decreto del presidente Eleazar López Contreras del 27 de febrero de 1936, publicado en la Gaceta Oficial N° 18.891 del día siguiente. No tenía, pues, ningún inconveniente jurídico para participar en la vida política en un momento de singular agitación. En realidad, nunca se sintió extranjero y esa circunstancia no le impidió durante los tiempos de la dictadura opinar con bastante libertad sobre los problemas del país. Es de señalar que nadie lo consideraba extraño. En la nueva época que se anunciaba no podía sustraerse a la acción.

Al comienzo, Spinetti Dini formó parte de quienes sostenían el Programa de Febrero y apoyaban la elección presidencial del Gral. López Contreras para el período que comenzaba en abril de 1936. Pero, poco a poco se fue distanciando de ellos. En marzo de ese año, cuando Alberto Adriani y Mariano Picón Salas promovieron la creación del Movimiento de Organización Venezolana (ORVE), en la que participaban los grupos más progresistas de aquellos días, el poeta se entusiasmó y escribió al segundo, su antiguo compañero, solicitándole con urgencia material de propaganda. Picón le invitó a darles su “valiosa cooperación para organizar el núcleo de Mérida. Tómallo con el calor y la efusión generosa que pones en todas las cosas”. A los días Spinetti aceptó unirse a lo que Rómulo Betancourt definía como la vanguardia del Pueblo. Picón Salas mostró su complacencia: “Me ha parecido muy bien la decisión tuya de trabajar por ORVE, que representa el espíritu de la nueva juventud venezolana ante las fuerzas gomecistas y retardatarias, en esa difícil ciudad de Mérida”. A Picón le preocupaba la inquietud de muchos merideños ante una supuesta actitud antirreligiosa del grupo. Y creía que Spinetti podía aclarar ese punto: “Nadie trata de destruir la religión católica, ni de perseguir a los sacerdotes, ni de perturbar a nadie en su conciencia íntima”.

La acción política de Spinetti se manifestó, fundamentalmente, a través del periodismo. Como no era un organizador de grupos, ni un ac-

tivista de calle, se hizo un propagador de ideas. Utilizó la prensa como instrumento de lucha. Como otros antes que él en Venezuela, se valió de los medios impresos para sostener sus principios, divulgar sus proyectos, ganar adeptos a sus causas y defender los derechos de los menos favorecidos. Pensaba, por otra parte, que era necesario preparar a la población para la participación en un sistema democrático. Fundó periódicos y colaboró en otros, escribió editoriales y artículos, propuso muchas iniciativas. Su actividad quedó guardada en *El Pueblo* (1936) y en la revista *Indoamérica* (1938), dos empresas que seguramente ocuparon muchas de sus horas en aquellos años de iniciación de ideas, y en las que estuvo acompañado por su mejor amigo, Antonio M. Díaz. Y también, en *La Democracia*, publicación de Alberto Carnevali, con quien colaboró con asiduidad entre 1936 y 1937.

En sus aventuras periodísticas de aquella época Spinetti contó con la colaboración de Antonio M. Díaz. Este era entonces un joven trabajador, de carácter muy emprendedor, doce años menor que el poeta. Tenía 24 años. Había nacido en Milla en 1912. Estudió en la prestigiosa Escuela Picón y luego, todavía un muchacho, aprendió tipografía con R. A. Rondón Márquez, cuando éste era director de *Patria*, donde llegó a jefe de taller. Estuvo allí durante varios años. Del diario pasó a trabajar en una pequeña imprenta que tenía Emilio Menotti Sposito, en la que había publicado muchos de sus libros. Así, con las enseñanzas de aquellos dos grandes periodistas y expertos tipógrafos se hizo impresor, profesión en la que alcanzaría los más altos niveles de competencia y calidad. Fue por esos años, en 1932, cuando conoció a Tonino, a quien acompañó en adelante en todas sus iniciativas. Fue el editor de sus libros y de sus periódicos.

Antes de cumplir veinte años, casó en Mérida con Alcheste Pisani Calderón, nativa del céntrico vecindario de El Sagrario, y de su misma edad. Convertido en jefe de hogar, al que fueron llegando los hijos (Ítalo José, Hildegarde, Ivón y Tamara) se vio obligado a luchar muy duro “por el pan cotidiano de los suyos, en una forma casi heroica”. Según el testimonio de Spinetti, “ganaba su salario en taller ajeno durante las horas de trabajo, luchaba en el propio en madrugadas y horas libres, y

en las noches hacía de taquillero de cine”. Debe decirse que su esposa lo acompañaba en todos esos trabajos. Y especialmente en los de su imprenta que funcionaba en su casa de habitación en La Hoyada de Milla. Pues Antonio Díaz, en lugar de aceptar una muy buena oferta de Rondón Márquez para trabajar en *El Universal* de Caracas, adquirió una pequeña prensa de mano y unas cajas de tipos. Con ese equipo montó su primera editorial, en la cual se imprimió, como ya se dijo, casi en forma artesanal, *La palabra al viento*.

En enero de 1936 Spinetti fundó, con una maquinaria arrendada, la Editorial El Pueblo. Antonio Díaz pasó de inmediato a ser jefe de taller. Seis meses más Tarde, este último tomó en alquiler la editorial y la transformó, para lo cual adquirió un equipo más moderno y completo que el anterior. Quedó así dueño de la empresa. Más adelante mejoró la imprenta que se convirtió en instrumento de las ideas revolucionarias de la época. Allí se tiraron *El Pueblo* y *La Democracia* y multitud de periódicos y folletos. A causa de los artículos aparecidos en algunas de esas publicaciones, la editorial fue clausurada. Esto obligó a Díaz a vender las máquinas en 1940 y desistir en su aspiración de ser propietario de una gran tipografía (aunque, como se verá, fue socio de la Editorial “Multicolor” de Valeriano Díez y Riega entre 1940 y 1944). No obstante, nunca abandonó la profesión de impresor.

En *El Pueblo* (periódico independiente del Pueblo, por el Pueblo y para el Pueblo) Antonio Spinetti Dini figuraba como director-redactor y Antonio M. Díaz como administrador. El número 1 apareció el 9 de enero de 1936, apenas 23 días después de la muerte del General Gómez, lo que indica la prisa de Tonino y de los jóvenes de entonces por participar en el debate político que se iniciaba en todo el país. Estaba dedicado a los problemas políticos, económicos y sociales. “Todo cuanto sin firma aparece en *El Pueblo*, es escrito por su director-redactor”. Y era mucho. Requería posiblemente una dedicación completa. Pero debía compartir su tiempo con los negocios y con la poesía. Entre enero y junio se publicaron 51 números. El último corresponde al 5 de junio de 1936. Fue su más larga experiencia periodística. A lo largo de esas 51 entregas tuvo como colaboradores a algunos de los hombres que comenzaban a destacar en

el país: Antonio Arráiz, Tulio Chiossone, R. A. Rondón Márquez, José Nucete Sardi, Pascual Venegas Filardo, Miguel Acosta Saignes, Rubén Corredor, Antonio Casas Briceño, entre otros. Y también a su hermano Humberto Spinetti.

Spinetti Dini escribía las líneas editoriales, sobre temas políticos, económicos o sociales muy variados, de carácter local, nacional o internacional. Algunos fueron abordados con seriedad y profundidad, como “En Venezuela no hubo revolución” (Nº 45), más un ensayo que un texto obligado del día. También redactaba reportajes o informaciones sobre asuntos importantes para la gente: el suministro de agua en Ejido, el nuevo hospital de Mérida, los problemas sanitarios, las dificultades de los agricultores, la autonomía universitaria. En los últimos números publicó algunos de sus “Valores auténticos”, pequeños rasgos de figuras notables de la época: Rafael Pisani, Tulio Chiossone, Luis Loreto. Y también arregló columnas noticiosas. Por lo demás, en todos los números de *El Pueblo* aparecieron reseñas sobre hechos de la actualidad y notas sobre asuntos de interés para los trabajadores. Esos textos, seguramente de su autoría, eran de lectura fácil y agradable.

A través de *El Pueblo* se pueden seguir los acontecimientos de los primeros seis meses de la Democracia naciente, como la formación de la Junta Cívica de la que Spinetti fue tesorero, las reuniones políticas, los cambios en la Universidad (donde se sucedieron tres rectores en el lapso mencionado: Florencio Ramírez, Pedro Guerra Fonseca y V. M. Pérez Perzo), las discusiones entre estudiantes, la formación de los sindicatos y gremios, los viajes de los dirigentes políticos. Así, informó detenidamente de las visitas que hicieron a Mérida el escritor Antonio Arráiz y Carlos D’Ascoli, quien fue expulsado a Cúcuta cuando se disponía a dictar una conferencia en el Salón Universitario. Destaca la preocupación del periódico por la práctica de los deportes. Reclamó el descuido del Estadio Mérida, construido por la administración de Rafael Paredes Urdaneta; y la necesidad de atender la formación física de los jóvenes. Y hasta la falta de pago a la Banda Oficial.



Algunos de los artículos aparecidos en *El Pueblo* tocaban temas de gran novedad y sus autores fueron precursores de ideas y debates. Entre otros, pueden citarse: “El Situado Constitucional” de R. A. Rondón Márquez (Nº 4); “Hacia la Educación de Masas” (Nº 13) y la “Extensión Universitaria” (Nº 18) de Antonio Casas Briceño; “El Andinismo por la Integración Nacional” de Antonio Arráiz (Nº 20); y “Cárcel Modelo para Mérida” de Tulio Chiossone (Nº 24). Spinetti tocó el tema del andinismo en varias ocasiones. Y también las persecuciones que sufrieron en Mérida distintas personas durante la dictadura. En el Nº 5 dedicó un artículo a honrar la memoria de Ricardo Corredor, quien después de participar en la insurrección de los cadetes de 1919, pasó 9 años en La Rotunda y murió muy joven en 1929 a consecuencia de una enfermedad contraída en la cárcel. En el Nº 13 hizo referencias a los muertos y perseguidos en Mérida y a su propia experiencia: reveló que en diversas ocasiones hubo de aclarar ante funcionarios policiales su presunto “comunismo”.

*La Democracia* fue el periódico más combativo de los primeros tiempos del postgomecismo. Se imprimió en la Editorial El Pueblo de Antonio Díaz. Se inició como semanario en febrero de 1936 con un Consejo de Redacción integrado por personas que representaban los diversos sectores de la ciudad: Pedro Guerra Fonseca, Francisco Tamayo, Rubén Corredor, A. J. Uzcátegui B., Federico Schloeter y Santiago Hernández Ron. Pero, a partir de mayo del mismo año cambió de orientación: Pedro Guerra Fonseca asumió como director y se incorporó como redactor Alberto Carnevali. Desde el número 20 del 20 de octubre de 1936 se convirtió en interdiario y tuvo como director-redactor a Alberto Carnevali. Entonces anunció que se proponía “sin ligazones incómodas ¿las de los compañeros anteriores?, sin protecciones gubernamentales... continuar la lucha”. A partir de ese momento el periódico asumió las posiciones de los grupos llamados la izquierda: entre otras, la defensa de la República Española y la solidaridad con los reclamos de los trabajadores. Se correspondían con las del Partido Democrático Nacional (PDN), sucesor de ORVE, que Carnevali trataba de organizar en el Estado.

Sin embargo, su orientación era anticomunista. En tal sentido, es sumamente interesante el texto *Posición de las organizaciones demo-*

*cráticas de izquierda sobre el comunismo* que se publicó el 3 de diciembre de 1936. En realidad, defendía los intereses de los trabajadores, por lo que informó ampliamente sobre la huelga de los obreros petroleros de diciembre 1936 a enero de 1937. También adoptó posiciones progresistas sobre asuntos locales, entre otras iniciativas, propuso destinar los grandes solares de Mérida a construir viviendas baratas para obreros, lo que con el tiempo –a partir de los años '60– efectivamente ocurrió. *La Democracia* se colocó en oposición al gobierno del Gral. Eleazar López Contreras y por tanto criticó duramente los actos de su gestión. Lo mismo hizo en relación a la administración regional que seguía los lineamientos del Dr. Hugo Parra Pérez. Respaldó a la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV); y se enfrentó a los grupos de Unión Nacional Estudiantil (UNE) en Mérida. El periódico ofrecía noticias locales. El número 58 (del 22 de enero de 1937) anunció que Spinetti Dini había obtenido el segunda y el tercer premios en los Juegos Florales de Caracas con dos poemas pertenecientes a un libro en prensa titulado *Hambre*.

Desde el número 61 (del 10 de febrero de 1937), con nuevo formato, el periódico se convirtió en *Diario de la Tarde*. Alberto Carnevali seguía siendo el Director y Antonio Díaz figuraba como editor– administrador. Desde entonces incluyó noticias mundiales (especialmente sobre la guerra española y la situación europea) y nacionales; pero, también artículos sobre problemas locales. Desde el número 64 (del 13 de febrero de 1937) apareció un nuevo espacio – “Sección literaria sabatina”– que se abrió con un poema de Spinetti de hondo contenido social: “Romance del Hombre de Greda” (referido al labrador y su pobreza). Pero no fue esa la primera colaboración con aquel vocero dedicado a la lucha política: en el número 37 (del 3 de diciembre de 1936) había publicado una “Opinión sobre la gran película *Tiempos modernos*”. En la sección literaria mencionada, correspondiente a la edición del 27 de febrero de 1937 insertó un poema de lucha: “El 10 de febrero de 1937 en la Universidad de Caracas”, referido a la muerte de estudiantes ocurrida en aquella fecha. Y parece que algunos artículos sobre temas políticos y sociales de *La Democracia* correspondían efectivamente a la pluma de Spinetti Dini.

No duró mucho el periódico. En 1936 el gobierno del presidente López Contreras había permitido la libre actividad de los dirigentes políticos y el funcionamiento de los partidos. Pero ya en el mes de noviembre negó la inscripción del PDN. Y a comienzos de 1937 tomó medidas represivas: revocó la autorización a las organizaciones de oposición y ordenó la detención de algunos líderes de izquierda. Luego de la crisis provocada por la muerte en la Universidad Central del estudiante merideño Eutimio Rivas, el Presidente decretó la expulsión del territorio de la República de 47 dirigentes políticos. E impuso el férreo control de la prensa y la radio. En tales circunstancias no podía continuar por mucho tiempo *La Democracia*, que era el principal vocero de la oposición en el Estado. Sus críticas provocaron la reacción del Gobierno Estatal, que pronto exigió su cierre. Y en efecto, el 16 de agosto de 1937 apareció el último número, el 214.

Pero el cierre del periódico no significó el fin de las actividades públicas del grupo editor. Meses después, una noche de marzo de 1938, Carnevali invitó a Díaz y a Spinetti a la pensión de estudiante donde vivía. Les reveló que había sido encargado por Rómulo Betancourt para fundar en Mérida el Partido Democrático Nacional (PDN). Ya contaba con algunos compañeros para la aventura, que adivinaba sería de gran dificultad dado que debía hacerse mediante trabajo clandestino. Sabía que sus dos amigos no podían acompañarlo.

—No, ciertamente, no —le interrumpió Antonio Díaz. —No somos hombres de partido y tenemos familias que cuidar.

—Es verdad —añadió Antonio Spinetti—, compartimos las luchas; pero desde posiciones diferentes. El camino que seguimos es el mismo y nos lleva al mismo destino; pero utilizamos vehículos distintos.

Desde entonces, Carnevali asumió el trabajo partidista como tarea vital y llegaría a ser una de las figuras esenciales de Acción Democrática. Fue presidente del Estado y diputado al Congreso Nacional, para convertirse luego del derrocamiento del presidente Gallegos en 1948 en uno de los jefes de la resistencia al Gobierno militar. Murió en la cárcel de San Juan de los Morros en 1953. Era aún muy joven, pues había nacido en

Mucurubá en 1914. Los otros dos, en tanto, continuaron en sus afanes propios.

A pesar de las distancias que les impuso la diversidad de actividades, los tres mantuvieron vínculos de amistad. No obstante, esa noche, ni Díaz ni Spinetti le dijeron a Carnevali que ya preparaban otra iniciativa periodística. Un mes después estaba en la calle el primer número de la revista *Indoamérica*.

## IV Un proyecto continental

A partir de agosto de 1937, Antonio Spinetti Dini, así como sus compañeros en el campo progresista, perdieron el medio de comunicación a través del cual se expresaban. Ya había desaparecido el diario *Patria*, cuyo último número (3.305) circuló el 27 de septiembre de 1936. Y *El Vigilante*, vocero de la Curia merideña, mantenía una línea política bien distinta a la de ellos. Apoyaba al gobierno de López Contreras y de Parra Pérez y a los grupos de derecha en los que se sustentaba. Tenía una posición anticomunista militante. Y, sobre todo, se inclinaba por la causa de los Nacionales en la Guerra de España, que la Iglesia entendía como una “cruzada” contra la expansión del comunismo. Es de señalar, por lo demás, que en ese tiempo el poeta –por primera vez– no gozaba del afecto de quienes formaban las altas esferas del poder. No había ocurrido tal cosa ni siquiera en los tiempos de la dictadura. Entonces, a pesar de las sospechas que le rodeaban, los gobernantes le manifestaron simpatía personal.

En tales circunstancias, en 1938, dos años después de *El Pueblo*, se cumplió la otra gran aventura periodística de Antonio M. Díaz y Antonio Spinetti Dini. Merece capítulo aparte en la vida de sus promotores la revista *Indoamérica*, “nuevomundista”. Fue idea de Díaz (quien siempre figuró como editor propietario), según reveló el poeta: “la obsesión del joven editor la constituía la publicación de una revista de índole cultural amplia que fuese el exponente del afán de cultura que va naciendo en el país.” El proyecto era, realmente, muy ambicioso. Veamos: “Ella procura, de acuerdo con su lema “por la cultura indoamericana” realizar dentro de las posibilidades, una franca labor de acercamiento entre los intelectuales de ambas Américas. Difunde y estimula los valores espirituales indoamericanos, la tradición democrática de nuestros pueblos”. Pero no

medía las dificultades de llevarlo adelante en una pequeña –y pobre– ciudad de provincia. Era el resultado de una ilusión más que de una decisión serena y objetiva.

Con todo, y aunque la aventura se tradujo en la publicación de sólo cuatro números de una revista, causó gran impacto en su momento, pues fue un intento serio para establecer en la provincia un medio de proyección nacional e internacional para exponer un pensamiento de mucha actualidad. Resaltaban la gran calidad de la impresión y el contenido de los artículos. De la primera cuidaba con esmero Antonio Díaz, al decir de muchos, el mejor editor de Venezuela, quien más conocía en el país todo lo relacionado con la impresión de libros, según afirma Lubio Cardozo. Todos los artículos estaban referidos a la situación de Venezuela o de la región en un momento especialmente crucial. Como se verá, en Indo América colaboraron algunos de los mejores escritores venezolanos de las generaciones de su tiempo: Antonio Arráiz, Arturo Usler Pietri, Julián Padrón, Mariano Picón Salas. Y la revista difundía el pensamiento de autores de mucha influencia entonces: como Juan Bautista Alberdi o José Ingenieros. Es de señalar que su aparición fue estímulo para la publicación de otras de tendencias más o menos semejantes en varias ciudades de Venezuela.

El N° 1 salió a la calle en abril de 1938 y costaba apenas un real. Entre los colaborados figuraban: Rafael Pisani, Humberto Spinetti, Mercedes Fermín, L. B. Prieto Figueroa, Julián Padrón y Rubén Corredor. La revista incluyó dos poemas de Spinetti Dini, “Romance de la escuela campesina” y “Glosa en la muerte de García Lorca” de Antonio Arráiz, y reprodujo artículos de autores extranjeros. En ese número apareció un pequeño ensayo del poeta, “Por una Indoamérica integral”, que recoge su pensamiento en torno a la identidad indoamericana y a la relación de los Estados Unidos con América Latina.

América. Una. Nuestra. Para nosotros y para todos. Pero sin dejar que influencias indeseables... entren a formar parte de nuestra personalidad. Así en arte como en ciencia. Y en vida. En cultura total.

Y Monroe no representa, no debe representar nada en nuestra ideolo-

gía. De allá Whitman, Wilson y alguno más. Y si es necesario, ni ellos. ¿Para qué? ¿Acaso no tenemos nosotros un Bolívar, un Alberdi, un Morelos y un Ingenieros?

Proyectemos hacia la cúspide, sincronizadas, todas las fuerzas parciales y disímiles.

El texto advertía, sin embargo, que esa posición debía mantenerse libre de xenofobias ridículas.

Spinetti aceptó la dirección de la publicación después del primer número, luego de largas charlas y proyectos con el editor –ya que la realización de una revista así supone económica y mentalmente una gran suma de esfuerzo sobre todo en el medio provinciano–. El número 2 circuló al mes siguiente: mayo de 1938. En él aparecían artículos de Mariano Picón Salas “Interpretación de Andrés Bello”, Pascual Venegas Filardo (sobre la necesidad de una revista cultural), Arturo Usler Pietri, “Afirmación de la novela hispanoamericana” y José Nucete Sardi, “El civilizador Simón Bolívar”. Incluía también dos poemas de Antonio Spinetti Dini: “Romance de la hora buena” y “Humo en los cráteres”. En ese mismo número, por cierto, una pequeña nota daba la noticia de que don Tulio Febres Cordero, ya de 78 años, se encontraba enfermo.

Después de un receso de 5 meses, en octubre de 1938, salió a la calle el número 3. Por eso, con retardo, en ese número se informó de la muerte de don Tulio ocurrida el 5 de junio anterior. Admirado y querido por todos, su desaparición conmovió a la ciudad. La interrupción se debía a sucesos políticos. En efecto, el 25 de septiembre se celebraron las primeras elecciones con sufragio muy limitado después del gomecismo. Para enfrentar a la Unión Cívica, se organizó, bajo el patrocinio de Antonio José Uzcátegui (presidente), Gil Antonio Sansón (vicepresidente), Efraín Peña C. (tesorero), Antonio Spinetti Dini (secretario), Carlos M. Herrera, Ramón Mazzino Valeri y Pedro Guerra Fonseca (vocales) la Agrupación Centro Republicana Democrática que algunos tildaron de tendencia izquierdista, porque recibió el apoyo del PDN en la clandestinidad. La campaña fue intensa. Y al final los candidatos de la Unión resultaron electos por abrumadora mayoría tanto para la Asamblea Legislativa

como para los Concejos Municipales. De nada valió al poeta su prestigio en la ciudad.

Aquel número 3 contenía artículos de Antonio Spinetti Dini “In-doamérica y la cultura”, Mariano Picón Salas “Nación y Pueblo”, Julián Padrón, sobre cultura y Jesús Leopoldo Sánchez “Ideología, Estado liberal y Estado fascista”. Se podía apreciar que la revista sostenía la causa republicana en España. Criticaba muy duramente al fascismo y a los nacionales, así como el apoyo que la Iglesia daba a las fuerzas de Francisco Franco. Quienes se agrupaban en torno a sus páginas, eran en su mayoría socialistas o comunistas. Spinetti mismo escribió dos poemas condenando el asesinato de García Lorca y varios denunciando aquella guerra civil y la que se avecinaba, referidos atrás. En este número se incluían otros dos poemas suyos “La Marea negra” y “Romance del sueño verde”. Entre las notas figuraban varias referidas al viaje que hizo el poeta a Caracas. Una informaba que tuvo la oportunidad de abrazar a Mariano Picón Salas, quien acababa de regresar de Chile, y otra que ofreció en el Ateneo de Caracas un recital de poemas que hacían parte de dos libros inéditos: *Arco*, de poesía social y *Remanso*, de poesía lírica. Este último sería editado por la Asociación de Escritores Venezolanos, institución a la que se entregaron los originales. La crítica de los diarios (*El Herald*o, *Ahora* y *El Universal*) fue favorable a la obra del poeta.

Debió ser emotivo el reencuentro de Spinetti con Mariano Picón Salas después de quince años de separación:

—Aquí estoy —le dijo el que venía de otros mundos— como prueba de que no siempre perecen los mejores para que triunfen los más torpes y desmandados.

Habían compartido los bancos de la escuela primaria y dirigido la rebelión de los adolescentes del Seminario de Mérida en 1914. Habían vivido juntos las experiencias literarias y periodísticas de la juventud. Mariano era entonces “el muchacho inteligente de Mérida” y Tonino “el joven poeta de Ejido”. Luego, el primero se fue a Chile, siguiendo los pasos de su padre, que no quiso continuar en Mérida, avergonzado por la quiebra económica de sus empresas. El otro se quedó en su Pueblo, donde se hizo próspero comerciante y escritor reconocido. No se cono-



ce la correspondencia entre los dos durante aquellos años, aunque sí la posterior a 1936. Pero consta que se mantuvo el contacto entre ellos y que desde Santiago aquél le enviaba los libros que iba publicando. Por lo demás, a diferencia de muchos merideños de su tiempo, Spinetti siempre exhibió con orgullo su amistad con Picón Salas.

El número 4 circuló en el mes de noviembre. Contenía unas líneas editoriales: “Libertad de prensa, Democracia y cultura” que aún hoy mantienen vigencia, cuya autoría corresponde seguramente a Antonio Spinetti Dini, quien sí firmó un denso artículo sobre el papel de América Latina: “La conferencia de Lima y la realidad americana actual.” Igualmente, uno de Alberto Ravell: “Yo vengo de Venezuela” y otro de Irma de Sola sobre la colaboración de la mujer en el acercamiento de los pueblos del continente, así como tres cartas inéditas de Rafael Arévalo González. Como en los anteriores incluía poemas de Tonino: “Jugosa de totales primavera” y “Verdugos”. Recogía, además, textos de Luis Alberto Sánchez y de Clemencia Miró, “Recuerdo de Teresa de la Parra”. Parecía que el ensayo, ambicioso sin duda, podía consolidarse. Los responsables recibían correspondencia de estímulo de muchas partes. Pero aquello no era suficiente.

Era imposible mantener aquel esfuerzo editorial en la pequeña ciudad (de muy limitados recursos) que para la época era Mérida. No llegaba aún a los trece mil habitantes. El presupuesto del Estado era de Bs. 2.606.328 (en 1938) y los ingresos municipales de la capital de Bs. 192.048 (en 1936). Existían 608 establecimientos industriales, con un capital social de Bs. 4.076.475; pero sólo 21 eran importantes. Funcionaban, además, 926 casas comerciales, con un capital social de Bs. 5.237.963; pero apenas 59 eran grandes. Habían aparecido 81 empresas de servicios, casi todas pequeñas. En aquel ambiente económico, Antonio Díaz y el poeta Spinetti hacían frente a muchos obstáculos: el costo era muy alto, las ventas pocas y la publicidad muy escasa. “Indoamérica”, en efecto, era un órgano cultural, dirigido a un número limitado de personas y de alta calidad material. Apenas si tuvo un anunciante importante de Caracas (C. A. Cigarrera Bigott) y dos de la localidad (Marco Tulio Suárez y Circuito Teatral de los Andes de V. Diez y Riega). Los otros eran menores.

Por eso, la empresa arrojaba pérdidas. Spinetti lo reconoció: “La Editorial pierde todavía gran parte de lo invertido en esta publicación, y más de 800 ejemplares son enviados a las universidades, bibliotecas y prensa del Continente, de Francia, Bélgica y otros países de Europa”.

*Indoamérica* terminó con el número 4. Antonio Spinetti recordó entonces lo que diecisiete años antes escribiera E. Menotti Spósito en carta al director de *Ecos Andinos* con ocasión de la publicación de su último tiraje (número 48 del 11 de marzo de 1921): “Aquí no se compran periódicos, sino por los pulperos. ¿A qué precio? A bolívar el kilo. ¿Con qué objeto? Con el de envolver manteca”. Realmente no era así. En Mérida se editaban revistas y periódicos. Y algunos (como fue el caso de *Patria*) duraban largo tiempo. En ese mismo momento, circulaba *El Vigilante*, diario de la Diócesis. Pero *Indoamérica* era un proyecto costoso, que no producía ingresos, por lo que requería el financiamiento de empresas interesadas, que no las había porque las pocas existentes pertenecían en su casi totalidad a hombres “de derecha”, renuentes a los cambios que la revista proponía. Tampoco había instituciones públicas que pudieran hacerle aportes gratuitos. Más bien, los órganos del poder político estaban en aquellos días preocupados en imponer limitaciones a la libertad de expresión.

Esa fue la última iniciativa periodística de Antonio Spinetti Dini. No obstante, continuó en el periodismo como colaborador de varias publicaciones. Antes de morir recogió los artículos que entregó, desde 1917, a diversos impresos y revistas en cuatro volúmenes, que dejó preparados para su difusión. Incluso les colocó títulos:

“Bolívar y las nuevas generaciones” (Ensayos venezolanos)

“Mi campaña de venezolanidad” (Ensayos y artículos)

“Democracia venezolana” (Vistazos sociales)

“Ideario desarticulado” (Ensayos y artículos).

Lamentablemente esos volúmenes nunca han sido publicados.

De su lado, Antonio M. Díaz, a partir del cierre de la Editorial “El Pueblo” en 1940, se dedicó primordialmente a otras actividades económicas, en las cuales tendría mucho más éxito. Se hizo representante de varias casas comerciales en Mérida y los estados andinos. Y se asoció,

para llevar adelante varias iniciativas, con Valeriano Diez y Riega, inmigrante español llegado a la ciudad en 1935 y quien en 1935 había comprado el Cine-Landia de los Hermanos Murillo. Había tenido éxito y estaba ya al frente de una empresa cinematográfica que por años fue la más importante de la región. Díaz ocupó altas posiciones en esa casa, de la que dependía la Editorial “Multicolor”, creada para la publicación de los programas de cine y para las labores de publicidad complementarias.

Cinco años después de Indoamérica, Antonio M. Díaz asociado con el empresario Valeriano Diez y Riega, intentaría un nuevo esfuerzo en la revista *Occidente (Revista cultural gráfica de los andes venezolanos)* de la cual se publicaron 5 números entre 1943 y 1945. La revista, impresa en la Editorial “Multicolor”, tenía a Diez y Riega como director y redactor, a Díaz como editor y administrador (aunque sólo durante los dos primeros números) y a Juan Viscarret Navaz en el dibujo y el arte. Contó con la colaboración de viejas y nuevas firmas (Enrique Celis Briceño, Carlos Gonzalo Salas, Joaquín Díaz González, José R. Febres Cordero, Neptalí Noguera Mora) que trataron temas de cultura, ciencias y economía. Dedicó muchos espacios al turismo, los deportes y el cine. Y publicó imágenes de las ciudades y pueblos andinos y sobre todo de paisajes merideños. Se adornó con fotografías de actrices de cine y de reinas de belleza locales.

Resaltan las colaboraciones de Félix de Gaubeca sobre temas económicos. Doctor en Ciencias Económicas, era profesor en la universidad. Y de Richard H. Klugh sobre la temas conservacionistas. Era doctor en Ciencias Forestales de la Universidad de California y jefe del Servicio Nacional de Conservación de Suelos en Venezuela. Visitó los Andes por aquel tiempo. En varios de los números, la revista recogió interesantes trabajos sobre escritores venezolanos: Raúl Chuecos Picón de Mario Briceño Perozo (número 2), Tulio Gonzalo Salas de Antonio Pinto Salinas y Humberto Tejera de Régulo Burelli Rivas (número 3), Rufino Blanco Bombona de Regulo Burelli Rivas y Pedro Pablo Paredes de R. Armando Rojas (número 5). Diez y Riega publicó en la revista algunos de sus poemas: “Las siete garzas blancas” (número 2), “Los reyes magos” y “Guitarra gitana” (número 3), “La máquina traga-níqueles” (número 4), y “Mé-

rida de Valera” (número 5).

En la revista no faltaron informaciones sobre hechos importantes, como algunas de las grandes operaciones de la segunda guerra mundial. Incluyó también notas referidas a sucesos locales, como la visita del presidente Medina a la ciudad y su universidad (número 4), la apertura de la carretera a Zea y las fiestas de la Exposición Agropecuaria e Industrial de Mérida en octubre de 1944 (número 5). Destacó algunos eventos culturales, como la fundación del Orfeón “Mérida” por el profesor Rafael Rivas (número 5). El número 2 estuvo dedicado a honrar a don Tulio Febres Cordero y en el número 5 se hizo una relación de los actos realizados para conmemorar el tercer aniversario de la muerte de Antonio Spinetti Dini. *Occidente*, sin embargo, tuvo como otras publicaciones vida muy corta, a pesar de contar con recursos mayores.

Con todo, D. Antonio M. Díaz no abandonó sus pretensiones de editor. Y entre 1974 y 1977 fue director de los Talleres Gráficos Universitarios de la Universidad de Los Andes, durante los períodos de los rectores Ramón Vicente Casanova y Pedro Rincón Gutiérrez. Entonces se imprimieron algunos de los mejores libros que han salido de aquellos talleres. Estuvo allí poco tiempo, porque criticó la organización y las prácticas laborales de aquel servicio universitario. A lo largo de su vida publicó algunos textos suyos, entre ellos una bella *Antología de la rosa* (1983). Como resultado de su enorme actividad adquirió gran prestigio entre los merideños. Este se manifestó en su elección como concejal de Mérida en las listas del partido Acción Democrática entre 1969 y 1974 y en los muchos reconocimientos que recibió. Murió en 1984.

## SEXTA PARTE

### Se acerca la muerte



Busto de Antonio Spinetti Dini, Parque Los Escritores, Mérida



## ! Caballero adelantado

Antonio Spinetti Dini era un caballero de Mérida. Aunque nació en la isla italiana de Elba y creció en la villa cercana de Ejido, su figura inconfundible y conocida por todos representaba plenamente a la ciudad. Para 1941 no había, tal vez, nadie que no lo hubiese visto en alguna ocasión en su almacén o en uno de los salones donde se reunían los estudiantes o, simplemente, caminando por las calles cercanas a la Plaza Bolívar; o que no hubiese leído alguno de sus libros o de sus artículos en cualquiera de los periódicos que recogieron sus inquietudes intelectuales. No pocos recitaban sus versos. Y eran muchos los que lo habían tratado o, por lo menos, se le habían acercado para conversar con él aunque fuese brevemente sobre asuntos graves o sencillos.

Era un hombre blanco, más bien flaco aunque llegó a pesar 60 kilos, de mediana estatura: 1,68 mts. El cabello rubio del niño se había tornado en castaño, aunque conservó siempre un mechón de pelo dorado atrás. Los ojos azules y vivaces miraban siempre al interlocutor. Usaba anteojos desde la infancia y al parecer sacaba provecho de ellos, porque M. Briceño Iragorry los calificó de “buenos tenorios”. Tenía un lunar negro en el lado derecho del cuello. Su ficha en el Registro de Extranjeros de 1932 lo describe así: “frente amplia, cejas pobladas, nariz aguileña y algo desviada hacia la izquierda, barba y bigotes poblados, pero afeitados, boca regular, labios regulares, dentadura completa con algunas piezas de oro, barba con hoyuelo, cara oval”.

Vestía bien, con elegancia y a la moda, aunque con sobriedad. Y llevaba corbata con frecuencia. Como muchos de los hombres de su época portaba sombrero de marca italiana. Con los padres dominicos del Se-

minario aprendió a cuidar su cuerpo: le gustaba caminar en excursiones campestres y respirar el aire puro de las montañas. Aunque no practicaba ningún deporte, lo que en Mérida no se generalizó hasta fines de los años veinte cuando llegaron los padres jesuitas, comprendió la importancia de esa actividad en la formación de los jóvenes. Y, por eso, los periódicos que tuvo a cargo dedicaron columnas al tema. Por lo demás, se mantenía al tanto de los eventos deportivos que se realizaban.

Como señaló uno de sus mejores amigos, Félix de Gaubeka, “encarnaba el espíritu renacentista del más moderno renacimiento”. Y, en verdad, más parecía un burgués florentino o veneciano del *cinquecento*, de espíritu selecto –culto, progresista– que un comerciante de una pequeña villa de un país rural. Pero al mismo tiempo procuraba vivir su tiempo; más aún, estar en la vanguardia de los cambios que se producían. Por eso, sus ideas eran actuales y sus proyectos referidos a asuntos novedosos. Gaubeka mismo contribuyó a completar su formación, especialmente en temas económicos y sociales. Le recomendaba libros.

Vasco y republicano, Gaubeka fue un personaje influyente en la pequeña urbe. Cuando llegó a Mérida en septiembre de 1938 ya traía buena formación científica: se había graduado en Ciencias Económicas. Nacido en Munguía en 1902, había abandonado su patria a la caída de Bilbao en junio de 1937 y acababa de ser designado profesor –el primero– de Economía Política en la Facultad de Ciencias Políticas. Más Tarde dictó clases en el Liceo Libertador, especialmente de idiomas, pues conocía varios. Escribió muchos artículos sobre temas de su especialidad. Difundió el pensamiento socialcristiano y promovió la celebración del Primer Congreso Obrero de Mérida (1939), para el cual elaboró ponencias de interés. Fue socio de Manuel Canales (español casado con una sobrina suya), a quien hizo venir para establecer una librería que andando el tiempo se convirtió en la mejor de la ciudad: La selecta. Aunque se nacionalizó en 1940, décadas después regresó a España. Murió allí en 2003.

Casi un autodidacta, pues no llegó a completar los estudios secundarios, Antonio Spinetti era una persona culta. Lo había logrado gracias a su dedicación e indiscutible talento. Sus libros muestran su afán de superación. Había leído muchos de los clásicos greco-latinos. Y como le



interesaba la filosofía, adquirió la *Nueva biblioteca filosófica Tor*, colección de obras de autores antiguos y modernos. Citaba con frecuencia *La decadencia de Occidente* de O. Spengler. Curiosamente, le llamó la atención un libro reciente de Jacques Maritain: *Tres reformadores: Lutero, Descartes, Rousseau*, publicado en español en Santiago de Chile en 1938. Leía autores latinoamericanos: románticos (Jorge Isaac) y modernistas (Rubén Darío); nuevos novelistas (José Eustacio Rivera) y poetas de vanguardia (Pablo Neruda). Pero también otros, de su tiempo, sobre temas políticos, económicos y sociales, como Víctor Raúl Haya de la Torre (*Antiimperialismo y el APRA*).

Había leído en su lengua materna a los autores italianos: de Petrarca, Dante y Boccaccio a los más cercanos: Carducci, D'Annunzio, Deledda. Pero, también a los autores contemporáneos de otros países. Y conocía obras de algunos que apenas aparecían: *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, *Trabajo, riqueza y bienestar del mundo* de H. G. Wells, *Freud* de Stefan Zweig. Por supuesto, había recorrido la literatura venezolana: Andrés Bello (*Poesía*), Juan Vicente González (*Biografía de José Félix Ribas*), Manuel Díaz Rodríguez (*Sensaciones de viaje*), Teresa de la Parra (*Ifigenia*), Rómulo Gallegos (*Doña Bárbara*). Y sobre todo la de vanguardia: *Torre de Timón* de J. A. Ramos Sucre, *Áspero* de Antonio Arráiz, *Los Buzos* de Antonia Palacios, *La Guaricha* de Julián Padrón. Poco antes de su muerte había recibido la *Antología de la moderna poesía Venezolana*, publicada en 1940. Era amigo de algunos de los incluidos en ese volumen: Andrés Mata, Andrés Eloy Blanco, Leoncio Martínez, Manuel Felipe Rugeles, Julio Planchard, Vicente Gerbasi, Pascual Venegas Filardo.

Conocía, como se desprende de sus artículos, la historia Universal y la venezolana. En su biblioteca estaba la monumental *Historia Universal* de Guillermo Oncken (Barcelona, 1929). También *El viaje a las regiones equinociales del nuevo continente* de Alejandro de Humboldt y el *Resumen de la geografía de Venezuela* de Agustín Codazzi. Profesaba admiración por la obra y el pensamiento de Simón Bolívar. Por eso no le faltaban *Las cartas del Libertador* publicadas por Vicente Lecuna. Ese sentimiento se acrecentó durante la conmemoración del centenario

de la muerte del héroe, ocasión en la cual le dedicó textos y versos. Consultaba a Rafael María Baralt, L. Level de Goda, F González Guinán y José Gil Fortoul.

Gustaba de la buena música y en los años finales iba a los salones a escucharla. A pocos metros de su negocio se encontraban el Salón Azul del Hotel Cordillera, que administraba D. Carlos Soria, el Café Sol y Sombra de D. José Peña y, calle de por medio, el Salón Princesa de De Biasi y Ratto. También de la buena mesa. La buscaba en el Hotel La Sierra, con cocinero europeo. Era miembro del Club Mérida. Estaba bien enterado del acontecer internacional y nacional. Los visitantes que recibía de otros sitios se mostraban extrañados ante su conocimiento de la actualidad. Les explicaba que en Mérida se podía adquirir a través de la prensa que llegaba, aunque con cierto retraso, de los cables y sobre todo de la radio, que se escuchaba desde que se trajeron los primeros aparatos receptores en 1925. La situación internacional fue tema de muchos de sus artículos. Como ya se dijo, hablaba el italiano y conocía el inglés, que aprendía con amigos, como F. de Gaubeka.

Era un adelantado. Vivió los problemas de su tiempo. En tal sentido, César Lizardo resaltó que “se enfrentó con gallardía y verdadero espíritu combativo a los problemas de su época. Luchó incansablemente al lado de los humildes.” Asumió las causas que creyó justas. Desde antes de la muerte de Juan Vicente Gómez creyó en las posibilidades de la Democracia en el país. Desaparecido el dictador se convirtió en un esforzado luchador político. Pero imaginó que la Democracia tenía contenido social: por eso, con acierto, todos los críticos destacan su dedicación al mejoramiento de las clases pobres y desamparadas. Criticó a los poderosos y a los insensibles. Estuvo al lado de la República Española. Y advirtió, como un verdadero visionario, los peligros que se cernían sobre la humanidad. Félix de Gaubeka señaló que “supo anticiparse y ser precursor ... de la terrible crisis ... de la humanidad de hoy”. Denunció las intenciones imperialistas de los totalitarismos y los males que nacen del militarismo. Y abogó por la paz.

Se interesó por los avances científicos y tecnológicos, aunque condenó su aplicación a la producción de armas. Pero, confiaba en el destino

del hombre, como consecuencia del progreso. Hablaba de la aviación, de la radio. Comprendió, antes que muchos, el inmenso valor del cine. Y las posibilidades que abría para la difusión de las ideas y para la creación artística. Son notables sus juicios sobre las películas de su tiempo. Como las de Charles Chaplin, cuyo sentido supo comprender. No sólo fue espectador, sino crítico acertado. Y ensayó ser productor. Su encuentro con Antonio M. Díaz, que a la sazón era taquillero en un local de cine, en 1932, se produjo cuando intentaba crear una empresa cinematográfica. No prosperó la idea. Pero fue el comienzo de una amistad fructífera que se prolongó por muchos años y de la cual nacieron importantes iniciativas para Mérida.

Gozó de la amistad de uno de los mayores innovadores que llegó a la ciudad en su época: Valeriano Diez y Riega. Venía de un largo periplo, que se inició a su salida de España en 1916 y que lo llevó a países del Caribe y Centroamérica y a varias regiones de Venezuela. Había vivido muchas experiencias: viajes, el circo, la aviación, negocios. A finales de los años veinte ya estaba en el país. Y a comienzos de la década siguiente “aquel señor jorobado” (expresión de Salvador Valero) recorría los pueblos de Trujillo, primero con una cámara fotográfica y luego con un proyector de películas. En 1934 fundó un periódico en Valera, “El Anunciador”. En 1935 recorrió los páramos y dejó escrita una descripción de Mucuchíes. Ese mismo año adquirió en Mérida el Cinelandia, fundado en 1929 por Humberto Murillo, de la empresa Murillo Hermanos (agentes de empresas cinematográficas para la región andina). En 1936 abrió en Valera otra sala de cine.

Al poco tiempo (1937) encontró mujer –muy hermosa– en Boconó: Olga Mattera López (1920-1996), de familia numerosa, con quien tuvo cinco hijos. Se estableció en Mérida. Para 1945 tenía cuatro salas Cinelandia (San Cristóbal, Tovar, Mérida y Valera) y otros dos teatros, Garbiras en San Cristóbal y Rex en Mérida. Promovió entonces la constitución de la Compañía Anónima Circuito Teatral de los Andes (registrada en 1950) para la administración del negocio y la construcción de más locales. Tendría un éxito enorme: llegó a contar con salas en Mérida (6) y sus pueblos (Ejido, Tovar, El Vigía), así como en las principales ciudades andinas:

en San Cristóbal (3), Rubio, Táriba, San Antonio, Trujillo, Valera (2) y Boconó.

Diez y Riega se interesó igualmente por la difusión de la cultura. En su imprenta Multicolor, creada por las necesidades de la red de locales cinematográficos, editó la revista *Occidente*. Buen prosista, publicó textos desde 1935. Poeta, escribió muchos versos. En 1943 publicó *Motivos: poemas de la guerra y de la paz* (impresiones diversas recogidas en diferentes etapas de su vida) y en 1944 *Romances del viaje*. Dejó inédito otro: *Inquietud*. Fue presidente fundador de la Asociación Venezolana de Periodistas en Mérida (1943). Intentó hacer películas, pero no tenía entonces en la región los recursos para hacerlo. Era un hombre de muchas iniciativas y esfuerzos. A un periodista colombiano le llamó la atención por su “actividad constante, displicencia ante las envidias, ímpetu de lucha y tenacidad batalladora”. Hastiado de la vida, murió el 22 de octubre de 1971. Había nacido en Soto, en el término municipal de Posada de Valdeón (Provincia de León) el 13 de febrero de 1903 hijo de un labrador, Severiano Diez y su esposa Trinidad Riega.

Pero a pesar de su modernismo, Spinetti Dini sabía guardar los valores, tradiciones y costumbres que forman el patrimonio permanente de la ciudad, y que le han dado identidad inconfundible. Esta es el resultado del hacer de hombres a lo largo de varios siglos. Algunos, no siempre quienes la han gobernado, han preservado ese legado. Han sido ellos los verdaderos caballeros de Mérida: cultos, amantes de la belleza, conocedores de la historia, de buenos modales. Han adelantado iniciativas culturales, educativas, económicas, sociales que han marcado a la urbe y a sus habitantes. Más que por su riqueza se les define por su bonhomía. Durante mucho tiempo, algunos de ellos tuvieron por costumbre ser guardianes de la estatua de El Libertador, colocada en 1930 en la antigua Plaza Mayor. A ese grupo han pertenecido hombres de letras y de negocios, profesores universitarios y dirigentes políticos y sociales, ilustrados y gentes de pocas lecturas. Tenían en común la sensibilidad de espíritu y el amor por su ciudad. En los años treinta, entre los auténticos caballeros, figuraban Antonio Spinetti Dini y Antonio M. Díaz.

Era un hombre sencillo y de buen trato. Su vida, escribió Neptalí Noguera Mora, “será un ejemplo edificante de magnífico equilibrio. El trabajo, el amor y el arte se repartieron armoniosamente su vida generosa”. Aprendió con su padre desde muy niño a trabajar. Y lo hizo hasta la última hora. Su amigo Rubén Corredor señaló que era un “trabajador espontáneo” porque aunque no tenía “más necesidades que las intelectuales” sin embargo no descansaba. Pero sus ocupaciones no le impidieron cultivar su espíritu, luchar contra las injusticias y atender una familia que formó con una mujer a la que amó desde joven. Fue buen esposo y, a diferencia del viejo don Atilio, guitarrista y cantante que llegó a disfrazarse de “fra diavolo” para encontrarse con una amante de carnaval, no se le conocieron aventuras amorosas. No obstante, uno de sus amigos reveló que algunas mujeres lo amaron más allá de la fervorosa galantería de los versos. Después de su muerte no aparecieron hijos naturales, como ocurría frecuentemente por aquellos tiempos.

Su trato era franco y alegre, recordaba Carlos Gonzalo Salas. Sus ademanes nobles, despojados de arrogancia y chabacanería. Hablaba con voz firme, llena de convicción... En general, sus amigos decían que era tranquilo y ponderado, aunque alguno lo tildó de petulante. Era sí especialmente cariñoso con sus parientes y muy afectuoso con sus amigos más cercanos. Visitaba todos los días por la Tarde a sus padres que lo sobrevivieron varios años. Y como todos los miembros de la familia, concurría puntualmente a la casa paterna los jueves y los domingos al mediodía para comer los platos de pasta que preparaba don Attilio. Nunca olvidó el consejo que de niño le diera su madre:

—Mi raccomando: ubbidisci al babbo. Fai tutto quello che lui ti dice—. El mismo Gonzalo Salas quiso resumirlo así: “Buen hijo, buen hermano, buen amigo”.

Tenía muchos amigos, entre los inmigrantes italianos (algunos familiares suyos) y de otras nacionalidades, como entre los clientes de sus negocios. Pero más allá de esos círculos que le eran propios, había muchos otros. Ya hemos mencionado a Antonio Díaz, Jesús Leopoldo Sánchez, Valeriano Diez y Riega. Los escritores, con los cuales compartía el oficio de las letras: Eduardo y Roberto Picón Lares, R. A. Rondón Márquez, Rafael

Pizani. Y los que se habían ido: Mariano Picón Salas, Mario Briceño Iragorry, José Nucete Sardi. Gustaba especialmente de la conversación de los intelectuales, como Manuel A. Pulido Méndez. Recibía correspondencia de mucha gente, tanto de Venezuela como del extranjero.

Quienes lo conocieron lo recuerdan como una persona alegre: afable con los hombres, galante con las mujeres. Gustaba del cine y no faltaba a las presentaciones de teatro que brindaban las compañías nacionales o extranjeras que pasaban por Mérida. Concurría a reuniones y fiestas. Tenía fama de buen bailarín y, también, de bohemio y parrandero. Entre sus amigos se contaban algunos de los noctámbulos más famosos de la ciudad, como Emilio Menotti Spósito y Pedro María Patrizzzi. Asistía regularmente a las ferias de los pueblos merideños y nunca faltaba a la de Tovar, ciudad en la que gozaba de mucho aprecio. Fumaba mucho y usaba pitillera. Su casa era muy visitada tanto por los vecinos como por los viajeros que pasaban. Allí recibió a muy conocidos personajes. Era buen anfitrión. Después de 1936 brindó hospitalidad a quienes venían a promover la organización de movimientos políticos en Mérida, entre otros, a Rómulo Betancourt y Andrés Eloy Blanco. Gozó del aprecio de José Rafael Pocaterra, quien lo frecuentó cuando estuvo en la ciudad. Otros escritores hicieron lo mismo. Y también el dibujante Sánchez Felipe cuando pasó una temporada en 1933. Entonces le hizo uno de sus famosos perfiles.

Sin ser muy rico, era un hombre acomodado. Su negocio en el centro de la ciudad tenía clientela numerosa. Como también el que formó con su cuñado Leoncio Vetencourt en Ejido. Era un comerciante acreditado: fue representante de Ford y del Almacén Americano. Poseía casa propia. Tenía carro que manejaba un chofer contratado. Era muy espléndido con sus familiares. Sus hijas, que asistían al Colegio de la Inmaculada (de las Hermanas Salesianas), tenían niñera. Viajaba mucho, por cuestiones de negocios, a Maracaibo y otras ciudades cercanas y algunas veces a Caracas. Pero debía cubrir sus gastos con su trabajo. En verdad no vivía de rentas o de cánones de alquiler de casas. Cuando murió, su mujer mantuvo el negocio por varios años, aunque lo mudó a local más pequeño. Dejó una deuda importante con algunas casas proveedoras. Ella se hizo cargo,

con la fianza del suegro. Logró salir adelante e hizo fortuna con préstamos de dinero a intereses.

Era un hombre generoso. César Lizardo lo describió así: “Corazón filántropo sembrado de fervorosa generosidad. Sin una queja le sonrió a la vida y sin un reproche se le acercó a la muerte”. Una anécdota familiar muestra ese rasgo con claridad: cuando su hija Elsa hizo la primera comunión en la cercana iglesia de Nuestra Señora del Carmen con la preparación de las Siervas del Santísimo, organizó en su casa para celebrar el acontecimiento un desayuno con niños pobres de la ciudad. El destino quiso, sin embargo, que su muerte se produjese en medio de una disputa por algunos bolívares.

Era un hombre de carácter pacífico. No tenía disputas con nadie. Amaba la paz. Condenaba la guerra y a quienes la hacían. Justamente, no podía visitar Italia, como deseó siempre, por no haberse presentado al servicio militar cuando fue llamado. En efecto, no hubiera podido vestir el uniforme militar quien era enemigo de la guerra. Pidió a las madres no dar hijos a la guerra:

*¡Vientres, no deis más hijos al Mundo!*

*Cerraos, comprimíos, duros como la más dura piedra.*

*¿A qué velar sobre las cunas cantando las blancas canciones, cuando en la sombra conspiran aún los vesánicos de poder y de imperio?*

Pero es de señalar que mantuvo siempre el amor por su patria de origen a la que cantó en muchos de sus versos. Por eso, sólo solicitó la nacionalidad venezolana en 1935. Cabe preguntarse: ¿se sentía ya identificado plenamente con el país en el que vivía cuya realidad con todas sus frustraciones y esperanzas reflejan sus escritos? Los críticos Rafael Angarita Arvelo, Jean Aristeguieta y María Rosa Alonso señalan la “comp penetración, el entusiasmo y la fe ante nuestras cosas”. O más bien, ¿con aquél gesto manifestó su rechazo al régimen totalitario e imperialista que se había impuesto en la tierra de sus padres y de sus abuelos?

El 29 de octubre de 1932 con motivo del X aniversario de la marcha fascista sobre Roma, Antonio Spinetti Dini pronunció unas palabras en la Agencia Consular del Reino en Mérida. En ellas elogió a Mussolini y su gobierno por los logros alcanzados y por haber permitido el “risorgimento” de Italia. Pero en los años siguientes cambió su opinión. La supresión de las libertades, el acuerdo del Duce con Hitler, la invasión de Etiopía, mostraron al mundo el verdadero carácter del régimen italiano. Como ya se dijo, Spinetti publicó el 21 de marzo de 1933 un texto muy pesimista *Las miserias de la civilización*, sobre el futuro de la humanidad. Posteriormente, en artículo de 1938 (*Indoamérica*, N° 4) citó una frase de Gabriela Mistral: “Si se implantara el fascismo en el mundo entero, yo andaría todo el orbe, siete veces, en pos de una roca pelada donde no me alcanzara el sistema.”

A pesar de su actividad intelectual y profesional y de su vida social, bastante intensa, amaba el silencio y la tranquilidad. “El silencio –dice César Lizardo– tuvo en él un cabal intérprete”:

*De un pájaro nocharniago  
se oyó a lo lejos el trino.  
Un árbol de navidad  
la noche en el cielo hizo.*



## II **¡Le han quebrado el camino!**

En enero de 1941 Antonio Spinetti Dini era un hombre de sólido prestigio. Su Casa de Moda era un próspero negocio, a pesar de las dificultades para la importación que creaba la guerra. Un anuncio en *El Vigilante* informaba que tenía trajes y telas, especialmente casimires, zapatos y artículos de tocador. Ofrecía artículos al mayor para comerciantes de los pueblos del interior y cueros muy variados para los zapateros. Era, por otra parte, el escritor más respetado de la ciudad. Su nombre encabezaba los manifiestos. Y se le invitaba a presidir y hablar en los más variados actos sociales. Así lo hizo en el homenaje ofrecido a Manuel A. Pulido Méndez, cuando dejó el rectorado de la universidad el 31 de enero de aquel año. Spinetti lo admiraba mucho, tanto por su formación y pensamiento como por su obra al frente de la ULA, donde creó la Escuela de Aprendizaje Técnico Industrial, interesantísima experiencia que no tuvo continuación. En sus palabras de despedida para el amigo de varios años, lo describió como un hombre “útil y bueno, de vastísima cultura, humanista en el sentido clásico y moderno, de probado amor por Mérida. Ha sabido vivir –dijo– como requería Marco Aurelio: sin agitación, sin hipocresía, sin abandono”.

Durante los primeros meses del año 1941 Spinetti Dini siguió con atención la campaña presidencial de Rómulo Gallegos. Finalizaba el período de Eleazar López Contreras, quien por voluntad propia, lo había reducido a cinco años. Los grupos políticos de oposición presentaron entonces una candidatura “simbólica” por cuanto bien sabían que el Congreso de la República elegiría el candidato del Gobierno. En Mérida un numeroso grupo de estudiantes, entre otros Rigoberto Henríquez Vera, Domingo Alberto Rangel, Mario Briceño Perozo, Antonio Pinto Salinas manifestó su respaldo al novelista. Otras personas –muchas de pobla-

ciones del interior— adhirió a la postulación. Spinetti, considerado “el nervio y sangre” de la Federación de Estudiantes, no suscribió esos documentos, tal vez porque algunos de sus allegados apoyaban la candidatura de Isaías Medina Angarita, ministro de Guerra y Marina de López como lo hacían los hombres más influyentes de la ciudad: Hugo Parra Pérez, el arzobispo Acacio Chacón, el rector Gabriel Picón Febres, los sacerdotes J. H. Quintero y J. R. Pulido Méndez, el Gral. Golfredo Masini. Medina, quien visitó Mérida en febrero, una vez elegido designó en mayo como presidente del Estado al Cnel. Juan de Dios Celis Paredes. Spinetti, que mantenía buenas relaciones con todos los grupos, asistió al homenaje que se rindió a los mandatarios entrante y saliente.

En el primer semestre de 1941, Spinetti emprendió la realización de una iniciativa largamente meditada: la fundación de un centro de arte y de cultura. Con tal propósito, al frente de un conjunto de intelectuales convocó a todos los interesados en el proyecto. Firmaban, entre otros, la invitación Antonio José Uzcátegui, Luis Negrón Dubuc, Leopoldo Garrido, P. Cordido y Desiderio Gómez Mora. Como resultado, un numeroso grupo de personas constituyó el 18 de marzo el Centro de Estudio y de Cultura al que se le señalaron como objetivos el estudio de todas las expresiones culturales, la investigación de nuestras bases culturales y manifestaciones folklóricas y la realización de intercambios con intelectuales de otras partes. Se nombró una junta directiva que presidió el poeta y que estaba integrada, así: vicepresidente, Luis Negrón Dubuc; secretario, Rafael José Nery; subsecretario, José Vicente Berti; tesorera, Graciela Dávila Matute; vocales, Flor de Cordido, José Rafael Pulido, Eloy Dávila C. y Ramón Briceño Perozo.

Las actividades del Centro comenzaron en el mes de abril. Spinetti quería aprovechar las inmensas posibilidades que ofrecía la radio para la difusión de la cultura. Conocía la interesante experiencia de José Nucete Sardi en la Broadcasting Caracas 1-BC de la capital para hacer conocer del Pueblo a través de un programa semanal, “La universidad del aire” la historia nacional y otros temas, experiencia que había continuado la Federación de Estudiantes de Venezuela. Y quería repetirla en Mérida, donde había comenzado a operar una emisora fundada por don Adelmo

Quintero el 19 de diciembre de 1940. Con tal objeto se programaron conferencias para ser dictadas a través de La voz de la sierra los días jueves por la noche. Correspondió la primera, el 17 de abril, a Félix de Gaubeka, quien disertó sobre temas económicos y financieros. Se prepararon otras actividades radiales para los días domingo. El 20 y el 27 de aquel mismo mes Tonino ofreció recitales en los cuales estuvo acompañado por conjuntos musicales populares dirigidos por Hugo Murzi y Baudilio González. El éxito fue enorme. Por primera vez la gente del Pueblo tenía acceso directo en sus casas a las letras, a la música y a la ciencia.

La atención de las gentes se centraba en el desarrollo de la guerra mundial. El balance no era por entonces favorable a los países occidentales. Francia había caído, Inglaterra parecía aislada, la resistencia griega había cedido. En junio de 1941 Hitler invadió la Unión Soviética en tanto Japón continuaba su expansión en Asia. Con todo, en Mérida como en toda Venezuela casi todos mostraban sus simpatías por la causa de las democracias. El 1 de agosto Neptalí Noguera Mora dictó por la radio una conferencia sobre la trayectoria poética de Jacinto Fombona Pachano. Había venido a Mérida, invitado por el Centro para hablar sobre las más recientes tendencias de la poesía venezolana. Nacido en Capurí, en 1918, regresaba después de un periplo de muchas vicisitudes a las que lo impulsaba su espíritu inquieto. Aunque aún no tenía el reconocimiento nacional que más Tarde alcanzaría, aquella visita le permitió afirmarse entre los intelectuales merideños que le manifestaron gran consideración. Poco a poco, el centro daba sus frutos y Spinetti se convertía en el caballero de la cultura.

Desde el mes de mayo se había iniciado el proceso de legalización de Acción Democrática, facilitado por la campaña de Gallegos. Y aunque la mayoría de sus amigos pronto formaron parte de la organización, Spinetti se mantuvo al margen. No obstante, estimulaba su acción. El diario *Ahora*, de Caracas, diría después: “Militaba en las filas de la juventud progresista que anhela para el país un desarrollo ejemplar”. En realidad, no participó en las actividades de la fundación. Más bien, en los primeros días de septiembre Spinetti Dini viajó a Tovar. El nuevo presidente del Estado, el Cnel. Juan de Dios Celis Paredes, le pidió acompañarlo a las

fiestas de aquella población. El poeta, que concurría con frecuencia a aquellos tradicionales festejos y que tenía allí muchos amigos, aceptó. Allí asistió a las ceremonias religiosas, a no pocos banquetes, a las corridas de toros y a los bailes de honor. Visitó a muchos conocidos y hasta recitó sus versos en reuniones familiares. No sabía que eran las últimas en las que estaría presente. A mediados de noviembre fue por algunos días a San Cristóbal, donde fue recibido en el Salón de Lectura.

Antonio Spinetti Dini murió trágicamente pasadas las dos de la Tarde del miércoles 26 de noviembre de 1941. Lo había presentado:

*Y, no ignoras que un día, que acaso esté muy cerca,  
mas sin saber en dónde, ni cuándo ni a qué hora,  
estas pobres pupilas tan ávidas de lumbre  
se llenarán de sombra.*

Poco después del mediodía, su hija Elsa fue a preguntarle cuánto demoraría en ir a almorzar. La esposa y los hijos lo esperaban. Le respondió que en pocos minutos. Ya el personal del almacén (una señora, una muchacha y un joven) se había retirado. Quedó solo. Arregló alguna cosa y salió. El sol iluminaba la Plaza Bolívar. Miró el reloj de la torre de la Catedral: marcaba la 1 y 10 minutos de la Tarde. Se encaminó a la casa. No llegó porque en el camino se le atravesó la muerte en la acera pública. Cuando no tenía aún 18 años había escrito:

*...la contemplo siempre, tranquilo e indiferente.*

Pero ahora no la esperaba. Y apenas si pudo verla aproximarse en la figura de un trabajador a quien conocía poco. Jugada del destino: pertenecía a una clase social por la que luchaba con su acción y con su pluma.

Los motivos del agresor –Alfredo Durán– siguen siendo oscuros. Blanco, alto, flaco era conocido como el Gato. Pintor de brocha gorda, residenciado en Belén, no conocía al poeta hasta días antes, aunque la madre, trigueña, lavaba la ropa y ayudaba en los quehaceres de la casa a Hercilia Vetencourt. Un día Tonino lo había visto pintando un aviso en un

negocio cercano y le había encargado uno para el suyo. Parece, incluso, que le había adelantado algún dinero para los gastos. Cuando el obrero se lo presentó no se sintió satisfecho con la calidad del encargo y así se lo manifestó. Se presentó una pequeña discusión. Durán creyó que Spinetti le negaba el pago de su trabajo, Bs. 20. Y quiso vengarse. Algún testigo dijo que hasta afiló un puñal; y otros que acechó a su víctima por horas. Días después, ese miércoles final, en plena calle el hombre le solicitó el pago de la deuda. Y sin dar tiempo a una respuesta se abalanzó sobre él, que le daba la espalda. El agresor aprovechó para apuñalarlo varias veces, 22 en total. Nadie pudo evitarlo. Ninguno de los chóferes que estaban en la línea de taxis de la plaza se movió. Parece ser que unos andamios colocados frente a la casa de la esquina (el Hotel Colón), que estaba en reparación, les ocultó el hecho o simplemente tuvieron temor de intervenir.

Con todo, algunas personas fueron testigos del suceso. Unos niños dieron la voz de alarma: Alberto Miliani, de catorce años, y Luis Alfredo Puentes, de trece, trataron de llamar a quienes se encontraban cerca. Otro de once años –de nombre Gustavo– sobrino del poeta, gritaba pidiendo auxilio:

—*¡Están matando a Tonino! ¡Están matando a Tonino!*

A pocos pasos el muchacho encontró a su tío Alberto Spinetti. Sin embargo, ya Domingo Lupi, junto a otras personas que aparecieron, había logrado separar al agresor. Pero no había nada que hacer. Rápidamente Lupi introdujo al herido en un taxi. Y agonizante lo trasladó al Hospital Los Andes. Allí acudieron de inmediato la esposa y la hija mayor. Había adivinado tiempo antes la presencia de la mujer amada en aquel momento singular. Por eso, había escrito:

*Morirme un poco de tu muerte dulce.  
Junto a tu playa en sol echar el ancla.  
Ahogarme un poco en tu dorada sombra,  
sin oídos, sin ojos, sin palabras.*

La vida se iba lentamente con la sangre que brotaba de su cuerpo. Consciente aún, en promesa de amor a su mujer, musitó aquellos versos escritos tiempo antes:

*Más allá de la gula del minuto  
en que la vida toda se me deshace entre los brazos.*

*Más allá, todavía más allá de la muerte misma.*

*Más allá de la muerte sin muerte.*

*Más allá de la esencia, del recuerdo y la vida.*

Todos los afanes a su alrededor resultaron inútiles. Minutos después falleció mientras los médicos comenzaban a aplicarle anestesia para operarlo. Eran las 2 y 35 de una de las tardes más tristes de la historia de Mérida. Junto a él estaban la mujer y la niña de sus cuidados, quien sufriría un terrible trauma que la marcó para el resto de su vida. En su casa los amigos –M. A. Pisani Crespo, entre ellos– intentaban consolar a los pequeños Elsa y Jorge, a quienes había dejado esperando aquel mediodía. En la eternidad lo acompañaba ya otro pequeñín: el Germán de sus dolores.

Poco después, mientras los médicos Antonio Parra León y Joaquín Mármol Luzardo examinaban el cadáver para certificar la muerte, las autoridades detuvieron al agresor que fue conducido esa misma Tarde, seguido de muchas personas, ante el Tribunal competente que ordenó su encarcelamiento. En el momento de ingresar a la prisión dijo a la autoridad policial que le demandó la causa de su conducta:

—¡Qué hace uno, muerto de hambre, y los ricos, atenedos a que tienen dinero, no le pagan a uno su trabajo!—.

Y al juez dijo haber actuado: “por haberme negado mi trabajo”. Más Tarde, interrogado sobre los motivos sólo dijo que “quería matar a un chivato”. Fue juzgado por el Dr. Zacarías Sánchez, de probidad reconocida,

y sentenciado por asesinato. La Corte Suprema presidida por el Dr. A. R. Uzcátegui confirmó la decisión: 20 años de presidio. Varias veces intentó o se fugó de la cárcel. En una ocasión (luego del 18 de octubre de 1945) llegó a Barinas donde fue apresado. Hasta que al tratar de hacerlo una vez más, el 17 de abril de 1946, fue muerto por los guardias del penal. Decían –pero no consta– que tenía una lista de 10 personas a las que se proponía matar. El expediente correspondiente poco agrega a lo sabido por la opinión pública, desde el momento del asesinato.

Una comisión de médicos designada por el Tribunal de la causa examinó al agresor. Lo encontró sano. Era muy delgado hasta parecer desnutrido. Había sufrido de tuberculosis. Vestía en forma descuidada y llevaba los cabellos largos. Pero no observaron en él “ningún complejo psicopático o psicológico” y más bien lo hallaron lúcido. ¿Lo era realmente? La falta aparente de motivos suficientes en el autor del atentado hizo que se tejieran muchos comentarios sobre las verdaderas razones que lo movieran a cometer el homicidio. ¿Había otras causas? Algunos miembros de la familia de la víctima –y parece que entre ellos la viuda– creyeron que pudo existir algún interés político. Los retrasos en el juicio, en todo caso, fueron tomados como maniobras del Fiscal para favorecer al imputado. Por eso Hercilia Vetencourt designó un acusador privado –que lo fue el Dr. Jesús Leopoldo Sánchez– para que el proceso avanzara. Por otra parte, se alegó en el mismo sentido que cada vez que intentó escapar de la cárcel estaba armado. Pero ninguno de quienes eran amigos de Spinetti y compartían su manera de pensar –especialmente los jóvenes vinculados a la Federación de Estudiantes, a quienes orientaba– mencionó siquiera un interés de tal tipo en alguno de los muchos textos que en aquellos días se escribieron. La conseja Popular también buscó la causa en un lance de honor. El poeta habría obligado al agresor a pedir disculpas a una mujer a la que había ofendido. Pero nadie fue testigo de tal hecho. Por eso –y salvo la aparición de nuevos elementos– debe admitirse como válida la única explicación que se ha dado.

La muerte de Tonino Spinetti causó gran impacto en la ciudad, muy pequeña entonces. Todavía hoy parece extraña y absurda. El poeta había denunciado siempre la violencia que causa la muerte. Había condenado a

quienes llevaban a los pueblos a la guerra. Curiosamente él mismo resultó víctima de violencia irracional. Por otra parte, el ejecutor era un hombre que le debía favores personales como ayudas para comprar medicinas. Más aún, pertenecía a la clase social (el proletariado) cuyo mejor defensor en Mérida era Antonio Spinetti Dini. Lo dijo Asdrúbal Hernández el mismo día: “¡Ha muerto Spinetti Dini! Las filas proletarias están de pésame”.

Es interesante destacar que el número de homicidios en el Estado por aquella época era alto. *El Vigilante* publicó el 10 de enero de aquel mismo año “la estadística de los delitos por los que se procesa o se ha sentenciado a los individuos que se encuentran en la Cárcel Modelo de Mérida”. De un total de 229, en su mayoría de origen rural, 151 (el 65.9%) lo era por delitos contra las personas; el 22.3% por asesinato (44 por homicidio, 4 por homicidio frustrado y 3 por infanticidio); y el 43.6% por lesiones (91 por heridas y 9 por riña). Los otros 78 (34.1%) lo eran por otros hechos (13 por contrabando y 11 por hurto). Aquella era, pues, una sociedad todavía rural con hombres violentos que podían matar por motivos deleznable. Por eso Régulo Burelli Ribas escribió con acierto: “Cayó asaltado por la barbarie del hombre, el lobo que no quiso ser hermano”.

En las calles la confusión era total. Rápidamente la noticia corrió por la ciudad y el país. Luis Spinetti, para entonces fiscal itinerante del Ministerio Público, se enteró del atentado sufrido por su hermano esa misma noche en San Cristóbal. Tomó un taxi y viajó inmediatamente a Mérida. Por el camino, en una bodega de El Cobre, antes de llegar a La Grita supo del desenlace. Los diarios de Caracas y de otras ciudades informaron del caso al día siguiente. El cadáver fue expuesto en la casa de su cuñado Rafael Díaz González a escasos pasos del lugar del crimen. El sepelio, el 27 de noviembre, constituyó una imponente manifestación de duelo público. Centenares de personas, de todos los niveles sociales, acompañaron el féretro hasta el cementerio de El Espejo. Algunas habían venido de lejos para rendir un último tributo al poeta. Allí hablaron varias personas que destacaron las condiciones del intelectual fallecido. Pero Mérida y Venezuela habían perdido irremediablemente a una de sus mejores voces. Voz de apenas 41 años de edad. Algunos, sin embargo, recordaron sus versos:



*¡Oh! si nos desintegráramos en esta noche bella  
para resucitar en cualquier día.  
Más allá de la música y la estrella.*

Diversas corporaciones expresaron su pesar. Los periódicos locales y nacionales rindieron homenaje al poeta. Muchos (como *El Universal*, *La Esfera*, *Ahora* y *Fantoches* de Caracas, *Panorama* de Maracaibo y *Vanguardia* de San Cristóbal) incluyeron artículos sobre su vida y su obra. También lo hizo la *Revista nacional de cultura*. Tanto en la ciudad de Mérida como en algunas otras se organizaron actos en su memoria.

Cuando salió de Mérida, Mario Spinetti no sabía que su permanencia en Italia sería tan larga y que no volvería a ver a su hermano mayor. Se enteró de la muerte de éste tiempo después del suceso, porque el rompimiento de las relaciones diplomáticas y el bloqueo aliado contra el estado fascista impedían la entrega de correspondencia y la divulgación de noticias. Ya de regreso en el país hizo conocer los versos del poeta –a veces en su particular versión italiana– a varias generaciones de estudiantes universitarios. Humberto Spinetti lo supo antes. Un cable con pocas palabras le llevó hasta Las Palmas de Gran Canaria la información. No quiso llorar frente a los hijos. Caminó durante varias horas hasta la Punta de los Acantilados, cerca del Faro de la Isleta. Pero no alcanzó a ver el océano –el mismo que había surcado Tonino en busca de nueva vida– porque sus ojos se cubrieron de lágrimas. Entonces, desde abajo le llegó, en el sonido de las olas, la música de las palabras del compañero de su infancia.

### III

#### “Está vivo aún. Y ha de estarlo siempre”

En la elegía que Antonio Spinetti Dini dedicó al gran poeta de Granada “García Lorca se fue” escribió:

*Por eso García Lorca está vivo aún.  
Y ha de estarlo siempre.  
Mientras queden corazones grandes.  
Mientras queden oídos capaces de oír  
la armonía inefable.  
Mientras queden ojos  
capaces  
de captar la belleza  
admirable.  
Mientras haya bocas con sed de besos.  
Y bocas con hambre.  
Y corazones con sed de justicia.  
Y corazones con coraje.*

Esos versos pueden aplicarse al gran poeta italiano de Mérida:

*Tonino está vivo aún.  
Y ha de estarlo siempre.*

El tiempo, por lo demás, se ha encargado de demostrarlo. Sus versos aún se leen. Y su mensaje todavía se escucha. Muy temprano, Luis Pastori (en sus Palabras para llorar a Antonio Spinetti) descubrió que su muerte era lumbre, su mutismo palabra y su voz mano que sostiene las cosas:

*Algo fija en el tiempo tu voz amable y limpia  
mientras en torno muele la rueda de las horas.*

...

*Y se colman los días de tu callar callado,  
eterno en el milagro del agua y de las rocas.  
Silencio de la piedra que habla más que los siglos.*

...

*Aquí vuelves a verte sepultado en tus días,  
porque aquí entre nosotros, nace tu voz de ahora,  
tu vida nueva y pura, tu corazón antiguo...*

Permaneció en la vida de los suyos. Su esposa Hercilia, que hubo de hacerse cargo de los negocios del escritor por un tiempo (hasta 1949) guardó su memoria hasta su muerte ocurrida en 1989. Lo mismo hicieron sus descendientes: María Alicia, la hija de los primeros tiempos; Elsa, quien le devolvió la alegría de la presencia de los niños, dedicada a cuidar celosamente los recortes, papeles y libros; y Jorge, a quien sólo los recuerdos familiares y las letras le han permitido conocer al padre amoroso que extrañamente no regresó un mediodía de noviembre. Humberto Spinetti Dini, por su parte, dedicó varios textos a la vida y obra de su hermano.

Pero no fueron solamente los familiares de Antonio Spinetti Dini quienes mantuvieron viva su memoria. En verdad, él vive en el recuerdo de los merideños y también de los amantes de la poesía y de la belleza. Y a ello ha contribuido la difusión de sus obras. Ya en el primer aniversario de su muerte una importante institución social publicó un folleto con notas biográficas y las palabras pronunciadas por varias personas en el acto de su enterramiento (*Homenaje del Rotary Club de Mérida a su memoria*, 1942), así como algunos de sus poemas. La revista *Occidente*, de Valeriano Diez y Riega, hizo lo mismo en su N° 5 de 1945. Son muchas las notas que desde entonces han aparecido en diversas publicaciones. La más conocida de todas es, sin duda, la *Memoria* que le dedicó Mariano Picón Salas.

Se han hecho tres ediciones de su *Antología Poética*: la primera en 1957 por el Ministerio de Educación (número 66 de la Biblioteca Popular Venezolana), con prólogo de Mariano Picón Salas (“Memoria de Antonio Spinetti Dini”) y una “Elegía” de Manuel F. Rugeles; la segunda en 1964 por la Universidad de Los Andes, con prólogo de César Rengifo (“Humanidad y trascendencia poética de Antonio Spinetti Dini”) e ilustraciones de Juan Mauro Bello; y la tercera en 1995 por la Academia de Mérida, con prólogo de Lubio Cardozo (“Antonio Spinetti Dini y su palabra tributaria a la tierra y los hombres andinos”) y dibujos de Manuel de la Fuente. La primera mereció notas críticas de Jean Aristeguieta (en el N° 129 de la *Revista nacional de cultura*, 1958) y de María Rosa Alonso (en el N° 2 de *Humanidades* de 1959). Todas esas antologías son muy incompletas: ninguna incluye el *Breviario galante y breve* de 1918. Las dos primeras contienen, además de poemas de los otros dos libros, 23 aparecidos en forma dispersa. La última agrega un capítulo con 8 textos más. Son apenas algunos pocos entre los muchos entregados en diarios y revistas. Por otra parte, no se han publicado de nuevo los textos en prosa que, además de su valor literario, contienen un mensaje de sorprendente actualidad. Falta, en realidad, una edición crítica de las obras del escritor merideño.

Algunos de sus poemas han sido incluidos en selecciones de la poesía merideña y venezolana precedidos de estudios críticos: *Antología de la moderna poesía Venezolana*, de O. De Sola, 1940; *Poetas parnasianos y modernistas*, de Luis León (seudónimo de Leopoldo Landtaeta), de 1946; *Antología de escritores merideños*, de Eloy Chalbaud Cardona, de 1958; *Poesía infantil Venezolana*, de Efraín Subero, de 1967; *Antología de la poesía merideña*, de Lubio Cardozo, de 1969; *La literatura Venezolana de la paz*, de Efraín Subero, de 1989 y *Mérida, fábula de cuatro ríos*, de Ramón Palomares, de 1993. Su poesía también ha sido recogida en obras generales sobre la literatura nacional, como las de J. R. Barrios Mora (*Compendio histórico de la literatura Venezolana*) y Mariano Picón Salas (*Literatura Venezolana*). Algunos autores, incluso, le han dedicado capítulos especiales: Rafael Angarita Arvelo (*Tres tiempos de poesía en Venezuela*), Lubio Cardozo (*Epítome de la*

*poesía en Mérida y La poesía en Mérida de Venezuela*); Neptalí Noguera Mora (*La generación poética de 1918*) y Pascual Venegas Filardo (*53 nombres de poetas venezolanos*).

Por otra parte, la personalidad y la obra de Spinetti Dini ha sido objeto de numerosos estudios. Además de los prólogos ya mencionados, vale la pena destacar otros. En vida algunos escritores le dedicaron textos, como el aparecido en el diario *Patria* en la *Columna escritores merideneños* (a cargo de Rafael Pizani) del 16 de abril de 1933 (N° 2.271). El autor de esa nota sobre su obra afirmaba: “Le preocupa en grado eminente la “musicalidad” de sus poemas; pero sabe quebrar con propiedad la monotonía rítmica insoportable. Sin ser vanguardista escribe versos de vanguardia, serios, correctos. Correctos dentro de los nuevos preceptos”. Le reconocía, de otra parte, su gran capacidad para la crítica. Más Tarde (el 2 de febrero de 1935), el número 2.822 del mismo diario recogió el largo análisis de su obra que hizo el *Diario Popular* de Sao Paulo.

Después de su muerte, se cuentan los textos de Jesús Leopoldo Sánchez (*Rasgos biográficos de Spinetti Dini*, 1941); Régulo Burelli Rivas (*Antonio Spinetti Dini*, 1944 y *Escritores merideneños: Antonio Spinetti Dini*, 1955); César Lizardo (en *Espacio y voz del paisaje*, 1954); Alí Lameda (*Antonio Spinetti Dini y su profunda poesía*, 1955); Luis Eduardo Gil (*Antonio Spinetti-Dini*, 1958) y Adelis León Guevara (*El hambre en la poesía de Antonio Spinetti Dini*, 1961 y *En torno a la poesía de Antonio Spinetti-Dini*, 1975), así como los artículos de Rafael Rondón T. (“Antonio Spinetti Dini”, 1951), Maruja Vieira (“Diálogo con la poesía de Antonio Spinetti Dini”, 1955), P. Pla y Beltrán (“Spinetti Dini: pasión y testimonio”, 1958) y Raúl Agudo Freitas (“Antonio Spinetti Dini”, 1978). Emotivas evocaciones se encuentran en artículo de Carlos Gonzalo Salas (“Antonio Spinetti Dini”, 1941) y en folleto de Augusto Rodríguez A. (*Antonio Spinetti Dini*, 1951); y una sentida elegía (respuesta lírica) en discurso de Adelis León Guevara (“Dormir bajo los árboles gigantes”, 1993).

Formó parte de la Asociación de Escritores de Venezuela y del Ateneo de Caracas. Fue miembro del Ateneo Ecuatoriano de Quito, correspondiente de la Academia de Ciencias y Letras de Sao Paulo y miem-

bro de la Asociación de Escritores y Artistas de La Habana. También formó parte de la Interamerican Bibliographic and Library Society de Washington, del Instituto Internacional de Literatos Iberoamericanos de California y de la National Geographic Society de Washington. Debe agregarse que algunos de sus poemas fueron traducidos al inglés por Edna Whorthley Uncierwood.

Por último, Antonio Spinetti Dini recibió diversas muestras de afecto, como la de sus contemporáneos en el acto realizado en el Hotel La Sierra el 6 de octubre de 1934 con ocasión de la “celebrada” publicación de *La palabra al viento*. Entonces habló en nombre de todos ellos el aventajado estudiante Francisco Tamayo. Después de su muerte ha sido objeto de numerosos homenajes. El 24 de noviembre de 1951, en ocasión del X aniversario de su fallecimiento, la Asociación de Escritores de Venezuela celebró sesión en su sede de Caracas para colocar un retrato del poeta, obra de César Rengifo. En el acto llevó la palabra Pascual Venegas Filardo. No han faltado manifestaciones de ese tipo en Mérida. Un salón de lectura en Timotes y un centro social de Ejido llevaron su nombre por muchos años. Un busto suyo fue colocado en el Parque de los Escritores en 1964. El mismo fue trasladado en 1979 a un parque en que se recuerda su obra y en 1993 al Jardín de los Poetas. También, en 1986 se dio su nombre a una parroquia de la ciudad de Mérida, como en 1994 a una de las salas del Centro Cultural Tulio Febres Cordero.

En 1955 Alí Lamedá señaló que la obra de Antonio Spinetti Dini perpetuaba su nombre más allá de su muerte, porque conservaba una vitalidad asombrosa. “A lo inverso de lo que sucede con muchos libros que al comienzo engegucen... y luego nadie los recuerda” —decía—, la poesía del merideño es tenida “como algo substantivo” en la evolución de nuestra literatura. “Y la razón de esa vitalidad, de ese vigor permanente [...] estriba en que las raíces sobre las cuales se eleva [...] están hundidas en la tierra a la cual consagra sus mejores cantos”. Se sostiene —además de su belleza intrínseca— por el soplo humano que contiene. El juicio de Lamedá mantiene validez hoy en día. En efecto, Antonio Spinetti Dini superó a su época con un mensaje que escuchan los hombres del tiempo en el que ahora vivimos.







### Entrevistas

Luis Spinetti Dini (+)  
Elsa Spinetti Vetencourt  
Jorge Spinetti Vetencourt  
Gustavo Díaz Spinetti  
Patrizia Spinetti Petrucci  
Germán Spinetti Isea  
Alcheste Pisani de Díaz  
Olegario Diez y Riega

Archivo y correspondencia de Antonio Spinetti Dini

### Obras de Antonio Spinetti Dini

*Breviario galante y breve*. Prólogo de Mariano Picón Salas, Eji-  
do, 1918.

*La palabra al viento*. Mérida, Antonio Díaz ed., 1934

*Hambre*. Mérida, Editorial El Pueblo, 1937

Prólogo al libro *Por el hueco de la cerradura* de Anselmo Arias  
(seudónimo de Rafael Pisani). Mérida, Editorial Patria, 1933.

*Antología poética*. Prólogo de Mariano Picón Salas (“Memoria de  
Antonio Spinetti Dini”) y “Elegía” de Manuel F. Rugeles, Caracas, Minis-  
terio de Educación, 1957 (número 66 de la Biblioteca Popular Venezo-  
lana).

*Antología poética*. Prólogo de César Rengifo (“Humanidad y tras-  
cendencia poética de Antonio Spinetti Dini”) e ilustraciones de Juan  
Mauro Bello, Mérida, Universidad de los Andes, 1964.

*Antología poética*. Prólogo de Lubio Cardozo (“Antonio Spinetti  
Dini y su palabra tributaria a la tierra y los hombres andinos”) y dibujos  
de Manuel de la Fuente, Mérida, Academia de Mérida, 1995.

**Periódicos de Antonio Spinetti Dini**

*El Civismo*. Ejido. 1917-1918

*Azul*. Ejido. 1921

*El Pueblo*. Mérida. 1936

*Indoamérica*. Mérida. 1938

**Hemerográficas**

*El Vigilante*. Mérida. 1924-1997.

*Patria*. Mérida. 1925-1936.

*El Bolivariano*. Mérida. 1930-1931.

*La Democracia*. Mérida. 1936-1937.

*La Idea*. Mérida. 1939-1943.

*Atalaya*. Mérida. 1941-1947.

*El Espectador*. Mérida. 1943-944.

*El Universal*. Caracas. 1909.

*El Nacional*. Caracas. 1943.

**Revistas culturales y literarias**

*Desde la Sierra*. Mérida, (1910-1923).

*Los Andes*. Mérida, (1912-1926).

*Literatura Andina*. Mérida, (1914-1916).

*Labores Juveniles*. Mérida, (1916-1917).

*Aristides Rojas*. Mérida, (1918).

*Albores*. Mérida, (1918-1919).

*Veinte Años*. Mérida, (1918-1919).

*Ecos Andinos*. Mérida, (1920-1921).

*Gutenberg*. Mérida, (1921-1922).

*Croquis*. Mérida, (1921-1923).

*Plumadas*. Mérida, (1922-1924).

*La Acción*. Mérida, (1923).

*Luz*. Mérida, (1923-1924).

*Occidente*. Mérida, (1943-1945).

*El Gladiador*. Tovar, (1922-1924)

*Orientaciones*. Tovar, (1926-1930)

*Tovar*, (1927-1929)

*Cultura Venezolana*. Caracas, (1918-1930)

*Progreso y Cultura*. Caracas, (1930-1946)

*Revista Nacional de Cultura*. Caracas, (1928-1938)

### Publicaciones oficiales

*Memorias* de los Ministerios de: Relaciones Interiores (antes Interior y Justicia), Fomento, Instrucción Pública (después Educación Nacional), y Salubridad y Agricultura y Cría (después Sanidad y Asistencia Social).

*Censos nacionales*.

*Anuario estadístico de Venezuela*.

*Boletín estadístico del Ministerio de Fomento*.

*Anuario de epidemiología y estadística vital*.

*Gaceta universitaria*. Universidad de Los Andes.

### Bibliografía

Angarita Arvelo, Rafael. *Tres tiempos de poesía en Venezuela (Historia por representación)*. Caracas, Ediciones Fragua, 1962.

Aranda, Sergio. *La economía Venezolana*. Bogotá, Siglo XXI Editores, 1977.

Balletta, F. et al. *Un secolo de emigrazione italiana (1876-1976)*. Roma, Centro Studi Emigrazione, 1978.

Barrios Mora, José R. *Compendio histórico de la literatura Venezolana*. Caracas, Nueva Cádiz, 1952.

Barbarito, Francisco Javier. *60 Años de agricultura en Venezuela*. Caracas, C. A. Cigarrera Bigott Sucs., 1981.

Benet, F. *Guía general de Venezuela*. Caracas (Leipzig, Imprenta de O. Branstetter), 1929.

Burelli, Miguel Ángel. *Un venezolano de Elba. Golfredo Masini. 1878-1978*. Caracas, Editorial Arte, 1978.

Cardozo, Lubio. *Antología de la poesía merideña*. Mérida, Corporación de los Andes, 1969.

\_\_\_\_\_ *Epítome de la poesía en Mérida*. Mérida, Editorial Venezolana, 1993.

\_\_\_\_\_ *La poesía en Mérida de Venezuela*. Maracaibo, Universidad del Zulia, 1971.

Castelot, André. *Napoléon*. París, Librairie Académique Perrin, 1968.

Chalraud Cardona, Eloy. *Antología de escritores merideños*. Caracas, Ministerio de Educación, 1958.

\_\_\_\_\_ *Historia de la Universidad de Los Andes*. 10 vols., Mérida, Universidad de Los Andes, 1966–1990.

De Sola, Otto. *Antología de la moderna poesía Venezolana*. Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 1940.

Izard, Miguel. *Series estadísticas para la historia de Venezuela*. Mérida, Universidad de Los Andes, 1970.

León, Luis (seudónimo de Leopoldo Landaeta). *Poetas parnasianos y modernistas*. Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 1946.

Liscano, Juan. *Panorama de la literatura Venezolana actual*. Caracas, Publicaciones Españolas, 1973.

Medina, José Ramón. *50 Años de literatura Venezolana*. Caracas, Monte Avila Editores, 1969.

Noguera Mora, Neptalí. *La generación poética de 1918*. Bogotá, Editorial Iqueima, 1950.

Osorio Tejada, Nelson. *La formación de la vanguardia literaria en Venezuela (antecedentes y documentos)*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1985.

Palomares, Ramón. *Mérida. Fábula de cuatro ríos*. Mérida, Academia de Mérida, 1993.

Pellegrino, Adela. *Historia de la inmigración en Venezuela. Siglos XIX y XX*. Caracas, Academia Nacional de Ciencias Económicas, 1989.

Picón Salas, Mariano. *Regreso de tres mundos. Un hombre y su generación*. México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

\_\_\_\_\_ *Literatura Venezolana*. 4ª ed. México, Editorial Diana, 1952.

\_\_\_\_\_ *Las nieves de antaño*. Maracaibo, Universidad del Zulia, 1958.

Sambrano Urdaneta, Oscar y Miliani, Domingo. *Literatura hispanoamericana*. 2 vls. Caracas, Italgráfica SRL, 1972.

Spinetti Berti, Mario. *Los italianos en Mérida*. Mérida, Editorial Venezolana, 1994.

Subero, Efraín. *La literatura Venezolana de la paz*. Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1989

\_\_\_\_\_ *Poesía infantil Venezolana*. Caracas, Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, 1967.

de Torre, Guillermo. *Historia de las literaturas de vanguardia*. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1965.

Torrealba Lossi, Mario. *Los poetas venezolanos de 1918*. Madrid, Artes Gráficas ARGES, 1957.

Troconis de Veracoechea, Ermita. *El proceso de la inmigración en Venezuela*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986.

Vannini de Gerulewics, Marisa. *Italia y los italianos en la historia y en la cultura de Venezuela*. 2ª ed., Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1980.

Venegas Filardo, Pascual. *53 nombres de poetas venezolanos*. Caracas, Ediciones de la Casa de Bello, 1990.

Fundación Polar. *Diccionario de historia de Venezuela*. Caracas, 2ª ed., 3 vols. Editorial Ex Libris, 1997.

Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres”. *Diccionario general de la literatura venezolana*. Mérida, 2ª ed. 2 vol., Universidad de Los Andes, 1987.

### Folleto y artículos

Raúl Agudo Freites. Antonio Spinetti Dini. En: *Página literaria* de *El Nacional*. Caracas, 12 de marzo de 1978.

Burelli Rivas, Régulo. Antonio Spinetti Dini. En: *El Vigilante*, 30 de noviembre de 1944.

\_\_\_\_\_ Escritores Merideños: Antonio Spinetti Dini. En: *Biblioteca* N° 10, Mérida, enero de 1955.

Gil, Luis Eduardo. Antonio Spinetti-Dini. En: *Lid*, Mérida, 1958.

Gonzalo Salas, Carlos. Antonio Spinetti Dini. En: *La Idea* N° 265, Mérida, 11 de diciembre de 1941.

Lameda, Alí. Antonio Spinetti Dini y su profunda poesía. En: *Biblioteca* N° 16-18, Mérida, octubre-diciembre de 1955.

León Guevara, Adelis. Dormir bajo los árboles gigantes. En: *Pizca*, Mérida, 26 de marzo de 1993.

\_\_\_\_\_ El hambre en la poesía de Antonio Spinetti Dini. En *Humanidades* N° 9, Mérida, 1961.

\_\_\_\_\_ En torno a la poesía de Antonio Spinetti-Dini. En *Testimonio* N° 1, Mérida, noviembre de 1975.

César Lizardo. Antonio Spinetti Dini. Poeta de las Cumbres. En: *Espacio y Voz del Paisaje*. Caracas, Tipografía Garrido, 1954.

Pastori, Luis. *Parque de los escritores merideños*. Mérida, Centro de Historia del Estado, 1964.

Pla y Beltrán, Pascual. Spinetti Dini: pasión y testimonio. En *Papel Literario* de *El Nacional*. Caracas, 13 de marzo de 1958.

Rodríguez A., Augusto. *Antonio Spinetti Dini*. Mérida, Editorial Salirrod, 1951.

Rondón T., Rafael. Antonio Spinetti Dini. En *El Vigilante* N° 5246, Mérida, 28 de agosto de 1951.

Sánchez, Jesús Leopoldo. Rasgos Biográficos de Spinetti Dini. En *Panorama*, Maracaibo, 7 de enero de 1942.

Vieira, Maruja. Diálogo con la poesía de Antonio Spinetti Dini. En Índice literario de *El Universal*, Caracas, 29 de enero de 1955.





## ÍNDICE

---

9	<b>PRÓLOGO</b> Jesús Rondón Nucete, un hacedor de país Lubio Cardozo
13	<b>PRIMERA PARTE - Los orígenes</b>
15	I ¡Ah! que mon île est petite
24	II La emigración a Venezuela
34	III Inmigrantes de útiles y cordiales influencias
43	IV La savia vigorosa
53	<b>SEGUNDA PARTE - Las primeras letras</b>
55	I En esa edad dichosa
64	II Los primeros periódicos
76	III Rosas y versos
84	IV 18 años, 18 novias y 14 sonetos
95	<b>TERCERA PARTE - Tiempos de amores</b>
97	I La culpa fue de la Tarde
107	II “Vamos a cazar nubes en este mediodía”
117	III Los años veinte: familia y negocios
127	IV La vanguardia: aquí también
137	<b>CUARTA PARTE - La madurez del poeta</b>
139	I “No hay pena como esta pena”
149	II Las tertulias vespertinas
159	III En papel venezolano
169	IV Acento tibio de humanidad

<b>181</b>	<b>QUINTA PARTE - Los nuevos tiempos</b>
183	I Eco de su tiempo
193	II Padre nuestro, no mío
202	III El luchador político
211	IV Un proyecto continental
<b>219</b>	<b>SEXTA PARTE - Se acerca la muerte</b>
219	II Caballero adelantado
221	III ¡Le han quebrado el camino!
240	IV “Está vivo aún. Y ha de estarlo siempre”
<b>247</b>	<b>FUENTES</b>
247	Entrevistas
247	Obras de Antonio Spinetti Dini
248	Periódicos de Antonio Spinetti Dini
248	Fuentes hemerográficas
248	Revistas culturales y literarias
249	Publicaciones oficiales
249	Bibliografía
252	Folletos y artículos



La presente edición de 500 ejemplares  
se imprimió el mes diciembre de 2007  
en el Centro Editorial Litorama C.A.  
Mérida - Venezuela

Información técnica

Programa utilizado: Adobe InDesign CS3

Impreso en papel Saima Antique y cartulina Sulfato

Fuentes usadas: ITC Century, Futura Helvética